

GEORGE ELDON LADD

**EL
APOCALIPSIS
DE JUAN:
UN
COMENTARIO**

Un equilibrado, erudito y
respetuoso enfoque de este difícil
libro de la Biblia.

El ayer es un reflejo del hoy y del mañana

En esta exposición de Apocalipsis, George Eldon Ladd lo presenta como una profecía verdadera, profecía que refleja la situación de la iglesia en aquellos días y la situación que la iglesia enfrentará cuando se esté consumando el plan redentor de Dios.

Tras comenzar con una breve introducción, Ladd aborda el tema de la paternidad literaria de la obra, la fecha, el trasfondo histórico y los varios métodos de interpretación que se le han aplicado al libro a través de la historia.

La introducción va seguida de un bosquejo analítico de Apocalipsis; el comentario en sí es versículo por versículo.

Aunque Ladd se expresa con el lenguaje del pueblo, la obra es erudita, amplia y competente. La fluidez de su estilo y su interés en proclamar el mensaje de Apocalipsis realzan el valor de este comentario como instrumento adecuado del ministro, el maestro de escuela dominical y el hombre del púlpito.

George Eldon Ladd es profesor de exégesis del Nuevo Testamento y teología en el Fuller Theological Seminary.



**GEORGE
ELDON LADD**

**EL
APOCALIPSIS
DE JUAN:
UN
COMENTARIO**



editorial caribe

© 1978 Editorial Caribe
Departamento de ventas:
3934 S.W. 8 St., Suite 303
Miami Florida 33134
U.S.A.

Tercera Edición 1985
Título del original en inglés:
*Comentary of the book of
Revelation of John*

Traductor: Arnaldo Canclini
ISBN: 089922.-111-4
Library of Congress Catalog
Card. N°. 78-5062

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total
o parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los
editores.

Printed in México
Impreso en México

CONTENIDO

Introducción	11
Capítulo 1 : Prólogo y primera visión	21
Capítulo 2 : Las cartas a las siete iglesias	35
Capítulo 3 : Las cartas a las siete iglesias (continuación)	51
Capítulo 4 : El trono celestial	63
Capítulo 5 : El libro sellado	71
Capítulo 6 : Los seis sellos	85
Capítulo 7 : Las dos multitudes	97
Capítulo 8 : El séptimo sello y las seis trompetas	107
Capítulo 9 : Las seis trompetas (continuación)	115
Capítulo 10 : El ángel y el librito	125
Capítulo 11 : La medición del templo y los dos testigos	133
Capítulo 12 : El dragón, la mujer y su simiente	147
Capítulo 13 : Las dos bestias	157

Capítulo 14 : Visiones de seguridad	167
Capítulo 15 : Preparación para las copas	179
Capítulo 16 : Las siete copas	185
Capítulo 17 : El misterio de Babilonia	195
Capítulo 18 : El juicio de Babilonia	209
Capítulo 19 : La venida de Cristo	217
Capítulo 20 : El triunfo mesiánico	231
Capítulo 21 : La consumación	245
Capítulo 22 : Conclusión	255
Notas	265

**EL
APOCALIPSIS
DE JUAN:
UN
COMENTARIO**

**EL
APOCALIPSIS
DE JUAN:
UN
COMENTARIO**

INTRODUCCION

I. *Autor.* El autor del libro se identifica simplemente con el nombre de "Juan" (1:1; 1:4; 21:2; 22:8). Era bien conocido por las iglesias de Asia, pues se autotitulaba hermano, como quien compartía con ellos la tribulación, el reino y la paciencia (1:9). Surge entonces la pregunta: ¿quién es este Juan? A juzgar por el estilo del libro, es claro que era un cristiano hebreo, saturado del Antiguo Testamento. La iglesia primitiva generalmente dio por sentado que se trataba del apóstol de Jesucristo, autor del cuarto Evangelio. Esto fue confirmado claramente por Justino Mártir en el año 150 d.C. y alrededor del 200 por Ireneo, quien había vivido durante un tiempo en Asia. Los padres de la iglesia aceptaron plenamente esta condición apostólica del autor. La misma es completamente posible, porque hay una sólida tradición histórica de que Juan vivió hasta una edad muy avanzada en la ciudad de Efeso.

Sin embargo, debemos notar que Juan no se designa a sí mismo como un apóstol y que en 21:14 menciona a los apóstoles como grupo, pero no indica que él deba ser incluido en el círculo. Sin embargo, declara ser profeta (22:9) y da a su libro el título de profecía (1:3; 22:7,10,18,19). Si el autor no fue el apóstol, entonces era un profeta bien conocido en las iglesias de Asia el cual resulta desconocido para nosotros.

Debe reconocerse que hay serias dificultades para reconocer que el Apocalipsis y el cuarto Evangelio provienen del mismo autor. Aunque hay muchas similitudes entre ambos libros (v.g. sólo en el cuarto Evangelio y el Apocalipsis Jesús es llamado el Logos), el estilo del griego es notoriamente

distinto. El lenguaje del Evangelio es suave y fluido en un griego simple y exacto; el lenguaje del Apocalipsis es duro y rudo, con muchas irregularidades gramaticales y sintácticas. Por medio de varias referencias (véase Ro. 16:22), sabemos que el uso de un amanuense o secretario era común en el mundo antiguo y puede que las diferencias de estilo del Evangelio y el Apocalipsis se deban a lo distinto del tema y al uso de secretarios. Posiblemente un discípulo de Juan escribió concretamente el Evangelio, mientras que el Apocalipsis refleja lo rudo de su propio griego hebraico.

II. *Fecha.* La tradición ha colocado al Apocalipsis en la última década del siglo I cuando Domiciano era emperador en Roma (año 81-96 d.C.).¹ Algunos eruditos han argumentado en favor de una fecha anterior, pero es improbable.

III. *Ubicación.* Muchos estudiosos consideran la literatura apocalíptica casi por definición como “tratados para tiempos difíciles” y que han sido producidos por la persecución. Esto puede decirse de los apocalipsis judíos. El problema que enfrentaban era: ¿por qué el pueblo de Dios estaba sufriendo esas persecuciones? ¿Dónde estaba la salvación de Dios? Los profetas del Antiguo Testamento vieron a Dios activo tanto en la historia como en la consumación escatológica, pero los escritores apocalípticos desconfiaban de la historia y sólo encontraban esperanza en la intervención escatológica de Dios. El mundo y el tiempo eran un mal sin remedio, que habían caído bajo el poder de las potencias angelicales demoníacas. Dios estaba muy lejos en los cielos, pero pronto se levantaría en su trono, destruiría a los poderes demoníacos y libraría a su pueblo.

Siguiendo esta teoría, muchos estudiosos han reconstruido el ambiente del Apocalipsis en términos de una inminente persecución mundial de la iglesia por parte de Roma. La iglesia estaba a punto de enfrentar la aniquilación: Juan escribió para fortalecer al pueblo de Dios ante sus tribulaciones, asegurándoles que, aunque debieran experimentar sufrimiento, la venida del Señor estaba cerca para derribar a Roma y librar a su iglesia.

El problema de esta teoría es que no hay evidencia de que durante la última década del siglo I ocurriera alguna persecución abierta y sistemática contra la iglesia. En el pensamiento cristiano popular, ha prevalecido la idea de que hubo diez grandes persecuciones de la iglesia que fueron prácticamente universales en su alcance:² por Nerón (año 64 d.C.), Domiciano (95), Trajano (112), Marco Aurelio (177), Septimio Severo (al fin del siglo II), Maximino (235), Decio (250), Valerio (257), Aureliano y Diocleciano (303). Es cierto que la persecución general fue promovida por Decio, Valerio y Diocleciano, pero las persecuciones anteriores fueron de carácter local o relativamente suaves en su ejecución. Nerón ciertamente ordenó una persecución de los cristianos, vigorosa aunque breve, pero sólo en Roma y

en una única oportunidad.³ La presunta persecución por Domiciano de ninguna manera tuvo alcance en todo el imperio, sino que se dirigió contra unas pocas familias en Roma.⁴

Sin embargo, es claro que los cristianos estaban experimentando tribulaciones locales en Efeso, aun cuando no podamos reconstruir la extensión de la persecución basándonos en fuentes independientes. El exilio de Juan comprueba el hecho de la persecución en Efeso y esto puede muy bien haberse debido a la acción consular local, tanto como a un decreto imperial de Roma. En Pérgamo, un cristiano llamado Antipas había sido muerto, presumiblemente algún tiempo antes de la redacción de la carta a esa iglesia (2:13). Sin embargo, no hay indicio de ninguna persecución general. La iglesia de Esmirna fue advertida de encarcelamientos inminentes (2:10) y aparentemente enfrentaba la pena de muerte, porque se exhortaba a los cristianos a ser fieles hasta la muerte. Otros cristianos ya habían sufrido el martirio, porque Juan vio las almas de los mártires bajo el altar, pidiendo venganza (6:9). Pero la referencia es general en su tono y podría incluir a los mártires tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Partiendo de fuentes extrabíblicas debemos llegar a la conclusión de que es imposible establecer una situación de persecución mundial de la iglesia, como se refleja en el Apocalipsis. La profecía del Apocalipsis va mucho más allá que cualquier situación histórica conocida en el siglo I. Si bien la Roma de los tiempos de Juan incluía tendencias anticristianas, la descripción del Anticristo en Apocalipsis 13 es mucho mayor que la de la Roma histórica. Las referencias concretas a la persecución en el Apocalipsis son todas ilustraciones de la hostilidad del mundo contra la iglesia.

No podemos decir exactamente por qué Juan fue desterrado a Patmos (1:9). En cualquier caso, declaró que Dios usó ese destierro como una oportunidad para que pudiera trazar el conflicto entre el reino de Dios y el poder de Satanás, la victoria final del reino de Dios y la consumación de su propósito redentor.

IV. *Métodos de interpretación.* El Apocalipsis es el libro del Nuevo Testamento más difícil de interpretar, en primer lugar por el elaborado y extenso uso del simbolismo. ¿Cómo deben entenderse esos símbolos extraños y a menudo curiosos? Han surgido varios métodos de interpretación. Muchos intérpretes encuentran elementos valiosos en más de un método, de modo que hay considerables combinaciones. Pero pueden identificarse cuatro métodos distintos.

Preterista. El criterio que prevalece en los círculos críticos y eruditos es que el Apocalipsis pertenece a un tipo peculiar de escritos judeocristianos llamados "apocalípticos" que son "tratados para tiempos difíciles". El judaísmo produjo libros como *Enoc*, *La Asunción de Moisés*, *El Apocalipsis de Esdras* y *Baruc*, que muestran características literarias similares al

Apocalipsis, particularmente en el uso del simbolismo y un tipo similar de esperanza escatológica. Estos escritores estaban desalentados a causa de los males de la experiencia histórica y la persecución del pueblo de Dios a manos de naciones impías. Si bien fueron llevados a desestimar la historia, continuaban esperando en Dios y mirando hacia adelante por su salvación. Creían que Dios pronto se levantaría de su trono para sacudir el dominio de las naciones malvadas, destruiría todo el mal y establecería su reino sobre la tierra. Esto ocurriría por una estremecedora visitación cósmica, que desplazaría completamente el orden malo y caído en favor del glorioso reino de Dios. Los apocalipsis miraron a sus propios días como si fueran los peores y los últimos, dado que el fin de los tiempos estaba por llegar. Sin embargo, sus predicciones apocalípticas, por supuesto, no se han cumplido, y como profecías genuinas de los hechos futuros, los apocalipsis judíos carecen de valor. Son importantes sólo para entender las esperanzas religiosas del pueblo cuya cultura los produjo.

Interpretado de esa forma, el Apocalipsis revela las esperanzas de los primeros cristianos del Asia, quienes estaban a punto de ser librados de sus tribulaciones a manos de Roma. En el criterio preterista, la Roma imperial era la bestia del capítulo 13 y el sacerdocio asiático que promovía la adoración de Roma era el falso profeta. La iglesia era amenazada por la extinción completa frente a la persecución inminente y Juan escribió para confirmar la fe de los creyentes, porque, aun cuando una terrible persecución estaba a la puerta, Dios habría de intervenir, Cristo volvería, Roma sería destruida y el reino de Dios establecido en breve. Por supuesto, Cristo no retornó, Roma no fue destruida y el reino de Dios no se ha establecido. Pero la predicción profética no es un elemento del género apocalíptico. El libro cumplió su propósito al fortalecer y alentar a la iglesia del siglo I. Para aquellos que aceptan la posibilidad de que el Apocalipsis sea una profecía, este criterio es totalmente inadecuado.

Histórico. Este método ve el Apocalipsis como una profecía simbólica de toda la historia de la iglesia hasta el retorno de Cristo y el fin de los tiempos. Los numerosos símbolos del libro designan varios movimientos históricos y hechos en el mundo occidental y la iglesia cristiana. Obviamente, tal interpretación llevaría a confusión, porque no hay líneas fijas sobre qué hechos históricos son los representados. Uno de los aspectos que más prevalecen en esta interpretación ha sido el criterio de que la bestia es el papado romano y el falso profeta la Iglesia Romana. Este criterio fue tan ampliamente sostenido durante mucho tiempo que era llamado el criterio protestante. Tiene poco en sí para recomendarlo, porque el Apocalipsis en tal caso tendría poco que decir a las iglesias de Asia a las que estaba dirigido.

Idealista. Este método evita el problema de tratar de encontrar cualquier cumplimiento histórico en los símbolos del Apocalipsis y sólo ve un

retrato simbólico del conflicto de los poderes cósmicos entre el reino de Dios y los poderes del mal satánico. La bestia representa el mal satánico que surge siempre para oprimir a la iglesia. El capítulo 12 indica que hay algo de verdad en este método; allí se describe un poderoso conflicto en los cielos entre Satanás y los ángeles. Sin embargo, es un hecho que el Apocalipsis pertenece al género apocalíptico y que el simbolismo apocalíptico tiene relación primordialmente con los hechos de la historia que llevan al fin de los tiempos y a la venida del reino de Dios. Por lo tanto, debemos buscar aun más.

Futurista. Este método interpreta el Apocalipsis sustancialmente como profecía de hechos futuros que son descritos en términos simbólicos que llevan a y acompañan al fin del mundo. El criterio futurista ha tomado dos formas que llamaremos moderada y extrema. La última también es conocida por dispensacionalismo. Las siete cartas son vistas como siete etapas sucesivas de la historia eclesiástica, representadas simbólicamente. El carácter de las siete iglesias describe las principales características de los siete períodos de la historia eclesiástica, el último de los cuales ha de ser de declinación y apostasía (Laodicea). El rapto de Juan simboliza el rapto de la iglesia al fin de los tiempos. Los capítulos 6 al 8 describen el período de la gran tribulación; es el último breve pero terrible período de la historia de la iglesia cuando el Anticristo hará todo menos destruir al pueblo de Dios. En el criterio dispensacionista, el pueblo de Dios es Israel, restaurado a Jerusalén, protegido por un sello divino (7:1-8), con un templo reconstruido (11:1-3), que sufre la ira del Anticristo. La iglesia ya no está en la tierra, porque ha sido llevada para estar con el Señor en los aires.

Un criterio futurista moderado difiere del extremo en varios puntos. No encuentra razón, como hace el anterior, para distinguir drásticamente entre la iglesia e Israel. El pueblo de Dios que enfrenta la persecución es la iglesia. Además, no hay razón para ver en las siete cartas un presagio de siete épocas de la historia eclesiástica. No hay evidencia interna alguna para esa interpretación; son cartas espontáneas a siete iglesias históricas. Sin embargo, este criterio concuerda que el propósito primordial del libro es describir la consumación del propósito redentor de Dios y el fin de los tiempos.

Parece válida la objeción en contra de ello de que si el libro está concebido para tratar primordialmente con hechos que se encuentran en el futuro distante, su mensaje tiene poca importancia para las iglesias del siglo I a las que fue dirigido. Este es un argumento que no puede ser llevado muy lejos, porque de lo contrario quitaría toda trascendencia a muchas profecías del Antiguo Testamento. Los profetas no sólo hablaban de hechos contemporáneos; continuamente relacionaban los hechos históricos contemporáneos con el último gran hecho al fin de la historia: el día del

Señor, cuando Dios visitará a su pueblo para redimirlo y establecer su reino.

Esto nos lleva a una característica de la profecía del Antiguo Testamento que también lo es del Apocalipsis y que resuelve este problema de la distancia y la importancia. Como acabamos de señalar, los profetas tienen dos focos en su perspectiva profética: los hechos del presente y el futuro inmediato y el hecho escatológico definitivo. Estos dos son mantenidos en dinámica tensión, con frecuencia sin distinción cronológica, porque el propósito principal de la profecía no es dar un programa o carta del futuro, sino arrojar luz sobre la consumación escatológica en el presente (2 P. 1:19). Así, en la profecía de Amós, el juicio pendiente e histórico sobre Israel a manos de Asiria era llamado el día del Señor (Am. 5:18,27) y la salvación escatológica de Israel también ocurrirá en ese día (9:11). Isaías trazó el cuadro de la caída de Babilonia con colores apocalípticos como si fuera el fin del mundo (Is. 13:1-22). Sofonías describió alguna visitación histórica desconocida (para nosotros) como el día del Señor que consumiría toda la tierra y sus habitantes (1:2-18) como por fuego (1:18; 3:8). Joel se movió imperceptiblemente de las plagas históricas de las langostas y la sequía a los juicios escatológicos del día del Señor.

En otras palabras, el juicio histórico inminente es visto como un tipo o preludeo del juicio escatológico. Los dos a menudo son integrados en aparente descuido de la cronología, porque el mismo Dios que actúa en el juicio histórico inminente también actuará en el juicio escatológico final para llevar a cabo su propósito redentor. De ese modo, Daniel vio al gran enemigo escatológico del pueblo de Dios como el reino histórico de Grecia (Antíoco Epífanés, del reino seléucida; 11:3) que tomaba la coloración del Anticristo histórico (Dn. 12:36-39). De la misma manera, el discurso de nuestro Señor en el Monte de los Olivos se relacionó tanto con el juicio histórico de Jerusalén a manos de los ejércitos romanos (Lc. 21:20ss) como con la aparición escatológica del Anticristo (Mt. 24:15ss). Roma era un precursor histórico del Anticristo.

De ese modo, el Apocalipsis tiene un interés especial en dar seguridad a las iglesias de Asia en cuanto a la salvación escatológica al fin de los tiempos, junto con el juicio de los poderes mundiales malignos; esto tenía importancia inmediata en el siglo I. Porque los poderes demoníacos que se manifestarían en la gran tribulación debían ser vistos en el odio de Roma hacia el pueblo de Dios y la persecución que ellos deberían sufrir a manos de Roma.

Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que el método correcto de interpretar el Apocalipsis es como una integración de los métodos preteristas y futuristas. La bestia es tanto Roma como el Anticristo escatológico; y debemos agregar, cualquier poder demoníaco que la iglesia deba enfrentar en toda su historia. La gran tribulación es primordialmente un hecho esca-

tológico, pero incluye toda tribulación que la iglesia puede experimentar a manos del mundo, sea la Roma del siglo I, sean los poderes del mal posteriores.

Esta interpretación surge de varios hechos objetivos. Primero: la naturaleza de los escritos apocalípticos es relacionarse primariamente con la consumación del propósito redentor de Dios y el fin escatológico de los tiempos. Este es el tema del Apocalipsis: "He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá" (1:7). Segundo: la naturaleza del simbolismo apocalíptico, sea canónico o no, es la de referirse a hechos de la historia que llevan a la consumación escatológica y están relacionados con ella. Tercero: como ya se ha notado, el libro declara ser una profecía. Ya hemos visto que la naturaleza de la profecía es la de arrojar luz desde el futuro hacia el presente.

V. *Estructura*. El contenido principal del libro es fácil de analizar. Después de un capítulo introductorio, siguen cuatro series de siete: siete cartas (2,3), siete sellos (5:1-8:1), siete trompetas (8:2-11:19) y siete copas (15:1-16:21). Estas cuatro series son interrumpidas por varios paréntesis que entorpecen brevemente el flujo de la narración y no pertenecen a las cuatro series de siete. El libro concluye con el juicio de Babilonia, la civilización apóstata, el triunfo final y la consumación del reino de Dios y el descenso de la Jerusalén celestial (caps. 17-21).

En cuanto a la estructura literaria, el libro consiste en cuatro visiones, cada una de las cuales es introducida por una invitación a "venir y ver" lo que Dios se propone descubrir (1:9; 4:1; 17:1; 21:9). El libro concluye con un epílogo.

I. PROLOGO 1:1-8

1. Introducción del libro 1:1-3
2. Saludos 1:4,5a
3. Una doxología a Cristo 1:5b,6
4. El tema del libro 1:7
5. El imprimátur divino 1:8

II. LA PRIMERA VISION 1:9-3:22

1. El Revelador: el Cristo glorificado 1:9-20
2. Las siete cartas 2:1-3:22
 - (1) La carta a Efeso 2:1-7
 - (2) La carta a Esmirna 2:8-11
 - (3) La carta a Pérgamo 2:12-17
 - (4) La carta a Tiatira 2:18-28
 - (5) La carta a Sardis 3:1-6
 - (6) La carta a Filadelfia 3:7-13
 - (7) La carta a Laodicea 3:14-22

III. LA SEGUNDA VISION 4:1-16:21

1. El trono celestial 4:1-11
2. Los siete sellos 5:1-8:1
 - (1) El libro sellado 5:1-14
 - (2) Los seis sellos 6:1-17
 - a. El primer sello 6:1,2
 - b. El segundo sello 6:3,4
 - c. El tercer sello 6:5,6
 - d. El cuarto sello 6:7,8
 - e. El quinto sello 6:9-11
 - f. El sexto sello 6:12-17
 - (3) Un paréntesis: Las dos multitudes 7:1-17
 - a. Los 144.000 7:1-8
 - b. La multitud incontable 7:9-17
 - (4) El séptimo sello 8:1
3. Las siete trompetas 8:2-14:20
 - (1) Las seis trompetas 8:2-9:21
 - a. Preparación 8:2-6
 - b. La primera trompeta 8:7
 - c. La segunda trompeta 8:8,9
 - d. La tercera trompeta 8:10,11
 - e. La cuarta trompeta 8:12,13
 - f. La quinta trompeta 9:1-12
 - g. La sexta trompeta 9:13-21

- (2) Intervalo 10:1-11:13
 - a. El ángel y el librito 10:1-11
 - b. La medición del templo y los dos testigos 11:1-13
- (3) La séptima trompeta 11:14-19
- (4) Un paréntesis 12:1-14:20
 - a. El dragón, la mujer y su simiente 12:1-17
 - b. Las dos bestias 13:1-18
 - c. Visión de seguridad 14:1-20

- 4. Las siete copas 15:1-16:21
 - (1) La preparación 15:1-8
 - (2) La primera copa 16:1,2
 - (3) La segunda copa 16:3
 - (4) La tercera copa 16:4-7
 - (5) La cuarta copa 16:8,9
 - (6) La quinta copa 16:10,11
 - (7) La sexta copa 16:12-16
 - (8) La séptima copa 16:17-21

IV. LA TERCERA VISION 17:1-21:8

- 1. El misterio de Babilonia 17:1-18
- 2. El juicio de Babilonia 18:1-19:5
 - (1) Anunciones angelicales de la caída de Babilonia 18:1-3
 - (2) Advertencia al pueblo de Dios 18:4,5
 - (3) El clamor de venganza 18:6-8
 - (4) Lamento de reyes y mercaderes 18:9-19
 - (5) Explosión de alabanza 18:20
 - (6) La destrucción de Babilonia 18:21-24
 - (7) Acción de gracias por el juicio de Babilonia 19:1-5
- 3. El triunfo final y la consumación 19:6-21:8
 - (1) Las bodas del Cordero 19:6-10
 - (2) La venida de Cristo 19:11-16
 - (3) La batalla del Cristo y el Anticristo 19:17-21
 - (4) La atadura de Satanás, la resurrección y el reino milenial 20:1-6
 - (5) La destrucción final de Satanás y la muerte 20:7-15
 - (6) La nueva creación 21:1-8

V. LA CUARTA VISION: La Jerusalén celestial 21:9-22:5

V. EPILOGO 22:6-21

CAPITULO UNO

Prólogo y primera visión

TITULO. El Apocalipsis de San Juan. Esta es la forma más antigua del título de este libro. No era parte original del libro mismo, pero ha estado prefijado a éste desde una época muy temprana en la historia de su circulación. Obviamente es derivado de 1:1. Aunque el título “La Revelación de San Juan el Divino” aparece en manuscritos griegos antiguos, no se encuentra antes de Eusebio, en el siglo IV.

I. PROLOGO (1:1-8)

1. INTRODUCCION DEL LIBRO (1:1-3)

Versículo 1. **La revelación.** La palabra griega *apokalypsis* tiene varios significados. El significado simple de la palabra es el de descubrir algo que está encubierto (Lc. 12:2), pero en el Nuevo Testamento generalmente tiene una connotación distintivamente religiosa, que designa la revelación sobrenatural de verdades divinas, desconocidas a los hombres e imposibles de ser descubiertas por ellos (Ro. 16:25; Gá. 1:12). En la versión griega de Teodocio del libro de Daniel, la palabra es usada varias veces para referirse

a la exposición divina, por medio del profeta al rey, de hechos que, en la providencia de Dios, estaban destinados a ocurrir en el futuro. En el Nuevo Testamento, lo que es revelado es la buena nueva completa sobre el plan redentor de Dios que está encarnado en Jesucristo; plan redentor que será consumado en grandes hechos escatológicos que también son revelados al pueblo de Dios (Ro. 8:18; 1 Co. 1:7; 2 Ts. 2:8; 1 P. 1:13; 5:1). En nuestro caso, la revelación fue dada a Juan por medio de visiones, cuyo contenido él escribió en el libro que tenemos por delante.

La palabra "apocalipsis" ha sido tomada de la revelación de Juan por los modernos eruditos y aplicada al género de la literatura judeocristiana llamada "apocalíptica". Sin embargo, la palabra no se usa aquí como designación técnica del libro, sino de su contenido: una revelación de las cosas que pronto han de tener lugar. Muchos eruditos insisten que el Apocalipsis está en el mismo nivel que los apocalipsis judíos como *Enoc*, la *Asunción de Moisés*, el *Cuarto libro de Esdras*, el *Apocalipsis de Baruc* y otros. Ciertamente, el Apocalipsis pertenece al mismo tipo de literatura y pueden encontrarse claras indicaciones en el estudio de la misma que ayuda a interpretar este libro. Estas obras son similares en sus pretensiones de ser revelaciones de hechos desconocidos a los hombres, en su uso de visiones y sueños, en su uso igual del simbolismo que a menudo es curioso y fantástico, en su misma preocupación sobre el fin del mundo y la venida del reino de Dios y en su común adhesión a un tipo de escatología "apocalíptica", o sea cósmico-catastrófica.

Sin embargo, el Apocalipsis ocupa un puesto aparte de los libros judíos en varios aspectos notables. Los apocalipsis judíos son seudónimos, o sea que para darles validez, son atribuidos a santos antiguos de Israel, muertos mucho antes. Juan es único al colocar el nombre de un autor contemporáneo bien conocido por los destinatarios. Los apocalipsis judíos son seudopredictivos, o sea que el escritor asume suposición en un punto de la historia pasada y entonces reescribe la historia bajo el disfraz de profecía por medio del uso de símbolos. Juan se ubica en la posición de su propio día y mira hacia adelante hasta la consumación del propósito redentor de Dios. Los apocalipsis tienden a ser pesimistas, o sea que desesperan de la acción de Dios en la historia, considerándola bajo la calamitosa influencia de los malos espíritus satánicos. Toda esperanza está colocada en el futuro. Si bien Juan comparte el interés en el futuro, el futuro depende de lo que Dios ha hecho en la historia contemporánea en la redención obrada en la muerte de Jesús de Nazaret. Esto se simboliza con la figura del León, que es el Cordero muerto. La historia es la escena de la redención; sólo el crucificado puede resolver el acertijo de la historia. En todos estos rasgos, Juan refleja su carácter profético y se aleja de los apocalipsis judíos. Además, es un hecho de gran significado que, mientras que el Apocalipsis está lleno de alusiones verbales al Antiguo Testamento, carece completamente

de alusiones similares a los escritos apocalípticos judíos conocidos.

De Jesucristo. Gramaticalmente, estas palabras pueden ser interpretadas de dos maneras, sea como genitivo objetivo o subjetivo. Unos pocos comentaristas lo toman en el primer sentido y la frase realmente aparece en ese sentido en otra parte del Nuevo Testamento (Gá. 1:12). Juan recibió una revelación de Jesucristo, quien es el objeto y el contenido de la revelación. Esto resulta coherente y es verdad que los hechos expuestos a Juan ocurrieron sólo por el señorío de Cristo en el mundo. Pero en su actual contexto, la frase debe ser considerada un genitivo subjetivo. El objeto de la revelación son las últimas cosas que Dios dio a Cristo, quien a su vez muestra a sus siervos que deben ocurrir. Dios el Padre es la fuente final y la fuente inicial de toda revelación; Dios el Hijo es el agente por medio de quien esta revelación es impartida a los hombres. Esto es verdad aun del Cristo exaltado. Que el Hijo recibió lo que es y lo que tiene del Padre, es una verdad neotestamentaria en general, que es enfatizada en particular en el Evangelio de Juan (Jn. 3:35; 5:20ss,26; 7:16 y 8:28). Se nos recuerda el dicho de nuestro Señor: “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre” (Mr. 13:32).

Las palabras “que deben suceder pronto” contienen un eco de Daniel 2:28. Aunque Juan pocas veces cita el Antiguo Testamento de manera formal, su libro está lleno de alusiones evidentes a los escritos proféticos. Este es un hecho cuya significación es pasada por alto por muchos críticos modernos. La mente de Juan estaba saturada con el Antiguo Testamento y él esperaba que tales alusiones pasajeras tuvieran significado para sus lectores. Sin embargo, no hay una sola alusión a cualquier escrito apocalíptico judío conocido. Esto sugiere que el Apocalipsis no es, como muchos han dicho, simplemente una pieza de lo apocalíptico judío que ha sido “bautizada” en la iglesia cristiana. El trasfondo de Juan era mucho más que el de los profetas del Antiguo Testamento, aun cuando hacía uso de un simbolismo apocalíptico.

En los apocalipsis judíos, tenemos un significativo factor determinista, que a veces casi da la impresión de que el curso de los hechos estaba tan inflexiblemente predeterminado que Dios mismo estaba ligado a ellos. Dado que los hechos estaban predeterminados, sería posible que alguien que tuviera visión calculara los tiempos y sazones y estableciera cuándo vendría el fin. Ciertamente el Nuevo Testamento está libre de ese espíritu de cálculo. “De el día y la hora nadie sabe” (Mt. 24:36). Sin embargo, Dios es soberano; tiene un plan redentor que en su propio tiempo *debe* ser cumplido. Nada puede impedir la segura consumación del reino de Dios.

Estos hechos “deben suceder pronto” (cf. 11:18; 22:10). Estas palabras han perturbado a los comentaristas. La solución más simple es la de tomar el criterio preterista y decir que Juan, como toda la comunidad cristiana primitiva, pensaba que la venida del Señor estaba cercana, cuando de he-

cho estaban errados. Nuestro Señor mismo parecía compartir el error en cuanto a perspectiva al decir: "No pasará esta generación hasta que todo esto acontezca" (Mr. 13:30). Otros han interpretado que la frase quiere decir: "Estos hechos deben comenzar pronto"; otros, "ciertamente deben comenzar"; aun otros más, "lentamente irán ocurriendo". O sea que, una vez que los hechos comiencen, el fin llegará rápidamente.

Sin embargo, no puede evitarse el significado simple. El problema es producido por el hecho de que los profetas tenían poco interés en la cronología y el futuro siempre era considerado inminente. En la introducción señalamos que los profetas del Antiguo Testamento mezclaban las perspectivas cercanas y lejanas como para formar un solo plano. La profecía bíblica no es primordialmente tridimensional, sino bidimensional; tiene altura y ancho, pero se preocupa poco con la profundidad, o sea con la cronología de los hechos futuros.¹ En la profecía bíblica hay una tensión entre el futuro inmediato y el distante; lo distante es visto a través de la transparencia de lo inmediato. Es verdad que la iglesia primitiva vivía en la esperanza de la expectativa del fin. Relajarse y decir "¿Dónde está la promesa de su venida?" era transformarse en un burlador de la verdad divina. La actitud "bíblica" es "Mirad, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo" (Mr. 13:33).

Versículo 2. La revelación es impartida por el Hijo por medio de la posterior mediación de su ángel. Los ángeles juegan un prominente papel en este libro, pero es más bien notable que el ángel no aparece como quien imparte las visiones sino hasta el capítulo 17 (17:15; cf. 19:9; 21:9; 22:16). La revelación no es especulación humana; es la **palabra de Dios**, y el **testimonio de Jesucristo**.

En el Nuevo Testamento, la "palabra de Dios" es casi siempre la palabra hablada más bien que la escrita. En otro lugar del Apocalipsis, "la palabra de Dios" es el evangelio (1:9; 6:9; 20:4); aquí designa el contenido de la revelación dada a Juan. La palabra de Dios no es considerada en la Biblia meramente como un medio de comunicar la verdad, sino como una entidad activa, dinámica. En el comienzo, Dios habló y fue hecho (Sal. 33:9). La palabra de Dios sale al mundo a cumplir lo que se propone (Is. 55:11). Al fin, la palabra de Dios irá delante y sus propósitos redentores serán llevados a la consumación. Es significativo que la única arma del Cristo conquistador es la espada que surge de su boca: su palabra (Ap. 19:15).

"El testimonio de Jesucristo" es un genitivo subjetivo, o sea el testimonio presentado por Jesucristo. La revelación es una palabra de Dios que es autenticada por Cristo (cf. 22:16,18,20). Este testigo puede incluir no sólo el testimonio inmediato de Cristo en la revelación concedida a Juan, sino también el testimonio de su vida en la tierra y su misión redentora cuando la palabra se hizo carne (Jn. 1:14).

Versículo 3. **Bienaventurado**. Hay siete bienaventuranzas en el libro:

1:3; 14:13; 16:15; 19:5; 20:6; 22:7,14. Aquí se pronuncia una bienaventuranza sobre aquellas congregaciones cristianas en las que sería leída en voz alta la revelación de Juan. Se puede probar que ése es el significado por las palabras **los que oyen**. Esto no es una referencia a la lectura privada y estudio, sino a la adoración pública. La iglesia primitiva adoptó la práctica judía de leer en la congregación (Ex. 24:7; Neh. 8:2; Lc. 4:16; Hch. 13:15; 15:21; 2 Co. 3:15). Pablo esperaba que sus cartas fueran leídas en las asambleas (Col. 4:16; 1 Ts. 5:27). El Apocalipsis no sólo era dado para impartir información sobre el futuro, sino también para ayudar al pueblo de Dios en el presente quien debe guardar **las cosas en ella escritas**. Aquí hay una reminiscencia de las palabras de Jesús en Lucas 11:28: “Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan”. El Apocalipsis contiene muchas exhortaciones a la fe, la paciencia, la obediencia, la oración y la vigilancia. El hecho de que este es un libro de *profecía*, es algo que lo coloca a la par con los profetas del Antiguo Testamento.

2. SALUDOS (1:4,5a)

Versículo 4. **Juan, a las siete iglesias que están en Asia**. Esta expresión ubica a nuestro libro fuera del material apocalíptico judío en un punto importante; es la forma corriente de introducción usada en el mundo antiguo para escribir cartas. Esto arraiga firmemente a nuestro libro en la historia. Las siete iglesias eran siete congregaciones concretas, históricas en la provincia romana de Asia. ¿Por qué fueron sólo siete las iglesias elegidas para ser receptoras del Apocalipsis? Juan debe haber estado relacionado con otras iglesias, por ejemplo Colosas (Col. 1:2; 2:1), Hierápolis (Col. 4:13) y Troas (Hch. 20:5). Poco después, Ignacio escribió cartas a las iglesias de Magnesia y Trales. No hay indicio en las siete cartas de que representen siete períodos sucesivos de la historia eclesiástica. Sin embargo, siete era uno de los números favorito de Juan y parece tener el simbolismo de plenitud con el cual estaba bien identificado, de modo que pudiera ser una representación de la iglesia en su totalidad. Siete no es un número sagrado. El Anticristo tenía siete cabezas y siete diademas (13:1). El significado aquí es de diversidad dentro de una unidad básica. De ese modo, Juan indicó que, si bien esta revelación era dirigida en particular a siete iglesias que él conocía, su mensaje también era para la iglesia total en general.

Gracia y paz es el saludo cristiano habitual; se lo encuentra con frecuencia en las epístolas neotestamentarias. **Del que es** es una frase imposible de traducir en una forma idiomática en nuestro lenguaje moderno; es una alusión a la forma griega del Exodo 3:14. La frase completa denota la eternidad de Dios que también actúa en la escena de la historia humana. **De los siete espíritus** significa del Espíritu Santo en su séptuple plenitud

(cf. 3:1; 4:5; 5:6). Algunos han visto aquí una referencia a seres angelicales, pero dado que la frase precedente se refiere a Dios el Padre y la frase siguiente a Dios el Hijo, es seguro que Juan incluyó una referencia a Dios el Espíritu Santo, incluyendo así a todas las personas de la Divinidad. En otros lugares, el Nuevo Testamento habla del Espíritu Santo en su pluralidad de funciones (cf. He. 2:4; 1 Co. 12:11; 14:32; Ap. 22:6). La fuente de la idea parece ser Zacarías 4, donde el profeta describe un candelero con siete lámparas que son los ojos del Señor que alcanzan a toda la tierra. El significado de la visión era: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6).

Versículo 5a. Jesucristo es el único que ha dado un fiel testimonio del propósito y obra redentores de Dios (cf. antes sobre 1:2). Es el **primogénito de los muertos** (véase Col. 1:18). La palabra “primogénito” puede ser una referencia al simple hecho de que Jesús fue el primero en resucitar de los muertos y como tal los primeros frutos de la resurrección (1 Co. 15:20). Sin embargo, la palabra puede tener la idea de soberanía más que de cronología; El ocupa el papel del hijo primogénito. Así es en el Salmo 89:27: “Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra”. En virtud de su resurrección, Jesús ha sido exaltado a la posición del hijo primogénito. Esto es apoyado por la frase siguiente: **El es también el soberano de los reyes de la tierra.**

He aquí una de las afirmaciones centrales del Nuevo Testamento, que aparentemente es contradicha por la dura experiencia política, pero que todo cristiano debe confesar. Exteriormente, parecía que Roma gobernaba sin rivales, con poder soberano. La historia humana a través de los siglos puede ser interpretada como el choque de las naciones y el dominio de las más poderosas. Ni antes ni ahora ha sido verdad que siempre ha triunfado el bien y que la justicia siempre ha alcanzado la victoria. Pero detrás de los hechos caóticos de la historia, el creyente reconoce que Jesucristo, que escogió el camino de obediencia y humillación, de hecho ha sido exaltado a la diestra de Dios donde está sentado como Señor, gobernando sobre todos los señores de la tierra. Su segunda venida, de un punto de vista, debe ser entendida como la manifestación al mundo de la soberanía que ya tiene.

La razón más particular para la referencia en este punto era indudablemente la tendencia que surgía de deificar y adorar al emperador romano. El emperador estaba comenzando a usar los títulos de la deidad. Julio César, Augusto, Claudio, Vespaciano y Tito habían sido oficialmente declarados divinos por el senado romano después de su muerte y los tres últimos habían usado el término DIVUS (divino) en sus monedas. Domiciano, el emperador reinante cuando escribió Juan, había hecho progresar esta tendencia, exigiendo que se dirigieran a él como *Dominus et Deus* (Señor y Dios). El culto al emperador era particularmente popular en Asia,

en especial en Efeso. A la luz de esta amenazante situación, Juan recordaba a las iglesias un hecho que siempre tenía que ser una piedra de toque para su conducta, que detrás de toda autoridad política humana, está la soberanía de Aquel que es de hecho, aunque invisible, el Señor sobre todos los reyes de la tierra.

3. UNA DOXOLOGIA A CRISTO (1:5b,6)

Versículo 5b. Juan escribe luego una doxología al Redentor Cristo. Aquí encontramos el primero de numerosos lugares donde el texto crítico moderno ha podido corregir errores que se encontraban en el texto recibido y que estaban en el fondo de las versiones tradicionales. La versión Reina-Valera (RV), dice “nos lavó de nuestros pecados con su sangre”; Nácar-Colunga (NC) dice **nos ha absuelto** o “liberado” **de nuestros pecados por la virtud de su sangre**. No es grande la diferencia teológica, pero siempre debemos preocuparnos por la exactitud del texto. La versión Reina-Valera se basó en sólo unos pocos manuscritos antiguos. Desde entonces se ha descubierto una gran cantidad de manuscritos, los mejores de los cuales son de mediados del siglo IV d.C. Muchas de las diferencias importantes de traducción entre la Reina-Valera y las posteriores se deben a las diferencias de un texto griego inferior o superior.

Los tiempos verbales en la doxología son importantes. **Nos ama**. El amor de Cristo es un hecho permanente.² **Nos ha absuelto de nuestros pecados**: una obra terminada de redención. Aquí está una de las evidencias sin ambigüedad del hecho de que Dios es un Dios de amor que transmite su amor a los hombres por medio de su Hijo. “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). Los cristianos primitivos estaban enfrentando la posible persecución cuando podía parecer que el amor de Dios era oscurecido y sólo el mal era dominante; pero el amor de Dios, a pesar de todas las malas experiencias, está asegurado por un hecho de la historia: la muerte de Jesucristo.

La expresión griega refleja a su vez un hebraísmo, de modo que podemos bien traducir: “nos ha liberado del pecado al precio de su sangre”. En otra parte, Juan escribió: “Con tu sangre nos ha redimido para Dios” (5:9). En la Biblia, *sangre* es una metáfora extraída de la muerte del cordero sacrificial que representa la muerte sacrificial, particularmente en la Pascua, cuando Dios libertó a Israel de la esclavitud de Egipto. El sacrificio de Cristo en la cruz fue el precio de la liberación de los hombres del yugo de sus pecados.

Versículo 6. La relación con el cordero pascual es aclarada en este versículo. **Nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre**. En la Pascua, Dios comisionó a Israel para ser “un reino de sacerdotes y gente santa” (Ex. 19:6). La pregunta que esto levanta es si la iglesia, es llamada “reino”

porque es un pueblo bajo un rey o porque cumple una función real. Esto parece ser resuelto en Ap. 5:10. Cristo ha hecho a los hombres “reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra” (véase Ap. 20:6; 22:5). El pueblo de Dios constituye un reino no sólo porque son gente sobre la cual Dios gobierna sino también porque han de participar en el reino mesiánico de Cristo. He aquí las referencias más claras del Nuevo Testamento donde la iglesia es llamada reino sin proveer adecuado apoyo exegético para identificar a la iglesia con el reino de Dios. Los creyentes son un reino porque cumplen la función de reyes junto con un Rey mesiánico: Jesús. El ha prometido a sus discípulos compartir con ellos su gobierno (véase Mt. 5:2-5; 19:28; Lc. 22:30).

Los creyentes también son **sacerdotes**. Esto no significa que la iglesia sirve como un mediador entre Dios y el resto de la humanidad. Significa que los creyentes no tienen necesidad de más mediación porque tienen acceso a la presencia inmediata de Dios, donde cumplen las funciones sacerdotales de ofrecer sacrificios, adoración y alabanza a Dios (Ro. 12:1; He. 13:15; 1 P. 2:5). Este versículo une a la iglesia y al Israel del Antiguo Testamento en un vínculo de continuidad. La iglesia es el nuevo y verdadero Israel, que hereda los privilegios espirituales del pueblo veterotestamentario de Dios. “Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová, ministros de nuestro Dios seréis llamados” (Is. 61:6).

4. EL TEMA DEL LIBRO (1:7)

Versículo 7. Este reitera el tema del libro: la segunda venida de Cristo y los hechos que llevarán a ella y acompañarán esa gran consumación. Este versículo es una combinación de Daniel 7:13 y Zacarías 12:10, 12, una combinación que también aparece en Mateo 24:30. Es imposible determinar si hay alguna interdependencia entre el Apocalipsis y Mateo en este punto. Lo importante de este pasaje es que el regreso del Señor será un hecho público y visible.

Todo ojo le verá. En los días de su carne, su mesianidad no fue evidente por sí misma. Cuando Jesús estaba siendo juzgado ante el Sanedrín, el sumo sacerdote le preguntó: “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” (Mr. 14:61). Si esto era cierto, ¿cómo podía ponerse en duda tal hecho? Jesús contestó: “Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mr. 14:62). Su respuesta de hecho fue: “Hoy puedes desafiar mi ministerio mesiánico, pero llegará el día cuando ya no habrá más duda sino que será evidente para todos”. Es ocioso especular cómo ocurrirá este hecho y cómo será posible que Jesús sea visible para todo el mundo al mismo tiempo. Lo que este pasaje significa es que el señorío que le pertenece, pero que ahora sólo es reconocido por los creyentes y confesado sólo por la fe, llegará a ser inescapablemente

evidente al mundo entero. Es interesante notar que este hecho no es descrito en ninguna parte en los términos de este versículo del Apocalipsis. El regreso de Cristo es retratado en el capítulo 19, donde viene cabalgando en un caballo blanco para derribar a los enemigos de Dios.

Y los que le traspasaron. Probablemente esto no deba ser tomado primordialmente o exclusivamente como que significa a aquellos que crucificaron físicamente a Jesús, sino a todos los que en toda época compartieron la indiferencia y la hostilidad que subyace detrás de este hecho. El crucificado debe ser reconocido como rey y juez del mundo.

La expresión **todos los linajes de la tierra harán lamentación por él** es difícil. Normalmente, esta expresión significa que el crucificado ha llegado a ser objeto de su dolor, es decir, que se están doliendo porque le han crucificado. Esto significaría que los hombres serían convictos del mal de su terrible crimen y buscarían arrepentidos el perdón de Dios. Sin embargo, en el libro del Apocalipsis no hay indicación del arrepentimiento de los impíos. Por lo contrario, el juicio de Dios sólo servirá para confirmar a los impíos en su impiedad (9:20; 16:9,11). Por lo tanto, probablemente tenemos que entender que Cristo no es el objeto, sino la ocasión de su dolor; lloran sobre El por el terrible juicio que ha de ser infligido sobre ellos.

5. EL IMPRIMATUR DIVINO (1:8)

Versículo 8. Antes de que Juan recibiera su primera visión, se le dio una reafirmación del señorío soberano de Dios sobre la historia. **El Alfa y la Omega** son la primera y la última letras del alfabeto griego y por lo tanto incluyen todo lo que es contenido entre ellas. Dios es el comienzo absoluto y el final y, por lo tanto, Señor en todo lo que ocurre en la historia humana. Es al mismo tiempo el eterno, el trascendente, que no es afectado por los conflictos de la historia, aquel **que es y que era y que ha de venir**. Como Aquel que ha de venir, aún visitará a los hombres para llevar a la historia a su consumación divinamente decretada. **El Todopoderoso** puede ser traducido mejor como “el que todo lo gobierna”.

II. LA PRIMERA VISION (1:9-3:22)

1. EL REVELADOR: EL CRISTO GLORIFICADO (1:9-20)

Luego Juan describe la oportunidad de la revelación y relaciona la primera visión, una visión de Jesús, ahora exaltado y glorificado, que es el fondo y la condición de todo el despliegue de “las cosas que deben suceder pronto”.

Versículo 9. Juan recibió orden de enviar a las siete iglesias de Asia las

visiones que habría de recibir. Era bien conocido por ellas y mantenía un vínculo de fraternidad con los cristianos de Asia como **hermano**. Compartía con ellos la **tribulación, en el reino**. La tribulación es la suerte del pueblo de Dios en esta época. “En el mundo tendréis aflicción” (Jn. 16:33). “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22). Detrás de la historia humana, hay enormes poderes espirituales en conflicto el uno con el otro, el reino de Dios y el poder de Satanás. La iglesia está entre ambos. La iglesia es el pueblo al cual el reino ha venido y que heredará el reino cuando venga, pero como tal es el objeto del odio satánico, está destinada a sufrir tribulación. La tribulación incluye aquí todo el mal que pueda caer sobre la iglesia, pero especialmente la gran tribulación final, que sólo será la intensificación de lo que la iglesia ha sufrido en la historia. Debido a esos males previstos, se necesita **paciencia**. “El que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mt. 24:13).

Sin embargo, todas estas penurias serán experimentadas en **Jesús**. Aquí encontramos el paralelo de Juan a la frecuente expresión paulina “en Cristo”, que significa la unión espiritual del creyente con su Señor. Es interesante que luego de la salutación en 1:5, donde se hace referencia al Señor como “Jesucristo”, a lo largo de todo el libro se lo menciona simplemente como “Jesús” (la versión Reina-Valera tiene Jesucristo varias veces, inclusive aquí, pero esta traducción se basa en un texto inferior). El uso del simple nombre “Jesús” vuelve la atención a su vida en la carne.

Juan **estaba en la isla llamada Patmos**. El lenguaje empleado aquí sugiere que Juan ya no estaba en Patmos al escribir el libro. Aparentemente recibió la visión en Patmos, pero redactó el libro en algún momento posterior. Patmos es una de un grupo de pequeñas islas al sudoeste de la costa de Asia. Tiene unos quince kilómetros de largo y diez de ancho; es una isla árida, volcánica con colinas que se elevan a unos trescientos metros. Hay referencias en la literatura romana que apoyan el criterio de que tales islas eran usadas para exilio de delincuentes políticos. No hay evidencia de que el exilio de Juan fuera parte de una persecución general de la iglesia, sea en Roma o en Asia. Sin embargo, el gobernador tenía autoridad para mandar personas al exilio por razones políticas y desde los primeros días, la iglesia ha estado bajo la acusación de sedición política (véase Hch. 17:7). En el tiempo del emperador Nerón, los cristianos fueron señalados como adherentes de una religión nueva y, desde el punto de vista romano, potencialmente peligrosa. Antes de Nerón, el movimiento cristiano era generalmente visto como un movimiento dentro del judaísmo. En la instancia presente, Juan aparentemente había sido acusado ante el gobernador de Asia de sedición debido a **la palabra de Dios y el testimonio de Jesús**, o sea por su predicación del evangelio de Jesús el Mesías. Otros interpretan el pasaje pensando que significa que estaba en Patmos a fin de recibir la palabra de Dios y escribir así el Apocalipsis; hay también quienes dicen que estaba en

Patmos para predicar el evangelio.

Versículo 10. Se encontraba **en el Espíritu en el día del Señor**. Algunos intérpretes ven en la última expresión una referencia al día escatológico del Señor, como si Juan hubiera sido transportado en éxtasis de su imaginación al fin de la historia, de modo que pudiera ser testigo de los grandes hechos de ese día para ser expuestos. Es mucho más probable que veamos aquí el lenguaje que estaba surgiendo que se refería al día del Señor como el día distinto de los cristianos para la devoción religiosa. Sabemos por otras referencias que el primer día de la semana era de gran importancia para los cristianos. Se reunían para romper el pan en primer día de la semana (Hch. 20:7) y hacían ofrendas de amor en el primer día (1 Co. 16:2). Aquí encontramos la primera evidencia de que el día era considerado como especialmente consagrado al Señor, porque era el día de su resurrección. El surgimiento de la observancia del domingo en lugar del sábado judío fue un proceso histórico gradual y aquí tenemos el comienzo del proceso.

El uso de Juan de “en el Espíritu” aquí no debe ser confundido con la expresión idiomática de Pablo “en el Espíritu”, que es el estado normal del andar cristiano (Ro. 8:9). Aquí la frase significa estar tomado en una experiencia extática para entrar en un trance (véase Hch. 11:5; 22:17). Pablo describe una experiencia así en 2 Corintios 12:2, cuando fue “llevado al tercer cielo” y “oyó cosas que no le es dado al hombre expresar”. Esos estados de trance eran experimentados con frecuencia por los profetas del Antiguo Testamento, pero no eran el único medio de revelación. A menudo, los profetas hablaban la palabra de Dios como una profunda convicción que les oprimía en lo más profundo de su ser y en el Nuevo Testamento la frase “la palabra de Dios” se usa con mucha frecuencia para referirse a la tradición oral del evangelio como en el versículo 9. En el caso de Juan, los hechos del fin le fueron presentados en visiones extáticas. Oyó una voz no identificada —pudo ser la voz de Cristo, pero más probablemente la voz de un ángel (véase 4:1)— que le ordenaba escribir en un libro lo que iba a ver y enviarlo a las siete iglesias que se mencionaba en la lista. A diferencia de los libros modernos que se hacen de hojas cosidas juntas, un libro antiguo consistía en una larga tira de papiro enrollado. Además, antes de la invención de la imprenta en tiempos relativamente modernos, todos los libros tenían que ser escritos a mano.

Versículo 12. Al volverse para observar la fuente de la voz, Juan recibió la primera visión: la del Cristo exaltado. Primero vio **siete candeleros de oro**. En el lugar santo del templo judío había un solo candelabro que tenía siete lámparas (Ex. 25:36). Un candelabro de siete brazos jugaba un papel importante en la visión de Zacarías, aparentemente para representar a Israel (Zac. 4:2). En la visión de Juan, los candeleros representaban a la iglesia, que ahora había llegado a ser la luz del mundo. Sin embargo, Juan

vio siete candeleros separados, que representaban las diferentes iglesias. En los tiempos del Nuevo Testamento, la iglesia no era, como la nación de Israel, un solo pueblo visto exteriormente. En la visión del Nuevo Testamento, cada iglesia local debe ser vista como la iglesia universal en toda su plenitud. Que la unidad de la iglesia no se encuentra en la organización, sino en su relación con Cristo se retrata en el versículo 16, donde Cristo sostiene siete estrellas en su mano derecha. Las siete estrellas eran la contraparte celestial de las siete iglesias, mientras que las siete lámparas eran las iglesias concretas. Su función era la de dar luz en el mundo (Mt. 5:14). Si la luz fallara el candelero sería removido (Ap. 2:5).

Versículo 13. En medio de los siete candeleros Juan vio a uno semejante al Hijo del Hombre. En su visión de la venida del reino de Dios, Daniel vio a Dios mismo sentado en su trono, rodeado por huestes de ángeles que le servían. “Y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días” (Dn. 7:13). Más tarde, “el Hijo del Hombre” llegó a ser una expresión fija de carácter mesiánico, para designar al Salvador celestial y era el título favorito de Jesús para designar su propia persona y misión. Esta referencia nos lleva directamente hasta Daniel y sirve, no tanto para designar a Jesús como Rey celestial, sino más bien para señalar que es como un hombre, pero al mismo tiempo no es meramente un hombre; es un ser sobrenatural. En la visión, Jesús estaba vestido **de una ropa... con un cinto de oro**; era el hábito del sumo sacerdote (Ex. 28:4; 39:29). Sin embargo, los profetas podían estar vestidos de forma similar (Zac. 3:4) de modo que no es claro si esto tiene la intención de designar específicamente el sumo sacerdocio de Cristo o meramente la dignidad de su persona.

Versículo 14. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve. Esto no es para representar la no pecaminosidad de Jesús o su santidad, sino su deidad. Cristo comparte esto con Dios el Padre (Dn. 7:9), cuya vestidura es blanca como la nieve y el cabello de su cabeza como pura lana. En Daniel estas características pertenecían al “Anciano de días”. Juan los usa para mostrar que Cristo comparte la existencia eterna con el Padre. **Sus ojos como llama de fuego.** Este aspecto vuelve a aparecer: para la iglesia de Tiatira, Cristo era alguien cuyos ojos eran como una llama de fuego (2:18), lo que parece simbolizar al Cristo conquistador que destruye a sus enemigos. Podemos llegar a la conclusión de que simboliza la omnisciencia combinada con su santa ira dirigida contra aquello que no es santo.

Versículo 15. Sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno. Esto puede parecer como que sus pies estaban brillando aunque estaban quietos dentro del horno o que eran como bronce que acaba de pasar por el horno de la purificación. No es claro si esto tiene por fin representar a cualquier característica particular o meramente agregar

algo a la magnificencia y fuerza del retrato. **Su voz como estruendo de muchas aguas**, es decir, poderosa.

Versículo 16. **Tenía en su diestra siete estrellas**. Esto significaba su cuidado de las iglesias (1:20; véase Jn. 10:28).

De su boca salía una espada aguda de dos filos. La espada del Espíritu es la Palabra de Dios (Ef. 6:17). La palabra de Dios es más aguda que una espada de dos filos y es invencible para lograr su propósito (He. 4:12). La única arma de guerra usada por el Cristo conquistador en el capítulo 19 era una espada que salía de su boca (Ap. 19:5). Tomado literalmente, esto sería realmente una figura grotesca, pero entendido simbólicamente, expresa una sublime verdad. El hablaría y todo sería hecho. Esto trasciende toda la imaginación y especulación humanas. Sin embargo, es análogo al relato de la creación: Dios habló y fue hecho (Gn. 1:3).

Su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Esta es la forma juanina de describir la gloria del Cristo exaltado. En el momento de su encarnación, estaba cargado de debilidad y fragilidad humanas, soportó la tentación y las pruebas comunes al hombre y finalmente sucumbió a la misma muerte. Este mismo Jesús ahora es exaltado en poder y gran gloria.

Versículos 17-18. Tan abrumadora era la visión que Juan cayó **como muerto**. Esta es una manifestación común de la gloria divina (cf. Is. 6:5; Ez. 1:28; Dn. 8:17; 10:9,11). Nos recuerda la verdad bíblica básica, que a menudo pasamos por alto y olvidamos, de que nadie sino el puro de corazón puede ver a Dios y vivir. Sin embargo, Juan fue reavivado por una mano puesta sobre él y que le dio la seguridad de que no tenía qué temer. Si bien estaba en la presencia del Cristo divino, quien como el Padre es el **primero y el último** (véase 1:8; Is. 44:6; 48:12), también estaba en presencia de Aquel que por el bien de los hombres compartió su destino y **estuvo muerto** y que ahora es **el que vive**.

Por su resurrección, Cristo no sólo volvió al ámbito glorioso de donde había venido; entró a una nueva vida en la cual la muerte ha sido conquistada para siempre. No sólo había vuelto a la vida **por los siglos de los siglos**. No sólo había sido levantado de la muerte; había llegado a ser el conquistador de la muerte misma y tenía **las llaves de la muerte y del Hades**. Las llaves, en el pensamiento judío, eran un símbolo de autoridad (Mt. 16:19). El Hades designaba el estado intermedio de los muertos y era el equivalente griego del Sheol del Antiguo Testamento. La muerte había perdido todo su terror, porque Cristo había obtenido las llaves, de modo que podía abrir las puertas de la tumba y llevar a los muertos a la vida eterna.

Versículo 19. La orden de Cristo a Juan es repetida; se lo dijo: **Escribe las cosas que has visto**, o sea la visión del Cristo glorificado, y **las que son**, es decir, el estado de las siete iglesias del Asia en los capítulos 2 y 3 y **las que han de ser después de éstas**, o sea la consumación del propósito redentor de Dios y la venida del reino de Dios. Esto comienza con la ruptura de

los siete sellos en el capítulo 7 y continúa hasta el fin del libro.

Versículo 20. La primera visión concluye con una explicación del **misterio de las siete estrellas... y los siete candeleros de oro**. La verdad esencial es que, como Cristo está entre los siete candeleros, siempre está en infaltable comunión con las iglesias de la tierra, por perseguidas que sean. Al mismo tiempo, las sostiene en su mano: esto retrata su poder de guardar y proteger a una iglesia bajo la persecución.

La expresión, **los ángeles de las siete iglesias**, representados por las siete estrellas en la mano de Cristo, es difícil, especialmente dado que cada una de las siete cartas fue dirigida al ángel de cada iglesia respectiva. Este hecho ha llevado a muchos comentaristas a la conclusión de que un ángel representaba a un obispo de la iglesia. Esto sería una buena solución del problema, si no fuera por el hecho de que viola el uso neotestamentario. *Aggelos* no era usado por los líderes cristianos y en las siete cartas no son reprendidos ni los ángeles ni los obispos. Otro significado de *aggelos* es “mensajero” y los “ángeles” se consideran como los siete mensajeros que llevaron las cartas a las siete iglesias en Asia. El significado exacto de la palabra es *ángel* y la idea natural es que las iglesias en la tierra tienen ángeles en el cielo que las representan. Sin embargo, el hecho de ángeles que simbolizan o representan hombres no aparece en toda la literatura apocalíptica. Algunos han sentido que los ángeles son guardianes ángeles de las iglesias. Es mejor entender que un símbolo más bien desacostumbrado representa el carácter celestial o sobrenatural de la iglesia.

CAPITULO DOS

Las cartas a las siete iglesias

2. LAS SIETE CARTAS (2:1-3:22)

ANTES DE QUE JUAN describa lo que ha visto en su visión, escribe mensajes a siete de las iglesias de Asia. Las numerosas alusiones a la historia local, la topografía y las condiciones locales de estas iglesias lleva a la inescapable conclusión de que Juan estaba personal e íntimamente relacionado con ellas. Las cartas no están estructuradas en forma estrictamente epistolar: son mensajes especiales dirigidos a las siete iglesias. El libro como un todo tiene la forma de una carta. Además, la frase repetida siete veces: "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias" sugiere que el mensaje de cada carta tiene como intención una audiencia más amplia que la mera iglesia local.

Las siete cartas están estructuradas según un plan común. Cada carta es introducida por una breve caracterización de Cristo tal como ha sido retratado en el primer capítulo. Generalmente, esta caracterización es adaptada a la situación en la iglesia local. Esta es seguida por palabras de alabanza por las buenas cualidades que se encuentran en esa iglesia en particular. Una excepción es Laodicea, donde no se encuentra nada que alabar. Luego siguen palabras de crítica por las fallas de cada iglesia. Una vez más, la crítica falta en las cartas a Esmirna y Filadelfia, donde no se encuentra nada que reprochar. Cada carta termina con una palabra de promesa, en especial a aquellas que son victoriosas.

(1) La carta a Efeso (2:1-7)

Versículo 1. **Efeso** era tanto la ciudad más destacada del Asia como la sede de la iglesia más importante de la provincia. Hoy Efeso está situada a unos doce kilómetros del golfo del mismo nombre, en una llanura pantanosa, pero en el siglo I era el puerto marítimo más importante del Asia Menor. Efeso era también un centro religioso. Por mucho tiempo, había sido la sede de la Diosa Madre, que era identificada por los griegos con Artemisa (Hch. 19:35). A esta diosa estaba dedicado un enorme templo que era reconocido como una de las maravillas del mundo antiguo. Este templo también llegaría a ser la sede del culto a la diosa Roma y al emperador romano. Las autoridades de Asia de Hechos 19:31 eran los hombres más destacados de la ciudad de entre cuyas filas eran seleccionados anualmente los altos sacerdotes del culto de “Roma y el emperador”. Efeso era también la base de todo tipo de prácticas supersticiosas y era famosa por todo el mundo por sus artes mágicas (véase Hch. 19:19).

La iglesia en Efeso aparentemente fue fundada por dos destacados cristianos, Aquila y Priscila. Habían venido desde Corinto con Pablo a Efeso (Hch. 18:18) y quedaron allí cuando Pablo siguió viaje a Antioquía. Unos dos o tres años después, Pablo volvió a Efeso e invirtió dos años predicando y enseñando el evangelio. Si bien no hay evidencia de que haya visitado cualquier otra ciudad en Asia su trabajo en Efeso llegó a ser el centro de evangelismo para toda la provincia de Asia (Hch. 19:10). Más tarde el trabajo en Efeso fue proseguido por Timoteo, el compañero de Pablo (1 Ti. 1:3) y de acuerdo a las tradiciones de Ireneo y Eusebio, después de la muerte de Pablo, por el apóstol Juan. Efeso era con toda seguridad una de las iglesias a las cuales Pablo dirigió la carta circular que nosotros llamamos Efesios.¹ En los primeros diez años del siglo II, Ignacio, obispo de Antioquía, escribió su primera y más larga carta a los efesios en la cual los alaba por su unidad y su conducta cristiana intachable y por vivir en armonía bajo su obispo cristiano llamado Onésimo.

El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto. La carta a Efeso es precedida por una referencia a Cristo que envuelve un elemento de aliento. El verbo griego usado aquí para “tiene” (o “sostiene”) difiere del que es usado en 1:16. Esta es una palabra fuerte, que indica una forma firme de aferrar, lo que señala que Cristo sostiene a sus iglesias firmemente en su mano, que ellas no serán arrancadas (véase Jn. 10:28). Las palabras también indican la atención continua y la vigilante presencia de Cristo no sólo sobre Efeso, sino sobre todas las iglesias.

Versículo 2. **Obras** es un término amplio que indica no sólo las buenas acciones, sino también todo el culto de la vida y la conducta. Frente a “obras” aparecen opuestos dos sustantivos, **arduo trabajo** y **paciencia**. Las

buenas obras de los efesios consistía en su firme oposición a los falsos maestros que habían surgido en Efeso (véase Hch. 20:29,30) y en su firme negativa a ser llevados por su enseñanza. Sus buenas obras son descritas además en la fuerte declaración de que **no puedes soportar a los malos**. Esto no hace referencia a la mala conducta de sus vecinos profanos, sino a los falsos maestros de la iglesia.

Has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son. Con aquel cuidadoso examen, **los has hallado mentirosos**, aunque eran maestros. Esas palabras reflejan una situación enteramente distinta en los tiempos neotestamentarios de la que prevalece en la moderna iglesia organizada. En la iglesia primitiva surgieron muchos predicadores itinerantes y maestros que pretendían ser voceros del Espíritu Santo y hablar en nombre de Dios. Cuando Pablo amonesta a los tesalonicenses a no apagar al Espíritu (1 Ts. 5:19), reconocía la validez del don profético. Sin embargo, era necesario “probar los Espíritus” (1 Jn. 4:1; véase 1 Ts. 5:20) para determinar si tales maestros llevaban o no la palabra de Dios.

No sólo había falsos maestros, sino también hombres que pretendían ser apóstoles. La cuestión del papel de los apóstoles en la iglesia primitiva no es fácil de resolver, pero parece haber habido dos órdenes de apóstoles: los doce originales, que mantuvieron un papel distintivo (21:14) y un indeterminado número mayor que eran misioneros itinerantes, como Pablo, Santiago, Bernabé, Silas, Andrónico y Junias (Hch. 14:14; 1 Co.15:7; Gá. 1:19; Ro. 16:7). Entre este grupo mayor estaban los falsos profetas, que usaban su pretendido papel de apóstoles para propósitos egoístas más bien que para edificar a la iglesia; tales falsos apóstoles estaban entre los principales opositores de Pablo en la iglesia de Corinto (2 Co. 11:5,13; 12:11).

La iglesia de Efeso se destacaba por su capacidad para distinguir entre los verdaderos y falsos profetas y su negativa a tolerar a los falsos. El hecho de que Ignacio felicite a los efesios porque ningún falso maestro podía obtener auditorio entre ellos (Ignacio, *Efesios*, 19) es un testimonio de que ésta era una característica profundamente arraigada.

Versículo 3. Su trabajo y paciencia por el nombre de Cristo sugieren que el problema de los falsos maestros enfrentado por los cristianos efesios no era una crisis temporaria, sino algo que exigía una severa prueba de su firme adhesión al evangelio. He aquí una iglesia destacada por su pureza doctrinal.

Versículo 4. Aunque su lucha con los falsos maestros no había dejado heridas en la sana doctrina de los cristianos de Efeso, tenía ciertos efectos en su conducta cristiana; los había llevado a abandonar su **primer amor**. Había allí una falla que minaba el mismo fundamento de la vida cristiana. El Señor había enseñado que el amor mutuo había de ser la señal distintiva de la fraternidad cristiana (Jn. 13:35). Los convertidos efesios habían

conocido un amor así en sus primeros años, pero su lucha con los falsos maestros y su odio por la enseñanza herética, aparentemente habían engendrado sentimientos duros y actitudes rudas los unos hacia los otros, en tal medida que llegaban a ser un abandono de la virtud cristiana suprema del amor. La pureza y lealtad doctrinales nunca pueden ser un sustituto del amor.

Versículo 5. La pérdida del amor no era asunto trivial; es tratado como si implicara una caída de la vida cristiana. Los efesios reciben la advertencia: **recuerda** el fervor de tu primera experiencia cristiana, **arrepíentete** porque has caído en pecado y **haz las primeras obras**, o sea las obras del amor. Tal como Pablo escribió a los corintios, todas las buenas obras, hechas en nombre de Cristo, son vacías si no están motivadas por el amor (1 Co. 13:1-3). A menos que los efesios se arrepintieran, Cristo vendría **pronto** y quitaría su **candelero de su lugar**. Algunos intérpretes ven aquí una referencia al juicio que será infligido por Cristo en su segunda venida, pero es más probable que estas palabras se refieran a algún tipo de **visitación** que traería un juicio histórico sobre la iglesia de modo que la destrucción caería sobre ella y dejaría de existir como iglesia.

Versículo 6. Los falsos maestros que eran resistidos en Efeso son definidos más adelante como **nicolaítas**. Estos constituían una secta herética en la iglesia primitiva de la que no sabemos nada fuera de las referencias en el Apocalipsis. Los antiguos padres de la iglesia, a partir de Ireneo, especulaban que formaban una secta fundada por Nicolás, un prosélito de Antioquía (Hch. 6:5), que era uno de los siete. Pero no tenemos información segura a este respecto. Juan vuelve a referirse a estos falsos maestros en la carta a Pérgamo, donde nos da más información sobre ellos.

Los cuales yo también aborrezco. La exhortación a recuperar su primer amor no implica una laxitud doctrinal. El odio de los efesios por tal doctrina falsa es admirable en sí mismo porque el Cristo glorificado expresa odio por tal enseñanza herética. Lo que es reprobado es la influencia de la lucha con la herejía.

Versículo 7. Cada una de las siete cartas concluye con esta admonición a oír lo que el profeta escribe. En estas admoniciones, Juan dirige sus exhortaciones no sólo a la iglesia local, sino también a toda la comunidad cristiana. El énfasis sobre escuchar más bien que sobre leer señala el hecho de que el contenido del Apocalipsis estaba dirigido a ser leído en la adoración en público.

El Espíritu es el Espíritu de Cristo (Ro. 8:9) que interpreta la voz de Cristo (2:1) al profeta. El Nuevo Testamento establece una relación estrecha e íntima entre el Cristo glorificado y el Espíritu Santo, tan íntima que Pablo puede decir: "El Señor es el Espíritu" (2 Co. 3:17). El Cristo glorificado habla a su iglesia por medio del Espíritu y es al mismo tiempo la voz del Espíritu y la voz de Cristo.

La carta concluye con una promesa **al que venciere**. Esta nota de victoria resuena en cada una de las siete cartas. Aunque el Apocalipsis prevé la terrible dominación del mal en la persona del Anticristo en los últimos días, es en realidad una profecía de las victorias que serán ganadas por Cristo y su iglesia. La idea de conquista sugiere acción de guerra. La vida cristiana es una guerra sin reposo contra los poderes del mal. La victoria no es física o mundana; es una victoria análoga a la victoria ganada por Cristo mismo, aun cuando envuelve su muerte en la cruz. “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (3:21). Una visión posterior, después de la aparición de la bestia y su feroz persecución de la iglesia, ve a los mártires de pie delante del trono de Dios, con arpas en sus manos, cantando una alabanza a Dios; son descritos como “los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia” (15:2). En otras palabras, su mismo martirio era su victoria, porque ellos habían dominado todo esfuerzo satánico por hacerles abandonar su lealtad y devoción alejándolos de Cristo y habían permanecido fieles. El conquistador, pues, es la víctima de la persecución, cuya muerte no es una pérdida sino que es en realidad su victoria. El amor y la lealtad a Cristo conquistarán el temor al sufrimiento y la muerte.

Se promete al conquistador que se le dará **a comer del árbol de la vida**. El Apocalipsis concluye con una bienaventuranza sobre los que tienen “derecho al árbol de la vida” (22:14). Este lenguaje es una forma bíblica de expresar la promesa de vida eterna en el reino consumado de Dios; no es una bendición especial concedida a un grupo particular de cristianos; todos los creyentes encontrarán su nombre escrito en el libro de la vida del Cordero (20:15; 21:27). ¿Por qué entonces Juan parece hacer que la promesa de vida eterna sea una bendición particular sólo para los conquistadores? La respuesta es que todo discípulo de Jesús debe en principio ser un mártir y estar listo a poner su vida por la fe. Jesús mismo enseñó más de una vez que aquellos que le sigan deben estar listos para tomar su cruz (Mr. 8:4; Mt. 10:38) y la cruz es nada menos que un instrumento de muerte. El Apocalipsis revela una lucha de vida o muerte entre Cristo y el Anticristo por los corazones de los hombres y el conquistador es aquel que es leal sin reservas a su Señor, aun cuando le costare la vida.

El **paraíso** es una de las formas bíblicas de describir la morada de Dios. Pablo habla de ser llevado en éxtasis al paraíso donde oyó cosas maravillosas (2 Co. 12:2). En este pasaje, el paraíso es equivalente a la Jerusalén celestial que ha de descender del cielo a la tierra en la consumación del reino de Dios cuando El mismo ponga su morada entre los hombres (21:10; 22:4).

(2) La carta a Esmirna (2:8-11)

Versículo 8. **Esmirna** estaba situada a unos cincuenta kilómetros al nor-

te de Efeso y, como esa ciudad, era también una próspera población portuaria. Su riqueza y prosperidad la hacían competir con Efeso por el hecho de ser la ciudad más destacada del Asia. Esmirna había apoyado a Roma mucho antes de que llegara a ser una potencia mundial y en época tan antigua como el 195 a.C. había erigido un templo a la diosa Roma. Naturalmente, esto hacía que Esmirna fuese un centro del culto al emperador y en el 26 a.C. cuando varias ciudades estaban compitiendo por el honor de edificar un templo al emperador Tiberio, sólo Esmirna logró ese privilegio. Este hecho realzó su derecho de ser la primera ciudad del Asia.

La carta refleja el hecho de que Esmirna contenía una importante colonia de judíos, que eran agresivamente hostiles al cristianismo y que ejercían considerable influencia en las autoridades civiles. Algunos años más tarde, los judíos se unieron a los gentiles para formar un motín y llevar a la muerte a Policarpo, el obispo de la iglesia. Ayudaron activamente en su martirio en la hoguera y evitaron que los cristianos se posesionaran de su cuerpo (*Martirio de Policarpo*).

No sabemos cuándo ni por quién fue fundada la iglesia. Podemos presumir que fue el fruto del trabajo misionero de Pablo en Asia, que estuvo centrado en Efeso (Hch. 19:10). Aparentemente, la iglesia era sana y espiritualmente próspera, porque la carta no contiene palabras de crítica o condena.

La descripción de Cristo repite palabras de la visión inicial en 1:17: **El primero y el postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto.** Estas palabras sugieren que los miembros de la iglesia fueron amenazados por la persecución y posible martirio; a la luz de tal experiencia, la iglesia recibe nueva seguridad de que el Señor es el conquistador de la muerte.

Versículo 9. **Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza (pero tú eres rico).** Esta declaración se presenta en agudo contraste con la iglesia de Laodicea que pretendía ser rica, pero de hecho era pobre (3:17). Aparentemente la tribulación y la pobreza están relacionadas y podemos presumir que la pobreza de los de Esmirna no se debía sólo a condiciones económicas normales, sino a la confiscación de la propiedad, el saqueo por motines hostiles y a la dificultad de ganarse la vida en un ambiente hostil. La carta a los Hebreos se refiere a esas persecuciones contra los cristianos que envolvían el saqueo de su propiedad (He. 10:34).

La condición espiritual de la iglesia de Esmirna se presenta en agudo contraste con su condición económica. Espiritualmente, eran ricos aun cuando sufrían pobreza económica.

Blasfemia es la traducción literal de la palabra griega. Sin embargo, su significado exacto no es la blasfemia del nombre de Dios, sino las acusaciones injuriosas contra los hombres. No tenemos las fuentes históricas para reconstruir precisamente lo que implicaba esta injuria, pero podemos tener un indicio en el escrito algo posterior *El martirio de Policarpo*. Después

que éste se negó a renunciar a su fe cristiana y a jurar por el César, una turba que consistía tanto de judíos como de gentiles “gritó con incontrollable ira y fuerte sonido: ‘Este es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, que enseña a muchos a no ofrecer sacrificios ni a adorar’ ” (xii, 2). Las simientes de este tipo de problema se deben ver en la iglesia previa, cuando Pablo fue acusado por los judíos ante las autoridades de la ciudad en Tesalónica de ser de los “que trastornan el mundo entero” y de que “contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús” (Hch. 17:6,7). Esta acusación creó una situación tan peligrosa que Pablo consideró conveniente irse de Tesalónica. Podemos llegar a la conclusión de que en Esmirna los judíos encontraron base para la acusación concreta de los cristianos ante las autoridades romanas, que hacían aparecer a éstos como violadores de la ley romana.

Los que dicen ser judíos, y no lo son. Es claro que los opositores de la iglesia son judíos. En la forma de esta expresión, Juan hace una importante distinción entre el judaísmo exterior e interior. Estos “judíos” sin duda eran judíos por raza y religión, que se reunían en la sinagoga para adorar al Señor. Pero en realidad, interiormente, no eran judíos, porque habían rechazado a Jesús como su Mesías y confirmado su rechazo persiguiendo a la iglesia. ¿Quiénes son entonces los verdaderos judíos? Juan no nos ofrece una respuesta explícita, pero la implicación es clara: los verdaderos judíos son el pueblo del Mesías. Pablo dice lo mismo muy claramente: “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (Ro. 2:28,29). Se hace claro que este “judaísmo del corazón” no se limita a los judíos creyentes a partir de las palabras de Pablo a los filipenses: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús” (Fil. 3:3). Debemos llegar, pues, a la conclusión de que Juan hace una distinción real entre el Israel literal —los judíos— y el Israel espiritual, la Iglesia.

Sinagoga de Satanás. Por todo el mundo helenístico, los judíos se reunían el sábado para la adoración a Dios en sus sinagogas. En sus viajes misioneros en el Asia Menor y Grecia, Pablo siempre iba a la sinagoga judía para tener un auditorio al cual proclamar a Jesús como Mesías. Sin embargo, como los judíos habían rechazado a su Mesías, ya no eran una sinagoga del Señor, sino en realidad una sinagoga de Satanás. “Sinagoga” es usada una vez en el Nuevo Testamento en cuanto a la asamblea cristiana (Stg. 2:2).

Versículo 10. Los judíos tenían tal influencia ante las autoridades romanas que había algún tipo de persecución inminente. Algunos de los cristianos serían arrojados a la **cárcel**. En el mundo antiguo, la cárcel no era

tanto un lugar de castigo como de detención a la espera del juicio. El juicio podía terminar tanto en una reivindicación, como en algún tipo de castigo, incluyendo la muerte.

Probados. El aprisionamiento y la probable muerte eran considerados como trabajo del **diablo** e implicaba una prueba sobre la validez de la profesión cristiana. Todo aquel que profesaba ser discípulo de Cristo debía estar listo para ir a la cárcel y, si era necesario, a poner su vida por su Señor. El martirio demostraría, sin lugar a dudas, la realidad de su fe. Todo cristiano debía ser **fiel hasta la muerte**.

La cifra de **diez días** no tiene un significado simbólico, más allá de indicar un período relativamente breve de persecución. En el caso de Esmirna, Juan no esperaba una persecución general intensa sino una local de corta duración.

Como en el versículo 7, **la corona de vida** no es una promesa de recompensa especial para los mártires. Todos los que pertenecen a Cristo recibirán una corona de vida. Dios ha prometido esta corona a todos los que le aman (Stg. 1:12). La figura de la corona no es tomada de la realeza, sino de la festividad de los juegos atléticos, de los que luchaban “para recibir una corona corruptible (se usa la misma palabra), pero nosotros, una incorruptible” (1 Co. 9:25). Juan introduce la promesa de la corona de vida en este contexto para recordar a los de Esmirna que, aunque sufrieran la muerte física, tenían la seguridad del premio de la vida eterna. La corona misma es vida eterna.

Versículo 11. **La segunda muerte.** La primera muerte es la muerte del cuerpo que todos los hombres, creyentes e incrédulos por igual, deben sufrir. La segunda muerte es la muerte eterna. La frase aparece de nuevo en 20:6,14 y 21:18, donde se describe el destino de los perdidos en términos de un lago de fuego y azufre. Jesús mismo había enseñado “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar: temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mt. 10:28).

(3) La carta a Pérgamo (2:12-17)

Versículo 12. **Pérgamo**, si bien no era una ciudad tan importante y comercial como Efeso y Esmirna, sin embargo era más importante como centro político y religioso. Había llegado a ser una ciudad prominente después de la muerte de Alejandro el Grande en el 133 a.C. El último rey de Pérgamo, Atalo III, entregó su territorio a Roma, y Pérgamo fue hecha capital de la provincia romana de Asia. Fue la primera ciudad de la provincia en apoyar abiertamente el culto al emperador. En el 29 a.C. fue dedicado un templo “al divino Augusto y a la diosa Roma” y de ese modo Pérgamo se transformó en la sede principal en Asia del culto al emperador. La observancia de esta adoración llegó a ser una prueba de lealtad a Roma,

porque el culto al emperador era la piedra clave de la política imperial y el rechazo a tomar parte en el culto oficial era considerado alta traición.

Pérgamo también era un centro de muchas otras deidades. En la ciudad había una acrópolis, de unos trescientos metros de altura, sobre la cual habían sido erigidos muchos templos a deidades paganas. La acrópolis estaba coronada por un enorme altar dedicado a Zeus y por un templo de Atenea. Pérgamo era también el centro del culto a Esculapio, la serpiente dorada que simbolizaba la salud y se hizo famosa por sus sacerdotes médicos. De ese modo, Pérgamo era una posición fuerte tanto de la religión pagana como del culto al emperador y presentaba un ambiente desusadamente difícil para la iglesia cristiana.

Cristo es representado como aquel que **tiene la espada aguda de dos filos**, alusión a la visión de Cristo en 1:16. En la situación presente, esta espada es la palabra de juicio sobre una iglesia que ha desarrollado una actitud flexible hacia las prácticas paganas (v. 16).

Versículo 13. Se han sugerido varias explicaciones sobre la frase **donde está el trono de Satanás**. Posiblemente se refiere a la prominencia de la ciudad como centro de paganismo. O puede referirse al culto de Esculapio, la serpiente-dios de la salud cuya figura simbólica bien puede hacer que los cristianos recuerden a Satanás. Además puede referirse al prominente altar de Zeus en la acrópolis que dominaba la ciudad. Sin embargo, lo más probable es que Juan usara la frase porque Pérgamo era el centro del culto imperial que se estaba transformando en el mayor peligro para la iglesia cristiana.

Retienes mi nombre. A pesar del hecho de que la iglesia estaba rodeada de tantas deidades paganas, los creyentes de Pérgamo eran estimulados porque se habían mantenido fieles a su Señor. Debemos recordar que la mayoría de los convertidos de Pérgamo habían venido del paganismo y sin duda la presión social y religiosa para abandonar a Cristo y volverse a la adoración pagana sería fuerte.

No has negado mi fe. El tiempo del verbo señala alguna situación definida en el pasado reciente cuando los miembros de la iglesia se enfrentaron con el desafío de negar su fe en Cristo. Si fue un estallido de persecución causado por una presunta deslealtad a Roma, no lo sabemos. En cualquier caso, había ocurrido un martirio, y **Antipas mi testigo fiel**, había sido muerto por su fidelidad al Señor. No tenemos información sobre Antipas fuera de este versículo; si fue muerto como resultado de la violencia de una turba o de una sentencia judicial por las autoridades locales, no lo sabemos. Si es así, Antipas es uno de los primeros mártires a manos de Roma por negarse a aceptar el culto al emperador. Es claro, **sin embargo**, que Roma no se había propuesto buscar y ejecutar a los que **evadían ese culto**.

La palabra griega usada para "testigo" es *martyrs*, que más tarde llegó a

tener la connotación de mártir; posiblemente tenga ese sentido en este contexto. En 17:6, la misma palabra se traduce por “los mártires de Jesús”. Al mantenerse fieles hasta el extremo de la muerte y de sufrir el martirio, el cristiano daba el más efectivo testimonio de su Señor.

Versículo 14. **Pero tengo unas pocas cosas contra ti.** Aunque los cristianos de Pérgamo se habían mantenido fieles al nombre de Jesús y no habían renunciado a su fe en El incluso ante la amenaza de la persecución, sin embargo permitían que las costumbres paganas influyeran sobre ellos. Había surgido allí un partido que sostenía la **doctrina de Balaam**. Balac, rey de Moab, amenazado por los israelitas, había invitado al profeta Balaam para que los maldijera. Balaam había sido contenido por Dios y para disgusto de Balac los había bendecido en vez de maldecirlos (Nm. 22:24). Sin embargo, después de eso, Israel había caído en la prostitución y el culto idolátrico de Baal-peor (Nm 25:1-3) y ese pecado se atribuyó al consejo de Balaam (Nm. 31:16). En nuestro texto, Balaam es un prototipo de aquellos que promueven el compromiso con el paganismo en la idolatría y la inmoralidad.

Para comprender la frase **comer de cosas sacrificadas a los ídolos** hay que tomarla en el contexto. Una sola palabra griega es traducida “cosas sacrificadas a los ídolos”. Puede referirse tanto a la carne comprada en un templo pagano y luego vendida en el mercado o puede referirse a las fiestas realizadas en los templos en honor de varios dioses. El problema con estas comidas que los cristianos compraban en el mercado público había surgido en Corinto y Pablo trata largamente al respecto, declarando que nada es impuro por sí mismo y que, a menos que sea ofensivo para la conciencia de alguno, nadie hace mal en comer de ella (1 Co. 7:7-13). Al mismo tiempo, Pablo dice que es imposible beber la copa del Señor y la copa de los demonios (1 Co. 10:21) y en este caso debemos hacer referencia a la participación concreta de las fiestas en los templos que llevaban implícita la adoración a la deidad respectiva. Esta parece ser la situación en Pérgamo. Sería difícil entender esta prohibición como una restricción de comprar la carne en el mercado público; más bien se refiere a la participación activa en fiestas en los templos en honor de las deidades paganas. Probablemente el argumento que se presentaba era que los cristianos sabían que tales presuntos dioses realmente no existían, y por lo tanto no había mal en participar en fiestas en los templos. Uno puede mantener su lealtad a Cristo y participar en tales fiestas paganas, siempre que no reconozca la existencia de tales dioses.

Algunos intérpretes piensan que las palabras **cometer fornicación** son sinónimos de la adoración de ídolos y designan la fornicación espiritual, tal como aparece la idea en el Antiguo Testamento (Is. 1:21; Ez. 23:37). Sin embargo, es igualmente posible que esto se refiera al pecado de la inmoralidad carnal. El fondo de esto es el hecho de que la liberalidad sexual no era

considerada un pecado serio por los griegos y romanos. Esto puede ilustrarse por la decisión del primer concilio en la iglesia en Jerusalén (Hch. 15) que se reunió para definir los términos de relación entre los cristianos judíos y gentiles. Entre las exhortaciones a los cristianos gentiles estaba el abstenerse de “fornicación” (Hch. 15:20). Desde el punto de vista de nuestra cultura occidental, esto parece una exhortación extraña, porque automáticamente presumimos que un cristiano vivirá de acuerdo a patrones morales elevados. Pero no era así en el mundo antiguo. No lejos de Antioquía, donde surgió la primera iglesia gentil, había un hermoso lugar llamado Dafne, adornado con elegantes edificios, que incluían un templo dedicado a Apolo y Diana. El área del templo estaba rodeado por un espeso monte de cipreses y laureles y estaba hermo­seado con muchas agradables fuentes. Llegó a ser un lugar de retiro favorito para los ciudadanos ricos de Antioquía y aun los gobernadores romanos frecuentaban el lugar. Dafne era famosa por sus prostitutas sagradas y la frase *Daphnici mores* llegó a ser sinónimo de prácticas inmorales. Frente a ese trasfondo pagano, es enteramente posible que haya surgido un partido en Pérgamo que abogaba por una actitud liberal hacia las costumbres paganas, incluyendo tanto las fiestas del templo como la inmoralidad sexual.

Versículo 15. **La doctrina de los nicolaítas.** El lenguaje sugiere que no tenemos que pensar que los nicolaítas formaban otra secta, sino que con ello se daba definición de la “doctrina de Balaam”. Era la herejía nicolaíta la que promovía la laxitud hacia las prácticas paganas.

Versículo 16. **Arrepiéntete** esto es, de la poca firmeza ante la enseñanza de los nicolaítas. Toda la iglesia es llamada a arrepentirse de un pecado del cual sólo algunos pocos eran de hecho culpables. El pecado de los efesios era la ruda intolerancia; el pecado de la iglesia de Pérgamo era tolerancia y laxitud.

Vendré a ti pronto. Como en el versículo 5, esto probablemente no se refiere a la segunda venida de Cristo cuando los creyentes fieles tendrán acceso al árbol de la vida (v. 7) y recibirán la corona de la vida (v. 10); más bien se refiere a alguna visitación histórica que traerá juicio sobre todo el mundo.

Versículo 17. **Al que venciere** es una promesa de recompensa a aquellos que resisten la enseñanza de los nicolaítas y permanecen fieles a Cristo.

Maná escondido. Probablemente el pensamiento de Juan es tomado del maná a causa de la alusión a Balaam, en cuya época Israel estaba siendo alimentado con el maná. La tradición hebrea sostiene que una vasija con maná fue preservada en el arca (Ex. 16:32-34; He. 9:4) y cuando el templo fue destruido, Jeremías (2 *Macabeos* 2:4ss) o un ángel (*Apocalipsis de Baruc* 6:5-10) rescató el arca con el maná y han sido milagrosamente preservados hasta los tiempos mesiánicos cuando el maná será nuevamente alimento para el pueblo de Dios. Juan usa la idea metafóricamente para

indicar la admisión a la fiesta mesiánica, que en otras partes es llamada como fiesta de bodas del Cordero (19:9). El maná es mencionado como escondido, quizá porque estaba escondido en una vasija de oro y “puesto delante de Dios” (Ex. 16:33) o si no, porque se piensa que está escondido ahora en la presencia de Dios, pero con el fin de ser revelado en una era mesiánica.

Una piedrecita blanca. En el mundo antiguo, las piedras blancas tenían una variedad de usos. Una piedra blanca significaba la absolución por parte de un jurado y la negra, la condena. Las piedras blancas eran usadas como billetes de admisión en los festivales públicos. Este significado se adecúa mejor al contexto. La piedra blanca es un símbolo de admisión de la fiesta mesiánica.

No es claro si el **nombre nuevo** es el nombre de Cristo o un nombre nuevo dado al que posee la piedra. En cualquier caso, significa certeza de la entrada al banquete mesiánico.

(4) *La carta a Tiatira (2:18-28)*

Versículo 18. **Tiatira** era la menos importante de las siete ciudades de Asia; no era un centro religioso o político, pero debía su importancia totalmente al comercio. Poseía por cierto algunos templos, pero no era una sede importante de culto al emperador y al estado. Había también unos pocos judíos en Tiatira para ocasionar problemas a la iglesia. Tiatira es notada por sus gremios comerciales sobre los que tenemos bastante conocimiento por las inscripciones. Uno de esos gremios era el de los fabricantes de ropas de púrpura y es probable que Lidia de Filipos fuera una representante del mismo (Hch. 16:14). Realizaban comidas que probablemente dedicaban a alguna deidad pagana y de allí surgía el problema de los cristianos de Tiatira. Era casi imposible para un ciudadano participar en el comercio y la industria sin ser miembro del gremio correspondiente y naturalmente surgió la cuestión de si un cristiano podía participar adecuadamente en esas comidas. Muchos cristianos argüirían que los presuntos dioses no tenían existencia real y que por lo tanto la participación en esas comidas no implicaba un compromiso del propio testimonio cristiano. La cuestión se complicaba por el hecho de que tales comidas sociales a menudo terminaban en una licencia desenfrenada. Aquí encontramos el mismo problema que en otras iglesias. Efeso se había declarado fuertemente opuesto a todo compromiso con las prácticas paganas; en Pérgamo, un pequeño grupo de la iglesia había abogado por la participación plena en la vida social pagana. El problema en Tiatira, como veremos, asumía una forma nueva y peligrosa.

El Hijo de Dios. Esta es la única vez que aparece este título en el Apocalipsis, pero Dios es llamado Padre de Cristo en 1:6; 2:27; 3:5,21; 14:1. Sólo en 21:7, Dios es llamado el Padre de los creyentes. Probable-

mente el título adelanta el uso del Salmo 2, que es citado en el versículo 27.

Que tiene ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido. Esta alusión al pasaje de 1:14 designa a Cristo como aquel cuyos ojos resplandecen de ira y que está preparado para aplastar bajo sus pies a los enemigos de la fe cristiana. Esta descripción nos preparará para las severas palabras de los versículos 26,27.

Versículo 19. Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia. Probablemente las cuatro palabras de aprobación son una explicación de las buenas obras de esta iglesia. Posiblemente, el servicio es la manifestación del *amor* y la paciencia de la *fe*. He aquí una iglesia que tiene mucho para ser recomendado. Su amor no se ha enfriado como el de Efeso y la gran mayoría de la iglesia ha permitido que su fe les guíe a la paciencia ante los problemas que la iglesia enfrenta en un medio pagano.

Tus obras postreras son más que las primeras. Esta iglesia había manifestado un considerable crecimiento en las virtudes cristianas; su amor y su fe habían aumentado notablemente.

Versículo 20. Toleras que esa mujer Jezabel. El problema en esta iglesia era que, aun cuando la mayoría estaba creciendo firmemente en amor y fe, toleraban la mala enseñanza. Había surgido en la iglesia una mujer de la cual Jezabel era el prototipo. De la manera que Jezabel, la reina de Acab, había apoyado la idolatría (1 R. 16:31), así esta mujer con su perniciosa enseñanza estaba alejando a algunos de la fe.

Que se dice profetisa. Los profetas eran considerados grandemente en la iglesia primitiva y son mencionados en estrecha relación con los apóstoles (1 Co. 12:28; Ef. 4:11). En Romanos 12:6, la profecía encabeza la lista de los dones del Espíritu. El oficio de profeta no era primordialmente el de predecir el futuro, aunque eso podía incluirse (Hch. 11:27), era más bien el de un maestro inspirado. Debemos recordar que la iglesia primitiva no poseía el Nuevo Testamento como nosotros, con su relato inspirado de las palabras y hechos de Cristo y el significado de su muerte y resurrección. En parte para llenar esta necesidad de una enseñanza digna de confianza, el Espíritu Santo a menudo iluminaba a profetas que presentaran la palabra de Dios. Pablo nos ha dejado una extensa descripción del papel y la función de los profetas en 1 Corintios 14. Los profetas, junto con los apóstoles, constituían el medio humano para la revelación de la verdad divina (Ef. 3:5). Esta falsa Jezabel declaraba ser profetisa, y que había recibido revelaciones especiales de Dios, que la calificaban para ser una maestra con autoridad. Obviamente, era miembro de la iglesia y buscaba seguidores entre los cristianos de Tiatira.

Toleras. El problema en Tiatira era una tolerancia poco sana. Reconocieron la presencia de la falsa profetisa; reconocieron también el carácter malo de su enseñanza, pero por su tolerancia se negaban a actuar contra

ella. Aquí está la situación opuesta a la de Efeso. Los efesios habían probado a aquellos que se decían apóstoles y habían rechazado a los falsos, pero este conflicto los había hecho rudos y dados a la censura. Aquí hay una iglesia que abunda y crece en amor y fe que tolera a los falsos profetas para su propio perjuicio.

Enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. El error de esta Jezabel era el mismo que el de los nicolaítas en Pérgamo: total acomodación a las costumbres paganas. La razón por la cual el problema asumía una forma tan aguda en Tiatira era que ser miembros de los gremios comerciales implicaba participar en comidas paganas y a menudo llevaba a la inmoralidad.

Versículo 21. Le he dado tiempo para que se arrepienta. Evidentemente estas palabras se refieren a algún incidente del pasado, que desconocemos, cuando Dios había usado alguna ocasión para reprender a la falsa profetisa y llamarla al arrepentimiento. Posiblemente, Juan mismo había ministrado en la iglesia de Tiatira y había reprendido a la mujer, pero sin éxito.

Versículo 22. Yo la arrojo en cama. El griego dice simplemente “cama”, pero algunos traductores han colocado adecuadamente la idea del Antiguo Testamento de “caer en cama” o sea enfermarse (Ex. 21:18). Probablemente se quiere hacer un contraste entre una cama de enfermo y una cama de adulterio. Dios promete castigar a Jezabel con alguna aflicción de enfermedad física.

En gran tribulación. Estas palabras reflejan un paralelismo poético hebraico y prometen la misma aflicción para aquellos que han aceptado la enseñanza de la mujer y han tratado de adaptar su profesión cristiana a las prácticas implicadas en la participación de los gremios comerciales.

Versículo 23. Y a sus hijos heriré de muerte. El texto distingue entre aquellos que se han unido en adulterio con la profetisa y los que son llamados sus hijos. El castigo de los últimos es mucho más severo que el de los primeros: la muerte. Es evidente que Juan desea que distingamos entre aquellos que aun están luchando con el problema de cómo ser leales a Cristo y al mismo tiempo adaptarse plenamente a las costumbres sociales y comerciales de su medio ambiente, y aquellos que se han consagrado sin reservas a la enseñanza de la falsa profetisa. Algunos comentaristas piensan que “sus hijos” designa literalmente a su descendencia física, pero esto parece improbable.

Todas las iglesias sabrán. Debemos inferir de esto que la falsa Jezabel era ampliamente conocida por todas las iglesias de Asia; Dios promete un juicio que será en sí mismo un testimonio del hecho de que **yo soy el que escudriña la mente y el corazón.**

Versículo 24. Juan prosigue con una promesa de seguridad para la mayoría de la iglesia a **cuantos no tienen esta doctrina** de la falsa profetisa, aun cuando la hayan tolerado. Su enseñanza es descrita como **las profundi-**

dades de Satanás. Algunos intérpretes piensan que la falsa Jezabel proclamaba que su enseñanza introduciría a sus discípulos en los misterios satánicos. Es más probable que Juan escribiera irónicamente; como profetisa, declaraba que introduciría a sus seguidores a las cosas profundas de Dios (1 Co. 2:10; Ro. 11:33; Ef. 3:18), pero en realidad, no eran tales; eran las profundidades de Satanás y no de Dios.

Las palabras **otra carga** producen perplejidad, porque el contexto no aclara qué carga está poniendo Juan sobre sus lectores. Muchos intérpretes ven una alusión al decreto del concilio de Jerusalén en Hechos 15, que incluye prohibiciones de comer alimentos ofrecidos a los ídolos y de cometer inmoralidades. Esto es una interpretación admisible, sea que Juan tuviera o no en mente el decreto de Hechos.

Versículo 25. **Lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga.** En vez de agregar una nueva lista de demandas sobre los creyentes de Tiatira, Cristo simplemente los exhorta a continuar en su fidelidad a su profesión cristiana y a eliminar las fiestas paganas con su inmoralidad consecuente.

Versículo 26. **Al que venciere y guardare mis obras.** El cristiano victorioso que no acepta la enseñanza de la falsa profetisa se le dice que guarde las obras de Cristo mismo, es decir, sus mandamientos.

Autoridad sobre las naciones. La idea que aparece en 1:6 se hace más explícita en este pasaje: los santos han de compartir el gobierno mesiánico de Cristo sobre las naciones. Los santos son un reino porque compartirán el reinado de Cristo. El ha prometido a sus discípulos que heredarán la tierra (Mt. 5:5). Prometió a los doce que en el nuevo mundo se sentarían en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Mt. 19:28) y la misma promesa se repite en Lucas 22:30. La misma idea básica se encuentra en la afirmación de Pablo de que los santos juzgarán al mundo (1 Co. 6:2). La interpretación premilenial de 20:4 ve el cumplimiento de esta promesa en el reino mesiánico temporal que se presenta entre la parusía (19:11-16) y la nueva era cuando los nuevos cielos y la nueva tierra desplazarán al viejo orden (21:1ss).

Versículo 27. **Las regiré con vara de hierro.** Estas palabras explican algo más el poder del conquistador sobre las naciones. Recibe la promesa de que compartirá las funciones del mismo Cristo: "Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás" (Sal. 2:9). Esta frase se repite en la visión de la venida de Cristo: "El las regiré con vara de hierro" (19:15; véase también 12:5). Aparece un problema en el texto griego, porque la palabra que la Septuaginta traduce del hebreo, "regir", "quebrantar" significa básicamente "cuidar un rebaño" y a menudo la idea de gobernar tiene el sentido de proteger y preservar (véase Mt. 2:6; Jn. 21:16; Ap. 7:17). Sin embargo, el significado de la palabra en el contexto no puede ponerse en duda, porque está más desarrollado en la frase que sigue: **serán quebradas como vaso de alfarero.** El establecimiento efectivo

del reino de Dios no puede ser logrado si no se destruye a todos los poderes hostiles y recalcitrantes. La nueva era no puede ser inaugurada sin el desplazamiento de la edad antigua, caída y pecadora, con sus huestes rebeldes. De alguna manera que no es aclarada en la Escritura, los seguidores del Mesías han de compartir su triunfo sobre las naciones hostiles.

Como yo también la he recibido de mi Padre. El gobierno victorioso del Mesías es un don otorgado a El por su Padre en virtud de sus sufrimientos, muerte y resurrección (Fil. 2:9-11).

Versículo 28. Le daré la estrella de la mañana. Esta es una frase oscura. Posiblemente se refiere a pasajes como Daniel 12:3, donde se promete que “los que enseñan la justicia a la multitud” brillarán “como las estrellas a perpetua eternidad”. Si es así, esta es una promesa de la gloria que será concedida al vencedor. El hecho de que se trata de la estrella de la **mañana** puede referirse a su prominencia en los cielos (Job 38:7). En vista del hecho de que 22:16 habla de Cristo como de la brillante estrella de la mañana, muchos comentaristas sienten que ésta es una promesa de que Cristo mismo será dado al vencedor, pero esta es una idea difícil de entender.

CAPITULO TRES

Las cartas a las siete iglesias

(Continuación)

(5) La carta a Sardis (3:1-6)

VERSICULO 1. La gloria de Sardis estaba en el pasado. En el siglo VI a.C. había sido la capital del reino de Lidia y más tarde un centro del gobierno persa. En los tiempos del Nuevo Testamento, se había hundido en una relativa oscuridad. Su única pretensión para destacarse era que proveía el lugar de encuentro de varios caminos romanos principales y que era un importante centro industrial en el que se almacenaban materiales de lana y teñido. El culto principal en Sardis era el de Cibele, la diosa de uno de los más famosos cultos de misterio del Asia. Sardis también era celosa en la promoción del culto del emperador. La gente de la ciudad era ampliamente conocida por su forma de vida liviana y lujuriosa. Es significativo que nada se dice en la carta de hostilidad judía, persecución abierta o enseñanza herética. El problema principal era el de una profunda apatía espiritual, que podía ser el fruto de la indulgencia y el amor al lujo que caracterizaban a la ciudad secular.

Los siete espíritus de Dios. Como en 1:4, ésta es una alusión a la plenitud del Espíritu Santo. El problema de la iglesia de Sardis era la muerte espiritual; Cristo es el poseedor del Espíritu Santo, que es el único que puede dar vida.

Como en 1:16, la frase **las siete estrellas** significa la preocupación y cuidado de Cristo por sus iglesias. Aunque la iglesia de Sardis había caído en una triste complacencia espiritual, aún era el objeto del cuidado de Cristo.

Conozco tus obras. La decadencia espiritual de la iglesia de Sardis no

era obvia para el que la observara de afuera. De hecho, era una iglesia bien conocida por las buenas obras. Tenía **nombre de que vives**; tenía una notoria reputación de vida y vitalidad, pero a los ojos de Dios estaba **muerta**. He aquí una figura de cristianismo nominal, prosperidad exterior, preocupación por lo externo de la actividad religiosa, pero vacío de vida y poder espiritual.

Versículo 2. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir. Esta admonición era de particular aplicación en Sardis, porque en la ciudad había una acrópolis impugnable que nunca había sido tomada por un ataque frontal; sin embargo, dos veces en la historia de la ciudad, la acrópolis había sido tomada por sorpresa a causa de la falta de vigilancia por parte de sus defensores. Esta advertencia sugiere que la iglesia no carecía totalmente de esperanza. No era demasiado tarde para despertar del letargo espiritual; aún quedaba un residuo de vida que podía ser reavivado. Pero, a menos que ocurriera un avivamiento, este pequeño remanente también caería en la muerte espiritual.

No he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Esta iglesia era notoria por sus buenas obras, que los hombres alababan, pero que delante de Dios eran condenadas por ser imperfectas. Eran incompletas, inadecuadas. La iglesia no estaba perturbada por la persecución; no tenía problemas con la herejía; no estaba afligida por la oposición judía; era una congregación cristiana bien conocida por su actividad y vigor. Pero a la vista de Dios, todas estas actividades religiosas eran un fracaso, porque eran sólo formales y externas y no influidas por el Espíritu Santo que es el que da vida. He aquí un ejemplo perfecto de cristianismo puramente nominal, que se destaca en todos los aspectos exteriores y formales, pero que a la vista de Dios es un completo fracaso.

Versículo 3. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete. Juan trae a la memoria de la iglesia su primera experiencia de amor y devoción a Cristo. Reconoce que queda un elemento fiel en la iglesia y llama a la misma como un todo a recordar los primeros días cuando recibieron el evangelio, para que se mantengan firmes en su devoción primitiva y se arrepientan de la indiferencia en la cual han caído.

Si no velas, vendré sobre ti como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Este lenguaje es usado generalmente para la segunda venida de Cristo (16:15; Mt. 24:43; Lc. 12:39; 1 Ts. 5:2; 2 P. 3:10) y enfatiza no tanto lo repentino del regreso del Señor como el hecho de que no es esperado. “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón” (1 Ts. 5:4). Sin embargo, en este contexto, la advertencia se adecuaba mucho más a alguna visitación histórica cuando el Señor traerá sobre una iglesia aletargada una inesperada experiencia que signifique un juicio divino. Esta interpretación es apoyada por el hecho de que esta visitación depende del fracaso de la iglesia para arrepentirse, con-

dición que no está relacionada necesariamente con el regreso del Señor.

Versículo 4. Pero tienes unas pocas personas en Sardis. El sopor espiritual en Sardis no era universal; quedaban unas pocas personas que mantenían su lealtad a Cristo.

Que no han manchado sus vestiduras. Esto sugiere que el letargo espiritual de los cristianos de Sardis era debido a la pernicioso influencia del ambiente pagano. La indiferencia espiritual se debía al hecho de que los cristianos, aunque mantenían exteriormente sus buenas obras y sus actividades cristianas, deseaban adaptarse al lujo y los placeres de su ambiente pagano.

Andarán conmigo en vestiduras blancas. Algunos comentaristas ven en estas palabras una referencia al cuerpo resucitado, pero es más probable que sea una promesa de victoria y pureza en el reino mesiánico cuando aquellos que hayan permanecido fieles en una sociedad pagana y corrupta experimentarán la consumación de la comunión con el Señor (véase Sal. 104:2; Ap. 7:9,13).

Versículo 5. No borraré su nombre del libro de la vida. La metáfora de un libro, que está en la presencia de Dios, en el cual están escritos los nombres de los santos, aparece con frecuencia (Ex. 32:32; Sal. 69:28; Lc. 10:20; Fil. 4:3; He. 12:23; Ap. 13:8; 17:8; 20:12,15; 21:27). Así como un registro civil contiene los nombres de los ciudadanos vivos, el libro de la vida de Dios contiene los nombres de los santos. La forma de la promesa en este pasaje es una seguridad de la salvación en el reino consumado de Dios.

Confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. Esto es un eco de la promesa de Jesús a sus discípulos: "A cualquiera pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 10:32; véase Lc. 12:8).

(6) La carta a Filadelfia (3:7-13)

Versículo 7. Filadelfia era la más joven de las siete ciudades de Asia. Apoyaba el culto pagano de Dionisio, pero el principal problema que enfrentaba la iglesia era de parte de los judíos más que de los paganos. Aparentemente, la iglesia estaba en una condición saludable, porque la carta no incluye palabras de censura o crítica. La iglesia era más bien débil, poseía poco poder (v.8), pero había permanecido fiel al Señor.

Esto dice el Santo. En otras partes del Apocalipsis es un título atribuido a Dios (4:8; 6:10), pero era una designación común para el Mesías del Señor (Mr. 1:24; Lc. 4:34; Jn. 6:69; 1 Jn. 2:20), que indicaba no tanto su falta de pecaminosidad como su completa consagración a Dios.

El Verdadero. La palabra "verdadero" o "genuino" tiene dos significados diferentes. En el contexto griego, la palabra designa lo que es real, que corresponde a la realidad. Pero en un contexto hebreo, designa lo que es

fiel y confiable. Dios es aquel que “guarda verdad para siempre” (Sal. 146:6) o sea que se puede confiar que guardará sus promesas. Cuando Dios es descrito en el Antiguo Testamento como el verdadero (Ex. 34:6), es aquel que es fiel a su promesa del pacto. Isaías habla del “Dios de verdad” (Is. 65:16), refiriéndose al Dios en quien se puede confiar que guardará su palabra y por lo tanto alguien en cuyo nombre los hombres pueden jurar que guardarán la propia. En este contexto, “el Verdadero” vuelve la atención al pacto hecho con Israel en el Antiguo Testamento que Dios ahora ha cumplido fielmente con su iglesia en Jesucristo.

La llave de David puede ser entendida sólo en su contexto veterotestamentario. En Isaías 22:22, Eliaquim recibió la llave del mayordomo de la casa real y, como representante del rey, estaba autorizado para ejercer plena autoridad administrativa en el nombre del rey. La llave de David es la llave a la casa de David, el reino mesiánico. El fondo inmediato de la frase estaba en la declaración de los judíos de Filadelfia de que ellos eran el verdadero pueblo de Dios, que tenían la llave al reino de Dios. Juan contradice esta afirmación declarando que la llave al reino, que había pertenecido a Israel, realmente pertenecía a Jesús como Mesías davídico (5:5; 22:16) y había sido menospreciada por Israel a causa de su rechazo del Mesías. Es sólo Cristo y ya no Israel quien puede dar a los hombres entrada al reino mesiánico.

El que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre. Estas palabras son un comentario sobre la llave de David. A Cristo le había sido dado absoluto y exclusivo poder de otorgar entrada y excluir del reino de Dios. Sin embargo, éste es un privilegio que Cristo ha compartido con su iglesia (Mt. 16:16).

Versículo 8. Conozco tus obras. Estas buenas obras no son descritas en detalle; la iglesia de Filadelfia abundaba en buenas obras, de modo que agradaba al Señor. Aunque la iglesia tenía poco poder y era pequeña y con influencia muy limitada, su carácter era tal que la carta sólo tiene recomendaciones del Señor y no censuras.

He puesto delante de ti una puerta abierta. Esta expresión está sujeta a dos interpretaciones. A la luz del contexto, de que Cristo es el único que tiene autoridad absoluta para admitir en el reino de Dios, esto puede ser una promesa de que, a pesar del evidente conflicto que se debatía con los judíos, la iglesia recibía la promesa de una segura entrada al reino escatológico de Dios. **Nadie puede cerrar la puerta** y expulsarla de su lugar en el reino de Dios. Sin embargo, la idea de una puerta abierta aparece varias veces en el Nuevo Testamento para designar una puerta de oportunidad, especialmente en la predicación del evangelio (1 Co. 16:9; 2 Co. 2:12; Col. 4:3; Hch. 14:27). El pensamiento bien puede ser de que, aunque la iglesia es pequeña y débil, Cristo ha puesto delante de ella una gran oportunidad para hacer que se conozca el evangelio. Dado el contexto de este pasaje, la

primera interpretación parece preferible. Los judíos de Filadelfia eran agresivos en su hostilidad hacia la iglesia y clamaban que sólo ellos, los de Israel, tenían acceso a la entrada del reino de Dios. Cristo asegura a su iglesia que los judíos no pueden prevalecer en su propósito de cerrar la puerta del reino a su iglesia.

Tienes poca fuerza es traducido mejor por “teniendo poco poder”. El énfasis no está en la poca fuerza que posee la iglesia, sino en el hecho de que sólo tiene poco poder. Aparentemente la iglesia era pequeña, pobre y sin influencia.

Has guardado mi palabra y no has negado mi nombre. La iglesia acababa de pasar por una época de severa prueba, probablemente a manos de los judíos, pero había permanecido fiel al Señor.

Versículo 9. Una vez más, como en 2:9, la sinagoga judía, que pretendía ser sinagoga del Señor, es llamada **sinagoga de Satanás**.

Los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten. Una vez más, Juan declara que los verdaderos judíos no son aquellos que asisten a la sinagoga para adorar a Dios, aunque lo sean exteriormente por su raza y religión. Claramente implica que los verdaderos judíos no son los que lo sean exteriormente sino interiormente (cf. Ro. 2:28,29). El rechazo de su Mesías ha llevado a la negación del verdadero judaísmo espiritual del pueblo judío.

Yo haré que vengan y se postren a tus pies. En una primera lectura, se podría pensar que estas palabras significan que Juan estaba refiriéndose a alguna humillación histórica que amenazaba a los judíos de Filadelfia, delante de la iglesia. Sin embargo, no hay insinuación de que estos judíos fuesen peores que los que perturbaron las iglesias de otras ciudades dadas las referencias escatológicas en los versículos 10 y 11, es probable que se refiera a una salvación escatológica de los judíos.

Encontramos un amplio antecedente para esta idea en el Antiguo Testamento, con la diferencia de que allí está descrita en términos del triunfo de Israel sobre sus enemigos y la salvación de los gentiles por la fe en el verdadero Dios de Israel. “Y vendrán a ti humillados los hijos de los que te afligieron, y a las pisadas de tus pies se encorvarán todos los que te escarnecían, y te llamarán Ciudad de Jehová, Sion del Santo de Israel” (Is. 60:14). “Te harán reverencia y te suplicarán diciendo: Ciertamente en ti está Dios, y no hay otro fuera de Dios” (Is. 45:14). “Con el rostro inclinado a tierra te adorarán, y lamerán el polvo de tus pies; y conocerán que yo soy Jehová que no se avergonzarán los que esperan en mí” (Is. 49:23). “Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre” (Ez. 37:28). “Sabrán las naciones que yo soy Jehová, dice Jehová el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos” (Ez. 36:23). Estos y muchos otros pasajes miran hacia un día de triunfo en término de la humillación de los gentiles delante de

Israel, a veces por la conversión de los gentiles a la fe de Israel.

Juan invierte la figura. Los judíos han terminado con su papel de pueblo de Dios, porque han rechazado a su Mesías. En su lugar, la iglesia, primordialmente gentil, ha llegado a ser el verdadero judaísmo, el nuevo pueblo de Dios. Sin embargo, los judíos odian a la iglesia y han sido a menudo los instrumentos para producir persecución contra ella. Juan mira hacia adelante, a un día cuando esta situación será cambiada, cuando los judíos reconocerán que la iglesia es realmente el verdadero pueblo de Dios y reconozcan que yo te he amado.

Esta no es una nueva idea en el Nuevo Testamento. Pablo en Romanos 9-11 trata el problema de Israel y la iglesia. El árbol de olivo es el pueblo de Dios; las ramas naturales (los judíos) han sido quebrados, a causa de su incredulidad y las ramas silvestres (los gentiles) han sido injertados en el árbol, en contra de la naturaleza (Ro. 11:17-20). Sin embargo, si las ramas quebradas (los judíos) no continúan en su incredulidad "Serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar" (Ro. 11:23). Entonces Pablo hace una sorprendente declaración: "y luego todo Israel será salvo" (Ro. 11:26). A la luz de su contexto, es difícil ver cómo "Israel" puede significar otra cosa que el pueblo judío que aun llegará a la salvación y será injertado nuevamente en el olivo junto con la iglesia; cuándo y cómo ocurrirá este gran evento redentor será dicho en el capítulo 11.

Versículo 10. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia. Pablo habla de "la paciencia de Cristo" (2 Ts. 3:5) y aquí el pensamiento es que los seguidores de Jesús comparten y estimulan su paciencia ante las presiones a su alrededor.

Yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero. Aquí hay una clara referencia escatológica a los "años mesiánicos" que han de preceder al regreso del Señor. Juan vio las tribulaciones que la iglesia sufrirá en el futuro cercano ante este fondo de consumación del mal y el tiempo de terrible tribulación al fin. Este período aparece otras veces en la Biblia en Daniel 12:2; Marcos 13:14 y paralelos; 2 Tesalonicenses 2:1-12. Este tiempo de gran tribulación (Mt. 24:21) envolverá dos aspectos: la persecución de la iglesia por el Anticristo (Ap. 13:7,8) y el derramamiento de juicios divinos sobre una civilización rebelde y apóstata. El peligro de martirio no es algo que la iglesia deba temer. Jesús dijo que cuando sus discípulos sean odiados y llevados a la muerte, "ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lc. 21:18). La muerte física, aun el martirio, no tiene significado eterno; ciertamente, en el tiempo del Anticristo, el martirio de los santos probará su salvación. En el mismo acto del martirio, ellos conquistarán a la bestia (Ap. 15:2).

Por el otro lado, Dios derramará su ira sobre los seguidores de la bestia para tratar de llevarlos al arrepentimiento antes de que sea demasiado tarde (9:20; 16:9,11). La expresión griega traducida a **los que moran en la tierra**

aparece varias veces en el Apocalipsis y siempre designa al mundo pagano (6:10; 8:13; 11:10; 13:8,14; 17:8). El derramamiento de la ira de Dios se describe simbólicamente en la plaga de las siete trompetas (8:1-9:19) y los siete vasos (16:1-20). Antes de esos terribles juicios, el pueblo de Dios es sellado en sus frentes para no ser herido por las plagas. Aquellos terribles juicios divinos están dirigidos sobre los que siguen a la bestia (16:2); aquellos que tienen el sello de Dios serán escudados divinamente (9:4). Aunque la iglesia estará sobre la tierra en estos terribles días del final y sufrirá fiera persecución y martirio a manos de la bestia, será guardada en la hora de la prueba que está llegando sobre el mundo pagano. La ira de Dios, derramada sobre el reino del Anticristo, no afligirá a su pueblo.

Versículo 11. Yo vengo pronto es la nota clave de todo el libro: la venida del Señor en poder y gloria para terminar su gran obra de redención y establecer su reino sobre la tierra.

Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. La iglesia ha de enfrentar persecución en medio de la cual es convocada a mantenerse firme en sus buenas obras de fe y amor. Nos recuerda el desafío a Esmirna: "Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida" (2:10).

Versículo 12. Yo lo haré columna en el templo de mi Dios es un lenguaje simbólico que da seguridad de admisión en el reino consumado de Dios. El Nuevo Testamento dice poco sobre un templo celestial; la única referencia es al hombre inmoral que subirá al templo de Dios y tomará el lugar de Dios mismo (2 Ts. 2:4). Pablo habla realmente de una Jerusalén celestial (Gál. 4:26) pero obviamente está usando un lenguaje metafórico. El Apocalipsis se refiere continuamente a un templo celestial como a la morada de Dios (7:15; 11:19; 14:15; 15:5; 16:1). Sin embargo, en el reino consumado de Dios, no habrá templo porque Dios mismo será el templo (21:22). Este versículo es, pues, una promesa en lenguaje simbólico del lugar asegurado para el vencedor en el reino final de Dios.

Escribiré sobre él el nombre de mi Dios es un símbolo de posesión. El nombre de su Dios era puesto sobre el pueblo de Israel (Nm. 6:27). Los seguidores de la bestia llevarán su nombre (13:17). Los seguidores de Cristo recibirán su señal en las frentes para mostrar que le pertenecen y no a la bestia y para protegerlos de la ira de Dios (7:3). Esta señal es el nombre de Cristo mismo (14:1). Aquellos que llevan el nombre de Dios pertenecen a Dios (22:4).

El nombre de la ciudad de mi Dios es otra forma simbólica de expresar la ciudadanía en la nueva Jerusalén. La idea de una Jerusalén celestial aparece en Gálatas 4:26 y en Hebreos 12:22. Pablo escribe que nuestra ciudadanía está en el cielo (Fil. 3:20); pudo haber dicho en la Jerusalén celestial. En la consumación, la Jerusalén celestial descenderá a la tierra (21:2) y Dios ocupará su morada con los hombres. Aquellos que lleven su nombre tendrán acceso al nuevo orden de los redimidos.

Mi nombre nuevo. Cuando Cristo llega como poderoso conquistador, tiene un nombre escrito que nadie conoce sino El mismo (19:12). Esta es una forma simbólica de sugerir su gloria y majestad en su revelación, que será compartida por sus seguidores.

(7) *La carta a Laodicea (3:14-22)*

Versículo 14. **Laodicea** estaba situada en la convergencia de tres caminos importantes. Su situación contribuía a que fuera un importante centro industrial y comercial. Su riqueza es ilustrada por el hecho de que cuando, junto con otras ciudades de Asia, sufrió serios daños en un terremoto en los años 60-61 d.C. pudo financiar su propia reconstrucción y no necesitó, como otras ciudades, subsidios sustanciales de parte del tesoro imperial. La ciudad era famosa por una hermosa tela negra de lana, que se usaba para hacer ropas y alfombras. Laodicea era también el asiento de una floreciente escuela médica, que se había hecho célebre especialmente por un unguento para los oídos y por el “polvo frigio” que era usado en un compuesto químico para los ojos.

Pablo no había visitado esta iglesia en el tiempo de su primera prisión (Col. 2:1); probablemente la iglesia había sido fundada por Epafras de Colosas (Col. 1:7; 4:12,13). Pablo estaba relacionado con la iglesia, porque escribió una carta para ella desde Roma (Col. 4:16), que lamentablemente se ha perdido.

La iglesia de Laodicea es evidentemente muy próspera y exteriormente se encuentra en una condición excelente. La carta no hace mención de persecución por parte de oficiales romanos, de problemas con los judíos o de cualquier falso maestro dentro de la iglesia. Laodicea era muy parecida a Sardis: un ejemplo de cristianismo nominal y autosatisfecho. Una diferencia importante es que en Sardis quedaba un núcleo que había preservado una fe vital (3:4), mientras que toda la iglesia de Laodicea estaba impregnada por la complacencia. Es probable que muchos de los miembros de la iglesia fuesen participantes activos en la progresista sociedad y que esta misma prosperidad económica hubiera ejercido una influencia mortal en la vida espiritual de la iglesia.

He aquí el Amén. Amén es una palabra hebrea que expresa la idea de veracidad. Isaías 65:16 habla de “el Dios de verdad” y la Septuaginta lo traduce “el verdadero Dios”. La idea que está implicada en la expresión no es que Dios es el verdadero en contraste con los dioses falsos, sino que Dios es el fiel, el confiable y digno de fe, de quien se puede estar seguro que guarda su pacto con su pueblo. La palabra aplicada a Cristo garantiza la veracidad y confiabilidad de sus palabras. Esto es apoyado por la frase siguiente, **el testigo fiel y verdadero**. Es verdadero, no en contraste con lo que es falso, sino que es verdadero porque se puede confiar en que comunica la verdad.

El principio de la creación de Dios. En sí misma, la frase puede tener dos significados: el “comienzo” de la creación o que es “fuente y origen” de la creación. El último es posiblemente el significado correcto, porque Juan considera claramente a Cristo como eterno. Es el primero y el último, el Alfa y la Omega (1:17ss; 2:8; 21:6; 22:13); es trascendente a toda creación. La misma idea aparece en la carta de Pablo a los Colosenses: Cristo es el primogénito de todo lo creado (Col. 1:15).

El énfasis sobre el hecho de que es la *creación de Dios* es un tema reiterado en el Nuevo Testamento. Dios es la fuente última de la creación; Cristo es el agente inmediato. “Todas las cosas por él fueron hechas” (Jn. 1:3) podría traducirse mejor “por medio de él”. “Hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él” (1 Co. 8:6).

Versículo 15. Yo conozco tus obras. La carta no tiene palabras de estímulo para los de Laodicea, ni hay palabras de censura por falsas enseñanzas o inmoralidad. El problema con Laodicea era que los miembros de la iglesia no eran ni fríos ni calientes. No se caracterizaban por la frialdad de la hostilidad al evangelio o rechazo de la fe, ni tampoco se hacían notar por un cálido celo y fervor (Hch. 18:25; Ro. 11:11). Simplemente eran indiferentes, nominales, complacientes. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Cualquier condición es mejor que la tibieza nauseabunda.

Versículo 16. Te vomitaré de mi boca. El agua tibia es desagradable y sólo sirve para ser escupida. El lenguaje suena como el de un rechazo final e irrevocable para la iglesia por parte de Cristo. Sin embargo, los versículos 18-20 son un llamado al arrepentimiento por lo que debemos llegar a la conclusión de que la iglesia de Laodicea no estaba más allá de toda esperanza de recuperación. El fuerte lenguaje tiene por fin despertar a la iglesia de su indiferencia espiritual.

Versículo 17. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad. La iglesia se jactaba de que era rica y próspera. El texto griego de este versículo dice literalmente: “Yo soy rico y he conseguido riquezas”. La iglesia no sólo se jactaba de su supuesto bienestar espiritual; se jactaba de que había adquirido las riquezas por sus propios esfuerzos. La complacencia espiritual iba acompañada por el orgullo espiritual. Sin duda, parte de su problema era la incapacidad de distinguir entre la prosperidad material y la espiritual. La iglesia que es próspera en lo material, fácilmente puede caer en el autoengaño de que su prosperidad externa es la medida de su prosperidad espiritual.

Y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego, y desnudo. He aquí la condición espiritual real de la iglesia. En realidad es como un mendigo ciego, abandonado y en harapos. La palabra traducida “desnudo” puede significar escasamente vestido.

Versículo 18. Te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, por supuesto, no sugiere que uno realmente puede comprar bendiciones espirituales con dinero; esto es lenguaje metafórico. El profeta exhorta a los hambrientos y sedientos para que compren vino y leche sin dinero y sin precio (Is. 55:1). Jesús representaba el reino de los cielos como un tesoro escondido en un campo que un mercader compró con dinero (Mt. 13:44,45). Esta es una parábola que describe el inestimable valor de las bendiciones del Reino de los cielos. En este versículo, Cristo exhorta a la iglesia a asegurarse las verdaderas riquezas: oro refinado por fuego que no pierde su brillo.

Vestiduras blancas para vestirte. La iglesia es llamada a cubrir su desnudez con vestiduras de pureza y sinceridad.

Unge tus ojos con colirio para que veas. Esta amonestación adquiere relevancia por el hecho de que Laodicea era famosa por su colegio médico y por el “polvo frigio” usado como colirio para los ojos. Los médicos frigos podían ayudar a los hombres en su ceguera física; sólo Cristo puede curar los ojos de los que son espiritualmente ciegos.

La construcción equilibrada entre los versículos 17 y 18 es evidente: Cristo llama a la iglesia para que obtenga oro para su pobreza, vestiduras blancas para su desnudez y colirio para su ceguera.

Versículo 19. Yo reprendo y castigo a todos los que amo. El fuerte lenguaje con el cual Cristo ha descrito la triste condición de los laodicenses no significa que los ame menos que a los otros. Su actitud hacia la iglesia no era de castigo sino disciplinaria y correctiva. “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (He. 12:6).

Sé, pues, celoso, y arrepiéntete. Aunque la amenaza de vomitar a estos nauseabundos cristianos tibios (v. 16) suena como un juicio definitivo, esta exhortación muestra que aún hay esperanza. Si los laodicenses ungen sus ojos con el colirio que Cristo les provee y por lo tanto son capaces de reconocer su estado de ceguera y pobreza, no pasará mucho tiempo antes de que reemplacen la complacencia con celo y por lo tanto se arrepientan.

Versículo 20. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. El significado de estas palabras es sumamente debatido. Muchos intérpretes sienten que son escatológicas y señalan a la promesa del inminente retorno del Señor. Es cierto que la metáfora de Cristo de pie en la puerta es un concepto escatológico familiar (Mr. 13:29; Mt. 24:33; Lc. 12:36; Stg. 5:9). También es verdad que la idea del banquete mesiánico es usado con frecuencia como símbolo de la comunión en el reino de Dios (Lc. 14:15; 22:29ss; Mt. 8:11; 22:1-4; 26:29; Ap. 19:9). Sin embargo, el contexto aquí es diferente. En los pasajes antes citados, Cristo reúne a su pueblo para la bendición del reino mesiánico; aquí el contexto es de llamado al arrepentimiento. Por lo tanto, es preferible la interpretación que ve a Cristo llamando a los miembros de una iglesia sin vida y complaciente a la vida espiritual. Cristo aún

está de pie en la puerta del corazón de cada individuo, esperando ser admitido. El arrepentimiento del versículo 19 es logrado por la admisión de Cristo en la vida.

Si alguno oye mi voz y abre la puerta. Aunque llevan el nombre de cristianos y formalmente constituyen una congregación cristiana, los laodicenses de hecho están espiritualmente desnudos, pobres y ciegos y, como un recién convertido, deben responder al llamado de Cristo y abrir su vida para que El entre.

Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Cristo dio la promesa: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él; y haremos morada con él” (Jn. 14:23). Una comida compartida en el mundo judío antiguo tenía mucho más significado que hoy. Era un símbolo de afecto, de confianza, de intimidad. Jesús fue criticado por los fariseos no sólo por relacionarse con los publicanos y pecadores, sino también por comer con ellos (Lc. 15:2). Pedro fue criticado por los cristianos de Jerusalén, no por predicar el evangelio a un gentil, sino por comer con él (Hch. 11:3). De modo que este versículo contiene una promesa de la comunión más íntima posible.

Versículo 21. Al conquistador, Jesús le promete que **se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.** Obviamente esto es una metáfora que describe la victoria final de los santos. En la primera visión de Juan, Cristo es retratado de pie en medio de los candeleros (1:13). En la visión del trono celestial, aparece como un cordero de pie delante del trono de Dios (5:6). Aquí la victoria de Cristo se presenta como un entronizamiento con su Padre sobre el trono del Padre. Generalmente, el Nuevo Testamento habla del entronizamiento de Cristo a la diestra del Padre (Hch. 2:34; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; Heb. 1:3; 8:1; 10:12; 12:2; 1 P. 3:22). La diestra es la posición de mayor honra. No hay que extraer ningún significado de la distinción entre el entronizamiento a la diestra de Dios y el compartir el trono mismo de Dios en este versículo; ambos envuelven la misma idea teológica. El hecho importante es que Cristo ya ha sido entronizado. Su reino mesiánico no es algo que comienza en su parusía; ya ha comenzado, aun cuando es visible sólo con el ojo de la fe. Eso es lo que Pedro quería decir cuando anunciaba después de la resurrección de Cristo: “A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hch. 2:36). Señor y Cristo (Mesías) son sinónimos de su obediencia que tienen el mismo contenido teológico. Por su obediencia para el sufrimiento y la muerte, Dios le ha dado un nombre que es sobre todo nombre: Señor (Fil. 2:9-11). Con seguridad, el mundo no reconoce su señorío y su reino celestial y los poderes demoníacos aun pueden actuar por medio de los gobernantes paganos para traer terribles aflicciones y persecuciones al pueblo de Dios. Aquí hay un mensaje para cada iglesia que enfrenta la persecución: la

seguridad de que su suerte cruel es sólo temporaria; que aun cuando la experiencia humana puede parecer que lo contradice, Cristo ya está entronizado como Señor y Rey y que su gobierno real pronto pondrá a sus enemigos debajo de sus pies (1 Co. 15:25).

El conquistador recibe la seguridad de que tendrá una parte en este reino en la consumación escatológica. Cómo ha de ser cumplido no es claro todavía, pero probablemente durante el milenio (véase nota sobre 2:26). Sin embargo, la promesa no está limitada al milenio, porque en el nuevo orden de la época que ha de venir “reinarán por los siglos de los siglos” (22:5).

No hay necesidad de restringir la promesa a los mártires como hacen algunos intérpretes. La promesa en cada una de las siete cartas a los conquistadores es dirigida a todos los discípulos de Cristo, con la expectativa de que todos los fieles discípulos han de ser vencedores.

CAPITULO CUATRO

El trono celestial

III. LA SEGUNDA VISION (4:1-16:21)

1. EL TRONO CELESTIAL (4:1-11)

DESPUES DE LA PRIMERA VISION del Cristo exaltado que cuida y protege a sus iglesias, comienza la revelación de “las cosas que han de ocurrir después”, o sea la venida del reino de Dios. Esta revelación incluirá la destrucción de los poderes del mal, de Satanás y de la muerte, pero antes de que estos poderes malignos sean destruidos, estallarán en un desesperado esfuerzo final para frustrar los propósitos de Dios tratando de destruir a su pueblo. Sin embargo, el terrible conflicto que toma lugar en la tierra, entre la iglesia y los poderes demoníacos, personificados en una civilización apóstata —Roma en el siglo I y el Anticristo al final— son en realidad expresiones históricas de un temible conflicto en el mundo espiritual entre el reino de Dios y el reino de Satanás. Por lo tanto, el Apocalipsis mismo comienza con el hecho, definitivo y eterno, del Dios entronizado y gobernando el universo. Por temibles o incontroladas que puedan parecer las fuerzas del mal en la tierra, no pueden anular o eclipsar el hecho mayor de que detrás de la escena, Dios está en su trono gobernando el universo.

Versículo 1. Juan vio una **puerta abierta en el cielo**; no que él pudiera mirar al cielo, sino que pudiera pasar en estado de éxtasis de la tierra al cielo, para contemplar allí sus maravillas. Otras puertas ya han sido mencionadas en nuestro libro, que no deben ser confundidas con esta puerta; la puerta del reino (3:8); la puerta del corazón (3:20). Esta es la puerta de la revelación. Que este es un lenguaje metafórico designado para mostrar lo que Juan veía en estado de éxtasis lo sugiere el hecho de que ya había tenido una visión del cielo, donde contempló el Cristo exaltado y glorifica-

do, caminando en medio de los candeleros de oro, sin ninguna mención de puertas celestiales. Además, el carácter metafórico y descriptivo del lenguaje es sugerido por la gran fluidez con que cambia la escena del cielo a la tierra a lo largo del Apocalipsis. Juan es llevado en visión al cielo en 4:1 y permanece allí hasta el final del capítulo 9. En el capítulo 10, ha vuelto a la tierra, porque ve a un ángel “descender del cielo” (10:1) y permanece en la tierra hasta 11:13, pero en 11:15-19, la escena de la visión es nuevamente en el cielo. En el capítulo 12, el vidente parece estar de nuevo sobre la tierra, pero 14:18-20 implica su presencia en el cielo. No siempre es posible seguir los movimientos del vidente, pero el frecuente cambio de escena hace evidente que esto no es importante, sino sólo incidental para la esencia de las visiones que tiene Juan, porque en un estado similar al trance, uno puede moverse sin dificultad de la tierra al cielo.

Versículo 2. Juan oyó la voz que ya le había hablado (1:10), que lo llamaba: **sube acá**, para recibir nuevas revelaciones de hechos futuros. De inmediato, **estaba en el Espíritu**, o sea que había entrado en un trance. Esto es un poco difícil, porque Juan ya había experimentado uno (1:10), en el cual había contemplado la visión del Cristo glorificado y no se da indicación alguna de que hubiera vuelto a sus sentidos normales. Debemos llegar a la conclusión o de que esto había ocurrido aun cuando no se lo indique, o que las palabras sugieren un estado aun más exaltado que el primero. Es posible que las visiones en el Apocalipsis no fueran todas recibidas a la vez, sino que el libro integra el registro escrito de un grupo de visiones recibidas en Patmos en distintas ocasiones.

Una escuela de interpretación encuentra el rapto de la iglesia en el lenguaje de este versículo. Juan representa a todos los cristianos, la voz de la trompeta es lo que ha de ser oído en la parusía (1 Ts. 4:16) y el rapto de Juan representa el rapto de todos los cristianos al fin de los tiempos. De acuerdo a este criterio, el tiempo de la gran tribulación, cuando el pueblo de Dios sea perseguido por el Anticristo no tiene nada que ver con la iglesia, sino que es el tiempo de la “tribulación de Jacob” (Jer. 30:7), o sea el pueblo judío con el cual Dios ha de realizar su trato en los últimos días. Se busca apoyo para esta posición en el hecho de que la palabra “iglesia” aparece veinte veces en los tres primeros capítulos, pero no después del capítulo 4 hasta 22:17. Se busca más apoyo en la identificación de los veinticuatro ancianos (4:4), con la iglesia con su rapto y recompensa. La más antigua literatura dispensacional hablaba muy dogmáticamente del rapto de la iglesia en este punto; uno de los comentarios más recientes admite que esta verdad no es enseñada explícitamente, pero insiste en que, no obstante, debe ser dada por sentada.¹ Sin embargo, toda la cuestión de un llamado rapto antes de la tribulación es una presunción que no admite el apoyo de una exégesis explícita del Nuevo Testamento.² No hay referencia en 4:1 al rapto de la iglesia; el lenguaje es dirigido exclusivamente a

Juan y se refiere sólo a la recepción por su parte de la revelación del libro.

Versículo 3. A Juan se le concede una visión de Dios sentado en su **trono**. A veces la Escritura habla de Dios como si hiciera del cielo mismo su trono (Is. 66:1; Mt. 5:34; 23:22); otras, como aquí, su trono está ubicado en el cielo. Salomón se dio cuenta de que los cielos realmente no pueden contener a Dios (1 R. 8:27).

El trono mismo no es descrito, ni la persona del que está sentado en él. Cuando Juan miró al trono, lo que vio sólo puede ser descrito en términos del brillo de las piedras preciosas. Todo rastro de antropomorfismo ha sido eliminado. Daniel describe a Dios como un Anciano de días cuya vestidura era blanca como la nieve y cuyo cabello era pura lana (Dn. 7:9). Juan vio un resplandor como **piedra de jaspe**, que se supone una piedra de transparencia cristalina, y de **cornalina**, una piedra de rojo brillante. El trono con su esplendor estaba rodeado de un **arco iris** que, en lugar de contener los colores del prisma, era verde **esmeralda**. La palabra traducida "arco iris" puede significar un arco parcial o completo como una aureola solar. No hay indicación en cuanto a la relación del arco iris con el trono, de si lo rodeaba vertical u horizontalmente.

Es dudado que haya cualquier significado simbólico en la elección de estas tres piedras. A veces se las asocia juntas en la literatura clásica. Estaban colocadas en diferentes posiciones en el pectoral del sumo sacerdote (Ex. 28:17ss); eran la tercera, sexta y cuarta de las doce piedras fundamentales de la Santa Ciudad (Ap. 21:19). Algunos consideran que el jaspe representa la santidad de Dios, la cornalina roja representa el fuego de su juicio y el verde esmeralda, su misericordia. Si bien ésta puede ser una posible aplicación, no hay indicio de que esas ideas estuvieran en la mente de Juan. Más bien, se nos recuerda que en la Biblia se usan diferentes manifestaciones de la luz para representar la presencia y la gloria de Dios. Israel fue guiado por una columna de fuego por la noche; la presencia de Dios en el lugar santísimo estaba representada por la gloria del lugar. Sólo podemos llegar a la conclusión de que la majestad de lo que Juan vio era tan grande e inefable que no intentaba describirlo sino en términos simbólicos. Es posible que el arco iris implique una alusión al arco dado a Noé como una promesa de misericordia de que Dios nunca más haría caer su juicio sobre toda la raza humana. Como tal, puede ser tomado como un signo de paciencia del gobernante del universo hacia los hombres pecadores hasta que llegue el juicio final sobre el mundo entero. Esta es una deducción posible, pero no podemos decir con seguridad que este realmente sea el significado.

Versículo 4. **Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.** Su función era la de postrarse ante el trono y adorar a Aquel que estaba sentado en él, echar sus coronas ante el trono.

y adorar al Creador (4:10). Estos veinticuatro ancianos han sido interpretados de distintas maneras. Una de las interpretaciones más antiguas es que representan a la iglesia ideal en el cielo como anticipo del estado final. El número de veinticuatro se dice que representa a los doce patriarcas y los doce apóstoles, es decir, la iglesia tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Este es un cuadro ideal concretado potencialmente en la resurrección y ascensión de Cristo (Ef. 2:6). La realidad espera el regreso del Señor y el día de la resurrección.

Otro criterio es que tenemos una representación de la iglesia que fue tomada en raptó con la respuesta de Juan al llamado en 4:1: "Sube acá". La iglesia viste las ropas blancas de la justicia de Cristo, usando las coronas de los vencedores (2 Ti. 4:8) y recompensada por sus obras (1 Co. 3:14) al ser sentada en los tronos. Sin embargo, no hay nada en el contexto que sugiera que los ancianos representan a la iglesia, sea ideal o en el raptó y algunos aspectos hablan en contra de tal identificación. Están muy próximos a los cuatro seres vivientes; de hecho, estos están más cerca del trono que los ancianos. En 5:8, se unen a los seres vivientes en la adoración del Cordero y ofrecen copas de incienso, que son las oraciones de los santos. Esta misma función es cumplida por uno que es llamado explícitamente un ángel en 8:3. En otras palabras, ellos cumplen una tarea de intercesión al llevar las oraciones de los santos ante el trono de Dios. Una vez más, uno de los ancianos cumple una función angélica en 7:13,14, que no es propia de un redimido y Juan se dirige a él con un título de respeto, "Señor", que es inadecuado para un creyente como él.

Se busca apoyo para la identificación de los ancianos con la iglesia del raptó en la Versión Autorizada inglesa o Reina-Valera castellana en 5:9, donde los ancianos cantan un cántico nuevo al Cordero que "nos has redimido para Dios, de todo linaje, y lengua y pueblo, y nación". En esta forma de la canción, los ancianos parecen ser la iglesia, porque se identifican con los redimidos por la sangre del Cordero que han de compartir el reino milenial de Cristo.

Si ésta fuera una lectura correcta, el razonamiento sería sano, pero es otro de los muchos casos en que el texto griego en que se basan las versiones tradicionales es defectuoso. Prácticamente todas las traducciones modernas reconocen la forma correcta del griego: "Compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra" (BJ); "con tu sangre has comprado para Dios hombres" (NC). Lejos de apoyar la identificación entre los ancianos y la iglesia, este cántico de los ancianos claramente los aparta de los redimidos. Los ancianos mismos no son los redimidos, sino que cantan de aquellos que lo son. Además en 14:3, los ancianos son puestos nuevamente ante aquellos que han sido

redimidos de la tierra que cantan un cántico nuevo que los ancianos no pueden aprender.

No hay dificultad para entender a los veinticuatro ancianos como un cuerpo de ángeles que ayudan a ejecutar el gobierno divino en el universo. Las ropas blancas son la vestidura de los ángeles (Jn. 20:12; Mt. 28:3; Hch. 1:10; Mr. 16:5). Pablo se refiere a ciertos órdenes de ángeles como tronos, principados, gobernadores (Col. 1:16; Ro. 8:38; Ef. 3:10). En el Antiguo Testamento, Dios aparece a veces rodeado por un concilio de seres celestiales. "Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él" (Sal. 89:7). Dios reinará en el monte Sión "y delante de sus ancianos será glorioso" (Is. 24:23). Micaías vio a "Jehová sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a él, a su derecha y a su izquierda" (1 R. 22:19). Así es que llegamos a la conclusión de que los veinticuatro ancianos son una compañía de ángeles que sirven como una especie de contraparte celestial de los ancianos de Israel (Ex. 24:11), que son retratados como ayudadores del gobierno divino.³ Adoran a Dios porque ha de llevar a la historia a su fin, juzgar a los muertos y recompensar a "sus siervos los profetas y los santos" (11:18). Posiblemente el número de veinticuatro se deriva del hecho de que habían veinticuatro órdenes sacerdotales en el Antiguo Testamento. Sin embargo, los ancianos no parecen tener ninguna función sacerdotal distintiva. Sus canciones de alabanza a Dios tanto por la creación (4:11) como por la redención de los hombres (5:9). El número veinticuatro no es usado en el Apocalipsis bajo ninguna otra relación.

Esta interpretación es apoyada por la visión en 7:9-11. Primero tenemos una gran multitud de los salvados que nadie puede contar; luego los varios órdenes concéntricos de seres celestiales alrededor del trono: primero los ángeles, luego los ancianos y finalmente los cuatro seres vivientes. También se ve un orden similar de los seres celestiales en 19:1-4. Los ancianos están agrupados con otros seres angelicales distinguiéndolos de los redimidos.

Versículo 5. La majestad y gloria de la presencia divina son aumentados por **relámpagos** y **truenos** y **voces**. Son manifestaciones comunes de la presencia divina en el Antiguo Testamento (Ex. 19:16; Ez. 1:13), que simbolizan el poder y la gloria divina (Sal. 18:13-15; Job 37:2-5).

La presencia del Espíritu Santo se representa por **siete lámparas de fuego** que arden **delante del trono**. Ya hemos explicado el simbolismo de siete que denota la plenitud del Espíritu (1:4). Aquí, el Espíritu Santo se menciona probablemente no con relación a su obra de regeneración y santificación, sino más bien con respecto a su obra en la creación y preservación del mundo natural (Gn. 1:2; 2:7; Sal. 104:29ss).

Versículo 6. **Delante del trono había un mar de vidrio, semejante al cristal**. Aquí tenemos un símil: el mar delante del trono no era de vidrio, sino de algo parecido al vidrio. El trasfondo del cuadro se encuentra en el

Antiguo Testamento. En la visión de Dios concedida a los ancianos de Israel, “había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno” (Ex. 24:10). En la visión de Ezequiel, “sobre las cabezas de los seres vivientes aparecía una expansión a manera de cristal maravilloso, extendido sobre sus cabezas... Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas se veía la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro” (Ez. 1:22,26). Ante el templo de Salomón había un mar de bronce (1 R. 7:23).

Este mar de vidrio es mencionado sólo una vez más en el Apocalipsis. Juan vio la similitud del cristal mezclado con fuego, con los mártires victoriosos de pie delante del mar de vidrio llevando sus señas de victoria, cantando la canción de Moisés y la canción del Cordero (15:2,3).

El significado de este mar de vidrio ha sido interpretado de diversas formas; no hay indicio claro de su significado simbólico en este libro. Algunos ven un símbolo de la distancia que separa a Dios en su santidad del mundo malo y caído: el majestuoso reposo y la eterna pureza del mundo divino. Algunos ponen el énfasis en su transparencia y encuentran un símbolo de la omnisciente visión de Dios de todo lo que ocurre en el mundo; nada obstaculiza la visión de Dios para su penetración en las profundidades. Un comentarista reciente lo interpreta de manera muy distinta. Dado que el orden final redimido del nuevo cielo y la nueva tierra no tendrán más mar (Ap. 21:1), el mar pertenece al viejo orden caído y representa, como la experiencia de Israel en el Mar Rojo, la barrera que los redimidos deben pasar en el nuevo éxodo de la experiencia terrena al mundo redimido de Dios. El mar de vidrio está ante el trono como un silencioso recordatorio de que toda la creación está afectada por la mancha del pecado.⁴

La interpretación más sencilla es la de ver el mar de vidrio como un elemento pintoresco agregado a la majestad de la presencia divina.

Versículo 6b-8. Y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. Cada una de las cuatro criaturas vivientes tenía seis alas y estaba llena de ojos alrededor. Es bien claro que estos cuatro seres vivientes son análogos a los serafines de Isaías 6:1-3 y los querubines de Ezequiel 10:14. Su forma se aproxima más a los querubines de Ezequiel, cada uno de los cuales tenía cuatro rostros —de un hombre, un león, un buey y un águila— y cuatro alas, mientras que los seres vivientes de Juan tenían cada uno una sola cabeza y seis alas. Los serafines de Isaías tenían seis alas cada uno. El hecho de estar llenos de ojos representa una vigilancia incesante y una inteligencia ilimitada y las alas sugieren suavidad de movimientos. Parece que las cuatro cabezas diferentes están destinadas a representar distintos

aspectos de la naturaleza: las bestias salvajes, los animales domésticos, los seres humanos y las criaturas voladoras. A su vez, esto puede ser interpretado de dos maneras diferentes. Puede que los querubines representen la alabanza y adoración que se rinde al Creador por toda su creación; o representan a seres angélicos que son usados por el Creador para ejecutar sus mandamientos y su voluntad divina en todos los órdenes de la creación. Son espíritus creados que han sido pensados como mediadores entre la energía y poder divinos en todo el mundo. El hecho de que canten un cántico de adoración —**Santo, santo, santo, es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir**— sugiere que ambas interpretaciones pueden ser correctas.

Desde tiempos antiguos, se ha pensado que estas cuatro criaturas representan a los cuatro Evangelios. Ireneo, en el siglo II, pensaba que el león representaba a Juan, el buey a Lucas, el hombre a Mateo y el águila a Marcos. Victorino, del siglo III, seguido por el gran Jerónimo (siglo IV) cambió el orden. El león era Mateo, el hombre Marcos, el buey Lucas y el águila Juan. Tales interpretaciones son interesantes pero totalmente sin fundamento o apoyo en el texto.

Las relaciones de las criaturas con el trono no es totalmente clara. El texto dice literalmente “en medio del trono y alrededor del trono”. No es claro si las cuatro criaturas están alrededor del trono apoyándolo, como los querubines de Ezequiel (Ez. 1:22) o si están en medio de cada uno de los cuatro costados.

Se unen para exaltar la santidad de Dios, como hacen los serafines de Isaías (Is. 6:3). El hecho de que adoran a Dios no sólo como el que existe eternamente, que era y es, sino también como el que ha de venir, sugiere el ansia de la creación por su liberación del yugo de la decadencia para compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Ro. 8:21; cf. Ap. 21:1).

Versículos 9-11. Los cuatro querubines y los veinticuatro ancianos se unen en adoración y loor al Creador, pero hay una ligera diferencia en sus cánticos. Los querubines adoran a Dios por su naturaleza esencial como el eterno —“el que era, el que es, y el que ha de venir”— mientras que los veinticuatro ancianos lo alaban por la gloria de sus obras creadas: **porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.**

La última cláusula es más bien difícil, porque parece sugerir que todas las cosas existían antes de haber sido creadas. Puede designar dos cosas diferentes, no relacionadas en ninguna secuencia u orden: el ser ante el no ser de todas las cosas, o sea el simple hecho de su ser y luego el hecho de su creación. Otra forma de resolver el problema es interpretar “existen” como que significa “existían en la mente y voluntad de Dios y por lo tanto fueron creadas de hecho”. Otra solución es interpretar la conexión como lo que se llama construcción epexegetica, es decir, una conexión de dos corolarios. “Y por tu voluntad existen, sí, fueron creados”. En cualquier

caso, el cántico afirma que detrás de toda creación está la voluntad soberana activa del Creador.

CAPITULO CINCO

El libro sellado

2. LOS SIETE SELLOS (5:1-8:1)

(1) El libro sellado (5:1-14)

VERSICULO 1. Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Aunque algunas versiones, como la Moderna, traducen “un rollo”, hay desacuerdo entre los eruditos sobre la forma del libro. La forma más común de los libros antiguos, tanto de papiro, como de cuero, era la de un rollo. Se unían trozos de frágil papiro de unos quince centímetros de ancho haciendo así una larga tira. Generalmente la escritura se limitaba al interior del rollo. Una minoría de comentaristas han argumentado que éste era un libro con hojas y que los siete sellos ligaban determinado número de hojas. De esta manera, cuando cada sello era abierto, podía leerse una parte del libro. Una dificultad sería para este criterio es que si fuera así, todo el contenido del libro se agotaría con la ruptura de los siete sellos, mientras que de hecho la apertura de los sellos parece ser sólo preparatoria para la apertura del libro.

La forma más natural para entender el libro está de acuerdo con dicha traducción. Es un rollo, sellado en el borde exterior con siete sellos de cera. Esto es importante para una correcta interpretación de la naturaleza del libro. Es significativo que la apertura de los sellos sea acompañada por plagas en la historia de tipo general: guerra, hambre, pestilencia, y martirio (el primer sello no da evidencia en cuanto a su significado) y el sexto sello introduce el mismo fin. El séptimo sello no tiene un contenido específico como los primeros seis; de hecho, debemos llegar a la conclusión de que las siete trompetas constituyen el contenido del séptimo sello. Esto sugiere

que la ruptura de los siete sellos y los hechos siguientes no constituyen el contenido del rollo, sino que son preparatorios y preliminares de la apertura real del rollo. Esto corresponde al criterio de que el rollo está sellado por el lado exterior con siete sellos y que el rollo mismo no es abierto y su contenido desplegado hasta que se hayan abierto los siete sellos.

Hay varias interpretaciones del rollo mismo. Muchos intérpretes explican que en el mundo romano, la forma usual de atestiguar la validez de una última voluntad y testamento era por medio de siete sellos. Un legado era ratificado por siete testigos y se agregaban siete sellos a los siete hilos que aseguraban el testamento. En la vida, la ejecución de un legado implicaba la muerte del testador y dado que Dios no muere, la fe cristiana habló mucho de la herencia que los creyentes gozan y que está fundada en la muerte del Hijo de Dios (He. 9:15ss). Visto de esta manera, el rollo es el símbolo de la promesa del reino de Dios que su pueblo ha de heredar. Esta irrevocable disposición de Dios sucedió hace mucho tiempo, ha sido documentada y sellada pero aún no ha sido ejecutada (1 P. 1:4). El contenido de esta herencia ha sido proclamado por medio de los profetas, de Jesús y del Espíritu Santo en la iglesia primitiva y es conocido en cierta medida. Sin embargo, la plena realización de esta herencia está en el futuro, cuando regrese Cristo, abra el testamento y lo ejecute.

Este criterio es atractivo, pero enfrenta una gran dificultad: que los rollos, así como las trompetas no tienen que ver con la herencia cristiana, sino con las plagas de juicio que Dios derramará sobre una civilización rebelde. Una interpretación adecuada del rollo debe dar lugar a la inclusión de los actos judiciales de Dios así como a los aspectos positivos de la herencia otorgada a los santos.

Un segundo criterio identifica al rollo con el libro de la vida del Corde-ro, que aparece varias veces en el Apocalipsis (3:5; 13:8; 17:8; 20:12,15; 21:27). La totalidad del escrito contenido en el libro señala la multitud de nombres incluidos en él (Ap. 7:9). La apertura de los sellos indica la exposición de los nombres de los redimidos. Este criterio es dificultoso, porque no corresponde a los hechos que acompañan la ruptura de los sellos y no parece haber razón en el contexto para introducir el libro de la vida en este lugar.

Un tercer criterio que vuelve a los tiempos antiguos, es que el rollo es el Antiguo Testamento, visto como si se cumpliera en el Nuevo. Jesús fue a la sinagoga de Nazaret y después de leer el rollo de Isaías, anunció: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros" (Lc. 4:21). De ese modo, Cristo es aquel que puede llevar toda la esperanza profética del Antiguo Testamento a su cumplimiento divinamente ordenado.

La clave del significado del libro se encuentra en la experiencia de Ezequiel, que al prepararse para su ministerio profético ante Israel, recibió un libro escrito que, como el rollo de Juan, estaba lleno de escritura de

ambos lados. El rollo de Ezequiel contenía “Endechas y lamentaciones y ayes” (Ez. 2:10). Se le dijo que tomara el libro y lo comiera, ya que de esa manera sería capaz de profetizar a Israel (Ez. 2:1-10).

La identificación más fácil del rollo de Juan es que contiene la profecía de los hechos del fin, incluyendo tanto la salvación del pueblo de Dios como el juicio de los malvados. Es el plan redentor de Dios para el desenlace de la historia humana, la derrota del mal y la reunión de un pueblo redimido para gozar las bendiciones del gobierno de Dios. Aunque Juan, sorprendentemente, no describe la apertura concreta del libro, la ruptura del sexto rollo nos lleva al fin del mundo, el último día, y a la luz del hecho de que la apertura del séptimo sello no es acompañada por un hecho específico como los primeros seis, debemos llegar a la conclusión de que el contenido del rollo es el material que encontramos en Apocalipsis 7:1-22:21. Los hechos que acompañan el rompimiento de los sellos no son el fin en sí mismo, sino que nos conducen al fin, en tanto que el contenido del rollo es ese complejo de hechos, tanto redentores como judiciales, que acompañarán al fin de este mundo y la introducción del mundo que ha de venir.

Los detalles mencionados en relación con el rollo son de mucha importancia. El rollo, como el de Ezequiel, está “escrito por dentro y por fuera”. Esto no era una práctica común en el mundo antiguo, pero se hacía a veces; tal libro se llamaba un opistógrafo. Esto representa la plenitud del consejo y omnisciencia divina. La historia no terminará hasta que los propósitos de Dios hayan llegado a su plena consumación; el fin vendrá cuando los propósitos de Dios estén completos.

Versículos 2,3. El hecho de que el libro esté sellado con siete sellos no carece de significación. En Juan, siete es el número de lo completo. El rollo está completamente sellado y su contenido escondido de todo ojo humano. **Ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aun mirarlo.** Aquí hay una verdad bíblica, simple y profunda, sobre la cual el énfasis que pongamos nunca será demasiado: fuera de la persona y la obra redentora de Jesucristo, la historia es un enigma. Durante siglos, desde Agustín y su *Ciudad de Dios*, ha caracterizado el pensamiento occidental un criterio cristiano de la historia, como algo que tiene una meta divinamente ordenada, que es inseparable de la obra redentora de Cristo. Desde el iluminismo, muchos filósofos han rechazado el criterio cristiano de la vida y para ellos la historia se ha transformado en un problema. El criterio evolucionista del progreso inevitable es hoy poco popular. Algunas de nuestras grandes mentalidades han sido profetas de desastre, que en el futuro sólo ven oscuridad. El problema del significado, propósito y meta de la historia ha llegado a ser una de las cuestiones más perturbadoras y difíciles de nuestro tiempo. Las actitudes secularistas y pesimistas aún penetran el pensamiento de los teólogos cristianos y uno de

ellos ha escrito: “No podemos declarar que conocemos el fin y la meta de la historia. Por lo tanto, la cuestión del significado de la historia ha llegado a ser algo sin sentido”.¹

A la luz de este dilema moderno, el hecho de que el rollo esté tan fuertemente sellado que ningún ojo humano pueda leer su contenido es de mucha importancia. Cristo, y sólo Cristo, tiene la llave del significado de la historia humana. Por lo tanto, no es sorprendente que los pensadores modernos sean pesimistas; fuera del victorioso retorno de Cristo la historia va hacia la nada.

Tiene importancia también, que el rollo estuviera “en la mano derecha del que está sentado en el trono” (v. 1). Toda la historia de la humanidad descansa en la mano de Dios. ¿Qué cuadro más sencillo o más sublime que enseñara la soberanía definitiva de Dios sobre toda la historia podría encontrarse que este del rollo descansando en su mano? Por poderoso que llegue a ser el mal, por fieros que sean los males satánicos que asalten al pueblo de Dios en la tierra, la historia sigue descansando en la mano de Dios.

Versículos 4,5. El dolor de Juan de que no pudiera encontrarse a nadie digno de abrir el libro es suavizado por las palabras de uno de los ancianos: **No llores. He Aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.** Esas dos frases señalan al Cristo conquistador y resumen la totalidad de la esperanza mesiánica del Antiguo Testamento: “El León de la tribu de Judá” alude a una de las primeras promesas mesiánicas en Génesis 49:9-10: “Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, así como león viejo: ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos”.

Sabemos, a la luz de la literatura judía contemporánea, que la figura de un león era usada para designar al Mesías conquistador (*IV Esdras* 11:37; 12:31), aun cuando la metáfora no se encuentre en ningún otro lugar del Nuevo Testamento. La referencia en Génesis evidentemente no es a un Mesías humilde y sufriente, sino a aquel que sostiene el cetro como rey gobernante.

“La raíz de David” es una alusión a Isaías 11:1: “Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces”. La familia real de David, el hijo de Isaí, es comparada a un árbol que ha caído, pero de sus raíces surge un nuevo árbol para restaurar el gobierno real de David. Los versículos que siguen (Is. 11:2-9) nos dan una de las profecías más impresionantes del Rey mesiánico prometido y triunfante. “Juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío” (v. 4). Este versículo es un resumen de la promesa veterotestamen-

taria de un Rey mesiánico divinamente ungido, que estará tan poderosamente equipado que destruirá todo mal, librá a al pueblo de Dios de su aflicción bajo los poderes malignos, tanto espirituales como políticos, y establecerá un nuevo orden sobre la tierra, en el cual reinarán la paz, la justicia, y la bendición. Lo que es importante enfatizar es que la esperanza bíblica no es sólo de salvación espiritual, de salvación del individuo de su culpa y su pecado. En tanto que la salvación individual está incluida, el énfasis principal está en la salvación del pueblo de Dios como una sociedad que mora en la tierra y cuya liberación de todos los males, espirituales, sociales, políticos y físicos. “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte: porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa (Is. 11:9,10).

Juan recibe la seguridad de que este poderoso Mesías ya ha ganado una gran victoria. La Versión Autorizada inglesa traduce la frase inadecuadamente por “ha prevalecido”, como la Versión Moderna castellana. La *Revised Standard* inglesa, así como la Reina Valera, la Nácar-Colunga y otras en castellano traducen mejor “ha vencido” y la Biblia de Jerusalén “ha triunfado”. El verbo dice literalmente “ha ganado una victoria”. Aquí hay un gran misterio. En alguna forma que se extiende mucho más allá de nuestra comprensión, la muerte de Cristo en la cruz fue una victoria sobre los enemigos del pueblo de Dios. El Nuevo Testamento pone mayor énfasis en la naturaleza espiritual de los enemigos de Dios que el Antiguo Testamento, pero la diferencia es de énfasis y no de calidad. Los grandes enemigos del pueblo de Dios son Satanás, el pecado y la muerte. Satanás no será destruido finalmente hasta que sea echado al lago de fuego después del retorno de Cristo, pero por su encarnación, muerte y resurrección, Cristo ya ha derrotado a los poderes de Satanás. Compartió la naturaleza humana “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (He. 2:14,15). Esta victoria sobre Satanás, lograda luego de su encarnación, es mencionada con frecuencia en el Nuevo Testamento, aun en los Evangelios (Mt. 12:29; Lc. 10:18; Jn. 12:31; 16:11). Esta victoria no es sólo sobre Satanás, sino sobre toda la hueste de los poderes espirituales malignos, “despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz” (Col. 2:15).

De la misma manera, la victoria de Cristo es una conquista sobre el poder de la muerte. El ya “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Ti. 1:10). El Nuevo Testamento enseña que, a causa de su encarnación, muerte, resurrección y ascensión, Cristo ha ganado una victoria por virtud de la cual ahora está ya reinando a la diestra

de Dios como Rey mesiánico. “Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (He. 1:3). Pedro interpretó la ascensión de Jesús con las palabras de David: “Dijo el Señor [Dios] a mi Señor [Mesías]: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies” (Hch. 2:34,35). *La victoria futura y final del Mesías no es sino una extensión del gobierno que ahora disfruta en virtud de la victoria ya obtenida.* Al final, El destruirá “todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Co. 15:24-26). El libro del Apocalipsis no enfatiza el actual reinado mesiánico de Cristo como hacen otros autores del Nuevo Testamento, sino que los elementos básicos de esta teología están resumidos en el término único: *ha ganado una victoria*. También está implícito en la descripción del Cristo como aquel que murió, pero vive por siempre, que tiene las llaves de la muerte y del Hades (Ap. 1:18). También es probable que la victoria de Cristo ya ganada sobre Satanás se simbolice en el poderoso drama de la guerra en el cielo y la destrucción del gran dragón (Ap. 12:7-11).

Versículo 6. Cuando Jesús se volvió para mirar al León, no vio un León, sino un Cordero, como inmolado. La victoria final de Cristo como León de la tribu de Judá —como Mesías conquistador— sólo es posible porque primero ha sufrido como Cordero.

He aquí un gran misterio, que el Nuevo Testamento afirma, pero que no explica porque envuelve realidades inefables en el punto en que el mundo espiritual de Dios interrumpe el mundo histórico del hombre. La dignidad y capacidad de Cristo para romper los sellos de la historia y destino humano dependen de la victoria que El ha obtenido en su vida encarnada. Si no hubiera venido en humildad como Salvador sufriente, no hubiera venido como Mesías conquistador.

El significado del cordero es habitual en el Antiguo Testamento. En la Pascua, cuando Dios liberó a Israel de Egipto, cada familia tomó un cordero y lo mató al atardecer, salpicando la sangre en los dinteles de sus casas, comiendo luego la carne asada del animal. Aquella noche, el Señor pasó por la tierra de Egipto para matar al primogénito de cada familia, excepto aquellos cuyas casas habían sido salpicadas con sangre. “La sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros y no habrá en vosotros plagas de mortandad, cuando hiera la tierra de Egipto” (Ex. 12:13). El sacrificio anual del cordero pascual junto con la fiesta, llegaba a ser la fiesta más importante de Israel, que traía a la memoria el tiempo cuando Dios libró a su pueblo de la esclavitud y los transformó en una nación.

La metáfora de un cordero es algo central en la gran profecía del siervo sufriente en Isaías 53. Isaías vio a aquel que es humilde y despreciado, que

sería injuriado y maltratado, que redimiría a su pueblo por el sufrimiento, llevando sus transgresiones y sus iniquidades en su propia persona. Sus sufrimientos le llevarían al punto de la muerte. “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca” (Is. 53:7). Fue cortado de la tierra de los vivientes, tuvo su tumba con los malvados, se transformó en una ofrenda por el pecado, derramó su alma en la muerte y fue contado con los transgresores, llevando el pecado de muchos y haciendo intercesión por los transgresores.

Los judíos no sabían qué hacer con esta profecía del siervo de Dios que sufría el destino de una oveja muerta. No podía ser una profecía del Mesías, porque, por definición, el Mesías debía ser un rey victorioso y conquistador que derribaría los poderes del mal y no que sería aplastado por ellos. No hay clara evidencia de que el siervo sufriente como un cordero haya sido aplicado alguna vez al Mesías por el judaísmo en los tiempos precristianos, porque el papel del Rey gobernante y conquistador y el del siervo sufriente tierno y desechado se excluían mutuamente. En relación con esto, es importante notar que Isaías mismo no atribuye estos sufrimientos al Mesías, sino al Siervo del Señor (Is. 52:13; 50:10; 49:3,5,6).

La misión y ministerio de Jesús mostraron algo que no había sido entendido previamente, o sea que el Mesías tenía un doble papel que cumplir. Primero, debía venir en humildad y mansedumbre para sufrir y morir; luego, al fin de los tiempos, debía volver en poder y gloria para poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. El hecho de que el Rey gobernante debía ser un Salvador crucificado no estaba claro en el Antiguo Testamento. Las profecías del Rey conquistador de Isaías 11, el Hijo del Hombre reinante de Daniel 7 y el siervo sufriente de Isaías 53, aparecen todas en el Antiguo Testamento, pero en sus contextos veterotestamentarios, no están relacionadas entre sí y aparecen como tres teorías independientes. El hecho de que el Mesías debía ser crucificado no sólo no estaba previsto por los judíos; siguió siendo una piedra de tropiezo (1 Co. 1:23). Sin embargo, estaba en el corazón de la fe cristiana. El Evangelio de Juan declara que El es tanto el Mesías, rey de Israel (Jn. 1:49) como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1:29). Jesús mismo había declarado este hecho después de su resurrección: “¿No era necesario que el Cristo [Mesías] padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lc. 24:26). Felipe interpretó la profecía del siervo sufriente como algo referido a Jesús (Hch. 8:32-35) y Pedro habló de que la salvación sería obrada por la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni contaminación (1 P. 1:19).

Este hecho central de la teología neotestamentaria es presentado hermosamente en la visión juanina del León, que es un Cordero muerto. No está explicado por qué, en la providencia y propósito de Dios, el León de la

tribu de Judá sólo podía ganar su victoria final sobre sus enemigos cumpliendo primero el papel del Cordero muerto. En el pensamiento cristiano común, nos preocupamos principalmente con la cruz como lugar donde Jesús llevó nuestros pecados y cumplió la expiación por los pecadores. El énfasis de Juan es que sólo en virtud del sacrificio de Jesús como Cordero de Dios, El puede cumplir el papel de Rey mesiánico y llevar la historia humana a su desenlace en el reino de Dios.

El Cordero tiene la apariencia de haber sido muerto, o sea con el cuello cortado, como si hubiese sido sacrificado. Con esto Juan apunta a la muerte sacrificial de Cristo, antes que a su debilidad y humildad. Sin embargo, está de pie; ha sido muerto, pero aún vive (cf. 1:18).

Los **siete cuernos** representan la plenitud del poder que posee el Cordero. Un cuerno es un símbolo habitual de fortaleza en el Antiguo Testamento; aparece por primera vez en Deuteronomio 33:17 y luego frecuentemente en los Salmos (Sal. 18:2; 112:9). El Jesús resucitado declaró: "Toda autoridad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mt. 28:18).

El Cordero también tenía **siete ojos**; esto enseña la plenitud de su visión, su omnisciencia. El trasfondo para esto está en Zacarías 4:10, donde las siete lámparas en la visión del profeta "son los ojos del Señor que recorren toda la tierra". Los siete ojos del Señor son los siete ojos del Cordero; también son identificados como los **siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra**. Los ojos del Cristo exaltado son como una llama de fuego (1:14) y los siete espíritus brillan como antorchas delante del trono de Dios (4:5). De esta manera simbólica, Juan destaca la relación entre Cristo y el Espíritu Santo. En la primera visión, el símbolo del Espíritu —las siete antorchas de fuego (4:5)— están delante del trono, describiendo así la relación del Espíritu con Dios el Padre. Aquí los siete espíritus son enviados a toda la tierra en una misión mundial. La naturaleza de esta misión no se explica, pero nos recuerda expresiones similares en el Nuevo Testamento, en particular en el Evangelio de Juan. El Espíritu es el Espíritu del Hijo al cual el Padre ha enviado a morar en los corazones de los hombres (Gá. 4:6). El Padre enviará al Paracleto en el nombre de Jesús para enseñarles todas las cosas (Jn. 14:26). De hecho, Jesús dijo que los discípulos estarían mejor con su Espíritu que lo que habían estado con su presencia encarnada (Jn. 16:7). La relación inseparable entre el Hijo y el Espíritu se ve en Juan 14:18, donde Jesús describe la venida del Espíritu en términos de su propia presencia con los discípulos: "Vendré a vosotros" (Jn. 14:18).

La posición del Cordero es un poco difícil de determinar. Estaba **en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos**. No es claro si esto coloca al Cordero entre el trono y los seres celestiales rodeándolo o si pretende colocar al Cordero en medio de todo, como punto central de toda la escena. En todas partes, se habla del Cordero

como estando “en medio del trono” (Ap. 7:17) y en la carta a Laodicea, el Cristo glorificado está sentado con el Padre en su trono (Ap. 3:21).

Versículo 7. Vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. De esta forma, Juan desarrolla lo que ha declarado al principio del libro: “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto” (Ap. 1:1). El Padre es quien imparte la revelación de las últimas cosas al Hijo, quien a su vez hará que llegue el fin.

Versículo 8. Cuando el Cordero toma el rollo sellado, todo el cielo estalla en un himno de alabanza al Cordero. Quizá el orden de las varias huestes angelicales aquí es importante para ayudar a determinar la identidad de los veinticuatro ancianos. Están cerca de los cuatro seres creados y están rodeados a su vez por huestes de ángeles. Además, no se hace distinción entre los cuatro seres vivientes y los ancianos; todos **se postraron delante del Cordero** y se unieron al cántico de alabanza al Cordero.

Tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso. No es claro si estas palabras se aplican tanto a los ancianos como a los seres vivientes o sólo a los ancianos. La mayoría de los comentaristas lo limitan a los ancianos, pero el uso de las palabras sugiere que están incluidos ambos grupos. Un arpa o lira era el instrumento tradicional de alabanza y cántico en los salmos (Sal. 33:2; 98:5; 147:7). En otras dos ocasiones, Juan se refiere a la lira como al instrumento de la música celestial (14:2; 15:2). Las copas de oro llenas de incienso son un símbolo de las oraciones de los santos (Sal. 141:2; Lc. 1:10). El incienso era usado en los tiempos del Antiguo Testamento y en la adoración en el templo. Un altar de incienso estaba delante del velo interior y se usaba incienso fresco en la adoración diaria a Dios. No hay evidencias que se usara incienso en la adoración cristiana en los tres primeros siglos. De alguna manera, se piensa que los seres angelicales ayudan a que las oraciones de los santos lleguen a Dios. Esto es descrito nuevamente en 8:3, cuando un ángel llega al altar de oro sobre el cual estaban las oraciones de todos los santos. La referencia a **las oraciones de los santos** en este punto parece referirse a sus oraciones por la venida del reino. “Venga tu reino, sea hecha tu voluntad como en los cielos, así también en la tierra” es una antigua oración de la iglesia que está a punto de ser respondida.

“Santos” es el término más común usado por Juan para designar al pueblo de Dios (8:3,4; 11:18; 13:7,10; 14:12; 16:6; 17:6; 18:20,24; 19:8; 20:9) y es también uno de los términos paulinos para designar a los cristianos. De acuerdo a la interpretación dispensacionista, los santos que son perseguidos por la bestia (13:7,10), que han de ser mártires en la gran tribulación (17:6), que finalmente son liberados por Dios (18:20) no son la iglesia, sino el Israel convertido. De acuerdo a este criterio, la iglesia es llevada en el rapto al comienzo de la tribulación. Sin embargo, la limita-

ción de “santos” a los judíos convertidos no es un uso natural de la palabra. En este versículo, “santos” parece designar a todo el pueblo de Dios en la tierra, que ha orado por la venida del reino de Dios y la mayoría de esos santos deben ser creyentes que constituyen la iglesia. El significado natural del uso de “santos” en 11:18, cuando el tiempo ha llegado “para juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes” es el cuerpo total de los creyentes. La ubicación de los dos términos “profetas y santos” (11:18; 16:6; 18:24) y especialmente de los términos “santos y apóstoles y profetas” sólo tiene significado cuando se aplica a la iglesia, ya que el judaísmo no tenía apóstoles. La novia que está preparada para la fiesta de bodas adornándose con lino fino que “es las acciones justas de los santos” (19:8) es con seguridad la iglesia.

Versículo 9. **Y cantaban un nuevo cántico.** Esto es un eco del culto del Antiguo Testamento en el cual Israel a menudo es exhortado a cantar una nueva canción al Señor (Sal. 33:3; 98:1; 144:9; 149:1). Originalmente la frase denotaba un nuevo cántico de alabanza no necesariamente distinta de las que habían sido cantadas antes. Sin embargo, la frase sólo puede designar un cántico especial compuesto para alguna gran ocasión. En Isaías 42:10, un “nuevo cántico” es entonado, porque “se cumplieron las cosas, primeras, y yo anuncio cosas nuevas” (Is. 42:9) o sea un nuevo orden que está por comenzar con un nuevo ciclo de bendiciones. Así es como en el caso presente, un nuevo cántico es entonado porque el nuevo orden redimido del reino de Dios está por ser instalado. El Apocalipsis se caracteriza por cosas nuevas: un nuevo nombre para los redimidos (2:17; 3:12), la nueva Jerusalén (3:12; 21:2), los nuevos cielos y la nueva tierra (21:1); todas las cosas hechas nuevas (21:5).

El nuevo cántico surge en contraste con los que ya han sido mencionados por Juan y que fueron cantados en loor y adoración a Dios el Creador (5:8,11). El nuevo cántico es entonado al Cordero como Redentor, quien es digno de romper los sellos y abrir el rollo, es decir de establecer el reino de Dios, a causa de su poder redentor. Su mérito no está basado particularmente en su deidad, o en su relación con Dios, en su encarnación o su perfecta vida humana, sino en su muerte sacrificial.

La palabra griega que se traduce *inmolado* se usa para la muerte de Cristo sólo en el Apocalipsis (Ap. 5:6,9,12; 13:8), pero es un eco de Isaías 53:7, donde se encuentra la misma raíz: fue “llevado al matadero”. La palabra también se usa para el martirio de los creyentes en Asia (6:9; 18:24).

La salvación aquí es presentada como una *redención* o compra. Esta es una palabra paulina (1 Co. 6:20; 7:33; Gá. 3:13; 4:5) y tiene como su trasfondo la posibilidad de que un esclavo adquiriera su libertad por cierta suma de dinero. Esto se realizaba depositando el dinero en cierto templo

bajo la ficción de que el dios del templo compraba al esclavo de su propietario humano. El primer dueño recibía el dinero del templo y el esclavo recibía la libertad que había comprado, aunque formalmente seguía siendo propiedad del dios. Cristo ha comprado a los hombres **para Dios** “de entre los de la tierra” (14:3), de modo que se transformaban en posesión de Dios y encontraban liberación del yugo del pecado y la muerte, el mal y el sufrimiento que había corroído su existencia terrena. El costo de la compra había sido la **sangre** de Cristo. La expresión griega empleada puede ser traducida bien como “al precio de tu sangre” (cf. 1:5).

Los objetos comprados son **hombres de todo linaje, y lengua y pueblo y nación**. La visión de Juan se extiende más allá de su propio horizonte inmediato para incluir a todo el mundo; gentes a las cuales el evangelio aún no había llegado. Juan ve en la misión de la iglesia una comunidad mundial que se extiende mucho más allá de las costas del Mediterráneo y del dominio de los Césares. La iglesia siempre debe recordar su naturaleza realmente ecuménica.

Versículo 10. El resultado de la redención de Cristo es un pueblo que ha sido hecho **para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra**. Este es un énfasis repetido en el Apocalipsis. Es una de las notas clave en el comienzo del libro: Cristo “nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre” (1:6). Se oye otra vez en la consumación, cuando Cristo vuelva a levantar a los muertos: “Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (20:6). La idea del sacerdocio significa el pleno e inmediato acceso a la presencia de Dios con el propósito de alabar y adorar y la idea de un reino significa que los redimidos no sólo serán el pueblo de Dios, sobre los que El reine, sino que recibirán concretamente el privilegio de compartir su reino. Jesús prometió que los mansos heredarán la tierra (Mt. 5:5) y el mensaje de Pablo incluyó la promesa de que un día los santos reinarán (1 Co. 4:8).

Un problema textual está envuelto en la palabra griega traducida “reina-remos” porque aparece en los manuscritos tanto en presente como en futuro. El presente es preferido por muchos críticos textuales. Si es así, puede referirse al hecho de que la iglesia ya es un reino en el sentido de que los creyentes han sido elevados para ser sentados en lugares celestiales con Cristo (Ef. 2:6). Sin embargo, la ascensión espiritual con Cristo en el Nuevo Testamento enfatiza la victoria actual de los creyentes sobre el pecado y la muerte más bien que la idea de compartir el señorío y el reino celestiales. A la luz de la clara referencia en 20:6, parecería que la Versión Reina-Valera es correcta al elegir el tiempo futuro, a diferencia de la Nácar-Colunga y la Biblia de Jerusalén, viendo así el reino de los santos como algo que pertenece primordialmente a la consumación. Incluye tanto el reino milenial (20:4) como el orden redimido final en los nuevos cielos y la nueva tierra (22:5).

Tenemos otro problema textual importante en este versículo. La Versión Reina-Valera traduce: “Nos has redimido para Dios... y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”. Otras versiones ponen el verbo en tercera persona. Esto es muy importante para determinar la identidad de los ancianos. Si la RV es correcta, los ancianos son identificados con los redimidos, pero si lo son las otras versiones, los ancianos son definida y claramente distinguidos de los redimidos. En términos de nuestro conocimiento de la historia del texto, apenas si hay dudas sobre qué lectura es correcta, porque éste es uno de los lugares donde la RV es claramente incorrecta, ya que está basada en un texto griego inferior tardío. Es sorprendente encontrar que haya versiones y comentarios modernos que sigan esa versión incorrecta. Los ancianos cantan alabanzas al Cordero, no por su propia redención, sino por la redención de la iglesia.

El significado particular del cántico en este punto es que Cristo, con el derramamiento de su sangre en la cruz ha producido una nueva humanidad redimida y, por lo tanto, su obra redentora debe incluir la ruptura de los sellos y la apertura del rollo, o sea el establecimiento del reino de Dios para que los redimidos puedan heredar el reino prometido a ellos. La venida del reino escatológico es una parte esencial de la obra redentora de Cristo; lo que El hizo en la cruz permanece inconcluso para siempre hasta que los redimidos entren en su reino con Cristo y hasta que la fe se transforme en el cumplimiento de sus promesas cuando Dios venga a morar en medio de su pueblo (21:3).

Versículo 11. Juan vio entonces innumerables huestes de ángeles que agregaban su cántico al de los cuatro seres vivientes y de los ancianos.

Versículo 12. Exaltan la dignidad del Cordero de recibir el **poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza**. Estos siete atributos no dejan nada pendiente en la atribución de la alabanza; todo lo que pertenece a Dios el Padre también pertenece al Cordero, a causa de su obra redentora.

Versículo 13. Ahora toda la creación se une con las huestes angelicales en alabanza y adoración: **todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar y a todas las cosas que en ellos hay**. Este es lenguaje poético que describe la universalidad de la redención obrada por Cristo y no debería ser tomado como si significara que todos los hombres y todos los seres espirituales, incluyendo las huestes demoníacas del mal serán llevadas a las bendiciones de la salvación de Cristo. Es una expresión del hecho de que el señorío de Cristo es universal para que “en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:10,11). A través de Cristo, Dios ha querido “por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que

están en la tierra, como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz" (Col. 1:20). El loor y la adoración de toda la creación no es más un cántico de redención personal de lo que lo es el cántico de los cuatro seres vivientes y de los ancianos. Es la seguridad de que por medio de Cristo, Dios restaurará el orden y la paz a su universo caído.

El cántico de la creación es dirigido tanto a Dios el Padre como al Cordero, **al que está sentado en el trono, y al Cordero**. Nos recuerda que el Cristo exaltado se ha sentado con su Padre sobre el trono (3:21). Aquí están los materiales en bruto para una teología trinitaria. Juan, como judío, era un monoteísta inflexible; hay y sólo puede haber un Dios. Sin embargo, el Padre es Dios y el Hijo comparte igualmente las prerrogativas divinas y el loor y la adoración que sólo Dios puede recibir. Es en razón de esta elevada cristología, junto con el inflexible monoteísmo, que más tarde la iglesia formuló su teología trinitaria: un Dios que existe en tres personas. Juan no reflexiona sobre ello, ni ofrece ninguna explicación. Simplemente registra lo que él experimentó, junto con la iglesia primitiva.

CAPITULO SEIS

Los seis sellos

(2) Los seis sellos (6:1-17)

EL CAPITULO 5 centró su atención en el libro sellado del destino en la mano de Dios y subraya la verdad, central en el Apocalipsis, de que sólo el Cordero, en virtud de su muerte sacrificial, puede romper los sellos y abrir el libro. Luego Juan relata lo que vio en su visión: la apertura concreta de los sellos y —podemos presumirlo— la del libro. Ya hemos indicado que la ruptura de los sellos no representa etapas en la apertura del libro, sino sólo algo preliminar a la apertura concreta. El libro mismo contiene dos cosas que se complementan: el establecimiento del reino de Dios y la reunión de los santos en su reino; y el juicio de Dios sobre los poderes demoníacos malignos que han oprimido a su pueblo. El libro del destino expresa el amargo odio y la violenta hostilidad de las fuerzas del mal contra el pueblo de Dios y los sufrimientos que el último tiene que sufrir antes de que llegue el fin. Sin embargo, Dios juzgará a estos malos poderes y finalmente los destruirá. Antes de que caiga el juicio final, Dios derramará una serie de ayes sobre aquellos que han sido seducidos por los malos poderes. Estos juicios no sólo manifestarán la ira de Dios contra todo mal y rebelión, sino que también tendrán el propósito misericordioso de hacer caer a los malos sobre sus rodillas en arrepentimiento antes de que el juicio final caiga sobre ellos y sea demasiado tarde.

La ruptura de los siete sellos es preliminar a la apertura concreta del libro y a los hechos del fin de los tiempos. Describe las fuerzas que operan a lo largo de la historia por la cual serán llevados a cabo los propósitos redentores y judiciales de Dios. No son una parte de la gran tribulación

misma, pero son preparatorios y preliminares de la gran tribulación. Esta conclusión es reforzada por el hecho de que la ruptura del sexto sello nos lleva al umbral del fin; los cinco sellos deben precederlo.

a. *El primer sello (6:1,2)*

Versículo 1. Juan vio (en visión) al Cordero que rompía el primer sello y oyó a uno de los cuatro seres vivientes diciendo, como con voz de trueno: Ven. Muchos copistas de los manuscritos griegos entendieron que ésta es una orden a Juan de ir y ver la ruptura del sello y agregaron las palabras “y mira”. RV sigue esta versión equivocada. Sin embargo, el mejor texto griego contiene sólo la orden “Ven”, como se encuentra en la BJ por ejemplo. La última variante se encuentra también en los versículos 3, 5 y 7.

Una interpretación diferente es que la orden “Ven” es paralela a la misma en 22:17: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven”. Interpretado así, es una llamada repetida para que Cristo venga en poder y victoria. Este criterio está basado en la presunción de que los cuatro seres vivientes representan los poderes de la naturaleza, que está clamando por la redención final que será cumplida con el regreso del Señor (Ro. 8:22) y de ese modo, la naturaleza es representada clamando por la venida de Cristo. Sin embargo, tal llamado en este contexto de la ruptura de los primeros cuatro sellos es difícil. La forma más natural de entender el repetido llamado “Ven” es que los cuatro seres creados llaman a los cuatro jinetes.

Cuando el Cordero rompe cada uno de los cuatro primeros sellos, cuatro jinetes cabalgan sobre la tierra como instrumentos del propósito divino: el primero es blanco, el segundo es rojo, el tercero es negro y el cuarto amarillo o bayo (NC). El antecedente de este simbolismo se encuentra en Zacarías 6:1ss, donde se da al profeta una visión de cuatro carrozas tiradas por caballos de diferentes colores: alazanes, negros, blancos y overos rucios rodados. Estas cuatro carrozas cabalgan a los cuatro vientos para recorrer la tierra como instrumentos de la ira de Dios sobre los enemigos de su pueblo.

Versículo 2. El significado del segundo, tercer y cuarto jinetes no está en duda. El segundo es la guerra, el tercero es la escasez y el cuarto es la muerte en forma de pestilencia y violencia. La identidad del primer caballo con su jinete es muy discutida. Juan vio un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer. La mayoría de los intérpretes insisten en que el primer jinete debe ser entendido de manera coherente con los otros tres y, dado que éstos son poderes malos de destrucción y muerte, con los cuales Dios ejecutará su juicio, el caballo blanco debe ser similar en su tipo. Generalmente, se dice que este caballo es la conquista en general, mientras que el rojo es la guerra

en particular. Algunos creen que la clave de la interpretación está en el arco del jinete, un instrumento de guerra del mundo antiguo en el cual se destacarán especialmente los partos. Los partos eran un pueblo guerrero que vivía en Asia al sudoeste del mar Caspio en lo que hoy es Irán. Eran famosos en la guerra como jinetes por la rapidez de sus movimientos y su capacidad en el uso del arco y la flecha. Habían sido sometidos por los persas y más tarde por los reyes griegos (los seléucidas), pero alrededor del año 250 a.C. se rebelaron contra los seléucidas y a lo largo de los tiempos neotestamentarios se mantuvieron amenazantes al borde mismo del Imperio Romano, al este, como uno de sus más temidos enemigos. La corona usada por el jinete se considera como un símbolo de conquista; el jinete cabalga triunfalmente como conquistador para realizar nuevas conquistas.

Una de las principales dificultades para esta interpretación es que no hace justicia a la tradicional vestidura *blanca* del jinete y al caballo *blanco*, pues en la identificación de los otros tres jinetes el color es de gran significado. En una procesión triunfal romana, el general victorioso no cabalgaba en un caballo blanco, sino generalmente sentado en un carro de cuatro caballos.

Otros intérpretes han señalado la obvia similitud entre este caballo y su jinete con la visión del Cristo conquistador en 19:1-11. Allí Cristo cabalga un caballo blanco y usa sobre su corona muchas diademas. Sin embargo, una representación de la venida victoriosa de Cristo está fuera de lugar en este contexto y además es difícil concebir a Cristo volviendo en respuesta al llamado de uno de los cuatro seres vivientes.

El color blanco puede ser tomado, sin embargo, como clave de la identidad del primer jinete, porque en el Apocalipsis, el blanco es siempre un símbolo de Cristo o de algo asociado con Cristo, o de victoria espiritual. De ese modo, el Cristo exaltado tiene cabello blanco como lana (1:14); los fieles recibirán una piedrecita blanca con su nombre escrito en ella (2:17); usarán vestiduras blancas (3:4,5,18); los veinticuatro ancianos están vestidos de blanco (4:4); los mártires reciben ropas blancas (6:11) como también la gran multitud incontable (7:9,13); el Hijo del Hombre es visto en una nube blanca (14:14); vuelve sobre un caballo blanco acompañado por los ejércitos celestiales que están vestidos de blanco y cabalgan sobre caballos blancos (20:11). En vista de esta extensa evidencia, podemos buscar alguna interpretación del caballo blanco que lo conecte con algo asociado con Cristo y la vida espiritual. Esto es apoyado además por el hecho de que, a diferencia de los sellos segundo y cuarto, el primero no tiene ayes relacionados con él.

Otra clave para el significado de los sellos puede encontrarse fuera del Apocalipsis. Muchos comentaristas han señalado que hay una similitud entre la estructura de los siete sellos y el discurso del Monte de los Olivos en Marcos 13 y Mateo 24. Marcos 13:5-13 describe lo que es llamado

“principio de dolores” o mejor “principio de ayes”. El reino de Dios no será establecido de repente, pero el futuro será un período de guerras y rumores de guerras, conflictos, terremotos y persecuciones, aun al extremo de la muerte. Mateo agrega que también habrá hambres (Mt. 24:7). Estos males preliminares, que caracterizan el “principio de los ayes” serán seguidos por un breve tiempo de gran tribulación (Mr. 13:19) tal como el mundo nunca ha visto, cuando la “abominación desoladora” —el Anticristo— afligirá terriblemente al pueblo de Dios. Después de esto, acontecerá la venida de Cristo y la reunión de los santos en el reino de Dios.

La misma estructura básica de pensamiento aparece en el discurso de los Olivos y en el Apocalipsis: un tiempo de tribulaciones preliminares marcados por males en la sociedad humana y en la naturaleza (los siete sellos), seguidos por un corto pero terrible tiempo de gran tribulación (las siete trompetas y las copas y la bestia). Sin embargo, en el período malo preliminar hay una nota positiva, algo diferente señalado por Marcos y Mateo: “Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones” (Mt. 13:10); “y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones” (Mt. 24:14). El desarrollo de los acontecimientos no será el de un mal sin alivio en que el pueblo de Dios será entregado desvalido y pasivamente en las manos de los poderes hostiles. Si bien el reino de Dios no será establecido hasta el retorno del Hijo del Hombre, la época será de tensión: tensión entre los males que caracterizan la historia y afligen particularmente a los seguidores de Jesús y la activa y agresiva proclamación del evangelio del reino por parte de los mismos discípulos.

Esta verdad es bien descrita por Juan en la visión del caballo blanco. El jinete no es Cristo mismo pero simboliza la proclamación del evangelio de Cristo en todo el mundo. Los detalles con los que es descrito el primer jinete no debilitan esta conclusión. Un arco es usado a menudo en la Escritura como símbolo de victorias divinas. “Tú desnudas tu arco, sacias tu cuerda de saetas... Con furia atraviesas la tierra, con cólera pisoteas las naciones. Tú sales a salvar a tu pueblo, a salvar a tu ungido” (Hab. 3:9,12,13, BJ; véase también Is. 41:2; 49:2,3; Zac. 9:13; Sal. 45:4,5). La corona es un símbolo cuyo significado es expresado en las palabras “salió venciendo y para vencer”. Esto no quiere decir una conquista total, más bien significa que la proclamación del evangelio obtendrá victorias. Será predicado eficazmente en todo el mundo y, a pesar de un ambiente malo y hostil, caracterizado por el odio humano, la lucha y la oposición, el evangelio se abrirá paso victoriosamente en todo el mundo.

Hay aquí una palabra de confianza, combinada con una nota realista, para la iglesia del primer siglo y para toda otra época. ¿Cómo puede cualquier pueblo estar dedicado a una causa que cree que experimentará sólo derrotas? La primera generación de creyentes sufrió y enfrentó es-

fuerzos decididos para desarraigarlos y destruirlos completamente a manos de algunos de los últimos emperadores. Pero a pesar de toda forma de oposición, la iglesia estableció eficaz y victoriosamente el evangelio en todo el mundo romano hasta que el imperio cesó en su violenta oposición. No esperamos que la venida del reino y la corrección de los males del mundo serán antes del retorno de Cristo, pero estamos como portadores modernos del evangelio del reino, expectantes de ver victorias ganadas por el poder de este evangelio.

b. El segundo sello (6:3,4)

Versículos 3,4. Después de la ruptura del segundo sello, uno de los seres vivientes llamó a un caballo **bermejo**, a cuyo jinete **le fue dado poder de quitar de la tierra la paz... y se le dio una gran espada**. Esto es evidentemente un símbolo de guerra y derramamiento de sangre. La época en que vivió Juan, el fin del siglo I, no fue una época caracterizada particularmente por la guerra. De hecho, el poder de los ejércitos romanos había aplastado la resistencia efectiva por lo que la paz reinaba desde Armenia hasta España. La gran Pax romana dio al mundo del Mediterráneo varios siglos de paz que el mundo occidental nunca ha vuelto a experimentar. Sin embargo, era una paz basada en la fuerza y el poder de Roma era representado en todas partes por la presencia de sus legiones. En principio, la acción bélica y la conquista eran la política dominante y así seguirá siendo hasta la venida del Señor.

c. El tercer sello (6:5,6)

Versículo 5. El **caballo negro** con su jinete llevando **una balanza** o un par de platillos en su mano representa la escasez. La balanza era usada con el propósito de medir el grano.

Versículo 6. Juan oyó una voz que reflejaba condiciones de gran escasez, aunque no de hambre concreta: **Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario**. Un denario era una moneda de plata que se pagaba por un día de trabajo. El trigo era el principal alimento en el mundo antiguo y la cebada era la comida de los pobres, porque era más barata que el trigo. Un cuarto de trigo (dos libras o "un litro" como dice la BJ) era el consumo diario de un hombre. Esto describe una situación en la cual prevalece la escasez, cuando todo lo que un hombre gane —un denario— serviría para comprar la comida más barata para una pequeña familia. En tiempos normales, un denario compraría doce a quince veces esa cantidad de comida.

La voz agregó: **no dañes el aceite ni el vino**. Muchos comentaristas entienden que esto significa que las comidas de lujo, el aceite y el vino, no faltarán en tiempos de escasez; el pobre sufrirá pero el rico no se encontrará necesitado. Sin embargo, es más probable que esas palabras coloquen

una limitación al grado de escasez, porque los vinos finos podían ser una comida de lujo para la gente rica, pero el aceite y el vino barato estaban entre las necesidades de la vida de la gente pobre. “Trigo, aceite y vino” es una frase bíblica común, para representar las necesidades habituales de la vida (Dt. 7:13; 11:14; 28:51; 2 Cr. 32:28; Neh. 5:11; Os. 2:8,22; Jl. 2:19; Hag. 1:11). Estas eran las comidas corrientes de las tierras bíblicas. Eran esenciales para la vida normal en esos países y no eran verdaderos lujos. Por lo tanto, el caballo negro representa una condición de seria necesidad, pero no concretamente de hambre aguda. Esta no es una situación que pertenece al tiempo concreto de la gran tribulación, sino al comienzo de los ayes.

d. El cuarto sello (6:7,8)

Versículos 7,8. El **caballo amarillo** representa la muerte por el **hambre**, la **peste** (NC) y las **fieras de la tierra**. La palabra griega *chloros* a menudo significa verde y es un adjetivo usado con frecuencia para el pasto, las hojas, los árboles. La palabra en sí misma puede significar vegetación. Sin embargo, un caballo verde no se adecúa a este contexto. La palabra puede significar verde pálido, el color ceniciento del temor, y aquí parece representar la palidez de la muerte. No representa a la muerte en general, sino a la muerte que es provocada por las tres causas mencionadas.

El Hades le seguía al pálido caballo de la muerte. No es claro cómo hemos de ver esto, si el Hades es concebido cabalgando un segundo caballo o caminando detrás, lo que es poco probable, o montado en el mismo caballo detrás de la muerte. En cualquier caso, la idea es clara. El Hades significa el mundo inferior o la tumba y el Hades acompaña a la muerte para devorar a todos los que son atacados por el hambre, la peste o las fieras salvajes. La muerte por la espada difiere de la producida por el segundo jinete, en que podemos incluir todos los tipos de muerte violenta producidos por la espada, tales como el asesinato o la guerra. La inclusión del hambre como una de las causas de muerte sugiere que esta plaga es similar a la del caballo negro la escasez y la diferencia está en que la plaga es más intensa. Sin embargo, será de alcance limitado, porque su jinete recibe poder **sobre la cuarta parte de la tierra**.

e. El quinto sello (6:9-11)

Los cuatro primeros sellos han descrito en términos simbólicos las fuerzas por las cuales Dios proseguirá sus propósitos redentores y judiciales a lo largo de la historia. En otras palabras, ha señalado el carácter de la época y su relación con el reino de Dios. La proclamación del reino será ejecutada eficazmente, pero en un ambiente hostil, que a pesar de la presencia del evangelio del reino, se caracterizará por la guerra, el sufrimiento causado por la necesidad material y económica, y la muerte. Esto es para decir que

el reino de Dios no será establecido en toda su plenitud durante la era presente, enseñanza que tiene un claro paralelo con el discurso de nuestro Señor en el Monte de los Olivos en Mateo 24 y Marcos 13.

Versículo 9. Otro hecho que la iglesia debe enfrentar mientras continúa su misión de proclamar el evangelio del reino es la persecución y el martirio. Esto es presentado de una manera muy real. Juan vio **bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían**. La mención del altar provoca algunas dificultades. ¿Era el altar de la ofrenda quemada que estaba delante del templo mismo en el patio de los sacerdotes? ¿O era el altar del incienso que estaba dentro del edificio del templo delante del velo que separaba el lugar santo del santísimo? Esta es la primera mención del altar; no hay referencia a ello en el capítulo 4, que describe el cielo como morada del trono del rey celestial, lleno de huestes de ángeles que le adoran. ¿Dónde está el altar con referencia al trono? ¿Cómo puede ser descrito el cielo tanto como una habitación del trono y un templo al mismo tiempo?

Es precisamente la fluidez del pensamiento apocalíptico lo que lo hace posible. Los cuadros apocalípticos no son fotografías o hechos objetivos: son a menudo representaciones simbólicas de realidades espirituales casi inimaginables. De hecho, Dios no se sienta en un trono: es un Espíritu que ni está de pie ni se sienta o se reclina. El cuadro de Dios sentado en su trono es una forma simbólica de declarar el carácter real y soberano de la deidad.

Algunos intérpretes insisten en que el altar debe ser el del incienso, porque desde el sacrificio de Cristo en la cruz, no hay más lugar para los sacrificios. Tal pensamiento no toma en cuenta adecuadamente la naturaleza simbólica del lenguaje apocalíptico. El cielo es tanto el trono de Dios como su templo y el altar es el altar del sacrificio, aun cuando la muerte de Cristo haya puesto fin a todo sacrificio. Isaías vio “al Señor sentado sobre un trono alto y sublime y sus faldas llenaban el templo” (Is. 6:1). El altar también es descrito como algo que está en el templo (Is. 6:6). El Salmo 11:4 dice: “Jehová está en su santo templo; Jehová tiene en el cielo su trono”. No hay problema en mezclar los símbolos y concebir al cielo como el templo de Dios donde está su trono, aun cuando no haya equivalente terrenal para la mezcla de los dos aspectos (el cielo es concebido como el templo de Dios en pasajes como Sal. 18:6; 29:9; Hab. 2:20; Mi. 1:2). Por lo tanto, no necesitamos ir muy lejos en cuanto a la ubicación del altar o la relación con el trono de Dios.

El altar es mencionado en 8:3,5; 9:13; 11:1; 14:18 y 16:7. En 8:3,5, el altar está delante del trono y parece ser el del incienso que representa las oraciones de los santos. En 11:1 parece ser el del sacrificio que estaba en el patio de los sacerdotes. En este caso, el altar es claramente el de los sacrificios donde se derramaba la sangre sacrificada. El hecho de que Juan

vio las almas de los mártires *bajo el altar* no tiene nada que ver con el estado de los muertos o su situación en el estado intermedio; es meramente una forma de describir el hecho de que han sido martirizados en el nombre de su Dios. En el ritual del Antiguo Testamento, la sangre de las víctimas de los sacrificios era derramada en la base del altar (Lv. 4:7). Las almas de los mártires son vistas como si hubieran sido sacrificados sobre el altar y su sangre derramada en su base. El pensamiento cristiano a menudo emplea el lenguaje de la muerte sacrificial. Enfrentando la muerte, el apóstol Pablo escribió: "Porque yo ya estoy para ser sacrificado" (2 Ti. 4:6). En una fecha anterior, también enfrentando una posible muerte, había escrito: "Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo" (Fil. 2:17). Así es que los mártires cristianos aparecen como sacrificios ofrecidos a Dios. De hecho, fueron muertos sobre la tierra y su sangre mojó el suelo, pero en la fe cristiana, el sacrificio era realmente hecho en el cielo donde sus almas eran ofrecidas en el altar celestial.

Es dudoso que Juan esté pensando en cualquier martirio histórico o grupo de mártires. Ya hemos visto que en la época en que Juan escribió, el martirio no había llegado a ser tan frecuente o una experiencia común en la iglesia. Nerón lanzó una breve persecución localizada contra los cristianos en Roma y en el tiempo de Juan, Domiciano persiguió a unas pocas familias en Roma, aparentemente porque eran cristianos. Lo que Juan sí ve por anticipado es que, en el tiempo del fin, la bestia o Anticristo lanzará una fiera persecución contra la iglesia, casi al punto de destruirla. Aquí Juan parece tener en mente a todos los mártires cristianos de todos los tiempos y quizás más a los del tiempo del fin en particular. Uno de los énfasis repetidos en todo el Nuevo Testamento es que la misma naturaleza de la iglesia es la de ser un pueblo mártir. Cuando Jesús enseñó que un hombre que quiere ser su discípulo debe negarse a sí mismo y tomar su cruz (Mt. 10:38; 16:24), no hablaba de negarse a sí mismo o de llevar cargas pesadas: estaba hablando de la disposición a sufrir el martirio. La cruz es nada más que un instrumento de muerte. Cada discípulo de Jesús es en esencia un mártir y Juan tenía en mente a todos los creyentes que habían sufrido así.

Estos mártires "habían sido muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que tenían" (cf. 1:9; 12:11,17; 19:10; 20:4). La *palabra de Dios* es el evangelio que Dios ha dado a los hombres y por el cual ellos son salvos, lo que incluye los grandes hechos de la resurrección y el señorío de Cristo. Ningún cristiano puede confesar el señorío de Cristo y al mismo tiempo inclinarse al señorío de un soberano humano como el César. En la historia del *Martirio de Policarpo* (9), le fue prometida la libertad si despreciaba a Cristo y juraba por el César. Esta tendencia a la persecución de los cristianos ya era amplia en el mundo romano, aunque no llegó a ser un principio general como lo fue después.

Gramaticalmente, “el testimonio que tenían” puede significar el testimonio que habían dado de Cristo, pero un estudio de esta repetida frase parece que más bien significa el testimonio que había sido dado por Jesús, que ellos habían aceptado y por el cual habían sido llevados a la muerte.

Versículo 10. De estas almas bajo el altar subía un clamor a Dios. **¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?** El término “Señor” no es la palabra común para “Señor” en el Nuevo Testamento —*kyrios*— sino uno de los títulos comunes para Dios en el Nuevo Testamento griego, *despotes*, que designa el gobierno divino soberano sobre todas las cosas. Se menciona a Dios como alguien **santo**, o sea que trasciende sobre todo mal y por lo tanto no puede tolerar los males que han sido perpetrados en los mártires. También es el **verdadero**, es decir, el único fiel a sus promesas del pacto que finalmente salvarán a su pueblo, aun cuando ellos hayan sufrido el martirio y los llevará a la plena redención del reino de Dios. Las almas de estos mártires que descansan bajo el altar, elevan un clamor de justicia. La frase “los que moran en la tierra” es repetida a menudo en el Apocalipsis y designa a la humanidad en su rebelión y hostilidad a Dios (cf. 3:10; 11:10; 13:8,12,14; 14:6; 17:8).

La oración de estas almas puede ser interpretada como una oración de venganza o como una oración de reivindicación. Ciertamente hay casos en la historia del martirio de los primeros cristianos cuando los mártires no mostraron el Espíritu de Jesús y de Esteban, pidiendo perdón por los que los perseguían. Por lo contrario, a veces los mártires amenazaban a sus atormentadores con el juicio de la ira venidera. La Escritura advierte contra tal espíritu de venganza, prohibiendo la revancha personal, y amonestando a los cristianos afligidos a dar alimento a los enemigos hambrientos y de beber a los que estuvieren sedientos. Deben mostrar amor a los que los atormentan y dejar toda venganza a Dios, quien juzga rectamente (Ro. 12:19). A la luz de esto, algunos intérpretes han entendido que la oración de los mártires es una oración judía, pidiendo venganza, más que una verdadera oración cristiana. Por el otro lado, hay una reiterada nota de vindicación en las Escrituras. Dios dijo a Caín después que éste asesinó a Abel: “La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Gn. 4:10). Nuestro Señor mismo contó una parábola sobre personas justas que sufrieron a manos de los malvados y cuya única vindicación es Dios: “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia” (Lc. 18:7,8). El hecho de que la oración viene desde debajo del altar donde ha sido derramada la sangre de los mártires sugiriere que es la sangre de los mártires la que clama por venganza y no los mártires mismos que piden una venganza personal. Oran que la vindicación divina que es segura por-

que Dios es santo y verdadero, se apresure sobre los hombres malos que han muerto a los justos.

Versículo 11. Las **vestiduras blancas** dadas a los mártires no son un cuerpo intermedio o el cuerpo resucitado. Si este fuera el significado de las ropas blancas, los mártires las habrían recibido al morir. La vestidura blanca es un símbolo de bendición y descanso, aun cuando el estado de la bendición final y perfecta espera el retorno de Cristo y la resurrección del cuerpo. Las almas de los mártires están descansando bajo el altar; aún no han entrado al goce de la plena presencia de Dios. Los mártires deben descansar **todavía un poco de tiempo** hasta la consumación de su bendición, pero entre tanto, están en un estado de reposo.

Deben aguardar con paciencia **hasta que se completara el número de sus consiervos y de sus hermanos**. Esta afirmación seguramente no debe ser entendida en forma matemática, como si Dios hubiera decretado que deba haber cierto número de mártires y que, cuando ese número haya sido muerto, llegará el fin. Se indica que Juan sabía que el fin no habría de venir inmediatamente, sino que tendría que pasar un tiempo cuando la iglesia experimentaría nuevos martirios.

f. El sexto sello (6:12-17)

Versículos 12-14. Con la apertura del sexto sello, Juan observó una serie de fenómenos que en lenguaje profético y apocalíptico, eran la forma usual de describir el fin del mundo. En vista del hecho de que muchos intérpretes entienden que estas palabras designan simbólicamente levantamientos sociales, económicos y políticos, es necesario enfatizar el trasfondo profético veterotestamentario. En el día del Señor, cuando Dios finalmente visite la tierra tanto en juicio como en redención, todo el orden terrenal será sacudido. Joel profetizaba: “El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes de que venga el día grande y espantoso de Jehová” (Jl. 2:31). Y luego: “El sol y la luna se oscurecerán; y las estrellas retraerán su resplandor” (Jl. 3:15). Hageo escribió: “Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca” (Hag. 2:6). Isaías ve el día del Señor como un tiempo cuando “las estrellas de los cielos, y sus luceros no darán su luz” (Is. 13:10). En otra parte, escribió: “Todo el ejército del cielo se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejército, como se cae la hoja de la parra, y como se cae la de la higuera” (Is. 34:4). Jeremías describe el mismo hecho: “Miré a la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz. Miré a los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruidos... Porque así dijo Jehová: Toda la tierra será asolada; pero no la destruiré del todo. Por esto se enlutará la tierra, y los cielos arriba se oscurecerán, porque hablé, lo pensé, y no me arrepentí, ni desistiré de ello” (Jer. 4:23-28).

El mismo lenguaje cósmico catastrófico se encuentra en el discurso de nuestro Señor en el Monte de los Olivos. Inmediatamente después del corto período de la gran tribulación, “el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (Mt. 24:29). Inmediatamente después de esta conmoción cósmica, aparecerá el Hijo del Hombre en las nubes del cielo para reunir a los elegidos en el reino de Dios. El lenguaje usado por Juan es tan similar a la profecía de Mateo 24 que es difícil creer que Juan no estaba familiarizado con ella.

Hay una profunda teología en el lenguaje de la catástrofe cósmica al fin de los tiempos. Ilustra la trascendencia de Dios y la dependencia de su creación ante el Creador. El Antiguo Testamento continuamente describe las visitaciones divinas de Dios a su pueblo en términos de una teofanía, es decir, en términos de majestad, poder y gloria tan grande que el mundo físico es conmovido. La ilustración más notable de esto en el Antiguo Testamento es la visitación en el monte Sinaí. Sin embargo, esto no es todo. El Antiguo Testamento describe al mundo físico compartiendo de alguna manera el destino del hombre, como si hubiera caído bajo la carga de la violencia, la decadencia y la muerte y sujeto por lo tanto al juicio divino y necesitado de la salvación divina. El lenguaje de la catástrofe cósmica al fin de los tiempos, cuando Dios finalmente visite su creación en el día del Señor es la forma pictórica de la Biblia de describir el juicio divino que cae sobre el mundo. El lenguaje es “semipoético”, o sea que difícilmente puede tomarse en forma literal.¹ Por ejemplo, ¿cómo podemos concebir a la luz de nuestra moderna astronomía que las estrellas caigan sobre la tierra? Dado que sabemos que la bóveda celeste es en realidad una ilusión óptica, ¿cómo podemos imaginar que los cielos sean enrollados como un pergamino?

Sin embargo, el lenguaje no es meramente poético o simbólico sobre realidades espirituales, sino que describe una real catástrofe cósmica cuyo carácter concreto no podemos concebir. De las ruinas del juicio surgirá un nuevo orden redimido que Juan denomina “nuevos cielos y nueva tierra” (Ap. 21:1).

Versículos 15-17. Aquellos que experimentaron esa catástrofe la reconocerán al fin del mundo. Toda clase de hombres, encumbrados y pobres, pequeños y grandes, **se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, tratando de cubrirse del rostro de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?** Detrás de esto está el lenguaje de uno de los primeros pasajes “apocalípticos” del Antiguo Testamento, Isaías 2:19, cuando el día del Señor es descrito como un tiempo cuando los hombres “se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra, por

la presencia temible de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando él se levante para castigar la tierra”.

La expresión “el día del Señor” es un término amplio, que abarca todo el período que incluye el término de esta era y la inauguración de la próxima. Será un día de juicio para los malvados —un día de ira— pero un día de redención para los justos. En el Nuevo Testamento, es llamado “el día del Señor” (2 Ts. 2:2), el día de Cristo (Fil. 1:10), el día del Señor Jesucristo (1 Co. 1:8) y el día del Señor Jesús (2 Co. 1:14). También es el día de la ira (Ro. 2:5) y el día de la redención (Ef. 4:30). No pueden hacerse distinciones entre estos varios términos como si fueran días distintos que pueden ser distinguidos el uno del otro. En este caso, la catástrofe cósmica convence a los hombres de que el día ha llegado y el Señor está por aparecer.

Sin embargo, Juan no prosigue describiendo el fin mismo y la venida del Señor como podríamos esperar. Por el contrario, continúa relatando ciertos hechos que preceden el fin. De hecho, cuando el séptimo sello es roto (8:1), no se oye un solo ay; en lugar de ello, Juan relata el sonido de las siete trompetas y los ayes que las acompañan y luego el vaciamiento de las siete copas y sus ayes. Esto está en consonancia con nuestra comprensión de los siete sellos. Hemos dicho que los sellos representan fuerzas que estarán en acción durante el curso de los tiempos y que serán sólo preparatorios para la apertura del libro. La rotura de cada sello no significa la apertura del libro capítulo por capítulo; todos los sellos son un preliminar de la apertura del libro. El sexto sello nos lleva al umbral de la apertura del libro y los grandes hechos del final. La ruptura del séptimo sello hace posible que el libro sea abierto y su contenido desplegado. El libro contiene las profecías del fin del mundo, pero el fin no es un solo hecho, sino que consiste en todo un complejo de hechos. Incluye el derramamiento de la ira de Dios sobre una civilización rebelde, el juicio del Anticristo y la destrucción de sus huestes, así como la resurrección de los muertos y el establecimiento del reino de Dios. De modo que podemos llegar a la conclusión de que el sexto sello nos lleva al umbral del fin y que Juan retrocede, por así decirlo, para contar la historia del fin en mayor detalle. La ruptura del séptimo sello abre el libro y comienza la historia de los hechos del tiempo final; esta es la esencia del resto del Apocalipsis.

CAPITULO SIETE

Las dos multitudes

LOS PRIMEROS SEIS sellos que representan hechos preliminares del fin o el “comienzo de los ayes” (Mt. 24:8), ya han sido abiertos y ha llegado el tiempo para que se abra el último sello; sea abierto el libro y comience la historia del fin mismo. El fin es un complejo de hechos que incluirán la culminación de la lucha entre el pueblo de Dios —la iglesia— y la bestia o Anticristo satánicamente inspirado. Hablará del derramamiento de la ira de Dios sobre el Anticristo y la civilización que lo ha apoyado y finalmente de la liberación y salvación del pueblo de Dios en el reino de Dios.

Antes de que Juan comience la historia del fin, se detiene a emplear una técnica que usa varias veces para interrumpir el flujo de la narración. Abre un paréntesis, pintando un cuadro que es el fondo esencial para seguir el hilo de la narración. Cuando la iglesia está ante el umbral de su tiempo de gran tribulación, recibe de nuevo la seguridad de que Dios velará por su seguridad en medio de la terrible prueba. Cuando la apertura del sexto sello fue seguida por signos del fin, los hombres clamaron con terror: “El gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse de pie?” (6:17). La respuesta a esta pregunta es dada ahora. Aquellos a quienes Dios ha sellado serán preservados del derramamiento de la ira divina, aun cuando sufran el martirio.

(3) Intervalo: Las dos multitudes (7:1-17)

Este intervalo contiene una visión de dos multitudes. La primera es una compañía que consiste en doce mil de cada una de las doce tribus de Israel.

La segunda es una gran innumerable compañía de todas las tribus y pueblos y lenguas, es decir de los gentiles, que han sido martirizados en la gran tribulación.

a. Los 144.000 (7:1-8)

Versículo 1. Juan describe ahora la tierra como si fuera un gran cuadrado con un ángel de pie en cada uno de **los cuatro ángulos**. Dice que **detenían los cuatro vientos de la tierra para que no soplará viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol**. Estos ángeles tienen poder de dañar la tierra, el mar y los árboles, aunque dejaran en libertad a los cuatro vientos.

Versículos 2,3. Sin embargo, Juan vio a **otro ángel que subía de donde sale el sol**, o sea del este en la dirección de Palestina, que **tenía el sello del Dios vivo**, y que llamó a los cuatro ángeles exhortándolos a no dañar a la tierra hasta que hubieran **sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios**.

Esta es la forma con que Juan describe las plagas que pronto han de caer sobre la humanidad y la protección del pueblo de Dios de estas plagas. Aquí nos encontramos de nuevo con la fluidez del lenguaje apocalíptico. Podríamos esperar que después del sellado de los siervos de Dios, los cuatro ángeles de los cuatro ángulos de la tierra serían liberados de su tarea y los cuatro vientos se transformarían en atormentadores. Pero no se vuelve a hablar de los cuatro ángeles. En su lugar, encontramos a siete ángeles, cada uno con una trompeta, tras cuyo sonido caen plagas sobre la tierra. Tenemos que insistir en que el lenguaje apocalíptico no presenta su mensaje en estilo fotográfico preciso, sino más bien en el del moderno arte surrealista, con gran fluidez e imaginación. El mensaje de estos versículos es simplemente que el juicio de las primeras plagas ha de ser contenido hasta que el pueblo de Dios sea sellado.

Versículos 4-8. Juan oyó el número de los sellados: doce mil de cada una de las doce tribus de Israel. El propósito de este sello es aclarado en una referencia posterior. Después del sonido de la quinta trompeta, una plaga de langostas cae sobre la tierra, pero la maldición de la plaga no es universal. Cae "solamente a los hombres que no tuvieron el sello de Dios en sus frentes" (9:4). Dios está a punto de visitar a la tierra en su ira, afligiendo a una sociedad apóstata y rebelde con terribles plagas antes de que caiga el juicio final. En medio de esta sociedad apóstata, está el pueblo de Dios, pero la ira de Dios no cae sobre ellos; están sellados y de ese modo libres de la ira.

La visión de Juan recuerda a Israel en Egipto. Dios visitó a los egipcios con una serie de diez plagas para tratar de doblegar al obstinado Faraón delante de la voluntad divina. Israel se encontraba en medio de Egipto, pero Dios protegió a Israel de las plagas que afligieron a los egipcios. La

décima plaga trajo muerte a todo primogénito varón en todas las casas de Egipto, pero los israelitas recibieron la indicación de matar un cordero y salpicar la sangre sobre las puertas y cuando el ángel de la muerte pasó por la tierra, siguió de largo ante toda casa protegida con la marca de la sangre.

Esta interpretación del significado del sellamiento de los 144.000 es confirmada por la afirmación de 16:2 al comienzo de los juicios de las copas. No son derramadas sobre todos los hombres, sino sobre aquellos que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen. En el tiempo de la tribulación, Dios protegerá a su pueblo del derramamiento de su ira, aun cuando deban sufrir a manos del Anticristo.

Ciertamente este sello es un hecho espiritual y no un fenómeno corporal visible. El sello de los siervos de Dios es distinto en su significado del libro sellado en 5:1-5. Ese libro estaba sellado para esconder su contenido de los ojos de los hombres; los 144.000 son sellados para protegerlos de los males que vendrían. Una idea análoga se encuentra en el sello espiritual del Espíritu Santo en todos los cristianos, que fueron "sellados con el Espíritu Santo de la promesa" que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida (Ef. 1:13,14; cf. también 2 Co. 1:22; Ef. 4:30). Este sello de los creyentes es una reafirmación de seguridad espiritual sobre la base de la propiedad divina. Es un hecho espiritual interno, que no puede ser observado por el ojo exterior. De esa manera, el pueblo de Dios será sellado en la tribulación y protegido de su ira.

La identidad de los 144.000 no es un problema fácil. La forma más natural de interpretarlos es verlos como el pueblo judío y encontrar en este simbolismo la salvación de Israel. El problema de la incredulidad del pueblo judío a la luz de las promesas de Dios era un problema agudo para la iglesia primitiva y Pablo dedica tres capítulos en su epístola a los Romanos (9-11) a esta cuestión. Algunos críticos han considerado que estos tres capítulos constituyen la sección central de la epístola. Pablo insiste en que las promesas de Dios no han sido anuladas, porque hay un remanente fiel de judíos, que han heredado la promesa. Sin embargo, la mayoría de Israel ha sido culpable de incredulidad y por lo tanto ha sido arrancado del pueblo de Dios, para lo cual, Pablo usa la figura del olivo. Su lugar ha sido tomado por los creyentes gentiles que por medio de la fe han sido injertados en el árbol. Sin embargo, Dios no ha terminado con Israel; todavía son un "pueblo santo" (Ro. 11:16). El propósito de Dios será llevar finalmente a Israel al cielo y de nuevo a la fe. Por el presente, Israel está endurecido en la incredulidad, "hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles" (Ro. 11:25). Pero esta salvación de los gentiles provocará el celo de Israel (Ro. 11:11,14) y de esta manera "todo Israel será salvo" (Ro. 11:26). Pablo está hablando aquí desde la perspectiva de la historia redentora. Evidentemente no quiere decir que todos los judíos que hayan vivido serán salvos.

Quiere decir que llegará un día cuando toda la familia de los judíos vivientes —“todo Israel”— será salvada.

Muchos intérpretes entienden este pasaje espiritualmente y aplican las palabras “todo Israel” a la iglesia de los gentiles. Este criterio hace que Pablo simplemente declare que todo el pueblo de Dios será salvo y que el Israel espiritual estará completo. Esta interpretación no se adapta al contexto. Hay un movimiento a lo largo de Romanos 9-11 del Israel literal a la iglesia gentil y en este contexto, “todo Israel” debe referirse a toda una generación de judíos vivientes. Dios no ha despreciado definitivamente a su pueblo; cuando todo el número de los gentiles haya sido salvado, Dios se volverá otra vez hacia Israel y ellos también experimentarán una salvación nacional.

Muchos intérpretes entienden que los 144.000 representan al Israel convertido. El sello de los 12.000 de cada una de las doce tribus de Israel es la forma de Juan para decir lo mismo que dice Pablo: “Todo Israel será salvo”.

Esto es evidentemente una interpretación posible, pero se enfrenta con una grave dificultad, porque los 144.000 no son sellados para salvación sino para protección de las plagas. Además, en el versículo 3, son llamados “siervos de Dios”. No son convertidos en este tiempo, sino que ya lo estaban. Además, si son judíos convertidos, es difícil entender por qué ellos serán protegidos de los sufrimientos de la tribulación cuando se permitirá que multitudes innumerables de gentiles sufran el martirio.

Otro criterio, cercano al que hemos citado, es que se trata de un remanente judío que ha de ser testigo del “evangelio del reino”, o sea de la venida del reino de Dios, durante la gran tribulación después que la iglesia haya sido llevada en el raptó. En este caso, la segunda multitud es una gran hueste de gentiles que se supone que serán salvados como resultado de la predicación del remanente judío, pero que a su vez serán martirizados por el Anticristo. Este criterio, sin embargo, depende de la teoría de que la iglesia ya ha sido llevada en el raptó, teoría para la cual no encontramos más evidencia. Además, padece de ciertas contradicciones internas. Este punto de vista dispensacionalista enseña que la iglesia será llevada en el raptó al comienzo de la gran tribulación y que los principales objetivos de la ira de la bestia o Anticristo será la nación judía, reubicada en su territorio de Palestina. Esta interpretación cree que el Anticristo hará un tratado de siete años con la nación de Israel, sólo para romperlo a mitad de la “semana de años” y volverse entonces con ira para destruir a sus primitivos aliados (cf. Dn. 9:27). Este criterio dispensacionalista debe enfrentar la dificultad de que no son los judíos, sino una gran hueste de creyentes gentiles los que son martirizados siendo víctimas del odio del Anticristo (cap. 13).

Hay buenas razones para creer que, con los 144.000, Juan quiere identi-

ficar al Israel espiritual, la iglesia. Este criterio es sugerido por ciertas irregularidades en la lista de las doce tribus de Israel. De hecho, la lista de Juan no concuerda con ninguna lista de las doce tribus de Israel. Muchos intérpretes insisten en que estas doce tribus deben ser interpretadas literalmente y que por lo tanto designan literalmente a Israel. Sin embargo, cuando se la interpreta literalmente, *estas doce tribus no representan a Israel*. Un breve análisis de varias de las listas del Antiguo Testamento hará que esto quede claro.

<i>Apocalipsis 7</i>	<i>Génesis 49</i>	<i>Ezequiel 48</i>
Judá	Rubén	Dan
Rubén	Simeón	Aser
Gad	Leví	Neftalí
Aser	Judá	Manasés
Neftalí	Zabulón	Efraín
Manasés	Isacar	Rubén
Simeón	Dan	Judá
Leví	Gad	Benjamín
Isacar	Aser	Simeón
Zabulón	Neftalí	Isacar
José	José	Zabulón
Benjamín	Benjamín	Gad

La profecía de Ezequiel 48 habla de la salvación final de Israel y la división escatológica de la tierra de Palestina. Si Juan se refiere a la salvación escatológica de Israel, podríamos esperar que siguiera la lista de Ezequiel, pero no lo hace. Las irregularidades en la lista de Juan son: la tribu de Dan es omitida; la tribu de Efraín también es omitida, pero incluida directamente porque José era el padre tanto de Manasés como de Efraín. Esto significa que en realidad, la tribu de Manasés está incluida dos veces.

No ha sido presentada ninguna explicación satisfactoria de esta lista irregular de nombres, a menos que sea la siguiente: Juan intenta decir que las doce tribus de Israel no son realmente el Israel literal, sino el Israel verdadero, el espiritual, o sea la iglesia. Algunos intérpretes han tratado de evitar la mayor de las dificultades —la emisión de Dan (que es la primera tribu mencionada en el pueblo escatológico de Ez. 48)— sugiriendo que debe esperarse que el Anticristo surja de la tribu de Dan. Esta tribu, por lo tanto, es considerada como apóstata y excluida del pueblo de Dios y de su herencia de la tierra. Este criterio puede encontrarse en una época tan antigua como la de Ireneo.¹ Sin embargo, se desploma por el hecho de que Dan es incluido en la salvación del pueblo escatológico de Ezequiel 48.

El Nuevo Testamento concibe claramente a la iglesia como el Israel espiritual y verdadero. Con seguridad, la palabra “Israel” nunca es usada

para la iglesia, a menos que lo sea en Gálatas 6:16, pero la exégesis de este versículo es discutida. Sin embargo, está más allá de discusión que “si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gá. 3:29). En otro lugar, Abraham es “padre de todos los creyentes” (Ro. 4:11), ya sea circuncidados o incircuncisos. “Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios” (Ro. 2:28,29). “Porque nosotros somos la circuncisión los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús” (Fil. 3:3). Si los creyentes son los verdaderos hijos de Abraham la verdadera circuncisión, entonces debemos llegar a la conclusión de que la iglesia es el verdadero Israel espiritual, aun cuando la palabra misma no se haya usado en relación con la iglesia. Creemos que esto es confirmado por la expresión “el Israel de Dios”, en Gálatas 6:16.

Resulta claro, a partir de dos referencias anteriores, que Juan comparte esta distinción entre el Israel exterior y literal y el Israel interior y espiritual. En Esmirna, estaban “los que dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás” (2:9; cf. también 3:9). O sea que hay hombres que real y exteriormente son judíos (el Israel literal) pero que en realidad no son verdaderos judíos (el Israel espiritual) sino que siguen los caminos de Satanás más que los de Dios.

Así pues, si Juan distingue entre el Israel espiritual y literal, le sería posible hablar de las doce tribus de Israel y al hacerlo, quisiera designar a aquellos que son verdaderos judíos: la iglesia. Y él indica la intención al hacer la lista de las doce tribus en una forma que no es idéntica al Israel histórico.

Esta interpretación es la que más se adecúa al pasaje y sugiere la relación entre las dos multitudes. Representan al mismo pueblo —la iglesia— visto en dos etapas de su historia en los tiempos del fin: primero, de pie en el umbral de la gran tribulación y luego habiendo pasado por este tiempo de tribulación, mártires pero victoriosos. Nos recuerda las palabras de nuestro Señor cuando describe el destino de sus discípulos: “Seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros... Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá” (Lc. 21:16,18).

Las dos multitudes representan la iglesia bajo dos aspectos de la gran tribulación: la ira de Dios y la persecución de la bestia. La iglesia es sellada para que pueda ser protegida de las plagas que expresan la ira de Dios sobre el Anticristo y sus seguidores, pero en la gran tribulación la iglesia sufrirá persecución y muerte como ha sido durante toda la historia.

El significado del número 12 x 12.000 no es difícil. Es común en el Apocalipsis y es un número simbólico que afirma que todo el número del

pueblo de Dios será llevado con seguridad a través del tiempo de la tribulación y que ninguno de ese pueblo se perderá.

b. La multitud incontable (7:9-17)

La iglesia es descrita una segunda vez desde una perspectiva totalmente distinta. La primera multitud se encuentra en el umbral de la tribulación; la segunda es vista después que la tribulación ha pasado, salva en el reino de Dios. La cuestión más difícil es si son presentados o no como habiendo sido martirizados. Han pasado por grande tribulación (v. 14) y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. No hay indicación positiva en este pasaje de que sean mártires. Sin embargo, se les ve de pie delante del trono o sea que han sufrido la muerte y ahora están en la presencia de Dios y delante del Cordero. Si han muerto en la gran tribulación, la presunción es que han sido martirizados, porque la gran tribulación será una época de intenso martirio.

La idea aparece varias veces en el Nuevo Testamento y se remonta a Daniel 12:1: “Y será tiempo de angustia, [en griego: tribulación] cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces”. Nuestro Señor se hizo eco de esas palabras de Daniel: “Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mt. 24:21,22). Pablo describe al personaje maligno que se opondrá al pueblo de Dios como “el hombre de pecado... el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto” (2 Ts. 2:3,4). Juan dedica todo un capítulo a este Anticristo, llamándolo la bestia, que, apoyada por el falso profeta, exigirá adoración universal. A la bestia “se le permitió hacer guerra contra los santos y vencerlos” (Ap. 13:7). Se le dio autoridad sobre todos los pueblos de la tierra. El falso profeta exige que todos los hombres adoren a la bestia; aquellos que no lo hagan serán muertos (Ap. 13:15).

La enseñanza teológica que encontramos en la gran tribulación es el continuo conflicto entre Dios y Satanás. Una de las cosas principales en el ministerio de nuestro Señor fue su conflicto con Satanás y los poderes demoníacos. Por su encarnación y misión terrenal, nuestro Señor ha provocado una derrota decisiva al demonio (Mt. 12:28,29; Lc. 10:18; He. 2:14) para que los hombres puedan ser liberados del poder espiritual de Satanás para entrar al reino de Cristo (Col. 1:13). A la par que son liberados del poder espiritual de Satanás, la iglesia no es salvada de la tribulación y la persecución que expresa el fiero odio de Satanás por el pueblo de Dios. De hecho, la tribulación (persecución) es la expectativa normal de la iglesia en el mundo (Jn. 16:33; Hch. 14:22; Ro. 8:35). La gran tribulación no será sino una concentración de la misma hostilidad satánica que la iglesia ha

experimentado durante toda su existencia cuando Satanás, en un último y convulsivo esfuerzo, trate de volver los corazones del pueblo de Dios alejándolos de su Señor.

Un paralelo de la visión de la gran multitud incontable se encuentra en el capítulo 14, donde, inmediatamente después de la gran tribulación, se da una visión profética de los 144.000 de pie sobre el monte Sión, es decir la Jerusalén celestial, en el reino de Dios. Desde el punto de vista de la fuerte lucha espiritual entre Dios y Satanás, que un hombre viva o muera no es de importancia definitiva. El tema de suma importancia es si adora a Cristo o el Anticristo. Aun así, aunque a Satanás se le permite dirigir una terrible tribulación contra los santos por medio de Anticristo, Dios los llevará salva y victoriosamente hasta el reino de Dios.

Versículo 9. El cuadro de esta visión no es declarado explícitamente, pero el lenguaje de los vv. 15-17 sugiere que es en el reino de Dios, consumado después que el trono de Dios ha descendido de los cielos a morar con los hombres (22:3). Aquí encontramos la primera visión anticipada en el Apocalipsis, cuando Juan mira hacia adelante para describir alguna situación que no llegará a ser efectiva sino tiempo después. Las **ropas blancas** y las **palmas en sus manos** son signos de victoria.

Versículo 10. Su canción no es primordialmente de gratitud por su propia liberación, sino de alabanza a Dios por la grandeza de la salvación que El ha obrado.

Versículos 11,12. Los **ángeles** se unen a los redimidos en alabanza a Dios. Debe notarse que los veinticuatro **ancianos** aquí están agrupados con los ángeles y los querubines, distinguiéndose de los redimidos. Esto apoya el criterio de que son poderes angelicales.

Versículo 13. La gran multitud es identificada por una dramática pregunta dirigida a Juan por uno de los ancianos.

Versículo 14. La respuesta de Juan usando el trato de **Señor** es adecuada si los ancianos son ángeles, pero no si representan a los redimidos. Esta es una forma de hablar usada en todas partes para seres sobrehumanos. Véase Daniel 10:16; Zacarías 4:5,13.

Si esta gran compañía está compuesta por **los que han salido de la gran tribulación**, se deduce que han sufrido el martirio. Sin embargo, no han renunciado a su fe en Cristo ni han permitido ser manchados por la incredulidad o la adoración de los dioses falsos: **han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero**; se han mantenido firmes en su fe en Cristo.

Versículo 15. **Por esto estan delante del trono de Dios**: han entrado en perfecta comunión con Dios. **Le sirven día y noche en su templo**: tienen acceso directo a la presencia inmediata de Dios.

Versículos 16,17. En este contexto, estas palabras podrían referirse a la bendición del estado intermedio, en que el trono de Dios y su templo son

concebidos como si estuvieran en el cielo. Pero las bendiciones que disfrutaban —el no tener **más hambre ni sed, ni calor** agobiante, el cuidado del Cordero, las **fuentes de agua de vida**, la acción de **enjugar toda lágrima** de sus ojos y especialmente la declaración de que “extenderá su tabernáculo sobre ellos” (v. 15)— suena más como las bendiciones del reino consumado (Ap. 22:1-5), cuando el trono de Dios descienda del cielo a morar con los hombres. Hay una dificultad en el hecho de que se nos dice que en este nuevo orden no habrá templo (21:22). Sin embargo, esto sólo refleja la fluidez del lenguaje apocalíptico. En 7:15, el templo es la morada de Dios y representa la presencia concreta de Dios. En 21:22, el templo representa la mediación ante la presencia de Dios, que ya no será necesaria en el nuevo orden, “porque verán su rostro” (22:4).

CAPITULO OCHO

El séptimo sello y las seis trompetas

(4) El séptimo sello (8:1)

EL CAPITULO 7 es un paréntesis que interrumpe la continuidad de la apertura de los siete sellos. Los primeros seis sellos, que fueron rotos en el capítulo 6, representan el carácter de la época y el curso del evangelio en el mundo hasta el fin de los tiempos. El fin fue anunciado por el sexto sello. Entonces, antes de que sean dados nuevos detalles sobre los hechos del fin, particularmente el tiempo de la gran tribulación, el capítulo 7 describe el destino de la iglesia en este temible período. Los capítulos 8 y 9 relatan la apertura del séptimo sello y el sonido de las siete trompetas.

Antes de que esto sea tratado en detalle, debe señalarse un paralelismo significativo entre los siete sellos y las siete trompetas. Es notable que ambos, los sellos y las trompetas nos lleven al fin. El sexto sello, como hemos visto, relata las catástrofes cósmicas que señalan la venida del día del Señor (6:17). Del mismo modo, la séptima trompeta anuncia la venida del fin. Cuando el séptimo ángel hace oír su voz, se oyen voces celestiales diciendo: "Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos" (11:15). Esto exige que reconozcamos que hay cierta recapitulación cuando la narración nos lleva hacia atrás y cubre algo del mismo terreno. La pregunta es si los siete sellos y las siete trompetas cubren el mismo período, o sea si se superponen en su totalidad o si sólo lo hacen parcialmente.

Una clave para la respuesta puede encontrarse en el hecho de que el séptimo sello, a diferencia de los primeros seis, no contiene plagas o juicios. Por lo contrario cuando el séptimo sello fue roto, los siete ángeles se

prepararon para hacer sonar sus trompetas. De hecho esto sugiere que las siete trompetas son el contenido del séptimo sello; sólo hay una recapitulación parcial. Los seis sellos relatan los sucesos que llevan al fin, mientras que en el séptimo las siete trompetas relatan el comienzo del fin mismo, particularmente el tiempo de la gran tribulación que introducirá el fin.

Otra similitud estructural se encuentra en el hecho de que tanto los sellos como las trompetas son interrumpidos por intervalos. Entre el sexto y el séptimo sellos, está insertada la visión de las dos multitudes, que describe el destino de la iglesia en tiempos de la tribulación. Entre la sexta y la séptima trompetas están insertadas las visiones del ángel y el librito y la medición del templo (caps. 10 y 11).

Otro paralelismo entre los sellos y las trompetas se encuentra en el hecho de que ni el séptimo sello ni la séptima trompeta representan una plaga o un ay como los otros seis sellos y trompetas. El séptimo sello no tiene contenido; hemos llegado a la conclusión de que las siete trompetas constituyen el contenido del séptimo sello. De manera similar, la séptima trompeta no contiene plaga o ay como las seis precedentes, sino que sólo contiene un anuncio del fin y es seguido por las siete copas. Esto sugiere la posibilidad de que el contenido de la séptima trompeta, sean de hecho las siete copas. Si es así, vemos en las siete trompetas y las siete copas una intensificación de los ayes derramados sobre la humanidad antes de que sean destruidos en el juicio final cuando ya será muy tarde.

Versículo 1. Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora. Es posible que este silencio sea en sí mismo el contenido del séptimo sello y quiera significar el comienzo del descanso eterno de los santos. Sin embargo, esto es improbable porque está completamente fuera de tono con los primeros seis sellos. Otros han sugerido que el silencio prevaleció a fin de que las oraciones de los santos pudieran ser oídas (v. 3). La mejor deducción es que el silencio representa una actitud de tembloroso suspenso de parte de las huestes celestiales delante de los juicios de Dios que han de caer sobre el mundo. Es el silencio de la terrible anticipación de los hechos que están a punto de ocurrir, ahora que el tiempo del fin ha llegado.

3. LAS SIETE TROMPETAS (8:2-14:20)

Ahora que los siete sellos han sido rotos, debemos suponer que leemos sobre la apertura del rollo y la exposición de su contenido. Sin embargo, nada de eso ocurre; simplemente el rollo desaparece de la vista. Probablemente, esto se deba a la fluidez del simbolismo apocalíptico y al carácter altamente descriptivo de su lenguaje. Sin embargo, es adecuado presumir que lo que sigue a la apertura de los siete sellos es de hecho el contenido del rollo.

(1) La seis trompetas (8:2-9:21)

El sexto sello pone delante nuestro el tiempo del fin; y las siete trompetas y las siete copas (caps. 15-16) constituyen uno de los aspectos más importantes del corto pero terrible tiempo del fin. Con cada trompeta y cada copa, una plaga es derramada sobre el mundo. Estas plagas representan expresiones de la ira de un Dios santo sobre una civilización que ha escogido dar su lealtad al Anticristo más bien que al Mesías de Dios. Esto se afirma en la introducción de los siete sellos; son “las siete plagas postreas, porque en ellas se consumaba la ira de Dios” (15:1). Esta ira no está dirigida contra la humanidad en general, sino contra “los hombres que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen” (16:2). Explícitamente se dice que estas plagas estaban dirigidas sólo contra aquellos “que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes” (9:4). Aquellos que adoraban al Cordero han sido sellados, de modo que ahora están protegidos de la ira de Dios.

En otras palabras, Juan ve un día cuando las fuerzas de la justicia y del mal serán tan visibles y claras que todo hombre deberá decidirse o por Cristo o por el Anticristo. La pugna que está implícita en la misión del evangelio en el mundo por las almas de los hombres llegará a ser tan explícita que ya no habrá más terreno intermedio. Los poderes de incredulidad y de hostilidad hacia Dios surgirán a la luz en la persona del Anticristo y la lealtad de todo hombre será clara.

Sin embargo, la ira de Dios no es meramente judicial; también incluye un propósito misericordioso. Tiene como intención poner a los hombres de rodillas por medio de duras experiencias mientras dure el tiempo de la decisión y antes que sea demasiado tarde. Esto es sugerido en varios pasajes. Después de la sexta trompeta, leemos: “Los otros hombres, que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos” (9:20). Está implícito que cuando los hombres sean confrontados con la ira de Dios en el juicio, deberían humillarse en arrepentimiento y volverse de su maldad para adorar al Dios del cielo. La misma nota resuena en relación con las copas de ira. Después de la quinta copa, leemos que los hombres “blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras” (16:11). Si hubiera alguna posibilidad de llevar a los hombres al arrepentimiento ésta estaría en las plagas de las trompetas y las copas.

a. Preparación (8:2-6)

Versículo 2. Al comienzo del intervalo en el capítulo 7, leemos de la orden a los cuatro ángeles que estaban de pie en los cuatro ángulos de la tierra para que no dañaran a la tierra hasta que los siervos de Dios fueran sellados. Ahora esperaríamos encontrar de nuevo a estos cuatro ángeles, pero por el contrario, leemos de **los siete ángeles que estaban de pie ante**

Dios a los que fueron dadas **siete trompetas**. Sin embargo, ésta es la característica fluidez del lenguaje y la visión apocalíptica; es surrealista más bien que racional y lógicamente coherente.

El lenguaje sugiere siete ángeles bien conocidos. En la literatura bíblica no aparecen siete ángeles que están en la presencia de Dios; pero *Enoc* 20:7 da los nombres de siete ángeles santos y *Tobías* 12:15 habla de Rafael “uno de los siete santos ángeles que presentan las oraciones de los santos”. Lucas 1:19 habla de Gabriel, que está en la presencia de Dios.

Versículo 3. Antes del sonido de las siete trompetas, Juan vio en visión un breve episodio, cuyo significado básico es claro, pero cuyos detalles no lo son. La visión del ángel echando incienso sobre el altar lleva la sencilla verdad, ya expresada en la oración de las almas de los mártires bajo el altar (6:9-11) de que los juicios de Dios vendrán sobre el mundo en respuesta a las oraciones de los santos.

Juan vio a otro **ángel**. Muchos comentaristas piensan que este ángel debe ser Cristo mismo, porque la Biblia no enseña el papel mediador de los ángeles en relación con las oraciones del pueblo de Dios. Sin embargo, en Daniel 9:20ss y 10:10ss, el ángel Gabriel juega un papel de mediación al llevar a Daniel la respuesta a sus oraciones. Hebreos 1:14 nos cuenta que los ángeles cumplen cierto tipo de ministerio por los santos. No es plenamente un papel de mediación, porque los santos son sacerdotes delante de Dios (Ap. 1:6; 5:10), es decir que tienen acceso directo delante de Dios. Pero de alguna manera que desconocemos, puede pensarse que los ángeles ayudan a las oraciones de los santos.

El ángel se **paró ante el altar** como un sacerdote a punto de ofrecer incienso (Ex. 40:5; Lv. 4:7; He. 9:4). Es posible que este pasaje se refiera a dos altares; el cuadro no es claro. Posiblemente la visión representa al ángel yendo primero al altar de la ofrenda quemada para tomar carbones ardiendo (v. 3a), luego dirigiéndose al altar del incienso, que es designado como **el altar de oro que estaba delante del trono** para dejar allí los carbones tomados del altar de la ofrenda quemada (v. 3b), y volver finalmente al altar de la ofrenda quemada para tomar el fuego que echaría sobre la tierra (v. 5). Sin embargo, todo el tema de la identidad del altar y su relación con el trono es difícil y puede ser deliberadamente inexacto a causa de la naturaleza del pensamiento apocalíptico.

Al ángel se le dio **mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos**. Este concepto es más bien difícil. Sugiere que las oraciones de los santos estaban sobre el altar y que el ángel vino con incienso para incensar las cosas santas. Es notable que la visión se refiere a las oraciones de *todos* los santos y no meramente de los mártires. Esta es una nueva evidencia de que el Apocalipsis se relaciona con el destino de toda la iglesia en la tierra.

Versículo 4. **El humo del incienso no** es el que permite que las oracio-

nes de los santos se eleven a Dios; esto se opondría al hecho de que los creyentes son sacerdotes de Dios por sí mismos. El humo del incienso se elevó con las oraciones de los santos agregándoles fragancia. Podemos deducir que el objeto de las oraciones de los santos es la venida del reino de Dios y la manifestación del juicio de Dios contra los poderes demoníacos del mal, que han oprimido a aquellos que han confesado fielmente el nombre de Jesús (véase 6:10).

Versículo 5. Este versículo describe dramáticamente el hecho de que los juicios de Dios caerán sobre la tierra en respuesta a las oraciones de los santos. Aporta la seguridad de que las oraciones de los santos han sido oídas y serán contestadas. Al sonar la séptima trompeta (11:19) y al vaciarse la séptima copa (16:17), se dan seguridades similares de la fidelidad de Dios. El antecedente para esta visión está en Ezequiel 10:2, donde carbones de fuego de entre de los querubines son derramados sobre Jerusalén como señal del juicio de Dios.

Los truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto que siguen al lanzamiento del fuego sobre la tierra son signos que anuncian los juicios de Dios que han de sobrevenir.

Versículo 6. Ahora, en respuesta a las oraciones de todos los santos, **los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas**. Las plagas de las trompetas están en dos grupos: las primeras cuatro implican catástrofes naturales; las últimas tres caen directamente sobre los hombres. Una división similar se encuentra en Mateo 24:4-8 y 24:13-22. Las primeras cuatro plagas son todas parciales en sus efectos, ya que sólo afectan a una tercera parte de la naturaleza. Estos juicios preliminares están destinados a producir el arrepentimiento en los hombres (9:20). Los cuatro primeros juicios tienen muchos detalles en común con las plagas de Egipto.

b. La primera trompeta (8:7)

Versículo 7. La primera plaga destruye un tercio de la tierra, su follaje y vegetación verde. La destrucción cae sobre una tercera parte de la tierra. No hay razón para seguir a los intérpretes que piensan que esta plaga es un cuadro de desorden civil y anarquía como fruto del rechazo de Dios por parte del hombre. Los árboles no significan hombres de alto rango ni el pasto hombres de baja categoría. Esto describe una catástrofe concreta que cae sobre el mundo físico. Posiblemente el fuego significa un despliegue de una gran tormenta.

c. La segunda trompeta (8:8,9)

Versículo 8. Al sonar la segunda trompeta, una masa ardiente cae del cielo al mar. Es infructuoso tratar de limitar esto a una erupción volcánica. Los volcanes echan rocas y lava, pero no son lanzados ellos mismos al mar.

No podemos decir cómo tenemos que concebir la forma concreta de estos hechos.

Versículo 8. El hecho de que **la tercera parte del mar se convierta en sangre** nos recuerda a Exodo 7:20, cuando el Nilo se transformó en sangre. La muerte de una tercera parte de los peces nos recuerda la plaga similar en Exodo 7:21.

Versículo 9. **La tercera parte de las naves fue destruida** aparentemente por el fuego de la montaña ardiente. Esto es una plaga severa, pero aun es sólo parcial en sus efectos.

d. La tercera trompeta (8:10,11)

Versículo 10. El sonido de la tercera trompeta muestra un gran meteoro brillante que cae desde el cielo envenenando una tercera parte de los ríos y fuentes de agua. Nos recuerda la primera plaga de Egipto, que cayó sobre el río Nilo.

Versículo 11. La palabra traducida “Ajenjo” es una palabra rara, que no aparece en ninguna otra parte de la Biblia en griego, aunque la traducción griega de Aquila la usa varias veces. El ajeno mezclado con el agua no era un veneno mortal, pero en este caso **muchos hombres murieron**, porque las aguas **se hicieron amargas**. En Jeremías 9:15, el ajeno es un símbolo del juicio divino: “Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos... He aquí que a este pueblo yo les daré a comer ajeno, y les daré a beber aguas de hiel”. En Jeremías 23:15, el mismo juicio cae sobre los profetas por su impiedad.

e. La cuarta trompeta (8:12,13)

Versículo 12. La cuarta plaga cae sobre los cuerpos celestiales: el sol, la luna y las estrellas. Esto es similar a la novena plaga de Egipto, cuando la tierra fue cubierta de tinieblas (Ex. 10:21). No se nos dice qué pasó con los cuerpos celestiales, salvo que fueron ensombrecidos. La oscuridad no es completa; la plaga sólo afecta un tercio de los cuerpos celestiales.

La independencia del estilo apocalíptico se nos muestra en la naturaleza de la plaga, que es lógicamente imposible. Si un tercio del sol, la luna y las estrellas se oscurecieran, entonces su luz disminuiría durante todo el tiempo en una forma proporcional. Además, es difícil concebir el oscurecimiento de la luna cuando está en su primera fase como un leve hilo de luz. Un tercio de los cuerpos celestiales se oscurece y el resultado es que un tercio del día y un tercio de la noche son oscurecidos.

Versículo 13. La primera serie de trompetas y las plagas que las acompañan está ahora completa. Las fuerzas de la naturaleza han caído bajo el juicio divino como un aviso a los hombres pecadores y ahora resuena una advertencia de que vendrán cosas peores. La quinta y sexta trompetas son plagas que caen directamente sobre los hombres.

Un **águila** anuncia los ayes que vienen. Se escoge a un águila por su potencia de vuelo (12:14), que le da una amplia perspectiva. El águila vuela al meridiano o el cenit del cielo donde el sol está a mediodía y donde puede ser vista por todos. El triple **ay, ay, ay** anuncia las tres últimas trompetas y las plagas que las acompañarán. **Los que moran en la tierra** es una expresión repetida en el Apocalipsis para designar al mundo pagano en su hostilidad a Dios (3:10; 6:10; 11:10; 13:8; 17:2). Aquí una vez más se implica que las plagas de la ira divina caen sobre la sociedad mala y rebelde, pero que la iglesia, que ha sido sellada con el sello protector de Dios, de alguna manera es preservada del sufrimiento de estas plagas. Esto ha quedado claro después que el quinto ángel hizo sonar su trompeta en 9:4.

CAPITULO NUEVE

Las seis trompetas (Continuación)

f. La quinta trompeta (9:1-12)

LA QUINTA PLAGA es la de una multitud de langostas demoníacas que atacan los cuerpos de los hombres, pero sin causarles la muerte. La plaga de las langostas de Joel 2:4-10 que precede la venida del día del Señor provee el trasfondo necesario. La apariencia de las langostas en Joel era como si se tratara de caballos que corrían con el estruendo de carros, que cargaban como hombres poderosos de guerra, que oscurecían el cielo con sus ejércitos. La diferencia está en que en Joel se tiene en cuenta una plaga de langostas reales, mientras que en el Apocalipsis, las langostas son símbolos de huestes demoníacas.

Versículo 1. Cuando el quinto ángel hizo sonar su trompeta, Juan vio **una estrella que cayó del cielo a la tierra**. Es discutible si debe ponerse algún énfasis en la palabra "cayó". Algunos comentaristas nos llevan a Isaías 14:12: "¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana!", y encuentran en estas palabras una caída de Satanás de su lugar de exaltación. Nuestro Señor también nos habla de una caída de Satanás: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lc. 10:18). Sin embargo, no hay razón en el Apocalipsis para identificar la estrella con Satanás o cualquier poder maligno. La estrella representa alguna figura angélica divinamente comisionada para llevar a cabo los propósitos de Dios. La idea de la caída es usada porque es la forma en que las estrellas llegan del cielo a la tierra.

El lenguaje del pasaje cambia inmediatamente de la estrella a aquel que está simbolizado en la estrella. A éste **se le dio la llave del pozo del abismo**. En la literatura bíblica no hay una sola cosmología coherente, pero es

verdad que a menudo encontramos el concepto de tres niveles de existencia: la tierra, el cielo arriba y el mundo subterráneo abajo. Ya hemos descubierto en la extensa descripción que Juan hace del cielo que no pretende que su lenguaje sea tomado literalmente, sino que describe el cielo con un lenguaje simbólico. De la misma manera, ahora se refiere al mundo subterráneo, que es concebido como un gran espacio abierto en las profundidades de la tierra, conectado con el mundo por un pozo.

La palabra griega traducida “pozo del abismo” es *abyssos* de la cual deriva nuestra palabra abismo. No existe por supuesto tal cosa como el pozo del abismo. No se resiste la pregunta: ¿cuán profundo es ese abismo? La palabra *abyssos* es usada en el Antiguo Testamento griego para las aguas profundas (Gn. 1:2; 7:11; Sal. 107:26). También es usada para la profundidad de la tierra (Sal. 71:20) y llegó a designar el lugar de los muertos. Así es como Pablo pregunta: “¿Quién descenderá al abismo? (esto es para hacer subir a Cristo de los muertos)” (Ro. 10:7). Es la morada de la bestia o el Anticristo antes de que aparezca en la tierra (Ap. 11:7) y será la prisión temporal de Satanás durante el reino milenial de Cristo (Ap. 20:3). A veces también es representada como el hogar o el lugar de aprisionamiento de los demonios (Lc. 8:31).

En este caso, es la morada de las huestes de demonios que vuelan como escorpiones para atacar a los hombres. Que este concepto no debe ser tomado literalmente lo sugiere el pensamiento diferente de Pablo de que Satanás es “el príncipe de las potestades del aire” (Ef. 2:2) y que los demonios son “huéspedes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12). Además, el Apocalipsis no presenta uniformemente a Satanás como si viviera en el mundo subterráneo. En el capítulo 12, Satanás es representado como un fiero dragón rojo que se dedica a un temible conflicto con el ángel Miguel. Como resultado, Satanás es arrojado del cielo a la tierra junto con sus ángeles. Esto refleja la misma idea que se encuentra en Ef. 2:2, de que Satanás es el príncipe de los poderes del aire. Evidentemente esto tiene por intención hacer que el lenguaje simbólico describa realidades del mundo espiritual.

Del pozo, que es la entrada y salida del abismo se habla como si estuviera guardado con llave bajo la soberanía de Dios. De ese modo, Satanás será encerrado en el pozo por mil años (Ap. 20:3). En este caso, la llave es dada al emisario angelical que ha descendido del cielo.

Versículo 2. Y abrió el pozo del abismo [con la llave que le había sido dada], y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo. Muchos intérpretes piensan que esta nube de humo representa los fuegos del infierno, pero no hay nada en el texto que lo sugiera y en el Antiguo Testamento el Seol (Hades) es un lugar oscuro. Sin embargo, la idea de un mundo subterráneo donde los fuegos del tormento arden es reflejada en la parábola del rico y Lázaro,

que por lo menos refleja las ideas judías contemporáneas usadas por nuestro Señor para llevar su mensaje al pueblo de su tiempo (Lc. 16:23,24). El lugar final de castigo (Gehenna, o Infierno) se asemeja a un lago de fuego (Ap. 20:10,14,15), pero no está localizado en el corazón de la tierra; de hecho, no se le da ubicación en los escritos bíblicos.

Versículo 3. Y del humo salieron langostas sobre la tierra. Es tentador ver a la nube de denso humo como la multitud misma de langostas, que en Palestina puede realmente ser tan espesa como para oscurecer el sol (Jl. 2:10). Sin embargo, el texto parece distinguir claramente entre las langostas y la nube de humo. Esta es la vívida forma de Juan para describir la ascensión de las huestes demoníacas. Las langostas en el Antiguo Testamento son un símbolo de la ira de Dios (Ex. 10:13; Jl. 1:4). Sin embargo, en este caso, no son realmente langostas, sino criaturas simbólicas de poderes demoníacos.

Se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. El escorpión, como la serpiente, eran animales hostiles al hombre y por eso llegaron a ser un símbolo de las fuerzas del mal espiritual (Lc. 10:19; *Sirac* 39:29). Su ponzoñoso aguijón era proverbial (Ez. 2:6; cf. Lc. 11:12).

Versículo 4. Y se les mandó que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde alguna, ni a ningún árbol. Estas langostas que han subido del abismo tienen una misión fuera de lo común. Normalmente consumen el follaje verde (Ex. 10:15), pero aquí les es prohibido explícitamente.

Los objetivos de los ataques de los escorpiones son los hombres, pero **solamente los que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.** Esto nos lleva nuevamente al capítulo 7, donde Juan ve el sellado del pueblo de Dios ante el último terrible período de tribulación y este versículo da el propósito de ese sellado. La tribulación será un tiempo al comienzo de la ira de Dios sobre una sociedad rebelde; un tiempo de temible persecución de la iglesia por la bestia y, como señala esta trompeta, un tiempo de actividad demoníaca. La ira de Dios caerá sólo en los adoradores de la bestia (16:2) y el pueblo de Dios será protegido por una protección divina de la actividad demoníaca. Pero la iglesia será, en la tribulación, la víctima de la persecución y el martirio como lo ha sido a través de toda su historia.

Versículo 5. Les fue dado... que los atormentasen cinco meses. El significado del período de cinco meses de tortura no es claro. Puede designar meramente un período relativamente corto en el cual los hombres sufrirán esta carga, o puede derivarse de las plagas reales de langostas que pueden atacar árboles y cosechas en cualquier momento durante los cinco meses de la estación cálida en Palestina. Sin embargo, los ataques concretos de langostas pueden ocurrir en cualquier momento durante los cinco meses; aquí, atacan a los hombres continuamente, mientras dura el período de cinco meses.

No que los matasen. Cuando los escorpiones atacan a los hombres, el

resultado pocas veces es fatal, aunque produce agudos dolores. En esta plaga encontramos a monstruos casi indescriptibles que vuelan como langostas, pero muerden como escorpiones.

Versículo 6. La plaga de las langostas trae un sufrimiento como consecuencia del cual los hombres **buscarán la muerte**, a fin de ser aliviados de sus agonías pero la mordedura de los escorpiones no será fatal.

Versículo 7. **El aspecto de las langostas era semejante a caballos preparados para la guerra.** Esta descripción se basa directamente en Joel 2:4, donde se describe una invasión de langostas. Parecen caballos de guerra. A menudo se ha dicho que existe una similitud entre la cabeza de una langosta y la cabeza de un caballo. Se cita a menudo un viejo proverbio árabe que dice que la langosta tiene cabeza de caballo, pecho de león, pies de camello, cuerpo de serpiente y antenas como cabello de muchacha.

Las langostas-escorpiones no usan coronas, sino más bien son **como coronas de oro**. No hay elemento natural en las langostas que se asemeje a las coronas, esto es puramente simbólico, usado probablemente para sugerir el éxito de las langostas en su misión.

Sus caras eran como caras humanas. Nuevamente, este no es el aspecto de las verdaderas langostas. Posiblemente tiene por fin indicar la inteligencia de los monstruos demoníacos o puede ser sólo un detalle que agregar a la terrorífica apariencia de estas criaturas infernales.

Versículo 8. **Tenían cabello como cabello de mujer.** Los antiguos comentaristas a menudo interpretaban esto como un abuso de relaciones sexuales. Algunos comentaristas modernos ven aquí una referencia a los ejércitos partos que vivían justo en los límites del Imperio Romano hacia el este y que eran una constante amenaza a la paz romana. Los partos acostumbraban a usar el cabello largo. La interpretación más probable, en vista del proverbio árabe citado antes, es que se trata de una alusión a las largas antenas de las langostas.

Sus dientes eran como de leones. Este detalle es tomado de Joel 1:6, donde una nación hostil puede ser comparada a la amenaza de una plaga de langostas que describe como con dientes de león y muelas de leona. Con esto se quiere aumentar la intensidad de la fiera de esta plaga demoníaca al describir la voracidad con la cual las langostas devoran la vegetación.

Versículo 9. **Tenían corazas como corazas de hierro.** El cuerpo escamado de las langostas puede ser comparado a las corazas de hierro. El hierro sugiere la impotencia de los hombres para destruir a sus enemigos demoníacos.

El ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla. Esto es nuevamente una alusión a la profecía de Joel, donde las plagas de langostas se describen "como aspecto de caballos, y como gente de a caballo correrán. Como estruendo de carros saltarán sobre las cumbres de los montes" (Jl. 2:4,5). Una invasión real de langostas

es acompañada de un fuerte sonido por el golpeteo de millones de alas; el Vidente las compara al sonido de un ejército de carros que se lanzan a la batalla.

Versículo 10. **Tenían colas como de escorpiones, y también agujijones.** En el versículo 5, se nos ha dicho que estas langostas demoníacas tienen poder para torturar a los hombres por cinco meses como un escorpión muerde a un hombre. El tiempo presente del verbo (BJ) describe la forma de esta tortura. Estos monstruos son en parte langostas y en parte escorpiones; tiene colas de escorpiones para realizar esta tortura. Sin duda esto es una representación simbólica de los poderes demoníacos.

Versículo 11. **Tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo.** Como las langostas-escorpiones suben del mundo subterráneo, podemos esperar que Satanás fuese su rey. De hecho, es sorprendente el que tengan un rey, en vista de Proverbios 30:27: “Las langostas, que no tienen rey, y salen todas por cuadrillas”. Su rey es el **ángel del abismo**, figura que no aparece en otra parte de la literatura bíblica o judía. Quizá deba ser identificado con la figura angélica representada en el v. 1 como una estrella caída, que tiene la llave del pozo del abismo.

Cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego Apolión. *Abadón* en hebreo significa “destrucción” y siempre es traducida en el Antiguo Testamento griego por la palabra *apoleia*, “destrucción”, con la sola excepción de Job 31:12. La palabra es usada para designar el lugar de destrucción en forma sinónima con el Seol o subterráneo de los muertos en Job 26:6; 28:22; Proverbios 15:11; 27:20 y se usa solo para referirse al mundo subterráneo en pasajes como Job 31:12; Salmo 88:11. Juan traduce la palabra al griego, no con su equivalente usual *apoleia*, “destrucción”, sino con un participio, *apolión* que significa “el destructor”. Algunos comentaristas ven aquí una referencia al dios griego Apolo, uno de cuyos símbolos era la langosta de quien a menudo se pensaba que visitaba a los hombres con plagas y destrucción. Sin embargo, no hay razón de peso, para esta interpretación. Juan da meramente un nombre simbólico al ángel del abismo, “el destructor”, tanto en sus equivalentes hebreo y griego.

Versículo 12. **El primer ay pasó; he aquí, vienen dos ayes después de esto.** Las últimas tres de las siete trompetas son vistas como tres ayes a causa de su terrible poder destructor. Antes de que suene la quinta trompeta, un águila ha anunciado la venida de estos tres ayes (8:13). El segundo ay es la plaga de la sexta trompeta (9:13-21) y el tercer ay es la séptima trompeta (11:14). El paso del primer ay no debe tomarse desde el punto de vista de Juan como parte de la historia, sino desde una perspectiva escatológica futura.

g. La sexta trompeta (9:13-21)

La plaga de la sexta trompeta es similar a la de la quinta, en cuanto

implica juicios sobre el mundo pagano, por parte de huestes demoníacas. La principal diferencia es que la plaga de la quinta trompeta produce una tortura y sufrimiento mientras que la plaga de la sexta provoca la muerte.

Esta es una plaga de caballos demoníacos con cabezas de leones y colas de serpientes que tienen poder de matar a los hombres. Estas huestes demoníacas vienen del este, desde los límites del Imperio Romano. Es un hecho histórico que en el siglo I los ejércitos partos de más allá del Eufrates eran una continua amenaza para la paz romana y que la literatura apocalíptica judía preveía una invasión escatológica de fuerzas paganas (*Enoc* 56:5-8). Estos partos eran famosos jinetes y eran temidos por su habilidad en el uso del arco y la flecha. Algunos comentaristas ven en la visión de Juan una expectativa de una invasión parta, pero esto es poco probable. En la visión, los jinetes de los caballos prácticamente no juegan papel alguno; la destrucción es provocada por los caballos mismos que representan poderes demoníacos.

Cierto antecedente para la idea de una invasión escatológica de caballos se encuentra en el Antiguo Testamento. Ezequiel vio una invasión de caballos derramándose del norte (*Ez.* 38:14ss) y una invasión así es mencionada a menudo en otros profetas (*Is.* 5:26-30; *Jer.* 6:22-26), viniendo generalmente del norte. Juan ha transformado estas amenazas militares concretas en una invasión de hordas demoníacas.

Un importante nuevo énfasis distingue la visión de Juan de las expectativas similares de los profetas y autores apocalípticos. Los últimos siempre ven la invasión extranjera como un ataque contra el pueblo de Dios por huestes paganas, mientras que Juan las ve como un juicio divino sobre una civilización corrompida.

Versículo 13. Después del sonido de la sexta trompeta, Juan oye **una voz de entre los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios**. Este altar ya ha sido visto en la visión apocalíptica en la apertura del séptimo sello, que nos trajo al umbral del fin (8:3). Es el altar del incienso que simboliza las oraciones de los santos que claman constantemente a Dios pidiendo liberación, vindicación por parte de la justicia divina y el establecimiento de la ley divina sobre la tierra. Se describe simbólicamente el hecho de que la justicia divina sobre el mal ocurrirá en respuesta a las oraciones del pueblo de Dios. En la visión es el altar mismo el que habla de entre sus cuatro cuernos, pero esto es sólo una forma simbólica de expresar la misma idea que se encuentra en 6:9,10, donde las voces de los mártires son oídas como viniendo de debajo del altar.

Versículo 14. La voz desde los cuatro cuernos habló al sexto ángel que había hecho sonar la trompeta, diciendo: **Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates**. El uso del artículo definido señala a un grupo definido de cuatro ángeles. No pueden ser los mismos cuatro ángeles que aparecen en 7:1, porque estos estaban en los cuatro ángulos de

la tierra. Estos ángeles están atados junto al río Eufrates. Este grupo de cuatro ángeles no se conoce ni en la literatura profética, ni en la apocalíptica; tampoco podemos decir por qué hay cuatro de ellos. Sin embargo, el hecho de que estén atados indica que no pueden cumplir sus propósitos hasta que sean liberados. Puesto que cumplen la misma misión que las huestes demoníacas, es decir, “matar a la tercera parte de los hombres” (v. 15), podemos deducir que son dirigentes sobrenaturales de las huestes satánicas.

El Eufrates era el límite oriental ideal de la tierra prometida (Gn. 15:18); y en el Antiguo Testamento recibe el nombre de gran río (Gn. 15:18; Dt. 1:7; Jos. 1:4). Más allá del Eufrates estaban los ejércitos de los reinos paganos, particularmente los de Asiria; por esta razón el río llegó a ser un símbolo de los enemigos de Israel y de Dios (Is. 7:20; 8:7; Jer. 46:10). Una invasión de estas fuerzas podía ser descrita como una creciente del río (Is. 8:7). De modo que los ángeles están atados en la ribera del Eufrates hasta el tiempo del juicio cuando serán liberados y una inundación de poderes demoníacos caerá sobre el mundo civilizado. Sin duda, los lectores del Apocalipsis en el siglo I habrán pensado en las huestes partas, pero esto no parece ser el principal pensamiento de Juan.

Versículo 15. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, día, mes y año a fin de matar la tercera parte de los hombres. Este versículo contiene una forma poco común de señalar el tiempo, detallando para esta plaga una hora exacta. La idea que se pretende es que estos ángeles malos están bajo el control de Dios; no tienen libertad para actuar sino en la hora que Dios designa. Así, son instrumentos de los juicios divinos, todos los cuales son llevados a cabo como parte del desarrollo del plan divino para el mundo rebelde.

Los escritos apocalípticos a menudo reflejan un sentido de determinismo, es decir, que los hechos y el tiempo del fin están predeterminados. A veces, se coloca tal énfasis sobre el necesario cumplimiento de los tiempos que Dios mismo parece casi sujeto a lo que El ha decretado. “Porque él ha pesado la época en la balanza y medido los tiempos por medida y contado los tiempos por número; y no se moverá ni los hará mover hasta que la medida esté completa” (*IV Esdras* 4:36,37. Véase también *Enoc* 81:2). En el Apocalipsis no se encuentra ese rígido determinismo. Los tiempos están bajo control de Dios: El es el “Rey de los siglos” (15:3 VM). El tiempo del fin y todo el complejo de los hechos finales se desarrollará de acuerdo al propósito divino.

Cuando los ángeles fueron liberados, salieron a matar un tercio de la humanidad. No se nos indica cómo lo hicieron; podemos deducir que eran los dirigentes de los caballos demoníacos. Una tercera parte de la humanidad indica una parte grande, pero no una mayoría de la humanidad. Su misión no era la destrucción de la raza, sino, como agentes del juicio

divino, advertir a los hombres lo que espera a quienes rechazan el amor de Dios y su misericordia. Una vez más, es importante notar que esto es un juicio que cae sobre la gente de una civilización rebelde y no sobre el pueblo de Dios (9:4,20). La quinta trompeta había producido tortura, ésta trae la muerte.

Versículo 16. El tamaño de las huestes demoníacas es impresionante: 200.000.000. No podían ser contados. Juan oyó **su número** o sea que tuvo que ser informado. Este gran número se basa en el Salmo 68:18: “Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares; el Señor viene del Sinaí a su santuario” (68:17). Aquí no son carros sino caballos; caballería. Los cuatro ángeles destructores ya no están y los caballos demoníacos llenan la escena. Es difícil creer en un número literal; las fuerzas demoníacas son simplemente innumerables.

Versículo 17. Juan da ahora una descripción de los caballos demoníacos y sus jinetes. Con las palabras **vi en visión**, nos recuerda que estos no eran caballos naturales y jinetes, sino seres demoníacos que había visto en éxtasis. Esto es lo único que dice sobre los jinetes: usaban corazas de fuego, zafiro y azufre. La gramática de este pasaje permite la interpretación de que tanto los caballos como los jinetes usaban esas corazas de colores brillantes, pero es más fácil ver aquí una descripción de la armadura de los jinetes, la cual corresponde en color al fuego, humo y azufre que sale de la boca de los caballos. No es claro si toda la armadura era tricolor o si diferentes jinetes usaban diferentes colores. Es interesante que no se describan armas ofensivas de los jinetes, sino sólo su armadura protectora. El centro de atención se encuentra en los caballos demoníacos.

Los caballos no se parecen a nada que se vea en la tierra: sus cabezas **eran como cabezas de leones y de sus bocas salían fuego, humo y azufre**. Ciertamente el énfasis está en su ferocidad y poder destructor y no sobre su vestidura. Su apariencia aterradoradora está enfatizada por el humo sulfuroso que surgía de las bocas de estos animales. El fuego y el azufre indican su naturaleza infernal (14:10; 19:20; 21:8).

Versículo 18. El fuego, el humo y el azufre que surgían de sus bocas se consideran tres plagas separadas que traen muerte a una porción considerable de la humanidad. Esto queda claro en la versión RV: *estas tres plagas*. La repetición de las palabras **que salían de sus bocas** nos recuerda la calidad demoníaca de estas plagas.

Versículo 19. **Pues el poder de los caballos estaba en su boca.** El tormento de muerte se aplica sobre una gran porción de la humanidad por las tres plagas de fuego, humo y azufre que salían de sus bocas. No se nos dice cómo provocaban la muerte.

Estos demoníacos caballos tenían otra arma con la cual **dañaban** a los hombres: **sus colas, semejantes a serpientes**, con las que atacaban a los hombres y los hacían sufrir. Este detalle relaciona esta plaga con las langos-

tas demoníacas de la quinta trompeta que parecían como caballos y tenían colas como escorpiones y agujones (9:10). La quinta plaga provocaba sólo tortura; la sexta produce tanto tortura como muerte. Los hombres son torturados por las colas como serpientes de los caballos demoníacos y muertos por el poder que estaba en sus bocas

Versículo 20. **Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron.** Las plagas demoníacas de sufrimiento y muerte, por terribles que parezcan, incluyen un propósito misericordioso: tienen por fin llevar a los hombres al arrepentimiento antes de que sea demasiado tarde. A lo largo del transcurso del tiempo, los hombres han podido seguir un sendero de pecado y desafiar a Dios con impunidad y aparente seguridad. Cuando el fin se acerca, y el tiempo del juicio está próximo, Dios envía sobre los hombres un anuncio de su juicio e ira, pero esto no es porque El se complazca en la ira sino a fin de advertir a los hombres que el camino de pecado y desafío a Dios puede llevar sólo al desastre.

Uno podría pensar que el resto de la humanidad, que no fue muerta por estas plagas, aprendería una lección del tercio que fue muerto y se humillaría en temor y temblor delante de Dios. Pero no es así; continúan en su desafiante senda de adorar demonios e ídolos. Los ídolos pueden ser vistos desde dos perspectivas diferentes. En y por sí mismos, “un ídolo nada es en el mundo” (1 Co. 8:4). Este concepto se refleja en la descripción que Juan hace de los ídolos como **imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar.** El tema de que los ídolos son de madera, piedra o metal sin vida aparece en el Antiguo Testamento (Sal. 115:4-8; 135:15-18; Dn. 5:23) y se encuentra con frecuencia en la literatura apologética judía (véase *Bel y el Dragón*). Desde otra perspectiva, los demonios están detrás del culto a los ídolos y, si bien la carne ofrecida a los ídolos no es impura ya que un ídolo no tiene existencia real, sin embargo “lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican y no a Dios” (1 Co. 10:20). Por lo tanto, el sacrificio a los ídolos deja al individuo en comunión con los demonios. En este pasaje se ve la misma tensión entre los ídolos sin vida hechos de madera y piedra y que sin embargo, se usan como símbolo de los demonios.

Versículo 21. El desafío del resto de la humanidad se refleja no sólo en su idolatría, sino también en su inmoralidad. Ellos **no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos.** Esta es la misma teología expuesta por Pablo en Romanos 1:18ss: la impiedad produce todo tipo de injusticia y maldad. La palabra traducida “hechicerías” puede significar “veneno”, pero aquí designa el uso de pociones y hechizos mágicos y prácticas religiosas envilecidas. La palabra “fornicación” designa al pecado sexual en general.

CAPITULO DIEZ

El ángel y el librito

JUAN ACABA DE LLEGAR al fin del relato del sonido de seis de las siete trompetas, junto con las plagas o ayes que las acompañan. Ahora podríamos esperar que nos relate el sonido de la séptima trompeta, pero en vez de hacerlo, Juan inserta el relato de la visión de un gran ángel que descende del cielo con un librito en su mano, el cual se le exige que coma (10:1-11). A esto agrega el relato de la medición del templo y el ministerio, muerte y ascensión de dos testigos. Después de este intervalo, Juan continúa la narración interrumpida y registra el sonido de la séptima trompeta en 11:14-19.

Esto es coherente con el estilo de Juan y es un factor esencial en la estructura artística del libro. Entre el sexto y séptimo sellos, Juan inserta el relato de las dos multitudes (7:1-17). Entre las siete trompetas y las siete copas, Juan habla del dragón y la mujer (12:1-17), la visión de las dos grandes bestias (13:1-18) y la visión del Cordero en el monte Sión (14:1-20).

En este caso, el paréntesis es una preparación directa para la continuación de las visiones de las trompetas, porque uno de los propósitos de los interludios es anunciar que “en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas” (10:7). Luego Juan el profeta es preparado por un nombramiento renovado para su misión de comunicar a los hombres la consumación del propósito redentor de Dios.

(2) *Intervalo (10:1-11:13)*

a. *El ángel y el librito (10:1-11)*

Versículo 1. **Vi... a otro ángel fuerte.** Los ángeles cumplen un gran papel en la literatura apocalíptica; este ángel es llamado "otro", posiblemente para distinguirlo de los ángeles de 8:3 o probablemente de los ángeles de las siete trompetas. El hecho de que es un ángel fuerte puede identificarlo con el ángel fuerte de 5:2. Pero podemos ver en 18:21 un lenguaje similar.

Descender del cielo. En 4:1 Juan fue llevado al cielo en éxtasis y las visiones relatadas en 4:9 fueron vistas en el cielo. Pero de repente, sin explicación, Juan se presenta a sí mismo como si estuviera en la tierra, porque el ángel desciende del cielo, se ubica en la tierra y en el mar y Juan va hasta él para recibir el librito de su mano (10:9). Esto ilustra la fluidez del pensamiento apocalíptico; uno puede moverse del cielo a la tierra en visión, sin explicarlo.

Envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza, y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Todos estos puntos son similares a las descripciones del Cristo glorificado y muchos comentaristas han identificado a este personaje con Cristo. Sin embargo, en el Apocalipsis, los ángeles siempre son ángeles; Cristo nunca es llamado ángel. El hecho de que el ángel "juró por el que vive por los siglos de los siglos" (10:6) tiene significado si lo relacionamos con un ángel, pero sería muy difícil aplicarlo a Cristo. Además, este ángel desempeña el papel único de mensajero; no se reconoce deidad en él ni es adorado.

Las *nubes* eran concebidas como un vehículo mediante el cual los seres celestiales ascendían y descendían (Sal. 104:3; Dn. 7:13; Hch. 1:9), pero en este caso, una nube provee la vestidura del ángel. Como los otros detalles, esto quiere exaltar la gloria de la apariencia del ángel. El arco iris sobre su cabeza puede tomarse como un tipo de glorioso atavío; algunos entienden que resulta del brillo de su rostro sobre las nubes. "Su rostro... como el sol" recuerda al Cristo glorificado (1:16, véase también Dn. 12:3; Mt. 13:43) al igual que "sus pies como columnas de fuego" (10:1), pero estos hechos no dan una base para identificar al ángel con Cristo. Son usados para describir la gloria celestial de este ángel fuerte.

Versículo 2. **Tenía en su mano un librito abierto.** La palabra griega usada es diferente de la que aparece en 5:1 para un libro en rollo. "Librito" sería un equivalente moderno, pero no aporta la idea de un libro tipo rollo. La palabra no aparece en ninguna otra parte del griego primitivo y parece ser acuñada por Juan. El hecho de que el libro estaba abierto sugiere que su contenido no estaba escondido, sino expuesto a aquellos para quienes estaba designado. Dado que el ángel levantó su mano derecha

al cielo (10:5), debemos llegar a la conclusión de que el libro estaba en su mano izquierda.

El texto no identifica el libro y sólo podemos hacer deducciones del contexto. Algunos han enfatizado el hecho de que es un "librito" y lo han contrastado con el rollo mayor de 5:1. Si el último contiene la revelación del propósito redentor y judicial de Dios en la historia humana, el librito debe contener un fragmento del propósito divino. Muchos han identificado el libro mayor con Apocalipsis 1-11 y el librito con los capítulos 12-22. Sin embargo, esto los haría de un tamaño aproximadamente igual. Otros ven al librito como la palabra de Dios, que debe ser predicada en todo el mundo antes de que venga el fin.

Sin embargo, tenemos una analogía bíblica en la experiencia de Ezequiel. Juan recibió la orden de tomar el libro y comerlo (10:9) y continuar luego su ministerio profético y Ezequiel tuvo una experiencia similar. Le fue mostrado un rollo, escrito por ambos lados, conteniendo palabras de lamentación y duelo y ayes. Se le dijo que comiera el rollo, que era más dulce que la miel a su boca (Ez. 2:9; 3:3; véase también Jer. 15:16,17). Obviamente, esto es una representación simbólica de la comisión profética de Ezequiel por la cual él recibió la palabra de Dios y fue comisionado para predicar la palabra de Dios, de juicio y ay, sobre un pueblo rebelde. Esta interpretación se adecúa al contexto del Apocalipsis. Los juicios de Dios están por alcanzar su terrible clímax y, en el umbral de la consumación, el llamado profético de Juan es renovado y reforzado.

Y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra. El ángel trajo tanto una renovación del ministerio profético de Juan como también una nueva revelación del juicio divino. La presentación del ángel que lo abarca todo no sólo sugiere su aspecto gigantesco, sino que implica que su mensaje envuelve a todo el mundo.

Versículo 3. Y clamó a gran voz, como ruge un león. El verbo de esta cláusula se usa para los bramidos y mugidos del ganado, pero también puede indicar el rugido de un león. El énfasis está en el volumen de la voz del ángel y no sobre cualquier cualidad animal. No hay razón para pensar que el ángel emitió sólo sonidos como un león. La voz de Dios también es comparada al rugido de un león en Amós 3:8 y Oseas 11:10.

Y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. Esta frase es difícil porque el uso del artículo definido en griego (literalmente los siete truenos) generalmente designa algo que es familiar o conocido. Podríamos pensar que Juan ya se ha referido a los siete truenos, pero no es el caso. Debemos suponer que Juan se refiere a algo que es familiar a sus lectores, pero esto es sólo una posibilidad y no lo sabemos. En el Salmo 29:3, la voz del Señor es comparada al trueno.

Versículo 4. Juan entendió el mensaje emitido por los siete truenos y estaba preparado para escribir lo que había oído, pero **una voz** le ordenó:

Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas. La voz es probablemente la de Cristo o de Dios. Este mandato es una forma enfática de decir a Juan que no registrara lo que los truenos emitieron. Técnicamente, por supuesto, es imposible sellar un libro que no ha sido escrito. En los escritos apocalípticos, la idea de sellar un libro significa esconder su contenido (Dn. 12:4; Ap. 5:1).

El único indicio que tenemos en cuanto al mensaje de los siete truenos se basa en el hecho de que en todos los otros pasajes del Apocalipsis donde aparecen los truenos, son una advertencia de los juicios de la ira divina que se acercan (8:5; 11:19; 16:18). Esto se adecúa al contexto presente, porque el ángel anuncia que la consumación de los juicios divinos está a punto de ocurrir. Sin embargo, Juan recibe la prohibición de incluir en su registro escrito las revelaciones emitidas por los siete truenos. No se da razón de esta prohibición. Pablo había experimentado éxtasis en los cuales oyó palabras que no podía relatar (2 Co. 12:4); a Juan se le permite escuchar palabras de juicio que no puede comunicar a las iglesias.

Versículo 5. El ángel fuerte que tenía el libro en su mano izquierda, **levantó su mano al cielo** en el gesto familiar de un juramento (Dt. 32:40; Dn. 12:7).

Versículo 6. El juramento tomado por el ángel es muy solemne, en el nombre del **que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él.** No es una mera proliferación de palabras. El ángel anuncia la inminencia del fin en el nombre del Dios eterno, que también es Creador y Señor de toda creación. En otras palabras, el fin inminente ocurrirá porque Dios es el eterno y soberano que gobierna en última instancia sobre todo en el universo.

El contenido del juramento es “**¡Ya no habrá dilación!**” (BJ). La traducción de esta frase en la RV confunde mucho: “Que el tiempo no sería más”. Esta traducción sugiere que el ángel anunció el fin del tiempo y el comienzo de la eternidad, como si la eternidad fuera algo cualitativamente distinto del tiempo tal como lo conocemos. Sin embargo, Oscar Cullmann ha puntualizado que tal contraste entre el tiempo y algún tipo de eternidad intemporal es una noción filosófica que encuentra poco apoyo en la teología bíblica.¹ Con seguridad, el apocalipsis judío *Los secretos de Enoc* describe la era de la consumación como aquella “en la cual no habrá computación, ni fin, ni años, ni meses, ni días, ni horas” (33:2; véase también 65:7). Sin embargo puede ser un libro muy tardío y no expresar una idea típicamente judía. Tanto en el Nuevo Testamento como en el judaísmo, como ha mostrado Cullmann, el presente es visto como “este siglo” y el futuro como “el siglo venidero” (Mr. 10:30; Lc. 20:34,35; Ef. 1:21) y la era venidera es considerada un tiempo sin fin. Lo que el ángel anunció, es que no habría más tiempo interpuesto antes de la venida del

fin. La consumación ya no será retardada: las oraciones de los santos están a punto de ser contestadas. Hay un contraste muy marcado con la exhortación dada a las almas bajo el altar que claman por venganza a quienes se les dice que descansen aún un poco hasta que el propósito divino haya llegado a su cumplimiento.

Versículo 7. La afirmación del ángel fuerte es ampliada en este versículo: **sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.** Las palabras son introducidas por un fuerte adversativo “sino que”. En lugar de un nuevo retardo, el fin está a punto de llegar. Esto ocurrirá no cuando el séptimo ángel se haga oír, sino “en los días” de la séptima trompeta. RV y otros traducen “cuando él comience a tocar la trompeta”, pero es una traducción errónea. La expresión griega, de hecho, puede ser traducida de dos maneras. La palabra que Juan usa comúnmente significa “estar a punto de algo” o que algo “está a punto de ocurrir” (3:2; 8:13; 10:4) y muchos comentaristas aceptan esta traducción. Sin embargo, es difícil que así sea. Si eso es correcto, el versículo declara que el fin vendrá justo antes de que el séptimo ángel toque; pero esto es imposible. Sin embargo, el griego puede expresar un futuro simple (3:16); este es el significado que se adecúa a este pasaje y así es traducido por la *Revised Standard Version* en inglés.

El versículo no dice “cuando suene la trompeta”, como el popular himno, sino “en los días del llamado de la trompeta”. Esto sugiere claramente que el sonido de la séptima trompeta incluye las siete copas (16:1-20) que lleva directamente al juicio final de Babilonia, la civilización rebelde y la consumación misma.

“Misterio” es una palabra bíblica importante cuyo primer significado no es algo secreto o misterioso, sino un propósito divino revelado a los hombres. Es usado de esta forma en la traducción griega de Daniel 2:29,30, donde designa el propósito escatológico de Dios revelado primero al rey y luego a Daniel. En la literatura de Qumram, leemos que, para el Maestro de Justicia, el líder de la secta, “Dios ha hecho conocidos todos los misterios de las palabras de sus siervos los profetas” (*Comentario sobre Habacuc* 7:4,5). O sea que Dios ha revelado al Maestro su propósito divino escondido en los escritos proféticos. El pasaje clásico del Nuevo Testamento es Romanos 16:25,26 donde “misterio” claramente se refiere al plan redentor de Dios, escondido primero en la mente de Dios, pero luego revelado y hecho público a todos los que escuchen la palabra profética. Este es el significado en este pasaje. El “misterio de Dios” es su propósito redentor total, que incluye el juicio del mal y la salvación escatológica de su pueblo.

El verbo traducido “anunció” es la palabra común para la predicación del evangelio. Puede traducirse de esta otra forma (aunque sale un poco

forzado) “cuando anunció las buenas nuevas a... los profetas”. Los “profetas” son los hombres, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, por medio de los cuales Dios habló a su pueblo, dándoles el significado divinamente definido de su obra redentora (véase Ef. 3:4,5). Mientras que los profetas, en particular los del Antiguo Testamento y Juan, el profeta del Nuevo Testamento, dedican mucho de su mensaje al juicio dado por Dios, tanto contra el pueblo de Dios como del mundo rebelde, pese a todo esto traen buenas nuevas. El pueblo de Dios nunca puede gozar en su plenitud de las bendiciones de salvación y comunión con Dios hasta que todo lo que interrumpe es comunión y trae dolor, opresión, sufrimiento y muerte sea eliminado del universo.

Versículo 8. La voz que Juan ha oído prohibiéndole que escriba las palabras de los siete truenos ahora le alienta a ir hasta el gran ángel y tomar el librito de su mano izquierda. Como ya hemos notado, Juan lo describe como si hubiera sido movido de una visión desde el cielo a la tierra. El hecho de que por tercera vez el ángel es descrito como alguien que está tanto en la tierra como en el mar (vv. 2,5) sugiere que éste no es un detalle sin importancia. El mensaje del ángel es principalmente dirigido al apóstol Juan, pero se aplica a todo el mundo.

Versículo 9. **Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel.** Como hemos indicado antes (véase v. 2), esta experiencia de Juan es análoga a la del profeta Ezequiel (Ez. 2:9; 3:3) y representa la reafirmación de su tarea profética en vista del fin que se acercaba y particularmente de los juicios de la ira de Dios que están a punto de llegar. El símbolo de comer el rollo es natural y sugiere la completa asimilación del mensaje profético. El profeta no es un mero autómatas en las manos de Dios, un heraldo insensible de los hechos en los cuales no está implicado. La palabra de Dios —el mensaje tanto de la salvación como del juicio— debe ser ingerido por todo siervo de Dios que proclama su palabra. De la misma manera, Ezequiel recibió la orden de comer el rollo de la palabra de Dios y llenar su estómago con él (Ez. 3:3); y Jeremías comió las palabras de Dios y ellas produjeron alegría y deleite en su corazón (Jer. 15:16). Este es un concepto importante, porque aunque el mensaje de Jeremías era especialmente de juicio, de modo que es popularmente conocido como el profeta llorón, la palabra de Dios era su deleite.

La dulzura y amargura no se refieren a partes diferentes del rollo o a diferentes aspectos del mensaje del profeta que, para la iglesia, es parcialmente un mensaje de salvación y parcialmente un mensaje de persecución, sufrimiento y martirio. Más bien, la dulzura y amargura se refiere a la doble reacción de parte del profeta cuando digiere su mensaje y lo entiende. Es algo dulce estar cerca de Dios como receptor de su palabra. Esto es cierto para todos los creyentes. La palabra de Dios es “dulce más que la

miel y que la que destila del panal” (Sal. 19:10). Todo cristiano puede decir: “¡Cuán dulce son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca” (Sal 119:103). Esto es particularmente cierto de la comisión profética. El rollo comido por Ezequiel era dulce como la miel a su boca (Ez. 3:3) aun cuando tenía que predicar el mensaje dado por Dios a un pueblo que no respondía, testarudo y rebelde (Ez. 3:7-9) y la palabra de Dios era un deleite al corazón de Jeremías, aun cuando su mensaje era de condenación (Jer. 15:16). De la misma manera, Juan descubrió que la palabra de Dios era dulce como la miel en su boca. Pero al digerir el mensaje y sopesar sus implicaciones, se hizo amargo en su estómago. Este es un nuevo aspecto en el Apocalipsis que va más allá de los relatos en Ezequiel y Jeremías. Nos recuerda las amargas lágrimas de Jesús por Jerusalén porque el pueblo le había rechazado a El y a su mensaje y atrajo de ese modo la ira y el juicio de Dios (Lc. 19:41; ver Mt. 23:37,38).

He aquí una importante verdad para aquellos que proclaman la palabra de Dios. Todo el consejo de Dios contiene una palabra de juicio tanto como de misericordia, y el mensajero del evangelio debe ser fiel a ambos aspectos del mensaje. Pero el hombre que conoce el amor de Dios y la compasión de Cristo nunca puede deleitarse al predicar la ira de Dios o satisfacción espiritual al proclamar el juicio divino. Debe hacerlo siempre con el corazón quebrantado, con espíritu dolorido, siguiendo el ejemplo de su Señor, que lloró por aquellos sobre quienes iba a caer la ira de Dios.

Versículo 11. Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes. Este versículo determina el significado del librito: es una reafirmación del ministerio profético de Dios. El fin aún no ha llegado, pero llegará pronto. La era final —el día de las siete trompetas— está a punto de comenzar. Pero este será un período en que caerá la ira de Dios en un grado no experimentado previamente y, a la luz del cual, la comisión profética de Juan es reafirmada.

Este versículo contiene una pequeña palabra cuyo significado exacto es muy difícil de determinar: la preposición griega *epi*, que tiene una cantidad de matices y significados. Las tres posibilidades más importantes en este contexto son “antes” (tiene este significado, pero no aparece en castellano en Mt. 28:14; Hch. 25:12); “contra” (Lc. 12:52; Hch. 11:19, con la misma observación) y “acerca de” (Jn. 12:16; He. 11:4, siempre sólo en el original). Si se tradujera como la Versión Autorizada inglesa “ante muchos pueblos...” tiene sentido, pero este significado requeriría el caso genitivo, cuando el objeto en el texto está en dativo. Esto nos deja con la elección de profetizar contra muchos pueblos o sobre muchos pueblos. El equilibrio de las posibilidades debe ser determinado por el hecho de que esta expresión idiomática aparece con no poca frecuencia en la Biblia griega para traducir una expresión hebrea que significa “profetizar en relación a”. De ese modo, llegamos a la conclusión de que RV y otras probablemente son

correctas al traducir “sobre muchos pueblos” (véase un uso similar en Ap. 22:16). El mensaje profético de Juan sobre el juicio que se acercaba no se relaciona con un pueblo o nación sino con muchos, o sea con todo el mundo civilizado. En el primer plano está el pueblo de Imperio Romano, que se sometía voluntariamente a Roma, pero la visión final incluye a una civilización apóstata que se somete voluntariamente al Anticristo.

“Es necesario que profetices *otra vez*” se dijo a Juan. Ya ha profetizado sobre los siete sellos y seis de las siete trompetas. Ahora al llegar al período de la última trompeta debe profetizar otra vez y esta profecía incluirá la consumación misma y la venida del reino de Dios.

CAPITULO ONCE

La medición del templo y los dos testigos

EL PARENTESIS entre el sonido de la sexta y séptima trompetas está contenido en este capítulo, la mayor parte del cual está dedicado a la medición del templo y la misión de los dos testigos. En 11:14, la serie de trompetas es retomada y suena la séptima. Debemos recordar que las divisiones de capítulos y versículos son una invención relativamente moderna y no siempre representan unidades de pensamiento en el texto.

Será de ayuda resumir antes este capítulo. Se dice a Juan que mida el templo de Dios y sus adoradores, pero que excluya de la medición los patios exteriores, que serán hollados por las naciones durante cuarenta y dos meses. Dios manda dos testigos a Jerusalén para testificar contra las naciones, pero la bestia los mata y todo el pueblo se regocija de su martirio. Después de tres días y medio, son resucitados y llevados al cielo. Entonces un gran terremoto destruye una décima parte de la ciudad, siete mil personas son muertas, pero el resto da gloria al Dios de los cielos.

Hay cuatro interpretaciones admisibles de este capítulo. Muchos comentaristas entienden que es un trozo de un apocalíptico judío anterior, escrito antes del año 70 d.C. mientras el templo todavía estaba en pie y que por lo tanto debe ser tomado literal e históricamente en su intención. Según este criterio, el templo es el templo histórico concreto de Jerusalén y el pasaje predice que cuando el templo sea sitiado por los ejércitos romanos, el altar interior será preservado de la destrucción que terminará con el templo en su conjunto. Por supuesto, tal pretendida profecía no se cumplió. Es altamente improbable que Juan haya incluido una profecía

así, ya que hubiera carecido de significado tanto para él como para sus lectores.

Los dispensacionalistas interpretan los aspectos principales de este pasaje con definido literalismo y ven una profecía en la restauración del templo judío en Jerusalén al fin de los tiempos y de la lucha entre los judíos restaurados y el Anticristo (la bestia). La dificultad con esto es que hay elementos en el capítulo que exigen interpretación simbólica, lo que aun los mismos dispensacionalistas admiten. El más reciente intérprete dispensacionalista ha reconocido que se trata de un cuadro simbólico.¹ Y, si esto se admite, no hay razón lógica para no tomar a la Ciudad Santa o al templo como símbolos sea de la iglesia o del pueblo judío.

Una tercera interpretación encuentra una profecía de la iglesia y de su destino en un mundo hostil. Mientras que la iglesia sufrirá exteriormente persecución y martirio, Dios preservará a su pueblo y le asegurará su triunfo final.²

Una cuarta interpretación ve aquí una profecía de la preservación y salvación final del pueblo judío. En el tiempo en que escribió Juan, Jerusalén había sido destruida mucho antes y el templo estaba destrozado. Poco antes de la conflagración de 66-70 d.C., la comunidad judeocristiana había huido de Jerusalén a la ciudad de Pella en Transjordania. Esto había aumentado la hostilidad de los judíos hacia los judeocristianos y aceleró la ruptura total entre la sinagoga y la iglesia. La pregunta quemante entre los cristianos judíos era: “¿Ha desechado Dios a su pueblo?” (Ro. 11:1). Pablo dedicó tres capítulos a este problema y llegó a la conclusión de que finalmente las ramas naturales (los judíos) que habían sido arrancados del olivo (el pueblo de Dios) serían reinjertados en el árbol “y luego todo Israel será salvo” (Ro. 11:26). Es difícil interpretar estos tres capítulos como un símbolo de la iglesia, el Israel espiritual. Enseñan que aun el Israel literal ha de ser incluido en el Israel espiritual.

Nuestro Señor mismo lo había anticipado. Después de su lamento sobre Jerusalén, declaró: “Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mt. 23:39). Una vez más, implicaba la salvación de Israel cuando dijo: “Y Jerusalén será hollada por los gentiles, *hasta que* los tiempos de los gentiles se cumplan” (Lc. 21:24). Creemos, con eruditos como I. T. Beckwith, W. H. Simcox y Theodor Zahn que la profecía de Apocalipsis 11 es la forma juanina de predecir la preservación del pueblo judío y su salvación final.

b. La medición del templo y los dos testigos (11:1-13)

Versículo 1. **Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él.** La palabra griega traducida “templo” designa al edificio del templo propiamente dicho, distinguiéndolo del patio exterior. Esto es

importante en la interpretación del pasaje. El área del templo como un todo consistía en un complejo en cuyo centro había un edificio o santuario dentro del cual estaban el lugar santo y el santísimo. Esto estaba rodeado por tres patios: el patio de los sacerdotes que contenía el altar de la ofrenda quemada, en el cual sólo eran admitidos los sacerdotes; el patio de Israel y el patio de las mujeres. Como lo sugiere el término, estos eran los patios donde podía reunirse el pueblo judío para adorar. Estos patios interiores estaban rodeados por un amplio patio exterior, el patio de los gentiles, al cual tenían acceso todas las personas interesadas.

En esta visión, el templo propiamente dicho, los patios de los sacerdotes, de Israel y de las mujeres, junto con los que adoraban en esos lugares, fueron medidos separadamente del patio exterior de los gentiles. La metáfora de medir una ciudad no tiene nada que ver con determinar sus dimensiones. Es un símbolo de poner a un lado a una ciudad, sea para su preservación o destrucción. Zacarías vio a un hombre midiendo a Jerusalén, lo que era un símbolo de su protección divina (Zac. 2:1-5). Ezequiel tuvo una completa visión de la medición de Jerusalén, símbolo del hecho de que Jerusalén aún sería la verdadera ciudad de Dios (Ez. 40-43). En otros lugares, la medición es un acto simbólico que indica destrucción más que preservación (2 R. 21:13; Is. 34:11; Lm. 2:8). En la visión de Juan, la medición del templo, sus patios interiores y aquellos que adoraban allí es un símbolo de preservación y protección.

Es interesante, aunque no de particular importancia, notar que Juan ha llegado a ser un actor en esta visión. Le fue dada una vara y se le dijo que se levantara y midiera el templo de Dios. Sin embargo, una vez que se ejecutó esta acción volvió a ser un observador.

Versículo 2. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. El templo y los patios interiores estaban separados del exterior —el patio de los gentiles—, que no es protegido sino que junto con la ciudad santa, Jerusalén, como un todo, será hollada por las naciones.

Es verdad que la palabra griega que se usa por “templo”, *naos*, se usa en el Nuevo Testamento para la iglesia, así como la verdadera morada de Dios en contraste con el templo judío, ya obsoleto (1 Co. 3:16; 2 Co. 6:16; Ef. 2:21). En principio, no hay razón por la cual la medición del templo no pudiera representar simbólicamente la preservación de la iglesia. Sin embargo, aquí el templo no es representado primordialmente como la morada de Dios, sino como el templo judío de Jerusalén. Además, algunos detalles específicos parecen tener la intención de presentar el contraste entre la preservación del templo mismo y sus patios y la no preservación del patio exterior y Jerusalén en su conjunto. Es difícil reconocer aquí, como hacen

algunos, un contraste entre la preservación espiritual en medio de la persecución física y el martirio.

La clave para nuestra comprensión del pasaje se encuentra en el hecho de que el patio exterior y toda la ciudad de Jerusalén son hollados por los gentiles. El significado más natural es que Jerusalén representa al pueblo judío. Cuando Jesús habló de que Jerusalén sería hollada por los gentiles (Lc. 21:24), quería designar a la ciudad como algo representativo de todo el pueblo. Cuando, en contraste con la ciudad como un todo, el templo mismo y sus adoradores son preservados, el contraste parece estar entre el pueblo judío como un todo y el remanente de los que son verdaderos adoradores de Dios. Históricamente, todos los judíos tenían acceso al patio interior de Israel para dedicarse a la adoración de Dios. Sin embargo, es obvio que aquí el templo y sus adoradores no pueden representar a todo Israel, porque aparecen en contraste con el patio exterior y la ciudad de Jerusalén como un todo, que representa a la nación. Hay una diferencia entre el remanente fiel de los israelitas creyentes e Israel como un todo (la ciudad santa), ya que los primeros son verdaderos adoradores de Dios. Israel como un todo será hollada por los gentiles, o sea que caerá bajo el juicio divino, porque ha llegado a ser espiritualmente apóstata. Esto es apoyado por el versículo 8 donde Jerusalén “en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado”. En otras partes de la Escritura, Jerusalén aparece en lugar de la nación (Sal. 137:5,6; Is. 40:1,2; Mt. 23:37).

El número “cuarenta y dos meses” nos hace volver a la profecía de Daniel 9, donde se dice que de la predicción del tiempo hasta la confirmación de pacto hay “setenta semanas de años” (Dn. 9:24). Esto no puede interpretarse basándose en el cálculo de cualquiera como un pronóstico exacto del tiempo.³

Tres años y medio es el tiempo de la dominación del mal antes del fin. El pequeño cuerno que se levanta de entre los diez de la cuarta bestia en Daniel oprimirá a los santos del Altísimo por “un tiempo, y dos tiempos y la mitad de un tiempo” (Dn. 7:25, VM; véase también 12:7). En el Apocalipsis esta cifra es el tiempo de la opresión de la ciudad santa (Ap. 11:2), de la misión de los dos testigos (11:3), el tiempo de la preservación de la mujer celestial (la iglesia) en el desierto (12:6,14) y el tiempo durante el cual se permite a la bestia que ejerza su autoridad (13:5). Debemos recordar que Juan escribió el Apocalipsis posiblemente unos sesenta años después del ministerio de nuestro Señor, lo que hace obvio que este intervalo no puede permanecer en la mente de Juan como algún tipo de continuidad directa con las setenta semanas de Daniel. Debemos llegar a la conclusión de que los cuarenta y dos meses (1260 días) representan el período de poder satánico en el mundo, con particular referencia a los días finales del Anticristo. Todo lo que ha de sufrir el pueblo de Dios a manos del mal

satánico en el transcurso del tiempo no es sino una visión previa de las opresiones convulsivas finales por parte del Anticristo en el tiempo del fin. En este sentido, todo el curso de los tiempos pueden ser vistos como el fin del fin.⁴

Versículo 3. Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días. Aunque la ciudad santa ha de ser hollada por los gentiles durante cuarenta y dos meses, Dios no abandonará a su pueblo. Enviará dos testigos para profetizar la palabra de Dios a un pueblo afligido. Es difícil decidir si Juan pensaba en estos dos testigos como personas reales históricas o si son representativas de la iglesia en su testimonio a Israel. En favor de la última conclusión está el hecho de que los dos versículos anteriores, que hablan de la medición del templo y los patios interiores y el patio exterior hollado, son claramente simbólicos. Sin embargo, la descripción de los dos testigos y el carácter de su ministerio es dado en tal detalle que parece más probable que Juan conciba a estos dos testigos como dos personajes escatológicos reales que serán enviados a Israel para producir su conversión. Posiblemente hay una combinación de lo simbólico y lo específico. Aun cuando los tres años y medio parecen representar todo el período de dominación del mal, pero con especial referencia a los últimos días de esta época, los dos profetas pueden representar el testimonio de la iglesia a Israel a lo largo de la era, testimonio que será consumado con la aparición de los dos profetas en el tiempo del fin. La flexibilidad del simbolismo apocalíptico debe permitir tales posibilidades.

Vestidos de cilicio. Es el ropaje normal de los profetas (2 R. 1:8; Is. 20:2; Zac. 13:4).

Versículo 4. Estos testigos son los dos olivos y los dos candeleros que están en pie delante del Dios de la tierra. Esta es una alusión definida a una visión de Zacarías, en la cual él vio un candelero de oro con siete lámparas, flanqueado por dos olivos (Zac. 4:1-3) de los cuales obtenían su provisión de aceite (Zac. 4:12). En Zacarías estos dos representan a los dos ungidos “que están delante del Señor de toda la tierra” (Zac. 4:14), sus dos testigos, Josué el sacerdote (Zac. 3:1) y Zorobabel el gobernante (Zac. 4:6,7). El simbolismo de Zacarías es usado por Juan para afirmar la autorización divina de los dos testigos y la fuente de sus declaraciones proféticas. Parece bien claro que hemos de pensar en ellos como profetas cristianos a causa de la frase del versículo 8, “donde también nuestro Señor fue crucificado”. El gran pecado de Israel fue el rechazo de Jesús como su Mesías y Señor. Los dos profetas llevan el testimonio de la ley y los profetas sobre el señorío de Jesús como Mesías y, por lo tanto, revelan el pecado de Israel al rechazarlo.

Versículo 5. Nadie puede dañar a los dos testigos hasta que su misión esté completa. Si alguno trata de dañarlos, sale fuego de la boca de ellos y devora a sus enemigos. Cualquier esfuerzo para destruir a los dos profetas

lleva a la autodestrucción. Aquí hay una alusión a la historia de Elías cuyo llamado profético fue certificado por fuego del cielo (2 R. 1:11,12), pero más claramente a Jeremías, las palabras de cuya boca eran un fuego devorador de un pueblo rebelde (Jer. 5:14). Estos dos profetas traen destrucción sobre sus enemigos por las palabras que pronuncian.

Versículo 6. Este versículo sugiere la identidad de los dos testigos. Era Elías el que tenía **poder para cerrar el cielo, a fin de que no llueva** y Moisés que tenía **poder sobre las aguas para convertirlas en sangre**. Moisés y Elías aparecieron en el monte de la transfiguración hablando con Jesús (Mr. 8:4). Sin embargo, no es necesario pensar que estos dos profetas son los profetas históricos Moisés y Elías volviendo a la tierra, sino dos profetas escatológicos que representarían a esos dos grandes profetas, así como Juan el Bautista se asemejó a Elías (Mt. 11:14; 17:10-13).

Versículo 7. **Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y los vencerá, y los matará.** Hasta que su misión sea completada, la persona de los dos testigos es inviolable, pero cuando ellos han cumplido su tarea, caen presa de la ira de la bestia.

Esta es la primera mención de la bestia, a la que se hace referencia casi casualmente, como si fuera una figura familiar. Algunos comentaristas ven aquí una referencia anticipada de la bestia del capítulo 13 y obviamente esto en parte es cierto. Sin embargo, la bestia o Anticristo era un concepto familiar en el pensamiento judeocristiano y no requería una descripción detallada. La idea nos lleva a Daniel 7, donde una sucesión de grandes imperios mundiales es simbolizada por la aparición de cuatro bestias feroces. La cuarta bestia tenía diez cuernos, de los cuales creció otro que era mayor que los demás (Dn. 7:20) y que “hacía guerra contra los santos y los vencía”. Este “cuerno pequeño” (Dan. 7:8) “hablará palabras contra el Altísimo y a los santos del Altísimo quebrantará... y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo” (Dn. 7:25). El cuerno pequeño tuvo un cumplimiento inicial en Antíoco Epífanes, el rey seléucida que trató de desviar a toda la nación judía de la adoración de su Dios (véase el relato en *1 Macabeos*), pero se refiere en última instancia al Anticristo escatológico.

En su discurso del Monte de los Olivos, Cristo predijo la venida de una figura escatológica llamada “la abominación desoladora” (Mr. 13:14; Mt. 24:15), que castigará al pueblo de Dios con el más temible tiempo de tribulación y persecución que haya conocido. Tan devastador será que “si el Señor no hubiese acertado aquellos días, nadie sería salvo” (Mr. 13:20). Este temible personaje fue prefigurado en los terribles hechos de los años 66-70 d.C., cuando Jerusalén fue rodeada por los ejércitos y el templo desolado por las huestes romanas bajo Tito (Lc. 21:20). Aquí hay una clave fundamental para la comprensión de la profecía bíblica: los hechos escatológicos son prefigurados en hechos históricos.

Pablo también estaba familiarizado con esa figura, a la cual llamaba el hombre de **pecado**, porque ha desafiado las leyes tanto de Dios como del hombre y ha reclamado soberanía absoluta para sí (2 Ts. 2:3,4). Se opondrá y se exaltará a sí mismo contra todo lo que se llama dios o sea objeto de adoración y tratará de destronar a Dios para que él pueda ser el soberano absoluto. Pablo agrega un aspecto que reaparece en el Apocalipsis: esta figura escatológica será inspirada satánicamente y tendrá como fin principal el alejamiento de los hombres de Cristo para que perezcan (2 Ts. 2:9,10).⁵

La bestia (o Anticristo) es una figura central en el Apocalipsis. Es primordialmente una figura escatológica en la cual estarán concentradas la hostilidad secular contra Dios manifestada en la historia de las naciones impías; pero esta hostilidad también es prefigurada en Roma y su emperador como lo fue en Antíoco Epífanes. En este pasaje, la bestia representa tanto a cualquier poder hostil que oprime y persigue al pueblo de Dios, pero primordialmente a la figura escatológica del fin de los tiempos.

El abismo o "pozo sin fondo" del cual sube la bestia era la fuente de las plagas demoníacas de la quinta y sexta trompetas. La bestia también es de origen y poder satánico y deriva su autoridad del ámbito demoníaco.

Cuando los dos testigos hubieren cumplido su misión divinamente designada, se permitirá a la bestia hacer guerra contra ellos y matarlos. No deben sacarse muchas conclusiones de la metáfora de la guerra; en el capítulo 12, la guerra ocurre en el cielo entre Miguel y sus ángeles y el dragón (Satanás) (12:7,8) donde es evidente que "guerra" significa un conflicto espiritual. En este pasaje, la guerra es simplemente la conquista por cualquier medio y no necesariamente por armas militares.

Versículo 8. **Sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado.** Exponer los cadáveres y no sepultarlos era la indignidad extrema en el mundo antiguo (1 R. 21:24; Jer. 8:1,2; 14:16). Es evidente que la ciudad de Jerusalén es tenida en vista. En el versículo 2 hemos encontrado razón para creer que "la santa ciudad" se relaciona con el patio exterior del templo en contraste con el edificio del templo y los patios interiores y exigía una interpretación simbólica. La interpretación simbólica es más difícil en este pasaje. El hecho de que la ciudad sea el lugar donde el Señor fue crucificado parece indicar la ciudad literal. En el capítulo 13, la esfera del poder de la bestia es Roma, tanto histórica como escatológica. Aquí debemos llegar a la conclusión de que Juan tenía en vista el gobierno de la bestia como si se extendiera hasta Jerusalén. Esta profecía podría no tener importancia para el día mismo de Juan, ya que en la guerra del año 66-70 a.C., la ciudad había sido totalmente arrasada, el templo destruido y Jerusalén había dejado de ser un centro judío. Podemos concordar con Hanns Lilje cuando dice: "Por lo tanto, aquí Jerusalén

no es mencionada meramente como una metáfora teórica vacía. De una u otra manera, la Jerusalén terrenal, geográfica, tendrá su lugar en la historia de los últimos días”.⁶ La bestia ha establecido su soberanía en la ciudad capital de su imperio y se extiende aun a Jerusalén, que aquí es descrita como reconstruida y habitada por judíos.

“Sodoma y Egipto” son símbolos de hostilidad a Dios y al pueblo de Dios. Sodoma, por la forma en que sus habitantes trataron a los visitantes angélicos de Lot (Gn. 19:1-11) y Egipto, porque había esclavizado al pueblo de Dios. “Sodoma” llegó a ser un símbolo de maldad y se aplica a Judá en los días de su apostasía (Dt. 32:32; Is. 1:9; Ez. 16:46,49,55; Jer. 23:14). “Egipto” nunca se aplicó al pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. La naturaleza particular del pecado de Jerusalén, consistía en el hecho de que era la ciudad “donde nuestro Señor fue crucificado”. También es la ciudad que hasta entonces había rechazado el testimonio de los dos profetas enviados por Dios para volver a Israel hacia el Mesías.

Versículo 9. No sólo los habitantes de Jerusalén trataron a los cadáveres de los profetas en forma tan indigna; **los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados.** Esta declaración lleva a la presunción de que los judíos de Jerusalén han entrado en una alianza de amistad con las naciones a su alrededor y tanto los judíos como los gentiles se unen en su desprecio de los dos profetas.

Por tres días y medio es un número simbólico que designa un tiempo de calamidad o de mal. El uso refuerza nuestra conclusión de que el número “tres años y medio” (véase v. 2) no debe ser tomado literalmente, sino que es un símbolo del tiempo de tribulación.

Versículo 10. **Los moradores de la tierra** es una expresión idiomática frecuente en el Apocalipsis para designar el mundo pagano (3:10; 6:10; 8:13; 13:8,14; 17:8). Mientras que los mensajes de los dos profetas han sido dirigidos especialmente a los judíos, su mensaje había concluido en una reprensión al mundo pagano y una denuncia de sus malos caminos. Por lo tanto, los paganos se alegraron de la muerte de los dos predicadores y se enviaron regalos el uno al otro como expresión de su satisfacción.

Versículo 11. **Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que lo vieron.** Es difícil pensar que Juan pretende con estas palabras algo menos que un cumplimento literal. La conversión de Israel ha de ser cumplida por un milagro de resurrección. Los “tres días y medio” no son una referencia a los tres días del sepulcro de Jesús, sino que se refiere simplemente al período en que sus cuerpos estarán sin sepultar en las calles de la ciudad (v. 9). “Espíritu de vida” es una antigua frase veterotestamentaria (Gn. 2:7; 6:17; 7:15,22). La resurrección de los dos profetas nos recuerda la profecía del avivamiento de Israel en Ezequiel

37:10. Algunos comentaristas entienden que Juan está hablando simbólicamente de la perseverancia de la iglesia en tiempos de persecución y martirio, de su reivindicación triunfal delante de sus enemigos o aun del rapto de la iglesia (1 Ts. 4:17), pero esto parece dudoso. La resurrección de los mártires es un hecho público destinado a traer “gran temor” sobre los que lo ven.

Versículo 12. La resurrección de los dos mártires es seguida por su ascensión al cielo. El pueblo que vio su resurrección oyó **una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y sus enemigos los vieron.** Estas palabras son casi las mismas que fueron dirigidas a Juan en 4:1, pero el significado es distinto. Juan fue llevado al cielo en espíritu, en éxtasis, mientras que los dos testigos fueron trasladados al cielo corporalmente a la vista de aquellos que se habían regocijado recientemente por su muerte. Aquí los dos testigos son abiertamente llevados al cielo como un signo ante aquellos a quienes ellos han testificado de que eran verdaderos profetas con el poder de Dios.

Versículo 13. **En aquella hora hubo un gran terremoto, y la décima parte de la ciudad se derrumbó y por el terremoto murieron en número de siete mil hombres; y los demás se aterrorizaron.** Un terremoto es uno de los hechos convulsivos habituales que presagian el fin (véase 6:12 y Ez. 38:19,20). La muerte y ascensión de los mártires fue acompañada por una gran catástrofe física, que mató a siete mil moradores de Jerusalén. Esta cifra representa alrededor de la décima parte de la población de la ciudad. Esta era de alrededor de unos cien mil. Esto indica una catástrofe limitada.

El fruto de la resurrección y ascensión de los dos mártires y del terremoto que precedió a estos hechos fue la conversión del resto de la ciudad. Parece ser un método simbólico para describir la conversión final del pueblo judío. “Los demás” sugiere a los otros habitantes de Jerusalén; no hay razón para aplicar el término a los gentiles, quienes aparecen en Apocalipsis como personas no arrepentidas y dedicadas a adorar la bestia (9:21; 16:9).

La declaración de que **dieron gloria al Dios del cielo** sugiere arrepentimiento y no simplemente remordimiento. Algunos intérpretes entienden que la frase significa que glorificaron a Dios con temor y terror, pero que no se arrepintieron realmente. Sin embargo, la frase tal como es usada, en todas partes sugiere repentimiento (Jos. 7:19; Is. 42:12; Jer. 13:16; 1 P. 2:12; Ap. 14:7; 15:4; 16:9; 19:7; 21:24). Debido a estos poderosos actos de Dios en el tiempo del fin, el pueblo judío se arrepentirá de sus pecados y dará gloria al verdadero Dios. Previamente no han glorificado a Dios; han crucificado a su Mesías y rechazado a sus profetas. Pero ahora se arrepienten de su desobediencia y glorifican a Dios.

(3) La séptima trompeta (11:14-19)

Juan ha concluido ahora el relato sobre el ángel y el librito y la medición del templo y reanuda la serie del sonido de las siete trompetas que había interrumpido. El tiempo de la séptima trompeta será el tiempo del fin (10:6), pero antes del fin, Juan había recibido una nueva seguridad de su comisión profética y se le ha asegurado que la iglesia no sólo será preservada durante este terrible período (7:1-17), sino que Israel, el pueblo del pacto de Dios, será salvo. Debemos recordar que el sonido de la séptima trompeta no se presenta como si introdujera el fin, sino que introduce el tiempo del fin (9:7). Como veremos, este es un período algo extendido e incluye el período de las siete copas.

Versículo 14. El segundo ay pasó; he aquí el tercer ay viene pronto. Juan introduce la séptima trompeta como si hubiese habido interrupción. Las plagas de las tres últimas trompetas constituyen estos tres ayes (9:12). Los primeros dos que consistían en las plagas de la quinta y sexta trompeta han pasado; el tercero —la séptima trompeta— está a punto de ocurrir.

Versículo 15. Cuando el séptimo ángel hizo sonar su trompeta, no cayó inmediatamente ningún ay sobre los hombres. El ay envuelto en ésta realmente consistió en las siete copas de 16:1-21. Debemos recordar nuevamente el paralelismo literario en la estructura del Apocalipsis. Cada uno de los siete sellos (6:1-17) tiene un contenido específico; éstos son seguidos por un paréntesis que firma la seguridad del pueblo de Dios en los últimos días. El séptimo sello (8:1) no tiene en sí mismo un contenido específico; por el contrario, Juan describe el sonido de las siete trompetas (8:1-9:20). Hemos llegado a la conclusión de que las siete trompetas en sí mismas constituyen el séptimo sello. De la misma manera, la séptima trompeta, que es el tercer ay, no contiene plaga o ay; debemos llegar a la conclusión de que las siete copas constituyen el ay de la séptima trompeta.

En vez de un ay o una plaga, fuertes voces en los cielos anuncian la llegada del fin. **Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos.** Estas voces celestiales anuncian que el tiempo del fin ha llegado, pero el mismo no es descrito. RV traduce el pasaje “Los reinos de este mundo”, pero la forma correcta es en singular como en NC o BJ. La idea que está detrás de los diversos reinos que han gobernado a los hombres en la historia humana es que hay una sola fuente de autoridad. Esto se manifestará en forma concreta en el Anticristo en los últimos días. Aquí hay una profunda verdad teológica: los poderes demoníacos del mal que la iglesia debe enfrentar en la consumación escatológica en principio no son distintos del poder autocrático que la iglesia ha tenido que enfrentar en los estados seculares a lo largo de su historia.

El verbo está en tiempo pasado “ha venido”, pero el tiempo pasado puede usarse como anticipación para un hecho determinado en un futuro

cercano. Al referirse a este conflicto pendiente con los poderes del mal, implicados en su muerte, Jesús dijo: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo *será* echado fuera" (Jn. 12:31).

Este es el tema central del libro del Apocalipsis: el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Esto implica la lucha por la autoridad contra todos los poderes hostiles, incluyendo las naciones impías de la tierra y el ejercicio de la autoridad *del Señor y su Cristo*. Generalmente en el Nuevo Testamento, *Señor* es un nombre para el Cristo exaltado; aquí designa al Señor Dios. *Cristo* es la palabra griega para Mesías, el rey ungido de Dios.

La perspectiva empleada aquí en el establecimiento del reino de Dios no distingue entre el reino milenial de Cristo y el reino de Dios en la era que ha de venir. Pablo parece anticipar dos períodos en el establecimiento del reino de Dios: el reino mesiánico del Señor exaltado entre su resurrección-ascensión y el fin (*telos*) y la consumación cuando El entregue el reino a Dios el Padre (1 Co. 15:24-28).⁷ Pero aun si el agente inmediato es el Mesías, el reino está bajo el gobierno de Dios; y el sujeto de "él reinará por los siglos de los siglos" es Dios.

Este mismo anuncio del establecimiento del reino de Dios aparece de nuevo en 12:10; 19:6,16.

Versículos 16-17. A la proclamación de estas voces, **los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante del trono de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres; y que eras, y que has de venir, porque has tomado tu gran poder y has reinado.** Los veinticuatro ancianos repiten el anuncio en diferentes palabras. Toda la autoridad y poder pertenecen a Dios, pero en su soberana sabiduría, El ha permitido que los poderes satánicos ejerzan gran autoridad en el mundo y ha permitido que las naciones impías desafíen a la soberanía divina con aparente impunidad. Ahora, en la consumación de su obra redentora, Dios el eterno, ha vencido a esta autoridad, tanto demoníaca como humana, y está a punto de entrar en su reino triunfante. La referencia tiene que ser a la consumación escatológica. Es cierto que el Jesús exaltado desde su resurrección-ascensión ha sido entronizado a la diestra de Dios como Señor y Mesías (Hch. 2:34-36; He. 1:3; Ap. 3:21). No es este reino intermedio lo que es celebrado aquí; esto está escondido del mundo y es visible sólo a los ojos de la fe. Los veinticuatro ancianos celebran aquí el establecimiento visible del reino de Dios sobre todos los poderes hostiles, pero esto a su vez sólo es posible a causa del reinado presente de Cristo.

Lo que RV traduce "has reinado" es ciertamente un verbo griego en pasado, pero el griego tiene lo que se llama un uso del aoristo (pasado) que coloca el énfasis sobre el comienzo de la acción con poco énfasis sobre el tiempo del hecho. Esto explica la traducción.

Versículo 18. **Se airaron las naciones.** Juan no buscaba una salvación

universal. Un aspecto que caracteriza todo el curso de la historia humana —la ira de las naciones que desafían a Dios (Sal. 2:1)— llegará a su consumación en una expresión final de ira.

Tu ira ha venido. El reino de Dios nunca puede ser establecido en tanto que las naciones hostiles puedan desafiar su gobierno y oprimir a su pueblo. La visitación de la ira de Dios es absolutamente esencial para el establecimiento de su reino misericordioso en el mundo.

Y el tiempo de juzgar a los muertos. La venida del reino de Dios no sólo tendrá que ver con los que estén viviendo en los últimos tiempos; tendrá que ver con toda la familia humana cuando los muertos serán resucitados y el juicio sea ejercido para determinar quiénes entrarán en el reino eterno de Dios y quiénes serán excluidos.

El día del juicio incluirá un **galardón** para aquellos que han servido a Dios, particularmente los **santos** y los **profetas**. “Santos” designa al pueblo de Dios en general, de cualquier parte.

Y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes es probablemente una expresión que se aplica a los “profetas y santos”. La palabra griega que generalmente se traduce “y” puede ser una conexión que significa que “inclusive”.

Y de destruir a los que destruyen la tierra. El juicio de Dios no será arbitrario, sino que se adecuará a la conducta de aquellos que caen bajo su ira.

Versículo 19. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo. Una vez más encontramos aquí un lenguaje simbólico que sugiere la venida del reino de Dios. A la muerte de nuestro Señor, el velo que separaba a los hombres de la presencia de Dios se rasgó en dos (Mt. 27:51), lo que significaba que ahora, debido al cumplimiento de los ritos sacrificiales del Antiguo Testamento en la muerte de Jesús, la presencia de Dios ya no estaba limitada a Israel, sino abierta a todos los hombres (véase He. 9:8; 10:20). Sin embargo, esto era sólo un hecho espiritual y no una realidad visible todavía. Todos los hombres ahora tienen acceso en espíritu a Dios por medio de Cristo. Siguen en sus cuerpos mortales sobre la tierra, mientras que el templo de Dios está localizado en el cielo (3:12; 7:15; 15:5); aún no mora entre los hombres. El punto clave de este pasaje es una representación simbólica de la apertura de la presencia de Dios en la consumación escatológica. El templo de Dios en el cielo fue abierto para que los hombres pudieran entrar a una inmediata comunión con él. Esta es una forma simbólica de proclamar lo que se cumple en Apocalipsis 21:3: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres”.

Se ve que esto es una visión anticipada por el hecho de que el templo es concebido como algo que continúa existiendo en el cielo (14:15,17; 15:5; 16:17). La apertura del templo es un hecho anticipado y simbólico de la consumación que no sucede hasta los capítulos 21 y 22. En la consuma-

ción, Dios mismo mora entre su pueblo y allí no habrá necesidad de templo.

El arca de su pacto se veía en el templo. Esto es un recordatorio de que Dios es el Dios de las promesas del pacto (Ef. 2:12) y en la consumación escatológica, todo lo que El ha prometido será cumplido, desde el pacto con Abraham hasta el nuevo pacto con Cristo. En el Antiguo Testamento, el arca del pacto estaba dentro del lugar santísimo, al cual nadie fuera de los sacerdotes tenía acceso. Era un símbolo de la misma presencia de Dios. Lo que ocurrió con el arca verdadera del pacto, no lo sabemos. Si no la robó Sisac, rey de Egipto, cuando “tomó los tesoros de la casa de Jehová” (1 R. 14:26), debe haber sido destruida junto con el templo cuando fue capturado por los babilonios en el 586 a.C. (Jer. 3:16). Una leyenda judía posterior dice que Jeremías rescató el arca y la escondió en una caverna del monte Sinaí, donde estaría preservada hasta la restauración final de Israel (2 *Macabeos* 2:408). En cualquier caso, la tradición judía sostenía que el arca del pacto sería restaurada en la era mesiánica. Aquí hay una figura mesiánica de que el pacto ahora es confirmado porque el reino de Dios ha venido.

Los relámpagos, voces, truenos, un terremoto y **grande granizo** son formas convencionales de expresar la majestad y el poder que acompañaban la manifestación de la presencia divina.

CAPITULO DOCE

El dragón, la mujer y su simiente

UNO DE LOS TEMAS centrales en el Apocalipsis es la lucha entre el reino de Dios y el reino de Satanás. El Nuevo Testamento con frecuencia reconoce que una de las experiencias normales de la iglesia en la tierra es la de sufrir tribulación y persecución. “En el mundo tendréis aflicción” (Jn. 16:33). “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos al reino de Dios” (Hch. 14:22). Al fin de los tiempos, la iglesia pasará por la persecución más intensa de su historia: “Habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mt. 24:21). Esta persecución será provocada por un gobernante satánicamente inspirado, llamado “la bestia” (11:7), mejor conocido como Anticristo, que tratará de frustrar el gobierno de Dios sobre la tierra ganando poder universal, exigiendo la adoración de los hombres y martirizando a todos los que permanezcan leales a Cristo.

Durante el tiempo de tribulación, Dios afirmará su soberanía y dará la seguridad de su victoria final, derramando los juicios de su ira sobre aquellos que han adorado a la bestia. El primero de estos juicios ha sido descrito en la serie de las siete trompetas (8:2-9:21) con las plagas que las acompañan. El sonido de la séptima trompeta (11:15-19) produjo el anuncio del fin, el establecimiento del reino de Dios y la destrucción de los “que destruyen la tierra” (11:18).

Antes de que llegue concretamente el fin, Juan debe describir en mayor detalle la aparición del Anticristo y sus esfuerzos para destruir la iglesia (cap. 13). Antes de entrar en la descripción del tiempo de la gran tribula-

ción, él separa el velo que divide el cielo de la tierra para describir una gran guerra en el mundo espiritual. La experiencia de la iglesia en el sufrimiento y la tribulación en la tierra es la manifestación en la historia de una batalla espiritual. Detrás de la bestia está el dragón —el demonio, Satanás— cuyo propósito es el de frustrar el gobierno de Dios por medio de su Mesías y destruir al pueblo de Dios. El capítulo 12 describe en términos mitológicos esta guerra celestial. Explica al pueblo de Dios en la tierra por qué debe enfrentar el mal y persecución satánica, pero asegura que en realidad Satanás ya ha sido vencido y que por lo tanto ellos pueden conquistarlo por la sangre del Cordero (12:11).

(4) *Paréntesis (12:1-14:20)*

a. *El dragón, la mujer y su simiente (12:1-17)*

La primera visión de este intervalo se describe en colores mitológicos como una guerra entre un gran dragón rojo y una mujer celestial. El dragón representa a Satanás; la mujer representa al pueblo ideal de Dios, la iglesia. La visión describe en términos mitológicos el esfuerzo del dragón para destruir tanto a la mujer como al Mesías; la preservación de ambos de la ira del dragón; el aniquilamiento del dragón y su esfuerzo por destruir la iglesia sobre la tierra. No es una visión de un hecho que ocurre al final; es una visión fantástica de la guerra celestial entre Dios y Satanás, que tiene su contraparte en la historia en el conflicto entre la iglesia y el mal demoníaco. Como tal, la visión trasciende completamente las categorías normales de tiempo y espacio. No está destinada a ser un presagio de la historia sino una representación de la lucha en el mundo espiritual que se encuentra detrás de la historia.

En los primeros versículos, Juan aparece como un observador de hechos que ocurren en el cielo (vv. 1-12), pero de repente e inexplicablemente se encuentra a sí mismo en la tierra (vv. 13-17). Se representa el nacimiento del Mesías (vv. 2,5), pero no hay lugar para la historia de su vida y ministerio; repentinamente es llevado al cielo (v. 5); Satanás es derrotado y en su ira se vuelve contra la iglesia en la tierra. Este es el trasfondo de la persecución escatológica final de la iglesia por el Anticristo, que en todas partes es llamada la gran tribulación (véase 7:14). En otras palabras, este capítulo materializa en una forma surrealista la lucha espiritual más allá de los hechos históricos.

Versículo 1. Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. El rasgo característico de esta mujer celestial es que es la madre del Mesías (v. 2). Algunos comentaristas piensan que representa a María, la madre del Señor; otros, a Israel, el pueblo que dio nacimiento al Mesías. Es verdad que Isaías 66:7 describe a Sión como de parto para dar a luz al nuevo Israel redimido (véase Is. 26:17; Mi. 4:10), pero esta mujer celestial

es madre tanto del Mesías como de la iglesia en la tierra (su descendencia, v. 17). Por lo tanto, es fácil entender la mujer en un sentido más amplio como la Sión *ideal*, el representante celestial del pueblo de Dios (Is. 54:1; 66:7-9).

Pablo da la clave del significado de la mujer celestial cuando habla de la Jerusalén que está arriba, la cual es madre del pueblo de Dios en la tierra (Gá. 4:26). Era la madre del verdadero Israel en el Antiguo Testamento y del pueblo del Mesías en el Nuevo. La mujer es la iglesia ideal en los cielos; sus hijos son el pueblo histórico de Dios sobre la tierra.

Tenemos que llevar el simbolismo más allá y aplicarlo a lo que se dice sobre el Mesías. No es del todo claro que el nacimiento del Mesías (v. 2) tenga el sentido de representar el nacimiento del Jesús histórico o que su ascensión al cielo represente su ascensión histórica. El cuadro parece ser un símbolo de una gran lucha en el cielo que a su vez tiene consecuencias en la experiencia terrena de la iglesia.

En esta visión, Juan todavía parece estar en la tierra. En el capítulo 10 vio un ángel que bajaba del cielo a la tierra; en el capítulo 11, era un participante del drama de la medición del templo. En el capítulo 13, ve a una bestia saliendo del mar. En esta visión aparentemente está de pie sobre la tierra y observa la lucha en el cielo contra el fondo del firmamento.

La palabra traducida “señal” es la normal para ese hecho; también puede designar un fenómeno llamativo o un prodigio. La vio en el cielo, lo que debe entenderse como el cielo físico y no espiritual. En el versículo 4, el dragón arrancó un tercio de las estrellas del cielo y las echó a la tierra.

Es difícil imaginar una figura celestial “vestida del sol”. ¿Hemos de pensar que está en medio del sol con su resplandor envolviéndola por completo? Evidentemente, éste es un rasgo para describir la gloria y majestad de su aparición. La descripción “con la luna debajo de sus pies” no representa un aspecto particular aparte de enfatizar la gloria celestial de la mujer. “Sobre su cabeza una corona de doce estrellas” puede ser también un detalle que se agrega a la majestad de la apariencia de la mujer. Es obvio que esto es simbólico, puesto que las estrellas son invisibles al ojo humano en presencia del brillo de la luz solar. Es posible que las doce estrellas sean un símbolo de los doce patriarcas y las doce tribus de Israel (Gn. 37:9).

Versículo 2. Estando encinta, clamaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento. La metáfora de Israel como una mujer encinta se encuentra varias veces en el Antiguo Testamento (Is. 26:17; 66:7,8; Mi. 4:10; 5:3). Sin embargo, es dudoso que el versículo intente aludir al nacimiento histórico de Cristo. De hecho no hay referencia al nacimiento virginal.

Versículo 3. También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata. En el versículo 9, este dragón es señalado más en detalle como “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás”. Indudablemente

te es una figura mitológica que representa a un ser espiritual como si fuera un fiero monstruo marino. La idea de un dragón como personificación mitológica del mal se encuentra en las referencias del Antiguo Testamento al Leviatán, Rahab, Behemot (Sal. 74:14; 89:10; Is. 27:1; 51:9; Job 40:15) y a un temible monstruo marino (Job 7:12; Ez. 32:2). También es llamado la serpiente (Am. 9:3; Is. 27:1). No parece que haya un significado particular en el hecho de que el dragón sea de color escarlata.

Además se describe al dragón con **siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas**. Una diadema era un tipo de corona; el Cristo conquistador será coronado con muchas diademas (Ap. 19:12). El número siete es el número de la plenitud (véase los siete espíritus en 1:4); las siete cabezas coronadas con siete diademas sugieren el alto grado de poder que se permitió ejercer al dragón. Los diez cuernos nos llevan a Daniel 7:7 y son un símbolo del gran poder de Satanás.

El simbolismo es interesante. ¿Cómo podemos concebir un dragón con siete cabezas y diez cuernos? ¿Es que una de las cabezas tiene cuatro cuernos? ¿O cuatro de las siete cabezas tienen dos cuernos cada una? Esas preguntas se anulan a sí mismas; todo es un cuadro simbólico del gran poder de Satanás como el “dios de este siglo” (2 Co. 4:4). Este cuadro sirve también de antecedente para la bestia del capítulo 13, que tiene siete cabezas y diez cuernos (13:1; 17:3).

Versículo 4. Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. No hay necesidad de ver en estas palabras algo más que la temible aparición del monstruo. No hay indicio en este simbolismo de una guerra previa en el cielo en la cual Satanás fue echado del cielo a la tierra. Daniel 8:10 tiene una visión similar en la cual el “cuerno pequeño” llegó al cielo y echó algunas estrellas a la tierra, aunque allí se les llama “el ejército del cielo”. El dragón es un ser tan colosal que con un movimiento de su cola puede barrer un tercio de las estrellas sacándolas de su posición natural.

Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Si el dragón tenía la forma de una gran serpiente, al estar de pie se vería en una posición extraña. Pero esos detalles no presentan problemas en la visión apocalíptica. La escena se sigue desarrollando en el cielo. Uno puede preguntar por qué el dragón no devoró a la mujer misma en vez de su hijo, pero esas preguntas no tienen importancia. Juan está describiendo realidades espirituales en términos mitológicos. Este es el propósito final de Satanás: frustrar la obra de Cristo.

Versículo 5. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones. Estas palabras identifican claramente al niño; es el ungido de Dios, que está destinado a reinar en el reino de Dios sobre toda la tierra (Sal. 2:9; Ap. 2:27; 19:15). No debemos buscar algún hecho específico en el nacimiento del niño. No se refiere al nacimiento de Jesús

en Belén; no nos enseña nada sobre el estado preexistente del Hijo; todo es un simbolismo que retrata la hostilidad de Satanás ante el ungido de Dios. Muchos comentaristas ven aquí una alusión al esfuerzo de Herodes por destruir al niño Jesús (Mt. 2:16). Si esta visión tuvo como meta representar la historia, debe describir la crucifixión de Cristo, porque la muerte de Cristo por un momento pareció ser el triunfo de los poderes de las tinieblas (Lc. 22:53).

Y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. La escena sigue siendo el cielo; no hay indicación de que la mujer haya descendido a la tierra para dar a luz a su hijo. Esto difícilmente puede ser una alusión a la ascensión de Cristo, porque su rapto no tenía el propósito de escapar de la hostilidad de Satanás. Por el contrario, Cristo crucificado y resucitado ya había obtenido su triunfo sobre el poder satánico (He. 2:14; Col. 2:15). De esta forma Juan declara la victoria del ungido de Dios sobre todo esfuerzo satánico para destruirle.

Versículo 6. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios. La escena sigue siendo el cielo, pues la tierra no entra en la visión hasta el versículo 9, cuando Satanás es arrojado del cielo a la tierra. Los comentaristas aluden a menudo a la huída de los cristianos judíos de Jerusalén a Pela, en el tiempo de la guerra de los judíos, cuando escaparon de la terrible destrucción que cayó sobre sus compatriotas; pero aquí no se hace referencia a esos hechos históricos. Debemos presumir que el dragón, frustrado en sus esfuerzos por destruir al Mesías, se volvió contra su madre, la mujer celestial. Pero sus esfuerzos una vez más fueron en vano. Dios protegió y preservó a la mujer aun cuando ella ya hubiere salvado a su ungido.

En el desierto, la mujer tenía un lugar **para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días.** Una vez más encontramos el simbólico número de tres años y medio que representa el período del mal durante el cual Satanás tratará de frustrar los propósitos de Dios, pero particularmente los últimos días de ese período (véase sobre 11:3). Este versículo afirma que aun en el tiempo de la más grave tribulación, Dios preservará a la mujer celestial y esto a su vez incluye la idea de que El preservará su iglesia en la tierra.

Versículos 7, 8. Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Una vez más, Juan emplea el lenguaje mitológico apocalíptico para describir un hecho espiritual. Entendemos mal el pensamiento de Juan si tratamos de colocar la batalla celestial en el curso del tiempo. Algunos intérpretes entienden que se refiere a una batalla básica que describe "la caída de Satanás"; otros ven en ello un conflicto escatológico que explica por qué una persecución tan feroz debe caer sobre el pueblo de Dios. Teológicamente, la clave de

esta batalla se da en el versículo 11: “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”. En la historia de la redención, la victoria sobre Satanás fue ganada por Cristo por medio del derramamiento de su sangre en la cruz. Sin embargo, Juan aquí no está ocupado con la forma en que se gana la victoria sino meramente con el hecho de que Satanás es derrotado. No tenemos otro apoyo bíblico para la idea de que el logro de la redención que incluye la destrucción y derrota final del mal, es la obra de los ángeles; es totalmente obra de Cristo.

Miguel aparece unas pocas veces en la Escritura. Es el ángel guardián de Israel (Dn. 10:13,21; 12:1) y lucha a su favor con los ángeles guardianes de las naciones gentiles (Dn.10-12). En la literatura intertestamentaria, es considerado como el patrono e intercesor de Israel (*Enoc* 20:5). En Judas 9, se dice que ha luchado con el demonio por el cuerpo de Moisés. En este pasaje, es representado como defensor del pueblo de Dios como un todo, contra el poder maligno de Satanás. La única intención de este pasaje es asegurar a aquellos que se enfrentan con el mal satánico en la tierra que se trata realmente de un poder ya derrotado, por muy diferente que parezca en la experiencia humana.

Versículo 9. **Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás.** La serpiente parece ser una alusión obvia a Génesis 3:1-5. “Satanás” es la transliteración de una palabra hebrea que significa “adversario” y es un término usado en relación con los adversarios humanos (véase 1 R. 11:14,23; 1 S. 29:4). Cuando un ángel se paró en el camino de Balaam, es llamado su adversario (Nm. 22:22). La palabra llegó a aplicarse en particular al enemigo de la humanidad que acusa a los hombres delante de Dios, como acusó a Job (Job 1:6) y al sumo sacerdote Josué (Zac. 3:1). En Job, aparece delante de Dios como uno de los “hijos de Dios”, no obstante lo cual juega el papel de adversario, porque acusa a Job de falta de sinceridad en su servicio a Dios.

“Demonio” es otra traducción de Satanás en la Biblia griega, que tiene el sentido de “acusador” o “adversario” (Job 2:1; Zac. 3:1,2; 1 Cr. 21:1 LXX). Estrictamente hablando *diabolos* significa “calumniador”, pero la palabra que se aplica a Satanás no tiene ese significado. Cuando Pedro habla de “vuestro adversario el diablo” (1 P. 5:8), expresa sucintamente el significado del término. También es llamado el **engañador del mundo entero** (véase 2 Co. 11:3).

Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles arrojados con él. A menudo se señala la atmósfera sobre la tierra como la morada de Satanás. Es llamado “el príncipe de la potestad del aire” (Ef. 2:2); sus ángeles son “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12). Sin embargo, en Job, se habla de él como si tuviera acceso a la misma presencia de Dios. Este pasaje describe una victoria sobre Satanás en virtud de la cual sus acusaciones contra el pueblo de Dios pierden su fuerza (v. 10). No tenemos

que pensar en ningún cambio concreto de domicilio. Un dicho paralelo se encuentra en labios de nuestro Señor: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Lc. 10:18). Los comentaristas han tratado a menudo de decidir cuándo ocurrió esta caída en el pensamiento de Jesús. En el contexto del Evangelio, la caída de Satanás se asocia con la poderosa misión de sus discípulos. Eran capaces de echar fuera demonios, porque Jesús mismo en su propio ministerio había logrado la caída de Satanás. Nuevamente, tenemos aquí un lenguaje simbólico, que enseña que la presencia del poder del reino de Dios en la tierra en la persona de Jesús y sus discípulos significaba la caída de Satanás de su lugar de poder. Este es también el significado de Juan aun cuando se expresa en términos mitológicos de una batalla celestial.

Versículo 10. Entonces oí una gran voz en el cielo. La voz no es identificada, pero representa al pueblo de Dios, porque habla de **nuestros hermanos**. La voz puede ser la de los mártires de 6:9-11. Anuncia el triunfo del reino de Dios, es decir, el establecimiento de su gobierno sobre todo poder demoníaco hostil. No se hace distinción entre **el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo**. El primero es ejercido y concretado por el segundo.

Este anuncio, como el de 11:15, prevé la consumación que aún no ha tenido lugar, pero que ya ha ocurrido en principio, porque Satanás ya es un enemigo derrotado. Aun cuando Juan ha descrito la contienda celestial y la caída de Satanás en términos mitológicos, esta derrota lleva al establecimiento de **la autoridad** del Mesías en el mundo. El resultado es que las acusaciones de Satanás contra el pueblo de Dios se ven frustradas.

Versículo 11. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Corde-ro. Esto muestra claramente que la victoria sobre Satanás, que Juan ha descrito en términos mitológicos, realmente fue cumplida en la historia por la cruz. La sangre derramada de Cristo es el medio real de victoria sobre Satanás. El segundo medio de victoria es **la palabra del testimonio de ellos**, o sea, su testimonio del poder salvador de la sangre de Cristo. El fondo del martirio permanece detrás de estas palabras. Amarón a su Señor más que a la vida misma y sufrieron voluntariamente la muerte antes que negar a Cristo. Jesús había dicho: "El que persevere hasta el fin [o sea, hasta el punto de la muerte] será salvo" (Mt. 24:13). La victoria sobre Satanás no es la victoria física que consiste en la preservación de la vida o la huída de la persecución que él lleva a cabo contra los santos. Ellos se mantuvieron en su testimonio de Cristo y **menospreciaron sus vidas hasta la muerte**. Su mismo martirio era su victoria sobre Satanás; probaba que sus acusaciones contra los hermanos eran sin fundamento. La victoria sobre Satanás es una victoria espiritual que a menudo es ganada, aun en la terrible experiencia del martirio.

Versículo 12. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay

de los moradores de la tierra y del mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo. La derrota de Satanás tiene un doble resultado. Significa regocijo para las huestes celestiales de ángeles que rodean el trono de Dios, pero significa dolor para los hombres que habitan la tierra y navegan por el mar. Si bien Satanás ha sido derrotado, aún no ha sido destruido. Sabe que su condenación final ha sido sellada, pero aún se le permite ejercer un gran poder. Ciertamente no lo tiene para hacer que los mártires nieguen su fe; su poder como acusador de los hermanos está completamente destruido. Nadie, ni Satanás mismo, puede lanzar una acusación contra los elegidos de Dios (Ro. 8:33). Los mártires están salvos y seguros, por haber obtenido la victoria por medio de la sangre del Cordero. Pero siguen siendo mártires. Satanás aún puede atacar a los santos en la tierra, confiando que logrará dominarlos y obligarlos a negar su fe. Este es el trasfondo para el último esfuerzo de Satanás para aplastar la iglesia y destruir a los santos. Aun cuando sabe que su poder está limitado y su condenación es segura y próxima, ataca a la iglesia con gran ira.

Versículo 13. **Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón.** Aquí Juan resume la historia del esfuerzo de Satanás para destruir a la mujer celestial, el pueblo ideal de Dios. En el versículo 6, la mujer ha huido del dragón al desierto donde ha sido preservada por tres años y medio. Ahora Satanás la persigue en el desierto y renueva sus esfuerzos para destruirla.

Versículo 14. **Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar donde es sustentada.** No debe buscarse un equivalente histórico del rescate de la mujer. Esta es la forma juanina de asegurar a la iglesia su seguridad definitiva, aun delante del martirio. El tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo, aparece en Daniel 7:25 y es lo mismo que cuarenta y dos meses, tres años y medio o mil doscientos sesenta días (véase nota sobre 11:2), el último tiempo terrible de persecución sin paralelo y martirio. Aun en la muerte, Dios preservará a su pueblo; todo esfuerzo de Satanás para destruirlo será en vano.

Versículos 15,16. **Y la serpiente arrojó de su boca tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca.** Continúa el esfuerzo de Satanás de destruir al pueblo de Dios. No tenemos un paralelo conocido en la literatura antigua sobre el cual Juan podría haber extraído sus imágenes. El mensaje presentado es simple y claro: Satanás hará todo lo que esté a su alcance por destruir el pueblo de Dios, pero será en vano.

Versículo 17. **Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer.** Evidentemente esta es una figura del lenguaje. El dragón había estado airado

contra la mujer a lo largo de toda la visión y había lanzado su odio contra ella, utilizando cualquier estratagema para destruirla. Sin embargo, Juan puede hablar de la ira del dragón contra la mujer como si tuviese un nuevo vuelco en su narración.

La clave de este versículo es la frase **el resto de la descendencia de ella**. La mujer ya ha dado a luz al Mesías al cual Satanás no ha sido capaz de destruir. Por el contrario, el Cordero, por su muerte (v. 11) ha provisto el medio para que los hombres conquisten al dragón y ha garantizado el establecimiento del reino del Mesías sobre la tierra (v. 10). La mujer tiene otros hijos contra los cuales Satanás dirige ahora su ira. Estos son los cristianos que constituyen la iglesia sobre la tierra. Juan se vuelve de lo ideal a lo actual, de la visión del lanzamiento de Satanás en el cielo a la realidad de su persecución de los santos en la tierra. El conflicto espiritual es el telón de fondo de la lucha real en la tierra entre la iglesia y el Anticristo. A la luz del tiempo de la gran tribulación, Juan ha asegurado a la iglesia que Satanás ya ha sido derrotado y no puede obtener la victoria sobre la iglesia. Sin embargo, puede dirigir una temible persecución y esta persecución final es reflejada en la guerra contra el resto de su descendencia.

Es más exacta RV al decir **los que... tienen el testimonio de Jesucristo** que otras que dicen “los que guardan”.¹ La construcción es un caso genitivo que puede ser subjetivo —el testimonio que Jesús dio (véase 1:2,9; 6:9) al cual ellos han sido fieles— u objetivo —el testimonio que ellos han dado a Jesús (véase 19:10; 20:4). El significado básico es el mismo en cualquier caso.

Se apostó sobre la playa del mar (NC). La división en capítulos es distinta en la NC que en la RV y la diferencia radica una vez más en una diferencia en el texto. La RV se basa en un texto posterior, que coloca a Juan en la orilla del mar donde contempla a la bestia levantándose de las aguas. Por lo tanto, las palabras están incluidas en el primer versículo del capítulo 13. Sin embargo, el mejor texto dice: “y él estaba de pie sobre la arena del mar” y se refiere al dragón. Después de ser frustrado en sus esfuerzos por destruir a la mujer celestial y al Mesías, el dragón ahora dirige su ira contra la iglesia en la tierra y para cumplir su propósito, se ubica a orillas del mar para llamar desde las profundidades a la bestia que será su principal instrumento en la última persecución.

CAPITULO TRECE

Las dos bestias

EL CAPITULO 13 continúa el relato del sonido de las siete trompetas y el derramamiento de las siete copas. La séptima trompeta nos lleva a los últimos días de la era, cuando se cumpla el misterio de Dios, tanto en la salvación como en el juicio (10:7). Ahora estamos en el tiempo del fin, que se caracteriza por dos hechos sobresalientes: el derramamiento de los juicios divinos (las siete copas) y el juicio de una civilización rebelde (Babilonia), y la persecución final de la iglesia. El tiempo del fin es, en otras palabras, la última batalla, el clímax, entre Dios y Satanás. Este capítulo describió la aparición del Anticristo y su persecución contra la iglesia. Los capítulos que siguen relatarán el derramamiento de los juicios divinos.

Los lectores de Juan ya han sido preparados para este tiempo de persecución. El capítulo 12 les ha asegurado que este tiempo de martirio no será algo nuevo, sino sólo la expresión final en la historia de una lucha espiritual que ha sido llevada a cabo en los cielos entre Satanás (el dragón) y los ángeles de Dios. Aunque el martirio está pendiente, el triunfo final de los santos está asegurado, porque Satanás ya es un enemigo derrotado. Por derrotado que esté, al fin de los tiempos se le permitirá llevar a cabo una guerra contra los santos, por medio de la acción de la bestia. Véase la nota en 11:17 para una breve historia del concepto del Anticristo.

b. Las dos bestias (13:1-18)

Versículo 1. **Y vi subir del mar una bestia, que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas.** La bestia ya ha aparecido en 11:7

como un ser que ascendía del pozo del abismo para pelear contra los dos testigos. Esta visión es directamente dependiente de la que registra Daniel 7, en la cual vemos cuatro bestias que salen del mar y que representan una sucesión de imperios mundiales. Algunos comentaristas ven en el mar un símbolo de la agitada humanidad no regenerada (Is. 57:20), que se asemeja a la vida llena de problemas sociales y nacionales, de la cual surgen grandes movimientos históricos. Quizá se encuentre una clave en 17:15: “Las aguas que has visto... son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas”. La relación entre la bestia y el dragón (Satanás) se ve en el hecho de que ambos tienen diez cuernos. Sin embargo, el dragón tiene siete diademas o coronas en sus cabezas (12:3), mientras que la bestia tiene diez diademas sobre sus cuernos. Las siete coronas del dragón representan a diez reyes (17:12); sin embargo, no juegan un papel importante en la visión de la bestia.

La cuestión exegética crucial es qué se intenta representar con las siete cabezas. A primera vista, la solución más sencilla es que la bestia representa el Imperio Romano del siglo I y que las siete cabezas representan siete emperadores. Sin embargo, hay dificultades exegéticas para identificar a las siete cabezas con cualquier serie de siete emperadores. La bestia bien puede estar representada en el Imperio Romano, pero ya hemos notado que la escatología cristiana primitiva esperaba la aparición del Anticristo al fin de los tiempos y por lo tanto hay aspectos sobre esta bestia y su pareja —la segunda bestia— que de ninguna manera están en consonancia con el gobierno de Roma. La bestia, pues, es el Anticristo escatológico que ha sido preanunciado en ciertos aspectos de Roma y también en otros estados totalitarios.

Hay sobre sus cabezas un nombre blasfemo. La bestia ha de reclamar prerrogativas divinas. El pequeño cuerno de Daniel 7:25 “hablará palabras contra el Altísimo”; la abominación desoladora en el discurso del Monte de los Olivos (Mt. 24:15) se ubicará en el lugar santísimo; el hombre de pecado (2 Ts. 2:4) “se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios”. Aquí la bestia usa el nombre de la deidad sobre sus cabezas, reclamando la adoración de los hombres (v. 4). Esta autodeificación del Anticristo ha tenido sus precursores en la historia. La deificación del emperador fue algo prominente en el Imperio Romano. Julio César, Augusto, Claudio, Vespasiano y Tito fueron declarados divinos por el senado romano después de su muerte. Varios emperadores habían usado el término *DIVUS* en monedas mientras aún vivían. En el oriente, las monedas a menudo llevaban el término griego *theos*. Como hemos visto en las cartas a las siete iglesias, las ciudades de Asia pugnaban con otras por el honor de tener un templo dedicado a Roma y al emperador para promover el culto imperial. La pretensión más explícita de deidad fue hecha por Domiciano (81-96 d.C.), quien reclamó que se dirigieran a él con el título

Dominus et Deus (Señor y Dios). La deificación del estado y su gobernante no es un fenómeno limitado a los últimos días y al Anticristo; hemos sido testigos de manifestaciones del mismo fenómeno en los estados totalitarios modernos.

Versículo 2. La bestia que vio Juan era **semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león**. La bestia combinaba atributos de las tres primeras bestias de Daniel 7; la cuarta bestia es representada por diez cuernos. En la bestia, encontramos concentradas todas las características que han sido manifestadas en imperios mundiales sucesivos.

Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. La bestia, como el “hombre de pecado” de Pablo (2 Ts. 2:9) no es meramente la concentración de poder político y militar; es la personificación del mal satánico, que obtiene su poder y autoridad del dragón.

Versículo 3. **Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia**. La construcción en castellano puede ser un poco confusa; no quiere decir que una de las cabezas diera la impresión de estar mortalmente herida, aunque realmente no lo estaba. Las palabras son las mismas que se usan para el Cordero en 5:6, que realmente había sido muerto. En este caso, una de las cabezas ha sido herida de muerte, pero la herida mortal es sanada.

Muchos intérpretes entienden que Juan quiere decir que uno de los emperadores romanos fue muerto y más tarde resucitado de los muertos como personificación del mal satánico. El apoyo para este criterio se ha buscado en el presunto mito de *Nero redivivus*. El emperador Nerón murió por su propia mano en el 68 d.C., pero surgió la historia de que no estaba realmente muerto, sino que había escapado al oriente y volvería en triunfo. En el año 69 un pseudo-Nerón apareció en Asia, pero no logró nada y en el año 88, otro pretendiente apareció en Asia declarando que era Nerón y había estado escondido.

Este mito fue usado en algunos círculos apocalípticos cristianos en los que el regreso del Nerón triunfante se relaciona algunas veces con el Anticristo (*Ascensión de Isaías* 4:1-14; *Oráculos sibilinos* 4:119; 5:363; 8:70). La objeción fatal a este criterio es que no fue sólo una de las cabezas de la bestia la que fue muerta, sino que la bestia misma recibió una herida mortal (13:12,14). Más tarde, se habla de “la bestia... que era, y no es; y está para subir del abismo” (17:8). El asesinato o suicidio de un emperador romano podía llevar a un período de intranquilidad política, pero no interrumpir de manera alguna la continuidad del mismo imperio. El hecho de que tanto una de las cabezas como la bestia misma recibiera la herida mortal sugiere que la bestia de alguna manera ha de ser identificada con sus diez cabezas. La bestia es la personificación de todo lo que fue dicho de las cuatro bestias en Daniel 7 y las siete cabezas lo son concreta-

mente de este poder imperial (véase además las notas sobre 17:8-12). La bestia misma, en la persona de una de sus cabezas, fue muerta pero más tarde revivida. En esta visión, Juan reelabora radicalmente los materiales de Daniel 7.

Versículo 4. Y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? Aquí está la clave del carácter y el propósito de la bestia; no es meramente el ejercicio del poder político: tiene el objetivo de capturar la lealtad de los hombres y distraerlos de la adoración de Dios. Dejar a Dios y someterse a la bestia en realidad es adorar a Satanás. El tiempo del Anticristo es una lucha por las almas de los hombres. La bestia manifestará tal poder que convencerá al mundo de que es inútil resistirle (cf. 2 Ts. 2:9,10).

Versículo 5. También se le dio boca que hablase grandes cosas y blasfemias. Esto está basado directamente en Daniel 7:8,20,25. El cuerno pequeño tenía una boca “que hablaba grandes cosas” y también “palabras contra el Altísimo”. El hecho de que se haya dado una boca para lanzar estas palabras blasfemas sugiere que su poder no era propio, sino que le era concedido por una autoridad superior. Recibió su poder del dragón. “Blasfemias” no son palabras de desprecio de Dios sino de autodeificación.

Y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. Véase la nota sobre 11:2. Los cuarenta y dos meses son un número simbólico para el período total de persecución de la iglesia, pero particularmente el fin de este período, el tiempo de la gran tribulación.

Versículo 6. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios. Este versículo amplía y particulariza lo que se ha dicho en el versículo 5. Blasfemar no significa maldecir, como en castellano; tenemos que entenderlo en relación con Dios: hacer o decir algo que menosprecia el nombre divino o viole su gloria y deidad. Jesús fue acusado de blasfemia por el sumo sacerdote (Mt. 26:65), porque reclamó un lugar a la diestra de Dios. Aquí la blasfemia es la exaltación humana sobre lo que Dios ha dicho al hombre de su lealtad y adoración. La blasfemia ante el **tabernáculo** de Dios y **de los que moran en el cielo** refleja Daniel 8:10, donde el cuerno pequeño se hizo grande “hasta el ejército del cielo, y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó”. Las estrellas aparecen aquí como representación de los santos¹ que son difamados y pisoteados por el Anticristo. Aquellos que moran en el cielo son aquellos cuya ciudadanía es el cielo (Fil. 3:20).

Versículo 7. Y se le permitió hacer guerra contra los santos y vencerlos. Esto no indica algún tipo de maniobra militar, sino la hostilidad y completo dominio por cualquier medio (véase 2:16; 14:4; 19:11). Los principales objetivos de la ira de la bestia son los santos, o sea “los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (12:17). El propósito primordial de la bestia es alejar a los hombres de Cristo, lo

que intenta por medio de una fiera persecución. El hecho de que los venza no significa en este contexto que tenga éxito en pervertir su lealtad de Cristo hacia la bestia, o sea en transformarlos en apóstatas, pero sí tiene éxito al desatar una terrible persecución. “Este cuerno hacía guerra contra los santos y los vencía” (Dn. 7:21). Sin embargo, aquellos a quienes la bestia parecía haber conquistado por medio del martirio, en realidad habían obtenido una victoria. Más tarde, Juan vio delante del trono de Dios “a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen” (15:2). “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (12:11). Su mismo martirio era su victoria; se mantuvieron firmes en su lealtad a Cristo y se negaron a adorar la bestia o el dragón.

También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. En la soberanía del propósito divino a la bestia *se le permitió* ejercer una autoridad mundial. Es imposible encontrar un cumplimiento de estas palabras en cualquier situación histórica en el Imperio Romano del primer siglo. La persecución bajo Nerón (54-68 d.C.) se limitó a Roma y a unas pocas familias cristianas. La persecución bajo Domiciano (81-96 d.C.) fue de alcance muy limitado. Si bien ocurrían persecuciones ocasionales de cristianos en Asia, no hubo nada como una persecución general. Juan mira mucho más allá de su propio horizonte hacia una época cuando un gobernante anticristiano será autorizado para ejercer una soberanía mundial.

Versículo 8. **Y la adoraron todos los moradores de la tierra.** Nuevamente Juan prevé una situación en el futuro bajo el Anticristo, que trasciende la adoración del emperador romano. En el Imperio Romano, los judíos estaban exentos de la exigencia de la formalidad de la adoración del emperador. En los últimos tiempos, nadie estará exento, excepto los cristianos que pagaran su lealtad a Cristo con su vida. En cuanto al **libro de la vida**, véase 3:5. Aquí y en 21:27, es llamado el libro de la vida del Cordero. Es el registro de aquellos que han sido salvados por la fe en el Cordero crucificado de Dios. El hecho de que sus nombres fueran escritos **desde el principio del mundo** aporta la seguridad de que aun cuando pareciera que ellos carecen de poder ante los ataques de la bestia, están protegidos por la providencia de Dios y así ha sido desde la fundación del mundo. “Desde el principio del mundo” gramaticalmente puede modificar tanto a “escritos”, como en NC o “inmolado”, como en RV, pero el paralelo en 17:8 habla en favor de la primera construcción. Que el Cordero fuera **inmolado** se refiere tanto al hecho de que Él ha obrado la salvación como que ha guiado el camino de los que quieren seguirle. Jesús mismo insistió que todo discípulo debe estar dispuesto a tomar su cruz (Mr. 8:34) o sea a seguirle hasta la muerte.

Versículo 9. Juan concluye su relato del Anticristo con la seria amones-

tación con que termina cada una de las cartas de las siete iglesias: **El que tiene oído oiga.**

Versículo 10. Esto es seguido por una declaración que, puede ser traducida de diversas maneras. RV supone que ambas partes del versículo se refieren a los perseguidores que finalmente sufrirán lo que infligen a otros: “Si alguno lleva en cautividad, va en cautividad; si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto”. Por otra parte ambas expresiones pueden referirse a los perseguidos: la resistencia, tanto al cautiverio como a la espada será en vano. Así la BJ: “El que a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada, a espada ha de morir”. Por su parte, NC hace que la primera parte se refiera al perseguido y la segunda al perseguidor: “Si alguno está destinado a la cautividad, a la cautividad irá; si alguno mata por la espada, por la espada morirá”. La primera expresión informa a los cristianos que la persecución promovida por la bestia está dentro de la providencia de Dios y por lo tanto la resistencia violenta está fuera de lugar. Si uno está destinado a la cautividad, debe estar dispuesto a ir mansamente como cristiano. Sin embargo, la persecución no es la última palabra: está la retribución divina y el castigo final de aquellos que matan con la espada, que pagarán por su crimen. La última palabra no será la del perseguidor.

Aquí está la paciencia y la fe de los santos. El juicio final está en las manos de Dios y seguramente vendrá. Aquellos que han tomado la espada contra el pueblo de Dios encontrarán su justa retribución, pero es necesaria la paciencia para esperar ese día. Entre tanto, la bestia parecerá tener poder limitado para llevar a los santos a la muerte. Esto requerirá de ellos una fe sin límites en que Dios aún es Dios, que todavía gobierna y que su reino es sobre todo.

El capítulo 13 habla de dos bestias, una que sale del mar y la segunda que sale de la tierra. La segunda bestia es sierva de la primera. Tiene el único objetivo de obligar a los hombres a adorar a la primera bestia. Los detalles de su descripción hacen claro que representa a la religión organizada, que en el Imperio Romano está personificada en el sacerdocio imperial de la ciudad de Roma y de su emperador. Las autoridades de Asia de Hechos 19:31 probablemente eran sacerdotes locales que promovían la adoración del emperador. En su forma escatológica, la segunda bestia sugiere la captura de la religión organizada para promover los fines de la primera.

Versículo 11. **Después vi otra bestia.** Los intérpretes preteristas admiten que es imposible encontrar una figura histórica de la antigüedad que sea la contraparte de la segunda bestia. Casi unánimemente ven en ella a la estructura sacerdotal que sostenía el culto del emperador. Pero, como lo señala Hanns Lilje, el cuadro es sustancialmente profético.² El simbolismo del culto del emperador en el Asia Menor forma sólo el fondo de la visión

de la segunda bestia, cuyo poder e influencia irá mucho más lejos que todo lo conocido en el mundo antiguo. La experiencia del culto al emperador provee sólo ecos de la terrible realidad que será cumplida en los últimos días. No se debe ver un significado particular en el hecho de que la segunda bestia suba **de la tierra**. En Daniel 7:3, las cuatro bestias surgen del mar; en 7:17 surgen de la tierra.

Esta bestia tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero **hablaba como dragón**. Es una parodia de Cristo: la religión prostituida por malos fines. La segunda bestia tiene la apariencia de un cordero, pero su voz traiciona su apariencia: habla como un dragón. Se ve que la segunda bestia representa la religión empleada en apoyo de la adoración de la bestia a partir del hecho de que luego es llamada el falso profeta (16:13; 19:20; 20:10). La primera bestia representa el poder civil, satánicamente inspirado; la segunda representa el poder religioso empleado en apoyo del poder civil.

Versículo 12. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. La segunda bestia no es un competidor de la primera sino su aliado. No tiene poder propio, sino que lo deriva de su asociación con la bestia. Su único objetivo es dirigir la lealtad religiosa de los hombres hacia la primera bestia.

Es significativo que en el lenguaje de este versículo, como se señala en 13:2, la bestia es identificada con sus cabezas. No era meramente una de sus cabezas la que fue herida y luego sanada: la bestia misma recibió una herida mortal y entonces fue restaurada a la vida.

Versículos 13:13,14a. También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia. Pablo dijo que el hombre de pecado “cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder, y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden” (2 Ts. 2:9,10). El punto principal es que el falso profeta, como la bestia, no representa meramente la religión formal, sino el verdadero poder satánico. La magia jugaba un papel importante en la religión pagana primitiva y a menudo era usada para engañar a los crédulos (Hch. 13:6ss; 16:16; 19:13 ss). El falso profeta no sólo se ocupará de seudomilagros; tendrá poder para hacer descender fuego del cielo a la tierra. Aparentemente no es fuego destructor, sino sólo una señal para engañar a los hombres con pretendidos poderes divinos haciéndoles pensar que en realidad es el poder de Satanás. “Los moradores de la tierra” es una expresión idiomática frecuente en el Apocalipsis para los hombres no regenerados; el falso profeta no engañará a los santos (Mr. 13:22).

Versículos 14b, 15. Mandando a los moradores de la tierra que le hagan

imagen a la bestia, que tiene la herida de espada y vivió. Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase. En el mundo antiguo era bien conocido el pretendido poder de algunos para hacer que las estatuas hablaran. Había surgido toda una serie de leyendas alrededor de la persona de Simón el Mago (Hch. 8:9ss) y la primitiva literatura cristiana cuenta historias de cómo él dio vida a estatuas. Se pone énfasis en el hecho de que este poder no reside en el falso profeta mismo. *Se le permitió* (literalmente “le fue dado”, VM, NC, etc.) hacerlo. La aparente vitalidad de la imagen de la bestia es la pretensión máxima de poder divino: se atreve a afirmar que puede crear vida como lo hace Dios mismo.

Además, se le permitió que **hiciese matar a todo el que no la adorase.** El lenguaje del pasaje declara que fue la imagen parlante de la bestia la que ordenó la muerte de aquellos que no adoraron a la bestia. Una vez más se aclara el punto central. El conflicto no es entre la religión y la no religión, ni entre una religión y otra, sino entre Cristo y el Anticristo, entre Dios y Satanás.

En el versículo 8, todos aquellos cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero adoraron a la bestia; todos los que no adoran a la bestia son condenados a muerte.

Versículo 16. Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha o en la frente. En 7:3, el pueblo de Dios, de pie ante el umbral de la gran tribulación, es sellado en sus frentes, apartado como pueblo de Dios, protegiéndolo del derramamiento de la ira divina (9:4) y, podemos suponer, confirmando en su testimonio y lealtad a Cristo. La bestia tiene una contramarca que es estampada sobre la mano o la frente de todos aquellos que la adoran. Así es como tenemos dos tipos de personas: los que son sellados por Dios y los que son señalados por la bestia. La señal consistía en el nombre de la bestia (v. 17). No es del todo claro si Juan está pensando en un rótulo literal y visible sobre la persona de los adoradores de la bestia. El sello de Dios colocado en las frentes de los 144.000 (7:3) seguramente no quiere decir una señal visible; es una forma simbólica de expresar la protección divina (véase Is. 44:5). La señal de la bestia puede tener la intención de ser una parodia de la señal de Dios.

No sabemos de alguna práctica antigua que proporcione un antecedente adecuado para explicar la señal de la bestia en términos históricos. La palabra para “señal” se usaba para las marcas en los animales. Era también un término técnico para el sello imperial sobre los documentos comerciales y la impresión real sobre las monedas romanas. Los esclavos eran marcados en la frente, pero esto era una señal de servidumbre y no de lealtad. Conocemos unos pocos casos de cautivos marcados en la historia grecorromana; Ptolmeo Filopator obligó a ciertos judíos alejandrinos a ser marca-

dos con la señal de Dionisio, cuyo símbolo era de una hoja de cedro (3 *Macabeos* 2:29). Sin embargo, la práctica de marcar no era común y no es conocida en relación con el culto del emperador. La señal de la bestia es una señal de lealtad de parte de aquellos que la reciben y los designa como adoradores de la bestia.

Versículo 17. Y que ninguno pudiese comprar o vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. La señal de la bestia servía tanto a un propósito religioso como económico. Una vez más, no tenemos una situación histórica asociada con el culto del emperador que ilustre esta profecía. Juan espera de la bestia, ayudada por el falso profeta, un gobierno totalitario en el cual tenga control completo sobre política, religión, y economía con el propósito de obligar la adoración de todos los hombres.

Versículo 18. Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis. Juan da ahora el número de la bestia en forma simbólica, usando un artificio conocido en el mundo antiguo como gematría. Ni el idioma griego ni el hebreo usaban un sistema de números. En vez de números las letras del alfabeto ocupaban su lugar, por ejemplo A=1, B=2, C=3, etc.³ Así es como un nombre podía ser convertido en su correspondiente cifra. Deissmann cita una inscripción mural de Pompeya que dice: "Amo a aquella cuyo número es 545"⁴ (ΦΜΕ).

En los *Oráculos Sibílinos*, encontramos una importante ilustración de gematría. Swete alude a un pasaje donde el valor numérico del nombre Jesús es dado como 888 (I=10, H=8, Σ 200, O=70, Υ=400, Σ=200).⁵ Juan pide sabiduría para calcular el nombre de la bestia a partir de su número y agrega que es un nombre humano, cuyo equivalente es 666.

La interpretación mayoritaria entre los eruditos preteristas es que el número se refiere al emperador Nerón (*Neron Kaisar*). Pero el total numérico de *Neron Kaisar* en griego no es 666 sino 1005. El problema es resuelto trasplantando *Neron Kaisar* al hebreo, lo que ciertamente totaliza 666. Sin embargo, esto se logra con una ligera variación de la palabra hebrea para Caesar. Además, nadie ha explicado por qué Juan, que escribía para un público que leía el griego, hubiera usado el complejo simbolismo de la gematría con una forma hebrea en lugar de la griega. También es significativo que ninguno de los antiguos intérpretes del Apocalipsis reconociera esta solución. Nuestro intérprete más antiguo, Ireneo, sugirió que 666 podría representar *euanthas, teitan* (¿Tito?) o *lateinos* (el imperio latino).⁶ Muchos intérpretes han creído que esta última solución de Ireneo era la mejor.

Puede hacerse casi cualquier cosa con estos números con una manipulación habilidosa. Si A=100, B=101, C=102 etc., el nombre Hitler totaliza 666.

Es posible que el número tuviera como intención la de ser totalmente simbólico. Si el nombre del Mesías ΙΗΣΟΥΣ equivale a 888 y el 7 es considerado el número perfecto, es posible que 666 tenga por intención el ser un número simbólico de lo mejor que el hombre puede hacer. Esto podría ser el sentido de la frase “es número de hombre”. Lo más que podemos decir es que, si el número de la bestia es una profecía de una situación futura, aún nadie ha resuelto el significado del número, aunque el mismo se aclarará cuando llegue el momento.

CAPITULO CATORCE

Visiones de seguridad

EL CAPITULO 14 continúa el intervalo entre las siete trompetas y las siete copas. Debemos recordar de nuevo que la séptima trompeta nos llevó al mismo momento del fin (10:7), pero que antes de la venida misma del fin, Juan recibió visiones las cuales representaban para él que el fin del tiempo será la manifestación final de la larga lucha entre el reino de Dios y el poder de Satanás. Esta es una lucha que se ha desarrollado en la esfera espiritual, invisible para los hombres (cap. 12), pero que emergerá en forma histórica en la persona del Anticristo, que intentará pervertir la lealtad de los santos por medio de toda estratagema posible. Ahora bien, justo antes del derramamiento de las copas de la ira de Dios y la venida del fin, Juan recibe nuevamente la seguridad de que la consumación está en las manos de Dios; que la civilización malvada e impía de la bestia caerá bajo el juicio divino y que los santos serán llevados a su salvación eterna. El capítulo realmente consiste en una serie de cortas visiones desconectadas, de las cuales el Cordero en el monte Sión es sólo la primera.

c. Visiones de seguridad (14:1-20)

(i) *El Cordero en el monte Sión (14:1-5).* La primera visión nuevamente es futurista (véase 10:7; 11:15) y describe el destino del pueblo de Dios que ha sido preservado a través de la gran tribulación pero que ha caído presa de la ira de las bestias. Se los ve en el reinado mesiánico. Esta visión no se realiza concretamente hasta los capítulos 20-22, pero como ocurre a menudo, Juan da a sus lectores visiones anticipadas de lo que ha de ocurrir

para fortalecerlos en las duras experiencias que vendrán a continuación.

Versículo 1. Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él, y el de su Padre escrito en la frente. Juan se mueve de una profecía de la bestia y de aquellos que llevan su marca sobre sus manos y frentes a los redimidos que llevan la señal de Dios. Aunque han caído víctimas de la bestia porque se han negado a adorarla, su salvación está asegurada. En un sentido, esto es una repetición de la visión de la gran multitud de 7:9-17, de aquellos que han pasado por la gran tribulación y están delante del trono y del Cordero. Esta visión es una nueva seguridad de su victoria final ante el martirio a manos de la bestia.

La última vez que vimos al Cordero estaba de pie delante del trono en los cielos (7:9); aquí lo está en la santa ciudad de Sión o Jerusalén. Es posible que el monte Sión sea el símbolo de un lugar de liberación y victoria. El Salmo 2 promete el reinado del ungido de Dios sobre "Sión, mi santo monte" (Sal. 2:6) y continúa la promesa de victoria con estas palabras: "Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy" (Sal. 2:7). En el Nuevo Testamento, esta promesa se explica como algo cumplido en la resurrección del Mesías de los muertos (Hch. 13:33; He. 1:5; 5:5). Es posible, por lo tanto, que el monte Sión deba entenderse espiritualmente como la victoria de los santos.

Sin embargo, es más probable que el monte Sión se presente como victoria escatológica que, de acuerdo al Apocalipsis, está en la nueva Jerusalén, que desciende del cielo de Dios (21:2). La Sión terrenal o Jerusalén es descrita continuamente en el Antiguo Testamento como el asiento del gobierno de Dios en la tierra y el centro de su victoria final. "Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová y entre el remanente al cual él habrá llamado" (Jl. 2:32). Sin embargo, en el Nuevo Testamento, Sión ha llegado a ser "la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial" (He. 12:22), que ya no es una ciudad terrenal sino una ciudad en lo alto (Gá. 4:26). Jerusalén-Sión es la morada celestial de Dios mismo; ya no es una ciudad terrenal donde se pensaba que El mora. En la tierra, El mora en los templos vivientes de los corazones de su pueblo (Ef. 2:21,22). Sin embargo, en la consumación escatológica, los hombres no dejarán la tierra y volarán a la Jerusalén celestial; más bien, la Jerusalén celestial descenderá a la tierra y Dios morará entre los hombres.

Los ciento cuarenta y cuatro mil son la misma compañía que fue sellada en 7:9-17 y como allí representan al cuerpo total de los redimidos. Muchos intérpretes insisten que dos de sus características —la castidad y las primicias (v. 4)— los constituyen en un cuerpo especial de creyentes, sea mártires o célibes. Pero estas palabras no exigen tal interpretación; los santos que estaban sufriendo el martirio en el último capítulo ahora son vistos en

su salvación final en la nueva Jerusalén.

Versículo 2. Juan oyó **una voz del cielo**, cuya fuente no se indica. Aparentemente viene de la presencia de Dios. La voz del Cristo glorificado era “como estruendo de muchas aguas” (1:15) y los cuatro seres vivientes hablaban con una voz de trueno (6:1). Los músicos son distinguidos de los cuatro seres creados y los ancianos (v. 3); aparentemente son los coros angélicos. Su voz se eleva en un poderoso crescendo sonoro.

Versículo 3. **Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes, y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra.** En 5:9, los veinticuatro ancianos cantaban un cántico magnificando al Cordero que había redimido a los hombres con su sangre para que reinaran en su reino. Este cántico también habla de la redención y por eso sólo puede ser aprendido por aquellos que han sido redimidos en la tierra. Como el nuevo cántico de 5:9 es entonado por los ancianos aun cuando es una canción de redención, este nuevo cántico es entonado por los ángeles, pero está destinado principalmente a los hombres redimidos.

Versículo 4. **Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes.** La palabra griega traducida “vírgenes” es la misma que se usa para las doncellas (*parthenoi*). Muchos intérpretes entienden que estas palabras describen a los ciento cuarenta y cuatro mil como una clase especial de cristianos que han practicado una vida de consagración y pureza absteniéndose del matrimonio y quedando célibes. El significado básico de *partheonoi* parece sostener este criterio. Sin embargo, esto sería una violación de toda la teología bíblica. En ninguna parte, la Escritura considera a las relaciones sexuales como algo pecaminoso o que implique contaminación. Las relaciones sexuales, sin excepción, son un elemento natural en las relaciones humanas; de hecho, son un don de Dios. La castidad o el evitar la contaminación sexual siempre se presenta como contraste de las relaciones sexuales ilícitas. En el Nuevo Testamento, el matrimonio es un estado que se recomienda y las relaciones sexuales son parte esencial del matrimonio (1 Co. 7:4ss). Es cierto que Pablo declara que los ministros cristianos a menudo pueden llevar a cabo sus responsabilidades más eficazmente siendo solteros (1 Co. 7:32-34), pero esto no es porque el sexo sea visto como algo inmundo, sino sólo porque la relación familiar puede ser una carga.

La palabra “virgen” (o “casto”) puede referirse a la condición espiritual y no sólo a las relaciones físicas. Ignacio saluda a sus hermanos “con sus esposas e hijos y a las jóvenes (*parthenoi*) que son llamadas viudas” (*Ignacio a los de Esmirna*, 13:1). Socialmente, estas mujeres han estado casadas y ahora eran viudas, pero espiritualmente eran vírgenes. Pablo usa la palabra para el estado matrimonial: “Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen (*parthenon*) pura a Cristo” (2 Co. 11:2). Esta interpretación es apoyada por el hecho de que Juan en varias ocasiones

habla de la adoración idolátrica de la bestia como *porneia*, fornicación (14:8; 17:2,4; 18:3,9; 19:2). Esta idea encuentra su trasfondo en el Antiguo Testamento, donde la apostasía de Israel de Dios para adorar los dioses de los cananeos es continuamente descrita como adulterio. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que los ciento cuarenta y cuatro mil son vírgenes incontaminados en el sentido de que han rechazado contaminarse participando en la adoración de la bestia, pero se han mantenido puros para Dios.

Estos son los que siguen al Cordero, por dondequiera que va. Estos fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. El ser castos e incontaminados es el aspecto negativo del carácter de este grupo; el lado positivo es el hecho de su lealtad al Cordero; lo siguen aun hasta la muerte. Su discípulo es perfecto y sin quejas. Así como la senda de la perfecta devoción a la voluntad del Padre llevó al Cordero a su muerte sacrificial en la cruz, el discípulo tras El compartirá la cruz (Mt. 10:38; Mr. 8:34). Siguen al Cordero porque no son suyos, sino que han sido redimidos, comprados por Dios al costo de la sangre de Cristo (5:9).

Como redimidos, constituyen las "primicias para Dios". Esta palabra no carece de dificultad, porque generalmente designa una parte del todo. Las primicias eran el comienzo de la cosecha, una recolección parcial seguida del resto de la cosecha. La palabra griega se usa en este sentido para la resurrección de Cristo de los muertos; El es la primicia de la resurrección de todos los santos. El es el representante de todos los santos (1 Co. 15:20,23). Este significado apoyaría el criterio de que los ciento cuarenta y cuatro mil son una clase selecta de cristianos que se destacan de los demás creyentes como conjunto. Sin embargo, no es necesario este significado. "Primicias" puede usarse para un grupo pensando en su consagración total a Dios. En este sentido, todos los cristianos son "primicias de sus criaturas" (Stg. 1:18). De la misma manera, Jeremías dice que "santo era Israel a Jehová, primicias de sus nuevos frutos" (Jer. 2:3). No hay ningún indicio en este pasaje de que los redimidos sean una primera selección de hombres con la salvación de todos los que han de seguir. Con seguridad, Dios hace un llamado a toda la humanidad, pero sólo los redimidos están realmente dedicados a El; el énfasis del término está en la devoción y consagración de los redimidos.

Versículo 5. **Y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha.** El término "sin mancha" es usado en el Antiguo Testamento para los sacrificios sin imperfecciones que se ofrecían a Dios. Los redimidos pertenecen a Dios con una consagración sin fallas. La naturaleza particular de su consagración es su plena veracidad: "En sus bocas no fue hallada mentira". Los redimidos de Israel eran aquellos que "ni dirán mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa" (Sof. 3:13). Hablar con honestidad era una de las características de los siervos del Señor (Is. 53:9). Los redimidos,

como su Señor, son totalmente sinceros y sin mancha (1 P. 2:22).

(ii) *Un llamado al arrepentimiento (14:6,7). Versículo 6. Vi volar por en medio del cielo a otro ángel.* Como hemos indicado, el capítulo 14 consiste en una serie de visiones escasamente conectadas, asociadas con el fin. Después de una visión de la salvación final de los redimidos, Juan oye a un ángel que llama a todos los hombres al arrepentimiento mientras que hay tiempo, antes de que el juicio final caiga y sea demasiado tarde. No es claro por qué el ángel es llamado “otro”, a menos que debamos entender que el nuevo cántico en el cielo (vv. 2,3) era cantado por huestes angelicales. Voló al centro de los cielos, al cenit donde todos pudieran verlo (véase 8:13). El mensaje del ángel fue dirigido a **los moradores de la tierra** la expresión habitual de Juan para los hombres no regenerados (véase 3:10; 6:10; 8:13; etc.). Este ángel se dirige no a los santos, sino a los incrédulos. Su mensaje es **el evangelio eterno**. El hecho de que en griego se omite el artículo definido (NC: “un evangelio eterno”) presenta una dificultad. Ha llevado a muchos comentaristas a ver un mensaje especial que será proclamado en relación con la venida del fin. Un erudito contemporáneo piensa que esto se refiere a un ministerio angelical especial en el fin que resultará en un gran movimiento de salvación entre los gentiles.¹ Sin embargo, es posible entender el anuncio del fin mismo como una parte de las buenas nuevas. En 10:7, el cumplimiento del misterio de Dios es una parte de las buenas nuevas, un evangelio anunciado a los profetas. Para los adoradores de la bestia y los que no se arrepienten, el anuncio del fin aún no es evangelio; es una palabra de condenación y de juicio. Sin embargo, el anuncio del fin es buena nueva, porque presentará la consumación del propósito de Dios. Quizá no deba sacarse demasiadas conclusiones de la omisión del artículo definido. Pablo habla del evangelio de Dios (Ro. 1:1) sin el artículo definido.

Versículo 7. **Diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.** A la luz de la proclamación del ángel de que el fin está a punto de ocurrir y el juicio de comenzar, los hombres de todas las naciones son llamados al arrepentimiento. Sin embargo, todavía no es demasiado tarde: el juicio final aún no ha caído; todavía hay tiempo para arrepentirse y encontrar la misericordia de Dios. En cuanto a la frase “dadle gloria”, véase las notas en 11:13; claramente implica el arrepentimiento.

Aquí Dios es descrito en términos de juez y creador. Los habitantes de la tierra han sido sorprendidos por los poderes desplegados por la bestia y su falso profeta (13:12-14); ahora se les recuerda lo que tienen que hacer con Aquel que es más poderoso que la bestia, con el que es la fuente de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

(iii) *La caída de Babilonia (14:8)*. Versículo 8. **Otro ángel le siguió**. El llamado al arrepentimiento en vista del juicio que se acercaba es seguido por un anuncio angelical de que Babilonia ya ha caído. Esto es análogo al anuncio de la venida del reino de Dios (11:15; 12:10). **Babilonia** era el gran enemigo de Israel en los tiempos del Antiguo Testamento (Is. 2:9; Jer. 50:2; 51:8) y aquí se presenta como ciudad capital de la civilización apóstata final, símbolo de la sociedad humana organizada política y religiosamente en posición y desafío a Dios. Babilonia era una expresión visible en la Roma del siglo I (1 P. 5:13) y en los apocalipsis judeocristianos, Babilonia llegó a ser un nombre simbólico de Roma (*Oráculos sibílicos* V. 143, 159, 434; *Apocalipsis de Baruc* 11:1; 67:7). **El vino del furor de su fornicación** (véase 18:3). Esto combina dos ideas; el vino usado para intoxicar y conducir a la fornicación y el “vino de la ira de Dios” (v. 10). Babilonia había engañado y seducido a **todas las naciones** por los encantos y atractivos de su riqueza y lujos, pero esta copa de deleite sensual se transformará en la copa de la ira de Dios. La caída de Babilonia, que se anuncia aquí, es descrita en 17:1-18:24.

(iv) *La condenación de los adoradores de la bestia (14:9-12)*. El llamado universal al arrepentimiento es seguido por una declaración de la condena de aquellos que se nieguen a ello. ¿Cuál será el destino de los que persistan en la adoración de la bestia? ¿Cuál será el destino definitivo de los hombres que no sean movidos por la lealtad de los mártires que sellan el testimonio de su fe en Jesús con su sangre? Esta visión responde estas preguntas. Versículo 9,10. **Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira**. Debemos recordar de nuevo que detrás del derramamiento de la ira de Dios contra una civilización rebelde en las plagas de las siete trompetas —y en el futuro inmediato de las siete plagas de las copas— había un propósito misericordioso: el de hacer volver a los hombres al arrepentimiento mientras que aún hay tiempo (véase las notas sobre 9:20; 16:8). Aquellos que se hayan colocado en una irreversible hostilidad ante Dios, deben llegar a ser los objetos de la ira divina, antes de que el reino de Dios sea establecido. Es inconcebible que hombres que odian al Mesías de Dios y se unen en la persecución del pueblo de Dios entren a su reino. El reino perfecto de Dios y el establecimiento de su gobierno en el mundo incluye la necesidad del juicio de aquellos que se niegan a abrazar su gobierno.

Se usan dos palabras para describir el juicio de Dios: furor (*thumos*) e ira (*orge*) (así en NC, no en RV). No hay distinción aguda entre las dos palabras, pero *orge* representa el tipo de enojo que surge de una disposición determinada, mientras que *thumos* representa la ira que surge de una

forma más apasionada. En la mayor parte del Nuevo Testamento, *orge* es la palabra común para designar la ira divina; fuera del Apocalipsis, *thumos* sólo se usa una vez (Ro. 2:8). Sin embargo, ambas palabras son usadas frecuentemente juntas en la Biblia griega y aquí lo son para intensificar la realidad de la ira de Dios.

De cualquier modo, la ira de Dios no es una emoción humana: es la reacción definida de su santidad ante la pecaminosidad y rebelión del hombre. A menos que Dios con su ira limpie finalmente al mundo de todo mal y rebelión, su reino no puede venir. Por lo tanto, en el sentido más amplio del propósito redentor de Dios para los hombres, su ira es necesariamente paralela a su amor y misericordia. Dos de los principales temas del Apocalipsis son la actitud recalcitrante de los hombres contra la salvación de Dios, manifestada en el sometimiento de la bestia, y el juicio de Dios que debe caer sobre ellos. En el Apocalipsis, Juan enfatiza la ira de Dios como no lo hace ningún otro libro del Nuevo Testamento (12:12; 14:8,10,19; 15:1,7; 16:1,19; 18:3; 19:15). Consecuente con este principio en su evangelio, que más que cualquier otro libro expresa el amor de Dios, también insiste en que: "El que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn. 3:36). Pablo introduce una elaborada declaración del evangelio de la gracia con las palabras: "La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres" (Ro. 1:18; 3:5; 12:19; Col. 3:6). Cualquier interpretación del evangelio neotestamentario que no incluya la ira de Dios es un mensaje debilitado e incompleto.

El vino de la ira de Dios es "vaciado puro en el cáliz de su ira". La traducción literal de "vaciado puro" es "mezclado sin mezcla". Era una costumbre antigua el mezclar vino con especias y hierbas para hacerlo más sabroso, de modo que la expresión "mezclar vino" llegó a ser la de "derramar vino" (véase Sal. 75:8). Sin embargo, el vino de la ira de Dios también es sin mezcla, o sea no diluido; debe ser bebido con toda su fuerza. Las dos palabras son usadas de una manera similar en los *Salmos de Salomón* donde Dios "mezcló para ellos un espíritu errante y les dio a beber una copa de vino *no rebajado*" (8:15).

Y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. He aquí el significado final de la copa de la ira de Dios. El lago de fuego y azufre es descrito como el lugar final de castigo de la bestia y el falso profeta así como de todos aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero (Ap. 20:10,15). Ese lenguaje, como la descripción juanina de la ciudad celestial, debe ser tomado como un símbolo de una realidad temible y final, que ningún hombre puede describir. La palabra usual para describir el destino de los perdidos en el Nuevo Testamento es *geenna* o Gehenna, mientras que el estado intermedio es mencionado con la palabra *hades* (Antiguo Testamento: *seol*).

Geenna no aparece en el Apocalipsis; *hades* aparece cuatro veces donde es prácticamente sinónimo con la tumba (1:18; 6:8; 20:13,14). Algunas versiones confunden la situación al traducir *hades* por “infierno” en estos pasajes. Generalmente traducen *geenna* y *hades* por “infierno” a pesar de que ellas tienen diferentes significados.

Geenna viene del hebreo *ge-hinnom* que significa “el valle de Hinom” y se refiere a una hondonada al sur de la ciudad de Jerusalén donde en los días de la monarquía, los judíos apóstatas adoptaron las prácticas culturales de Palestina y cremaron a los niños en honor de Baal y Moloc (2 R. 23:10; 2 Cr. 28:3; 33:6; Jer. 32:35). De modo que el valle de Hinom llegó a ser en la tradición judía, un lugar de sacrificio. Jeremías ve el valle transformado en un valle de matanza (Jer. 7:31,32; 19:5,6) en el día de la venganza. Nuestro Señor mismo hizo uso de esta metáfora para describir el destino de los malvados. Advirtió a sus oyentes que hicieran lo necesario para evitar este destino: “Mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno [*geenna*] al fuego que no puede ser apagado” (Mr. 9:43). En otra parte, Jesús describió el destino de los perdidos como la separación final de Dios y de su Cristo (Mt. 7:23; 25:12).

No podemos entender todo lo que está contenido en la declaración de que los malos serán castigados “delante de los santos ángeles y del Cordero”. Jesús mismo había dicho que aquellos que le negaren serían negados delante de la presencia de Dios y los ángeles (Mr. 8:38; Lc. 12:9). Los apocalipsis judíos contienen una nota que falta en el Apocalipsis; que los malos serán castigados en presencia de los santos (*Enoc* 48:9). El punto central aquí parece ser, como lo ha sugerido Beckwith, que la visión del Cordero, ahora triunfante y victorioso, será el factor más punzante en el dolor de los malos, porque, como adoradores de la bestia, ellos se habían unido a ella en la guerra contra el Cordero.²

Versículo 11. **Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre.** El lenguaje de este versículo nos recuerda a otro grupo, los veinticuatro ancianos que “no cesaban día y noche de decir” sus alabanzas y adoración a Dios (4:8). La eterna duración del castigo de los malos no es una nota nueva en el Nuevo Testamento. Jesús ha hablado del castigo eterno de los malos (Mt. 25:46) y ha advertido del infierno de fuego donde “el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga” (Mr. 9:48).

Versículo 12. **Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.** En vista de la segura condenación de la bestia y de todos los que la adoren, Juan inserta un llamado a la paciencia de parte de aquellos que están a punto de sufrir a manos de la bestia (“Aquí se requiere la paciencia de los santos”, BJ). La “fe de Jesús” no es la fe que El da sino un genitivo objetivo: fe *en* Jesús.

(v) *Una bienaventuranza sobre los mártires (14:13)*. Versículo 13. Oí una voz que desde el cielo me decía: **Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.** Los santos que permanecen fieles a Jesús no sólo son llamados a la perseverancia; se les asegura la bendición después de su muerte. Esta bienaventuranza —favorita entre los cristianos en tiempo de muerte— es dirigida primordialmente a aquellos que han de sufrir el martirio y no sobre los santos en general. Sin embargo, no tenemos que interpretar esta promesa como una bendición que no será disfrutada por todos los cristianos. Este es el mismo descanso prometido a los mártires en 6:11. La frase “de aquí en adelante” no significa que otros santos no serán bendecidos, sino que aquellos que pronto caerán delante de la bestia, contrariamente a todas las apariencias externas, son los benditos de Dios. Morir *en el Señor* es el estado de todos los creyentes, tanto para los que mueren como para los que viven en Cristo (1 Co. 15:18; 1 Ts. 4:16). No designa a un grupo especial de cristianos. La bienaventuranza es confirmada y explicada por el Espíritu Santo; los bendecidos entran al descanso. La palabra griega traducida “trabajos” significa trabajo hasta el extremo del agotamiento. Sus aflicciones por causa de la bestia han desgastado a los santos hasta el punto de quedar exhaustos. Sin embargo, han muerto *en el Señor* y sus obras los siguen más allá de la tumba. Las obras incluyen su *perseverancia*, su *obediencia* a los mandamientos de Dios y la *fe* en Jesús mencionada en la bienaventuranza que estamos considerando.

(vi) *La cosecha del grano (14:14-16)*. Juan concluye este intervalo con dos visiones: la cosecha del grano y la vendimia de la ira de Dios. La primera describe el juicio escatológico con especial referencia a la reunión de los justos para la salvación; la segunda relata el juicio de los malos para condenación. La presuposición de estas dos visiones es que la lucha espiritual final ha ocurrido entre Cristo y el Anticristo y los hombres han hecho su decisión: lealtad a Cristo aun hasta el martirio o adoración de la bestia. Estas dos visiones describen anticipada y dramáticamente el destino de estos dos grupos. El actual cumplimiento de estas visiones no ocurre hasta los capítulos 19 y 20.

Versículo 14. Se entiende normalmente que a quien Juan ve como a **uno sentado semejante al Hijo del Hombre**, es el Mesías que vuelve, Cristo mismo, y es difícil eludir esa conclusión. La idea de “uno semejante al Hijo del Hombre” nos traslada a la visión de la venida del reino de Dios en Daniel 7:13 donde uno como hijo de hombre que fue presentado al Anciano de días y recibió un reino perdurable que todos los pueblos y naciones deben servir. Jesús mismo habló del papel del Hijo del Hombre en el juicio escatológico, que él comparó a una cosecha (Mt. 13:37ss) y otra vez descri-

bió la misión escatológica del Hijo del Hombre en la separación de los justos de los malos (Mt. 25:31ss). Juan había asemejado antes al Jesús exaltado a uno como un Hijo de Hombre (1:13). En vista del hecho de que “Hijo del Hombre” es un término frecuente para designar el papel escatológico de Cristo y además el hecho de que “Hijo del Hombre” en el Nuevo Testamento nunca es aplicado a los ángeles, debemos llegar a la conclusión de que ésta es una visión del Cristo que retorna.

La objeción es que esta figura celestial inicia la cosecha ante la orden de “otro ángel” (v. 15) y se sostiene que es incongruente que el Cristo emprendiera la cosecha escatológica sólo por mandato de un ángel. Sin embargo, esta no es una objeción fatal, porque en el pensamiento apocalíptico los ángeles a menudo juegan un papel que podemos atribuir al Mesías. En la parábola del trigo y la cizaña, el Hijo del Hombre siembra la buena semilla, pero los ángeles son los que recogen la cosecha (Mt. 13:37, 41); sin embargo, los ángeles son los agentes del Hijo del Hombre. En la parábola de la red, los ángeles son los pescadores, que separan los malos de los justos (Mt. 13:49). En lo que bien puede ser el capítulo clave del libro de Apocalipsis, que describe la lucha espiritual que sucede detrás del telón de la historia, es Miguel con sus ángeles el que gana la victoria sobre el dragón (12:7ss), aunque en el resto del Nuevo Testamento, la victoria es ganada por Cristo. La relación entre Cristo y sus ángeles es un misterio que no podemos resolver, pero es claro que la relación es estrecha. De modo que no puede haber una objeción definitiva de que un ángel sea el agente que llame para la hora de la cosecha.

El Hijo del Hombre es visto **sobre la nube... sentado**. En el Apocalipsis el blanco que se menciona antes de la nube tiene un significado simbólico y siempre es asociado con las cosas de Dios (véase nota sobre 6:2). La nube blanca es una reminiscencia de la nube brillante que fue vista en el monte de la transfiguración (Mt. 17:5). El retorno de Cristo a menudo es descrito como rodeado de nubes (Mt. 24:30; Ap. 1:7). La **corona de oro** es un símbolo de triunfo y la **hoz aguda** es el instrumento para cosechar el grano.

Versículo 15. Del templo **salió otro ángel**. El hecho de que el ángel sale del templo indica que viene de la presencia de Dios y trae un mensaje de Dios mismo. El ángel es sólo un emisario. La expresión “otro ángel” es una forma común en el Apocalipsis y no puede ser definida siempre con claridad (véase 7:2; 8:3; 14:6). La **mies de la tierra** es un símbolo bíblico frecuente para el juicio final de los hombres (Jer. 51:33; Os. 6:11; Mr. 4:29; Mt. 13:39). Generalmente la idea de cosechar incluye tanto a los justos como a los malos. En este contexto, dado que la visión siguiente se refiere a la cosecha (vendimia) de los malos, es difícil evitar la conclusión de que la cosecha del grano no tenga especial referencia a los justos, aun cuando este hecho no sea subrayado. Es reforzado por el hecho de que la metáfora de la cosecha es usada para la recolección de hombres en el reino

de Dios (Mt. 9:37,38; Lc. 10:2; Jn. 4:35-38).

La cosecha de la tierra está **madura**. Esta palabra da la idea de que al contrario de las apariencias humanas, la historia se está moviendo bajo la soberanía de Dios. La historia y los asuntos humanos no son gobernados por un ciego destino sin significado que no va a ninguna parte. Dios está vigilando sobre la historia y llegará la hora cuando la humanidad esté madura para el juicio. La historia no escapará del control; en la hora de Dios, los asuntos serán ordenados.

La palabra griega para "maduro" es traducida por algunos "resecada" (VM, NC) pero esto es totalmente innecesario. La idea es simplemente que el tiempo de la siega ha llegado y no puede ser retardado.

Versículo 16. **Y el que estaba sentado sobre la nube metió su hoz en la tierra, y la tierra fue segada.** Cristo puede usar la instrumentalidad de ángeles (véase arriba), pero El es en sí mismo el segador. La cosecha concreta es descrita luego en los capítulos 19,20.

(vii) *La vendimia de la ira de Dios (14:17-20).* El significado de la segunda visión de la consumación no presenta dudas; clara y vívidamente describe el juicio de los malos en términos de una cosecha de uvas.

Versículo 17. **Salió otro ángel del templo que está en el cielo, teniendo también una hoz aguda.** La cosecha de la viña es llevada a cabo por un ángel, que *sale del templo*, es decir de la misma presencia de Dios y sirve como ángel de Dios. En Mateo 25:41, es el Hijo del Hombre, acompañado por ángeles, el que manda a los malos a su condenación y en el Apocalipsis, el juicio escatológico es una expresión de la obra del Cordero (6:16), aun cuando es descrito más a menudo en términos de la ira de Dios (14:10; 16:19; 19:15).

Versículo 18. **Y salió del altar otro ángel,** posiblemente el altar del incienso, que ha sido mencionado previamente en relación con las oraciones de los santos (8:3,4). Se nos recuerda nuevamente la eficacia de las oraciones del pueblo de Dios sobre la tierra, para traer el fin aun siendo perseguidos. Las oraciones de los santos están ahora por ser contestadas. Sin embargo, si el altar es el altar de la ofrenda quemada, la alusión es al clamor de las almas bajo el altar, que piden vindicación (6:9ss), oración que está a punto de ser contestada. En cualquier caso, el pensamiento básico es el mismo. No se da explicación del hecho de que este ángel **tenía poder sobre el fuego**; posiblemente por causa del fuego del altar, posiblemente porque el fuego es asociado a menudo con el juicio.

La idea de una cosecha de uvas aparece en todas partes de la Escritura como un símbolo de juicio. "He pisado yo solo el lagar... Los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché mis ropas" (Is. 63:3). "Echad la hoz porque la mies está ya madura. Venid, descendad, porque el

lagar está lleno, rebosan las cubas; porque mucha es la maldad de ellos” (Jl. 3:13).

Versículo 19. **Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios.** Este versículo establece claramente que la cosecha de uvas representa juicio y no salvación. La misma cosecha es descrita en 19:15 como la misión del Mesías conquistador, que “pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso”. No hay problema en el hecho de que la obra judicial del Mesías sea presentada aquí como obra de un ángel.

Versículo 20. **Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad,** que no es identificada y que posiblemente no haya la intención de que lo sea específicamente. La ciudad es aquí el símbolo de la morada de Dios en medio de su pueblo —posiblemente la nueva Jerusalén— y el pensamiento es que el juicio caerá sobre los malos al ser separados de la presencia de Dios. Posiblemente hay una vaga alusión a la batalla escatológica de Joel 3:2,12. La metáfora cambia repentinamente de las uvas pisadas a una matanza militar. El fluir de **sangre** es increíble, tal como es concebido literalmente; **mis seiscientos estadios** es una distancia de unos doscientos noventa kilómetros, el largo total de Palestina. Se habla de toda la tierra como inundada en sangre hasta una profundidad de un metro veinte aproximadamente. El pensamiento es claro; un juicio radical que aplasta todo vestigio de mal y hostilidad al reino de Dios.

CAPITULO QUINCE

Preparación para las copas

LOS TRES CAPITULOS precedentes han constituido un paréntesis entre el sonido de las siete trompetas y el derramamiento de las siete copas. El tiempo del sonido de la séptima trompeta anunció el período del fin (10:7), pero cuando sonó la trompeta que era el tercer ay (11:14), no surgió ningún ay o plaga; por el contrario, tenemos un anuncio anticipado de la venida del reino de Dios. Como la séptima trompeta no tiene una plaga que le corresponda, aun cuando es el tercer ay, debemos llegar a la conclusión de que las siete copas constituyen el tercer ay, con lo cual “en ellas se consumaba la ira de Dios” (15:1). Estas plagas son derramadas sólo sobre aquellos “que tenían la marca de la bestia y adoraban su imagen” (16:2) y como las siete trompetas (9:20), tenían el propósito indirecto de llevar a los hombres a ponerse de rodillas delante de Dios en la última oportunidad para el arrepentimiento (16:8).

4. LAS SIETE COPAS (15:1-16:21)

(1) La preparación (15:1-8)

Versículo 1. **Vi en el cielo otra señal, grande y admirable; siete ángeles que tenían las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios.** La palabra traducida “señal” (VM, “portento”) significa maravilla o apariencia maravillosa como en 12:1,3. Por medio del simbolismo del sonido de las siete trompetas, Juan ha presentado una serie de visitaciones divinas en forma de siete plagas y aflicciones para despertar a los hombres

a la realidad final de Dios. Ahora esta serie llega a su clímax: con las plagas de las copas, Dios habrá derramado totalmente su ira en el contexto particular de las plagas que anticiparon el juicio final. Estas palabras no pueden ser interpretadas con el sentido de que estas plagas agotan la totalidad de la ira de Dios. La bestia, el falso profeta y todos los que persisten en la maldad han de ser lanzados en el lago de fuego en la manifestación final de la ira de Dios contra el pecado. Estas palabras deben ser tomadas en su particular contexto escatológico: el derramamiento de la ira de Dios en el tiempo de la gran tribulación es el intento de hacer que los adoradores de la bestia se inclinen ante la soberanía de Dios.

Versículo 2. Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre. (BJ, NC, VM, etc. no tienen la frase “y su marca”.) En el umbral de las últimas plagas, Juan tiene una visión anticipada de los vencedores de la bestia. De hecho son los santos mártires muertos por la bestia a causa de su perseverancia delante de la persecución, su persistente obediencia a los mandamientos de Dios y su fe en Jesús (14:12). Han vencido a la bestia por su martirio, porque en la muerte no han negado el nombre de Jesús. Se han negado a adorar la bestia, a inclinarse delante de su imagen (13:15) y a recibir el número de su nombre. Aunque la bestia tiene poder para matarlos, en realidad ellos la han vencido al permanecer fieles a Jesús; su verdadero propósito había sido frustrado. Debemos presumir que la persecución llevada a cabo contra los santos por parte de la bestia continúa a lo largo del período de las siete copas.

No hay una razón poderosa para interpretar el mar de vidrio como algo distinto que está ante el trono de Dios (4:6). El pensamiento central en este simbolismo es que estos vencedores de la bestia están de pie delante del trono de Dios, en su misma presencia. La bestia había supuesto que, al matarlos, los había vencido, pero su muerte significaba sólo que habían sido llevados de la tierra a la presencia de Dios. La victoria final era de ellos. Que el mar de vidrio estuviera mezclado con fuego probablemente es una alusión simbólica al hecho de que éste es un tiempo de juicio para aquellos que moran en la tierra o puede referirse a la persecución sangrienta a través de la cual han pasado los vencedores. **Las arpas de Dios**, que sostienen en sus manos forman un nuevo símbolo de victoria. Las arpas son expresiones de alabanza y adoración a Dios (5:8; 14:2); los vencedores expresan su alegría por la victoria mediante canciones de alabanza.

Versículo 3. Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero. Los exegetas debaten si esto significa que los vencedores cantan una canción o dos. Gramaticalmente, el lenguaje parece sugerir dos canciones: una de Moisés y otra del Cordero. De acuerdo al contexto, la idea es que los vencedores cantan una canción de triunfo que es conocida tanto por los santos del Antiguo Testamento como del Nuevo, porque

ambos cantan sobre la liberación obrada por el mismo Dios. El cántico de Moisés quizás es la canción de liberación del Exodo, cuando los israelitas alabaron a Dios por su liberación de Egipto. El cántico del Cordero en este contexto no es un cántico de salvación personal; es un cántico de liberación del odio y la hostilidad de la bestia. Así como Dios liberó a Israel de Egipto, así El ha liberado a los santos de adorar la bestia, mientras derramaba sus juicios sobre los adoradores de la misma.

El cántico no es de redención espiritual, sino de aclamación de las poderosas obras de Dios. Esto debe incluir las obras de juicio por las cuales Dios expresa su ira contra aquellos que han perseguido a los santos. El cántico es presentado casi totalmente en lenguaje veterotestamentario, porque Dios es el Dios que libera a su pueblo. Sus obras de juicio son **grandes y maravillosas** (véase Sal. 92:5; 111:2; 139:14). El es el **Señor Dios Todopoderoso**, a cuya luz los poderes de la bestia son limitados. Sus caminos, aun al permitir el sufrimiento de los santos, son **justos y verdaderos**. De hecho es el **Rey de los siglos** (VM). La traducción que aparece en RV, NC, BJ (santos o naciones) pertenece a un manuscrito posterior del texto griego sin apoyo sustancial. En este tiempo de gran tribulación, cuando la bestia parece tener poder ilimitado para afirmar su propósito demoníaco sobre los hombres y perseguir a los santos, en la hora más oscura de la historia humana, cuando ciertamente parecía que Satanás era el dios de este siglo (2 Co. 4:4), los mártires cantan un himno de alabanza a Dios, reconociendo que El es el Dios verdadero y viviente. Exaltan el nombre de Dios porque, al contrario de las apariencias exteriores, es realmente el Rey de los siglos, incluyendo el tiempo del martirio. Este cántico es una de las más tocantes expresiones de fe en toda la literatura bíblica.

Versículo 4. **¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.** Fuera del contexto, estas palabras podrían ser interpretadas como si quisieran decir una salvación universal de todas las naciones. También hay declaraciones en las cartas de Pablo que, sacadas de contexto, suenan como una salvación universal. Es el propósito de Dios el “reunir todas las cosas en Cristo” (Ef. 1:10). “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:11). “Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos” (Col. 1:20). Sin embargo, tales declaraciones deben ser entendidas en la intención bíblica total. La Biblia mira continuamente hacia el día cuando Dios reinará sobre la tierra, rodeado sólo por aquellos que encuentran alegría en adorarlo. “Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre” (Sal. 86:9). “Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, y subamos al monte de Jeho-

vá, a la casa del Dios de Jacob. Y juzgará entre las naciones” (Is. 2:3,4; cf. 66:23). “Desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las naciones” (Mal. 1:11). Esta es la meta del libro del Apocalipsis: el establecimiento de una ciudad donde todas las naciones encontrarán sanidad (Ap. 22:2). Esto no significa salvación universal; significa sí que el reino de Dios testificará de una fraternidad de hombres extraídos de todas las naciones que se darán alegremente a la adoración y devoción a Dios.

Es digno de notarse que aun cuando el cántico es entonado por los mártires no cantan sobre sí mismos o la forma en que han vencido a la bestia; están totalmente dedicados a la soberanía, justicia y gloria de Dios. Además, no hay rastro de venganza personal sobre sus enemigos, sobre los cuales han caído los juicios de Dios.

Los juicios de Dios que han sido revelados son las sentencias judiciales de Dios en relación con las naciones, sea en la forma de misericordia o de condenación. Sobre Babilonia y sus ciudadanos que adoran la bestia, Dios ha revelado sus juicios por medio de la ira, pero los hombres reconocerán que “tus juicios son verdaderos y justos” (16:7).

Versículo 5. Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio. Las siete últimas plagas están a punto de comenzar y se las describe como resultado del vaciamiento de las siete copas llevadas por ángeles que vienen de la misma presencia de Dios. El templo de Dios ya ha aparecido en el Apocalipsis. En una visión anticipada, el templo de Dios en el cielo fue abierto y el arca de su pacto se hizo visible (11:19). Esto es un recordatorio de la fidelidad de Dios a sus promesas del pacto. En esto, la fidelidad de Dios requiere también el juicio del mal.

Este versículo une dos referencias históricas: la tienda del testimonio en el desierto y el templo que fue construido más tarde en Jerusalén. El tabernáculo en el desierto fue llamado “el tabernáculo del testimonio” (Ex. 38:21; Nm. 10:11; 17:7; Hch. 7:44). Este llegó a ser el modelo para el templo cuando fue construido en Jerusalén y a su vez este templo fue usado como modelo para la morada de Dios en el cielo.

Versículo 6. Y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. Generalmente, Juan no describe la apariencia de los numerosos ángeles que juegan un papel en el drama escatológico. La vestidura de estos tiene por fin exaltar la magnificencia de los seres celestiales. No hay razón, para pensar que los cintos de oro sugieren funciones sacerdotales.

Versículo 7. Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios. Los cuatro seres vivientes están cerca del trono de Dios (4:6); esto es una forma simbólica de decir que las

copas tenían pleno respaldo divino. Una copa era un vaso bajo y ancho usado para beber y para las libaciones. La misma palabra se usa para las copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos y que estaban en manos de los veinticuatro ancianos (5:8). Esto puede ser una alusión deliberada a las copas que contienen el incienso de la oración. Las oraciones de los santos tienen su papel en hacer llegar sobre el mundo la expresión final de la justicia y la ira de Dios. El énfasis sobre la eternidad de Dios —**que vive por los siglos de los siglos**— sirve para recordar que, aunque el mal pueda parecer dominante en los asuntos de la historia humana, Dios es el eterno cuyos propósitos no pueden ser frustrados, aun por el mal satánico y demoníaco.

Versículo 8. Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles. En el Antiguo Testamento, cuando Dios se manifestó a los hombres, a menudo apareció con tal gloria que los hombres no podían permanecer delante de Él. “Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llevaba” (Ex. 40:35). Los sacerdotes no pudieron entrar al templo de Salomón en su dedicación, porque la gloria de la presencia divina llenó la casa (1 R. 8:10). Cuando se concedió a Isaías una visión de Dios sentado en su templo y rodeado de los serafines, los umbrales de las puertas se sacudieron ante la voz divina y la casa se llenó de humo (Is. 6:4). Ezequiel cayó sobre su rostro delante de su visión en el templo lleno con la gloria del Señor (Ez. 44:4). El énfasis no está tanto en lo imposible de aproximarse a Dios como en su majestad y gloria en comparación con todo lo que es humano y mundanal.

CAPITULO DIECISEIS

Las siete copas

HAY CIERTAS SIMILITUDES entre las plagas de las siete copas y las de las siete trompetas, y ambas series contienen ciertas similitudes con las plagas de Egipto. Pero las plagas de las siete copas son mucho más severas e intensas. Si las primeras cuatro trompetas cayeron sobre el ambiente del hombre más bien que sobre el hombre mismo, la plaga de la primera copa cae directamente sobre el hombre. Estas plagas deben situarse en el contexto de la titánica lucha entre el reino de Dios y el reino de Satanás descrito tan vívidamente en el capítulo 12. Estas plagas no son la expresión de la ira de Dios con el pecado en general, ni son sus castigos ante el mal proceder de los individuos. Son el derramamiento de su ira sobre quien ha frustrado el propósito divino en el mundo —la bestia— y sobre aquellos que le han dado su lealtad.

Hubo un intervalo entre los seis primeros sellos y el séptimo y entre las seis primeras trompetas y la séptima. Pero aquí no hay interrupción; la plaga de la séptima copa es el derrumbamiento de la misma Babilonia, la capital del imperio de la bestia. Lo que fue anunciado en la plaga de la séptima copa es descrito en detalle en los dos capítulos siguientes. Estas plagas son la respuesta de Dios al último y mayor esfuerzo de Satanás para frustrar el gobierno divino.

(2) La primera copa (16:1,2)

Versículo 1. Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios. La

gran voz debe ser la de Dios mismo, porque todas las demás han sido excluidas del templo hasta que las siete plagas hayan terminado. Sobre la ira de Dios, véase nota en 14:10.

Versículo 2. Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen. La primera plaga cayó directamente sobre los hombres y es como la plaga de las úlceras en Egipto (Ex. 9:10,11). Estas plagas no son derramadas sobre los hombres en general, sino sobre aquellos que se han rendido a los halagos de la bestia. Sin embargo, Juan ve al imperio como algo mundial en su alcance; sólo aquellos que son leales al Cordero resisten sus pretensiones satánicas (13:7,8). En el tiempo del fin, la religión ya no será algo nominal; todos los hombres tendrán que declarar su lealtad a Cristo o al Anticristo.

(3) La segunda copa (16:3)

Versículo 3. El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar. En la primera plaga de Egipto, las aguas del Nilo fueron golpeadas y se transformaron en sangre (Ex. 7:17-21). Al sonido de la segunda trompeta, algo como una montaña fue lanzado al mar y un tercio de sus aguas se transformó en sangre y murió un tercio de sus criaturas (8:8-10). No hay tal limitación en esta plaga; murieron todos los seres del mar.

(4) La tercera copa (16:4-7)

Versículo 4. El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. La plaga de la tercera trompeta afectó a los ríos y las fuentes de agua, de modo que un tercio de ellas se hizo amarga. Ahora no hay tal limitación. La plaga de la trompeta trajo muerte a muchos debido al agua amarga y si bien el efecto de esta copa no es declarado, podemos presumir que trajo mayor sufrimiento y muerte.

Versículos 5,6. Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh Señor, el que eres, y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre, pues lo merecen. El ángel de las aguas es una expresión que no se encuentra en otra parte. En 7:1, tenemos cuatro ángeles que controlan los cuatro vientos y en 14:18, el ángel que tiene poder sobre el fuego. En *Enoc* 66:2, leemos de ángeles que estaban sobre los poderes de las aguas y que tenían el poder de retener las aguas. La voz de este ángel proclama la justicia de los juicios de Dios sobre aquellos que han derramado la sangre de los que fueron leales a Dios. El juicio de aquellos que han martirizado a los santos es adecuado al mal que han hecho. Esto es únicamente lo que los hombres merecen.

Versículo 7. **También oí a otro, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos.** Este es el único lugar en el Apocalipsis donde se dice que habla el altar (BJ, “Y oí al altar que decía”). Antes había salido una voz de los cuernos del altar del incienso (9:13). El contexto no determina si este altar era el del incienso o el de la ofrenda quemada, pero en cualquier caso, el significado es el mismo. Los juicios de Dios han caído sobre un mundo rebelde como vindicación de aquellos que han sido martirizados (6:9) en respuesta a las oraciones de los santos perseguidos (9:13). Además, el ángel que ha ordenado que la viña de la tierra sea cosechada salió del altar (14:18). El altar afirma que los juicios de Dios no son arbitrarios y caprichosos, sino verdaderos y justos. Al final, los hechos del juicio de Dios serán completamente vindicados.

(5) *La cuarta copa (16:8,9)*

Versículos 8,9. **El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor.** Esta copa provocó una plaga de excesivo calor que afectó a los hombres con una grave insolación. La frase “fue dado quemar a los hombres con fuego” indica que esta plaga no se debe a algo inherente en el calor solar, sino a los juicios soberanos de Dios que gobiernan los procesos de la naturaleza. Es importante notar que el texto declara que los hombres afligidos reconocieron que ésta era una obra de Dios, pero sus corazones son tan duros y recalcitrantes a causa de la elección que han hecho de seguir a la bestia que, en lugar de echarse sobre sus rodillas en humilde confesión de su dependencia de Dios, **blasfemaron su nombre** y se negaron obstinadamente a arrepentirse y **darle gloria.**

(6) *La quinta copa (16:10,11)*

Versículos 10,11. **El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas.** Esta plaga cae en el centro del poder de la bestia. Estas plagas que encarnan la ira de Dios no representan su ira contra los pecados de los hombres en un sentido general, aunque éste sea un tema bíblico (Ro. 1:18), sino que su ira se derrama sobre la civilización demoníaca de los últimos tiempos. La plaga es de una oscuridad sobrenatural, similar a la de las tinieblas en Egipto (Ex. 10:21-23). La oscuridad fue acompañada de *dolor*. El texto no aclara la causa de la perturbación y angustia que lleva a los hombres a morder **sus lenguas**. Podemos suponer que la intensa oscuridad sirvió para aumentar el dolor producido por la plaga anterior, que había producido en ellos **dolores y úlceras**. Una vez más, los hombres reconocen la mano de Dios en el juicio, pero sus corazones están endurecidos; se niegan a mostrar cualquier indicio de arrepentimiento y por el contrario **blasfemaron contra el Dios del cielo.**

(7) La sexta copa (16:12-16)

Versículo 12. **El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; y el agua de éste se secó, para que estuviese preparado el camino a los reyes del oriente.** Esta copa es diferente de las demás en que no produce una plaga sobre los hombres, sino que sirve como una preparación para la batalla escatológica final. Esta plaga es similar a la sexta trompeta, cuando cuatro ángeles fueron liberados de más allá del Eufrates para guiar una invasión de huestes prácticamente innumerables de caballería demoniaca que mataron a un tercio de la humanidad (9:13-19). Hemos visto que el río Eufrates en el Antiguo Testamento era el límite de la tierra prometida, más allá del cual las hordas paganas esperaban la oportunidad de invadir al pueblo de Dios (véase la nota sobre 9:14). Los profetas a veces consideraban que la sequía del río Eufrates era un preludio de la unión del pueblo disperso de Dios en su propia tierra (Is. 11:15,16; *IV Esdras* 13:47). En este caso, la sequía del río es representada simbólicamente como la eliminación de la barrera que retiene a las hordas paganas.

De “los reyes del oriente” no se da una descripción, ni se define su papel. Algunos comentaristas ven un conflicto civil entre los reyes del oriente y los demás del mundo entero (v. 14), pero el texto no sugiere nada de ese tipo. La deducción más natural es que los reyes del oriente —las hordas paganas— unen sus fuerzas con los reyes de todo el mundo (civilizado) para batallar contra el Mesías porque ésta es la escatológica “batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (v. 14). Más tarde, leemos que la bestia es apoyada por “diez reyes que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia” (17:12). Se unen a la bestia para hacer guerra al Cordero (17:14). Estos diez reyes pueden ser los reyes del oriente o los reyes de todo el mundo. En cualquier caso, Juan esperaba que surgiera una confederación de dos grupos de reyes en apoyo de la bestia para batallar con el Cordero.

Muchos comentaristas declaran —como si fuera un hecho evidente por sí en el texto— que los “reyes del oriente” representan a los partos que invaden al mundo civilizado bajo la dirección de *Nero redivivus*. Sin embargo, esto es pura especulación. El mito de Nerón consistía en la esperanza de atacar y conquistar Roma; en este pasaje, esos reyes se aliaron con la bestia para oponerse al Todopoderoso. Si esto envolvió al *Nero redivivus* y su mito, la bestia debió ser su líder viniendo del oriente, mientras que la bestia ya tenía su trono en Babilonia y aceptó el apoyo de estos reyes extranjeros.

Versículo 13. Ahora los “reyes del oriente” desaparecen de repente de la narración y reaparecen el **dragón** y la **bestia**. Por primera vez, aparece el término **el falso profeta**; es la segunda bestia que surge de la tierra para apoyar a la primera en sus aspiraciones blasfemas. Los **tres espíritus inmunes**

dos a manera de ranas que salen de sus bocas son el modo en que Juan describe la inspiración demoníaca de los enemigos de Dios en la última gran batalla. En la sexta trompeta, apareció una terrible plaga demoníaca del oriente para afligir a los hombres, trayendo muerte a un tercio de la humanidad. Aquí el motivo es diferente; los malos espíritus no afligen a los hombres, sino que inspiran a dar su apoyo al dragón y la bestia y el falso profeta. Juan quiere decir que esto no es un movimiento meramente militar o político, sino la manifestación, en la historia escatológica, de la prolongada batalla entre Dios y Satanás. La palabra traducida “inmundos” es la que se usa en los evangelios para los espíritus (Mr. 1:23; 3:11; 5:2). Se dice que son como ranas, probablemente para preservar la analogía con la plaga de las ranas en Egipto (Ex. 8:6).

Versículo 14. **Pues son espíritus de demonios** podría traducirse mucho mejor “espíritus demoníacos”. Como los demonios son seres espirituales, no podemos pensar en los demonios como seres que tienen espíritus: **son espíritus**. Sobre **los reyes de la tierra en todo el mundo** véase el estudio en el versículo 12. Juan espera una coalición de gobernantes humanos, demoníacamente inspirados, que librarán batalla con el Mesías.

La batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso no es una frase bíblica común. Las expresiones comunes son el día del Señor (1 Ts. 5:2), el día de Cristo (Fil. 1:10) o el día del Señor Jesucristo (1 Co. 1:8). Algunos intérpretes tratan de encontrar una diferencia en el significado entre estos términos como si representaran distintos días, pero es imposible. De hecho son tan intercambiables estas expresiones que puede usarse sólo la palabra “el día” o “aquel día” sin más modificaciones para designar el día escatológico final (1 Co. 3:13; 2 Ts. 1:10). El Evangelio de Juan habla a menudo de “el día postrero” (Jn. 6:39; 11:24; 12:48). Pedro habla de “el día de Dios” (2 P. 3:12). El día del Señor es el tiempo cuando el propósito redentor total de Dios será consumado, tanto para salvación como para juicio, tanto para los individuos como para la iglesia y toda la creación. Aquí Juan ve el odio que se ha expresado a través de las edades de la historia humana en términos de hostilidad y persecución del pueblo de Dios, como si llegara a una última gran lucha final cuando todos los gobernantes de la tierra se unirán para la batalla definitiva. Tal batalla entre el pueblo de Dios y sus vecinos paganos es vista frecuentemente por los profetas del Antiguo Testamento (Sal. 2:2,3; Is. 5:26-30; Jer. 6:1-5; Ez. 38; Jl. 3:9-15).

Versículo 15. En vista de la crisis inmediata que se aproxima con motivo de la batalla entre Dios y las fuerzas del mal, Jesús mismo dirige unas palabras a la iglesia, tanto para advertir a su pueblo como para asegurarles de las realidades que hay tras los hechos históricos inmediatos. La guerra de los reyes unidos bajo la dirección de la bestia no es la realidad definitiva; más bien, la realidad definitiva es el hecho del retorno del Señor. Este

hecho es central en la expectativa de los santos. Este versículo es una interrupción en el contexto del pasaje para dar a la iglesia una perspectiva adecuada.

El vendrá como ladrón. La venida de Cristo es comparada en todas partes con la venida de un ladrón (véase las notas sobre 3:3). No se piensa en su carácter furtivo, ni aun en lo repentino del retorno del Señor, sino en que no es esperado. Pablo compara la venida de Cristo con la venida de un ladrón (1 Ts. 5:2), pero esto se aplica a aquellos que no están preparados: “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón” (1 Ts. 5:4). Para aquellos que estén alertas a su venida, el retorno del Señor no será una sorpresa, un hecho inesperado y sorpresivo, sino una grata liberación de una situación trágica en el mundo en que se encuentran. Juan presume que esa gente será el que vela. La traducción habitual “bienaventurado el que vela” (RV) o “está en vela” (BJ, NC) oscurece de alguna manera el significado del griego. En castellano, “velar” algo significa tener la atención fijada sobre ese objeto de modo que nada distraiga al vigilante. Quizá éste es el argumento más efectivo para una pretribulación en cualquier momento ante el retorno del Señor. Es imposible “estar en vela” por algo, a menos que ese hecho pueda ocurrir en cualquier momento, o sea antes de la gran tribulación. Sin embargo, la palabra griega significa simplemente “estar despierto”. Jesús exhortó a sus discípulos a estar despiertos porque no podían saber la hora de su retorno (Mt. 24:42). Lo ilustró diciendo: “Pero sabed esto, que si el padre de familia supiese a qué hora el ladrón habría de venir, velaría, y no dejaría minar su casa. Por tanto también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mt. 24:43,44). Todo el énfasis está sobre lo inesperado del retorno del Señor y a la luz de la incertidumbre de los tiempos, los creyentes nunca deben relajarse y dormirse, sino que deben estar siempre despiertos. Estar dormido quiere decir “Paz y seguridad” (1 Ts. 5:3), o sea perder de vista los aspectos importantes de la vida y presumir que la seguridad ha de encontrarse en el nivel humano y no en términos de la propia relación con Cristo. Para los tales, “vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores de mujer encinta y no escapan” (1 Ts. 5:3).¹ En este contexto, Juan presume que la iglesia no ha perdido su perspectiva ni ha dejado de tener en vista los valores espirituales finales a pesar del gobierno triunfante de la bestia entre las naciones.

La advertencia **guarda sus ropas, para que no ande desnudo y vean su vergüenza** no es una terminología escatológica habitual, pero su significado es claro. La iglesia de Laodicea había sido advertida contra la pobreza espiritual y la desnudez y se le había aconsejado comprar “vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez” (3:18). Se trata de una advertencia para ser diligentes en lo espiritual.

Versículo 16. **Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.** Después de la exhortación a la diligencia para la iglesia, Juan reanuda la narración de los tres espíritus impuros que reúnen a los reyes para la batalla, agregando que los reúnen en un lugar llamado Armagedón. Esto es una preparación para la batalla concreta que ocurrirá en 19:11 cuando Cristo venga como victorioso guerrero a derrotar a sus enemigos.

La palabra "Armagedón" es difícil; el equivalente hebreo sería *har meggidon*, la montaña de Meguido. El problema es que Meguido no es una montaña, sino una llanura ubicada entre el Mar de Galilea y el Mediterráneo, parte del valle de Jezreel (Esdraelón). En Meguido, Barac y Débora derrotaron a Jabín el cananeo (Jue. 5:19); Josías fue muerto por Neco el faraón (2 R. 23:29; 2 Cr. 35:22) y Ocozías por Jehú (2 R. 9:27). No es claro por qué Juan lo llama "montaña de Meguido"; R. H. Charles dice que aún no se ha dado una explicación convincente de la frase,² que es desconocida en la literatura hebrea. Charles sugiere que la referencia a la montaña como campo de la batalla final puede ser tomada de Ezequiel 38:8,21; 39:2,4,17; donde se habla de una batalla escatológica en las montañas de Israel. Cualquiera que sea la derivación del nombre, es claro que Juan quiere decir por Armagedón el lugar de la lucha final entre los poderes del mal y el reino de Dios.

(8) *La séptima copa (16:17-21)*

La plaga de la séptima copa es una declaración anticipada del juicio de Dios sobre Babilonia, el asiento del poder de la bestia. La detallada declaración del juicio y caída de Babilonia sigue en los próximos capítulos (17,18). Algunos comentaristas encuentran aquí dos hechos diferentes: una derrota preliminar de Roma, que permite al Anticristo asumir el dominio universal, seguida por el juicio de Dios sobre esa ciudad.³ Sin embargo, Juan frecuentemente ha hecho declaraciones anticipadas de la venida del fin, tanto en términos de salvación y juicio y entonces se ha extendido sobre los hechos que ocurrirán al fin (véase sobre 6:12ss; 11:15ss; 14:8; 14:14ss; 15:2ss). De hecho, Juan ya ha anunciado la caída de Babilonia (14:8) y ésta es una declaración por la vía de la anticipación. En el sexto sello presentó una proclamación del fin (11:15ss), de modo que la séptima copa trae el juicio de Babilonia, mientras que el detalle concreto de este juicio aún tiene que llegar.

Versículo 17. **El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está.** Aparentemente esta es la misma voz del versículo 1 —la voz de Dios— dado que vino del templo y del trono de Dios. La voz anunció anticipadamente la consumación del juicio de Dios sobre la capital de la bestia. La frase "Hecho está" representa una sola palabra griega, que indica una acción completada. Una vez más, Juan emplea la técnica literaria que hemos encontrado fre-

cuentemente de anunciar un hecho terminado y luego exponer el contenido de ese hecho.

Versículo 18. El pronunciamiento del juicio de la capital de la bestia es seguido por los fenómenos apocalípticos que son manifestaciones de la gloria y el poder de Dios: **relámpagos y voces y truenos y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra.** Ha habido fenómenos similares después del sonido de la séptima trompeta (11:19) los que fueron asociados con la visión de Dios en 4:5 y la preparación para el sonido de las siete trompetas (8:5). Estos fenómenos son manifestaciones habituales del poder y la gloria divina.

Versículo 19. El resultado de esta teofanía es el colapso completo de la impía civilización humana. **La gran ciudad**, Babilonia, la capital de la bestia, fue **dividida en tres partes**, es decir, fue destruida completamente. En 11:8, las mismas palabras, “la gran ciudad” han sido usadas para describir a Jerusalén, pero el contexto hace totalmente claro que en este pasaje, se refiere a Babilonia. Jerusalén ha sido ya destruida por un gran terremoto (11:13). Si bien la presente visión ve la total ruina de la ciudad por un terremoto, todo lo que significa esta destrucción es descrito con diferentes términos en los dos capítulos que siguen.

Las ciudades de las naciones cayeron. Nuevamente tenemos una declaración anticipada de la destrucción de las naciones que han dado su apoyo a la bestia. Este hecho es detallado en 17:12-14, donde se nos dice que el Cordero hará guerra contra diez reyes que han apoyado a la bestia y los vencerá. Véase también 18:9 donde los reyes de la tierra se lamentan por la caída de la gran ciudad.

La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Babilonia había dado a las naciones de la tierra “el vino del furor de su fornicación” y “los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites” (18:3). En pago, Dios ha hecho que Babilonia, junto con las naciones que la han seguido, beba otra copa, la copa de su ira. Este tema ya ha sido expuesto en 14:8,10.

“Dios se acordó de la gran Babilonia” (BJ) son palabras punzantes. Durante el corto período del reino del Anticristo, parecerá como si Dios se hubiese olvidado de su pueblo. El mal parecerá ser el vencedor y no habrá liberación a la vista. Pero Dios no olvida. Dios recuerda y El se acordará de dar al poderoso enemigo de su pueblo su justa paga.

Versículo 20. Una vez más Juan describe anticipadamente la consumación que envolverá una renovación de todo el orden creado y el despliegue de nuevos cielos y nueva tierra. Este hecho no ocurrirá hasta después del retorno de Cristo (19:11ss) y es descrito en términos de un orden totalmente transformado (21:1ss). Sin embargo, Juan puede indicar la cercanía

de ese hecho con el lenguaje apocalíptico de la quiebra del viejo orden: **y toda isla huyó y los montes no fueron hallados**. Previamente en este libro, Juan ya ha usado un lenguaje similar para describir la llegada del fin; la apertura del sexto sello garantizó la quiebra del actual orden creado (6:12ss).

Versículo 21. **Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo, como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo, porque su plaga fue sobremanera grande**. No podemos saber con exactitud la medida del peso indicado, pero parece haber sido de más de cincuenta kilos.

CAPITULO DIECISIETE

El misterio de Babilonia

LA NARRACION APOCALIPTICA de Juan se aproxima ahora hacia su fin. Nos ha llevado a través del tiempo de la gran tribulación con su terrible persecución de los santos por el Anticristo y nos ha mostrado una civilización rebelde, anticristiana que no se ha inclinado ni arrepentido bajo el derramamiento de la ira de Dios en las plagas de las siete trompetas y las siete copas. La séptima copa no trajo una plaga sobre la humanidad, pero anunció la venida del fin, particularmente por el derrumbamiento de Babilonia, un hecho que ya ha sido anunciado (14:8). Todo lo que queda ahora que decir es la llegada del fin. Juan nos da primero el lado negativo de la victoria divina, o sea el derrumbamiento de la civilización rebelde anunciado en su séptima copa (caps. 17,18) y entonces cuenta de la venida triunfante de Cristo, su reino victorioso y finalmente el establecimiento del nuevo orden en los nuevos cielos y la nueva tierra (caps. 19-22).

IV. LA TERCERA VISION (17:1-21:8)

Desde un punto de vista literario, como ya hemos visto, el Apocalipsis está dividido en cuatro visiones. La primera contiene la visión de Cristo y sus cartas a las siete iglesias; la segunda contiene la apertura de los sellos del rollo, las siete trompetas y las siete copas. La tercera visión contiene la revelación de la consumación del propósito redentor de Dios.

1. EL MISTERIO DE BABILONIA (17:1-18)

En dos oportunidades anteriores y sin que mediara advertencia alguna, Juan introduce a Babilonia en su profecía (14:8; 16:19); ahora retoma el motivo para desarrollarlo extensamente como uno de los hechos más importantes de la llegada del fin.

Versículo 1. **Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera.** No se explica por qué esta misión particular fue confiada a uno de los ángeles de las siete copas. Otro ángel similar cumplió una misión parecida al comienzo de la visión final cuando Juan ve a la nueva Jerusalén (21:9). Fue una voz no identificada la que había ordenado a Juan que observara su primera visión (4:2; véase 1:10); probablemente también era un llamado angélico. El llamado "Ven", que había levantado a Juan de su trance (4:1,2; véase también 21:9,10) señala una nueva revelación que está a punto de serle dada: el juicio de la gran ramera.

En el Antiguo Testamento, la metáfora del adulterio fue usada frecuentemente en cuanto a Israel como esposa infiel de Dios al volverse a los dioses falsos. Las naciones extranjeras nunca fueron acusadas de esa forma de pecado por los profetas. Algunas veces, el pecado de Israel también fue descrito en términos de fornicación: "¿Cómo te has convertido en ramera, oh ciudad fiel?" (Is. 1:21; véase Jer. 2:20; 3:1; Ez. 16:15; Os. 2:5; 3:3; 4:15). No sólo había sido infiel a su Dios, se había vendido alocadamente a cualquiera que lo pidiera. La metáfora de la prostitución también es usada por los profetas para las naciones paganas. Tiro es llamada una ciudad que "fornicará con todos los reinos del mundo sobre la faz de la tierra" (Is. 23:17). Aquí la idea no es la infidelidad espiritual, sino de fornicación general en pos de una ganancia. Nínive también es descrita como una ramera (Nah. 3:4) a causa de la forma en que ha seducido a las naciones más débiles con el despliegue de su poder y esplendor, sólo para burlarse de ellas y esclavizarlas. Aquí la ramera es Babilonia, el símbolo de la civilización humana con toda su pompa y circunstancia organizada en oposición a Dios, como "ciudad que reina sobre los reyes de la tierra" (v. 18).

La gran ramera está **sentada sobre muchas aguas**. Esta es una afirmación muy importante y nos aporta una de las claves para la identificación de la ramera. La descripción no se adecúa a la Roma histórica, porque si bien el Tíber fluye a través de la ciudad, Roma no estaba construida sobre muchas aguas. La frase no describe a la Babilonia histórica, porque la ciudad estaba construida sobre una red de canales, Jeremías habló de Babilonia como la ciudad que "mora entre muchas aguas" (Jer. 51:13). Juan mismo interpreta el significado de la frase: "Las aguas que has visto, donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas" (v. 15). Babilonia

llegó a ser la personificación de la maldad y Juan ha tomado el simbolismo del Antiguo Testamento y usado a Babilonia para representar la manifestación final de la historia total de las naciones impías. La ciudad tuvo una manifestación histórica en la Roma del siglo I, pero el pleno significado de la ciudad malvada es escatológico. Se podía decir que Roma estaba sentada sobre muchas aguas en el sentido de que obtenía su fuerza y soberanía de la conquista de muchas naciones, pero será aún más cierto de la Babilonia escatológica, que seducirá a todo el mundo para adorar a lo que no es Dios.

Versículo 2. Con la cual han fornicado los reyes de la tierra, o sea que han entrado en íntimo comercio con la gran ramera para compartir su riqueza y prosperidad. Al hacerlo así, han compartido sus vicios e idolatrías. En esto aparece de nuevo el simbolismo de Jeremías 51:7: “Copa de oro fue Babilonia en la mano de Jehová, que embriagó a toda la tierra; de su vino bebieron los pueblos; se aturdieron, por lo tanto, las naciones”. La forma particular de fornicación en este caso es la seducción de los pueblos para que adoren a la bestia. **El vino de su fornicación** es el medio que ella usa como forma de seducción, la atracción por la cual seduce a las naciones para compartir su carácter impío. Se han unido en sus pecados contra Dios. La seducción es efectiva; afecta primero a los gobernantes del pueblo y luego a su turno llega a **los moradores de la tierra**. Esta es una expresión juanina habitual para hablar de los hombres impíos (3:10; 6:10; 8:13; 11:10; 13:8,14).

Versículo 3. Y me llevó en el Espíritu al desierto. El agente activo es el ángel. Estas palabras indican un nuevo estado de éxtasis en el cual Juan recibe la visión de una gran ramera. Estar “en el Espíritu” en el Apocalipsis significa estar en condición extática (1:10; 4:2). No parece haber un significado simbólico particular en el hecho de que Juan recibió la visión en el desierto. La mujer celestial huyó del dragón al desierto (12:6,14) para que pudiera ser protegida de la ira del dragón. Aquí el desierto parece ser simplemente un lugar solitario donde Juan podría recibir su visión. Un desierto en el lenguaje bíblico no era necesariamente un lugar seco y desolado; podría ser simplemente una región no cultivada con población escasa.

Juan vio **una mujer sentada sobre una bestia escarlata**, obviamente la misma bestia que en 13:1 con sus **siete cabezas y diez cuernos**, es decir el Anticristo. El color de la bestia que no se menciona en el capítulo 13 es muy similar al del dragón —Satanás— en 12:3. Las palabras griegas son diferentes, pero el color básico es el mismo. La bestia es descrita como **escarlata** para indicar su íntima relación con su señor definitivo, Satanás. En cuanto al significado de las siete cabezas y los diez cuernos, véase la nota en 13:1.

No hay problema en el hecho de que en el versículo 1, la mujer estaba sentada sobre muchas aguas, mientras que aquí está sentada sobre la bestia

escarlata. La fluidez del lenguaje apocalíptico permite representar diferentes hechos con el uso de conceptos que pueden parecer lógicamente contradictorios. Que ella estaba sentada sobre muchas aguas representa su relación con las naciones de la tierra; que estaba sentada sobre la bestia escarlata refleja su relación con el Anticristo. Como asiento de la civilización impía, la gran ramera ha logrado su gloria porque ha sido hecha grande por la bestia y depende completamente de ella.

La bestia estaba **llena de nombres de blasfemia**. Una de las principales características de la bestia es su blasfemia. En 13:1 tenía un nombre blasfemo sobre su cabeza y emitía blasfemias contra Dios (13:5,6). Este versículo es aun más enérgico: la bestia está llena de nombres blasfemos. Por supuesto es una referencia a la autodeificación del Anticristo y su exigencia de la adoración por sus súbditos. Sus blasfemias no son maldiciones de la soberanía divina de hombres bajo el juicio de Dios (16:9); consisten en el menosprecio de la deidad por sus propias pretensiones de autodeificación.

Versículo 4. La apariencia de la gran ramera es descrita ahora. Estaba **vestida de púrpura y escarlata**. Es dudoso que se pretenda algún significado simbólico con estos colores; meramente reflejan el esplendor y el lujo de su vestidura. La púrpura y la escarlata, como vestiduras, en el mundo antiguo sólo podían ser usadas por la gente rica, dado el costo de obtener esta tintura especial. Los intérpretes de la escuela histórica que entendían que la bestia representaba al papado (véase el cap. 1) se han complacido en ver en estos colores a los espléndidos ropajes de los obispos y cardenales de la iglesia, pero esto difícilmente puede haber sido la intención de Juan. Estaba **adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas**. La palabra traducida "adornada" literalmente es "dorada". Su vestimenta era espléndida y sumamente costosa.

Sostenía en su mano **un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación**. Hay una alusión directa a Jeremías 51:7, que hemos citado antes. La copa de oro era hermosa de apariencia y prometía el vino más delicioso, pero al contrario estaba lleno de repulsiva corrupción. La palabra para abominaciones significa cualquier cosa insensata y detestable, pero en el Antiguo Testamento estaba especialmente relacionada con la idolatría. La frase que describe al Anticristo en el discurso de nuestro Señor en el Monte de los Olivos es literalmente "la abominación desoladora"; la abominación que trae desolación. El pensamiento principal es que con la promesa de riqueza y lujo, la mujer seduce a los hombres alejándolos de la adoración a Dios.

Versículo 5. **Y en su frente un nombre escrito, un misterio: Babilonia, la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra**. No es ésta la primera vez que hemos encontrado nombres escritos en la frente. Los santos de Dios fueron sellados en sus frentes con el nombre divinc

(7:3; 9:4; 14:1). Los seguidores de la bestia también fueron sellados sobre sus frentes y sobre sus manos con el nombre y el número de su nombre (13:17). En la nueva tierra, los redimidos tendrán el nombre de Dios escrito en sus frentes (3:12; 22:4). Esto también puede reflejar la costumbre romana de que las prostitutas usaran una banda para el cabello con el nombre de su dueño.

Este nombre es un nombre de *misterio*. La estructura del pasaje permite que la palabra “misterio” sea tanto una parte del título mismo como de las palabras introductorias. Muchos eruditos eligen la primera alternativa, pero es más fácil entenderla como si introdujera el título y significara que éste no debe tomarse literalmente, sino con un significado escondido, o sea la ciudad capital del Anticristo.

Babilonia es “la madre de las ramera”. No estaba satisfecha con seducir ella misma para alejar a los hombres de Dios; insistía que sus hijas se unieran con ella en sus nefastos y blasfemos designios. Junto con su blasfemia prostitución daba a luz a toda clase de abominaciones que llenaban la tierra.

Versículo 6. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús. La mujer es una compañera adecuada para la bestia que hizo guerra a los santos y los venció (13:7). Como capital de la bestia, será la ciudad más destacada por la persecución y martirio de los santos. No había caído sobre la iglesia cristiana nada tan amplio en su alcance. Una corta persecución había sido llevada a cabo en el tiempo de Nerón, que es descrita por Tácito, el historiador romano con estas palabras: “Una gran multitud fue acusada tanto de incendio premeditado como de odio por la raza humana. No sólo fueron condenados a muerte sino que lo fueron con infamia, pues fueron envueltos en pieles de bestias para perecer devorados por los perros o puestos en cruces para ser quemados o, cuando faltaba la luz, para ser quemados como luces por la noche” (*Anales*, 15:44). Pero después de este estallido de odio, los cristianos vivieron relativamente sin perturbación en Roma. Además, la breve persecución de parte de Nerón no tenía nada que ver con el culto del emperador. En contraste con esto, la principal característica de la mujer es su prostitución y su alianza con la bestia. Fue sólo bajo Domiciano que tenemos evidencia de la persecución de cristianos por razones religiosas. Sin embargo, la persecución de Domiciano era de un tipo menor. Juan prevé un día cuando la principal ciudad de la bestia adquirirá notoriedad por su persecución de los santos, especialmente por razones religiosas; en el siglo I, no hay antecedentes para esto. Juan está pensando en la Babilonia escatológica.

Estar “ebria de sangre” es una expresión antigua habitual (véase Is. 34:5, donde se describe una espada ebria de sangre; véase también Is. 49:26).

No se hace distinción entre la sangre de los santos y la sangre de los

mártires. Son santos porque pertenecen a Dios; son mártires porque han derramado su sangre. Además, son mártires *de Jesús*; han sido martirizados a causa de su inquebrantable fe en El y su negativa a rechazar su nombre (12:17; 14:12; 19:10; 20:4).

Cuando la vi, quedé asombrado con gran asombro. Esta es una traducción literal del griego. La BJ, por ejemplo, dice “me asombré grandemente”. Posiblemente la causa del asombro de Juan era el hecho de que se había dicho que vería el juicio de la gran ramera (v. 1), pero en la primera parte de la visión vio a una mujer admirablemente vestida, rodeada de gran esplendor. Su perplejidad es fácilmente comprensible.

Versículo 7. En respuesta a su perplejidad, el ángel dijo: **¿Por qué te asombras? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas con los diez cuernos.** Esta respuesta causa perplejidad. Uno podría esperar que la explicación del ángel expusiera largamente el misterio de la gran ramera, pero el ángel dice que explicará también el misterio de la bestia. Esto muestra la inseparable relación entre la mujer y la bestia. El último centro de civilización derivará sus características totalmente del hecho de que es apoyado por la bestia. No hay dos misterios; el único misterio incluye tanto a la bestia como a la ramera. A Juan se le promete no sólo el verdadero significado de la bestia y la mujer, sino también el significado de las siete cabezas y los diez cuernos de la bestia.

Versículo 8. **La bestia que has visto, era, y no es, y está para subir del abismo e ir a perdición.** Esta es otra forma de decir lo que Juan ya ha dicho sobre la bestia. “Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada” (13:3). Hemos visto que esto no significa que una de las cabezas fue herida al extremo de la muerte, sino que fue realmente muerta. En este pasaje, Juan deja claro que la bestia misma debe ser identificada con sus cabezas. La muerte de una de sus cabezas significa la muerte de la bestia. La bestia ha de pasar por tres etapas: *era* o sea tuvo una existencia en el pasado; *no es*, es decir, habrá un tiempo cuando no existirá; *está por subir del abismo*, o sea que tendremos una futura manifestación que será la encarnación del mal satánico. El abismo es la metáfora apocalíptica para lo demoníaco, el ámbito satánico del mal y es descrito como sede de la bestia antes de aparecer en la tierra (11:7; véase la nota sobre 12:1). Las tres etapas de la existencia de la bestia han de ser identificadas con las siete cabezas. Existió una vez en una o más de sus cabezas; dejó de existir cuando una de ellas recibió una herida mortal, pero tendrá una existencia futura cuando la cabeza sea sanada. La curación de la cabeza implicará una encarnación simbólica que excederá cualquier cosa que haya ocurrido. Sin embargo, la manifestación final de la bestia será de corta vida; está destinada a ir a la perdición. “Perdición” es una palabra usada ocasionalmente para el estado de condenación final y eterno (Mt.

7:13; Fil. 1:28; 3:19; He. 10:39; 2 P. 3:7).

Y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será. Con una doble designación, Juan identifica a aquellos que se maravillan de la bestia. Son los mundanos (véase la nota sobre 3:5). La causa de la admiración será la reaparición de la bestia que desaparece por un tiempo y luego vuelve a la escena de la acción.

Versículo 9. Esto, para la mente que tenga sabiduría. Juan está a punto de explicar el misterio de la mujer y la bestia, pero no es una explicación evidente por sí misma; es tal que sólo los que están espiritualmente iluminados podrán entender.

Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer. Los comentaristas más modernos ven aquí una identificación positiva e inescapable de la gran ramera con la Roma del primer siglo, porque Roma era ampliamente conocida como la ciudad que está construida sobre siete montes. Como dice un escritor: "La alusión del lugar es demasiado clara como para dudar de ella".¹ Sin embargo, Juan prosigue inmediatamente en el versículo siguiente diciendo que "son siete reyes". Es difícil ver una relación entre las siete colinas de Roma y siete de sus emperadores.

Es común en la Biblia que una colina o montaña sea un símbolo de poder o gobierno. En Daniel 2:35, la piedra cortada sin manos golpea a las naciones del mundo y a su vez crece hasta ser una gran montaña. Dios dice a Babilonia: "He aquí yo estoy contra ti, oh monte destructor... que destruiste toda la tierra" (Jer. 51:25). "Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes y será exaltado sobre los collados" (Is. 2:2). Del siervo de Dios dice que "trillarás montes y los molerás, y collados reducirás a tamo" (Is. 41:15; véase también Sal. 68:15,16; Hab. 3:6). Por lo tanto, es más fácil entender que los siete montes representan siete imperios y los gobernantes que los encabezan.

Puede objetarse que Juan dice que los montes son también siete reyes y no siete reinos, pero éste es el lenguaje bíblico. De las cuatro bestias de Daniel 7 se dice que representan a cuatro reyes (Dn. 7:17), cuando precisamente, Daniel quiere decir los reinos sobre los cuales gobiernan. La gran ramera se sienta sobre una sucesión de imperios. Encontró su encarnación en la Babilonia histórica, en la Roma histórica del primer siglo y al fin de los tiempos en la Babilonia escatológica. Esto bien puede ser lo que Juan quería decir al hablar sobre "el misterio de la mujer" (v. 7). No es posible una identificación simple con ninguna ciudad histórica única. La mujer ha formado una conexión adúltera en toda época de la historia con los poderes mundiales que existieran entonces.

Versículo 10. Y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiem-

po. Este es uno de los versículos más discutidos del libro del Apocalipsis. Los intérpretes preteristas generalmente aplican el versículo a la sucesión de los emperadores romanos. Cinco emperadores romanos han reinado y salido de escena; Juan está escribiendo su Apocalipsis durante el gobierno del sexto emperador. Juan prevé que este emperador también saldrá de escena, para ser seguido por el séptimo y último que será el Anticristo en la persona de *Nero redivivus*.

El problema con esta solución aparentemente simple es que los datos sencillamente no funcionan. Los emperadores romanos fueron los siguientes:

Augusto	27 a.C. – 14 d.C.
Tiberio	14-37 d.C.
Calígula	37-41 d.C.
Claudio	41-54 d.C.
Nerón	54-68 d.C.
Galba	68 d.C.
Otón	69 d.C.
Vitelio	
Vespaciano	69-79 d.C.
Tito	79-81 d.C.
Domiciano	81-96 d.C.

Por lo tanto, los cinco reyes que habían caído tendrían que ser los que se encuentran entre Augusto y Nerón; Galba sería el emperador reinante cuando Juan escribió y Otón sería el último. Esta interpretación no tiene sentido, porque Galba, Otón y Vitelio cumplieron los tres un reino muy breve y fueron relativamente sin importancia en la historia política y religiosa. Por esta razón, muchos eruditos sugieren que deben ser dejados de lado y que Vespaciano debe ser visto como el sexto rey y Tito como séptimo. Ese procedimiento es arbitrario, pues Galba, Otón y Vitelio, por carentes de importancia que hayan sido, eran verdaderos emperadores y fueron reconocidos como tales por los historiadores antiguos.

Sin embargo, esta forma más bien violenta de tratar la historia no resuelve realmente el problema, porque no pasó nada en el reino de Vespaciano para perturbar a la iglesia cristiana y hacer temer un tiempo de fiera persecución, como para que dieran lugar a los conceptos escatológicos del Apocalipsis y la redacción del libro.

Ha sido sugerida toda clase de soluciones especulativas. Algunos han sugerido que este pasaje era un oráculo escrito en tiempo de Vespaciano, que Juan incorporó a su libro sin modificación; otro, que Juan deliberadamente se proyectó hacia atrás al tiempo de Vespaciano; otros que Juan comenzó su lista con Calígula como primer emperador quien se mostró abiertamente como enemigo de Dios. Ningún método de cálculo lleva satisfactoriamente a Domiciano como emperador reinante y algunos eruditos

han abandonado todo esfuerzo para relacionar las siete cabezas con reyes específicos, sino que encuentran en el número siete el número ideal que representa la plenitud del poder imperial.

Este problema se evita si lo que Juan quiere designar no es una sucesión de reyes o emperadores individuales, sino una sucesión de reinados. Esto encuentra algún apoyo en la declaración de que “cinco de ellos han caído”. Algunos intérpretes han señalado que la palabra “caído” se aplica mucho mejor a la caída de un reino que a la muerte de un emperador (H. Alford, T. Zahn). La gran ramera que seduce a las naciones y persigue a los santos encuentra su apoyo en la bestia que aparece en la historia como una sucesión de reinos seculares e impíos; cinco pertenecen a la historia pasada; un sexto —Roma— gobernaba el mundo cuando Juan escribió. Sin embargo, Roma no es el Anticristo; se prevé un séptimo reinado que tendrá sólo breve duración. Esta interpretación de la bestia y sus siete cabezas es apoyada por el versículo que sigue.

Versículo 11. **La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete, y va a la perdición.** Tres veces en 17:8-11 Juan ha dicho que la bestia no existe en el presente y dos que la bestia aparecerá en el futuro. La bestia ya ha existido una vez (era); ahora no existe (no es), pero se volverá a levantar del abismo (11:7; 17:8,11). Juan también ha dicho que la bestia tenía siete cabezas, una de las cuales fue herida de muerte y luego sanada (13:3). También dijo que la bestia misma recibió una herida mortal, pero fue sanada (13:12,14). Ahora agrega un nuevo hecho: la bestia es la octava cabeza y, sin embargo, pertenece a las siete cabezas. El simbolismo se hace difícil por el hecho de que la bestia algunas veces es identificada con sus cabezas, pero a veces se diferencia de ellas. La solución a este simbolismo intrínseco está en la interpretación de que la bestia es el Anticristo y sin embargo no lo es. Es el Anticristo sólo en dos de sus cabezas. Como Anticristo, ya ha aparecido en la historia (era); no existe en el presente, pero aún tiene que surgir en una encarnación del poder satánico. Esta es la razón por la que Juan puede decir que una de las cabezas fue herida de muerte, pero que la herida mortal fue curada y también que la bestia misma ha recibido un golpe mortal y ha vuelto a la vida. En otras palabras, la bestia es identificada con dos de sus cabezas más estrechamente que con las otras cinco. En una de las cabezas, la bestia ha aparecido ella misma en la historia; esta cabeza —y la bestia misma— ha sido muerta (es decir, que ha desaparecido de la historia), pero ha de ser revivida en una aparición final, que será una manifestación más completa de la bestia que la primera (o sea que ascenderá del abismo). Aun más, las otras cinco cabezas también son cabezas de la bestia, pero no se identifica con ellas como con las dos. Las cabezas son manifestaciones sucesivas de los reinos mundanos en enemistad con Dios a lo largo de todos los cambios de la historia.² La bestia, pues, tiene un doble significado: en sentido amplio, es

el poder mundano anti-Dios; en un sentido restringido, es un reino en particular que tiene una doble manifestación. Cinco de las cabezas son manifestaciones de los reinos mundanos como tales; dos de las cabezas son encarnaciones específicas de la bestia misma. La clave de la comprensión de esto es la profecía de Daniel, sobre la cual Juan se basa para su simbolismo de la bestia (véase las notas sobre 13:2). En Daniel, el gran enemigo del pueblo de Dios es el Anticristo, que se ha manifestado previamente en la historia en la persona del Antíoco Epífanes (Dn. 8:9,21). En la forma típicamente profética, estas dos figuras son mezclas de alguna manera, de forma que parecen ser prácticamente una (véase la introducción). La bestia que has visto era (v. 8) o sea que era personificada por Antíoco Epífanes; no es, o sea que no existe en la misma forma maléfica; ha de subir del abismo (v. 8) en la persona del Anticristo.³

Juan agrega otro detalle específico más sobre la última aparición de la bestia, el Anticristo: “la bestia... es también el octavo, y es de entre los siete”. Este es un lenguaje difícil. La segunda y final manifestación de la bestia es un octavo rey, pero no es *el* octavo rey porque hay sólo siete; es un octavo rey que es uno de los siete. Esto sugiere que uno de los siete ha de experimentar dos etapas en su existencia. Aparentemente ésta es la razón por la cual Juan dice que el séptimo rey “es necesario que dure breve tiempo” (v. 10). Será seguido rápidamente por un octavo, que es el séptimo, pero en su plena manifestación anticristiana. Juan quiere decir que el octavo es como el séptimo, pero que sin embargo es distinto de ellos. Pertenece a los siete en cuanto tiene éxito en la dominación mundial, pero permanece aparte en cuanto asciende del abismo como plena encarnación satánica de la bestia.

Versículo 12. Juan explica ahora los diez cuernos. Son **diez reyes, que aún no han recibido reino**, pero que lo recibirán por un período de tiempo muy corto —una hora— y han de ser aliados y apoyo de la bestia. Los modernos comentaristas que aceptan la teoría del *Nero redivivus* para el Anticristo generalmente entienden que estos diez reyes son diez sátrapas persas que volverán en la reaparición del Nerón resucitado para ayudarlo a recuperar su imperio. Sin embargo, Juan dice expresamente que **aún no han recibido reino**. Todavía no son reyes; recibirán su poder cuando aparezca la bestia. Esto proyecta claramente el pensamiento de Juan al futuro. Es ocioso especular en cuanto a la identidad de estos reyes o entenderlos, como algunos hacen, como los diez reinos europeos de un imperio romano reactualizado. La idea de diez reyes está basada en Daniel 7:7,24 donde la cuarta bestia tiene diez cuernos que son diez reyes, de los cuales emergerá un rey final que reúne las condiciones para ser Anticristo. Es muy posible que el número diez tenga la intención de ser una designación simbólica de la plenitud del poder del Anticristo y que no deba ser tomado literalmente. Los diez reyes son solamente figuras escatológicas que representan la tota-

lidad de los poderes de todas las naciones sobre la tierra que han de ser las seguidoras del Anticristo.

Versículo 13. **Estos tienen un mismo propósito y entregarán su poder y su autoridad a la bestia.** Estos reyes no son importantes en y por sí mismos, sino sólo como aliados de la bestia. No buscan sus propios fines; son completos en su devoción a la bestia.

Versículo 14. **Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá.** Esto ilustra en particular su unánime apoyo a la bestia; se unen a ella en su hostilidad al Cordero, pero en vano. El conflicto final entre el Anticristo y el Mesías no sucede en este punto; es descrito en 19:17-21 en el regreso de Cristo.

Porque él es el Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos fieles. El supremo señorío del Cordero asegura su victoria. Este es el título inscrito en su vestimenta y sobre el muslo del Cristo victorioso (19:16). El no vence solo; en su séquito están aquellos que han sido llamados y escogidos por Dios y que han permanecido fieles al Cordero a la luz de la persecución final.

Versículo 15. En los versículos finales de este capítulo Juan da más información sobre la gran ramera y entonces cuenta sobre su destrucción. Este es un pasaje difícil, porque deja un número de cuestiones importantes sin resolver. Al comienzo del capítulo, Juan ha sido llamado a testificar "la sentencia contra la gran ramera" (v. 1), pero hasta aquí, Juan ha informado más sobre la bestia que sobre la mujer. En esta sección final, Juan vuelve su atención a la mujer y relata los medios que Dios usa para llevarla a su destrucción. Primero, los ángeles explicaron a Juan el simbolismo de las **aguas que has visto donde la ramera se sienta**. Estas aguas representan muchos **pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas**, que dan su apoyo a la mujer. Ella es la ciudad capital de una civilización compleja que consiste en muchas naciones (véase las notas sobre v. 1).

Versículo 16. Ahora Juan declara un hecho que no explica pero que es el medio divinamente decretado de hacer que se cumpla el juicio sobre la ramera. Ha sido la ciudad capital de la bestia, que ha tenido el apoyo pleno de los diez reyes en su hostilidad al Cordero (v. 13). Al comienzo de la visión, la mujer estaba sentada sobre una bestia escarlata (v. 3) y como la ciudad, Babilonia era el escenario de la persecución de la bestia y el martirio de los santos (v. 6). Sin embargo, ahora el cuadro cambia y, por razones que no se explican, surge una especie de guerra civil en el campo de la bestia. La bestia, seguida por diez reyes, ataca con odio a la ramera; **éstos aborrecerán a la ramera y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes, y la quemarán con fuego**. A veces los profetas prevén un estado escatológico de caos entre los enemigos de Dios cuando la espada de todo hombre se levantará contra su hermano (Ez. 38:21; Hag. 2:22; Zac. 14:13). En la visión de Daniel de la bestia con diez cuernos, el cuerno

pequeño satisface sus pretensiones de alcanzar el poder destruyendo a tres de sus aliados (Dan. 7:24). Juan no explica por qué la bestia y los diez reyes **aborrecerán a la ramera**. No es una cuestión de conquista; la ciudad ya es la capital de la bestia.

El lenguaje de Juan indica la ruina completa y la destrucción de la hasta entonces orgullosa ciudad. Harán que esté “desolada y desnuda”, o sea que la dejarán desprovista de todo su hermoso atavío. Además “devorarán sus carnes”. Esta metáfora es tomada de la fiera de las bestias salvajes y en los profetas denota la total destrucción de los hombres por su prójimo (Sal. 27:2; Jer. 10:25; Mi. 3:3; Sof. 3:3).

Muchos comentaristas ven aquí una nueva alusión al mito del *Nero redivivus*, de acuerdo al cual se esperaba el regreso de Nerón a Roma desde el oriente, donde se habría estado escondiendo entre los partos para derramar su venganza sobre la antigua capital. Hay un posible pasaje importante en los *Oráculos sibilinos* donde se puede encontrar tal idea: “Habrá un tiempo final, al ponerse la luna, una guerra que convulsionará al mundo, engañosa en pecaminosidad. Y vendrá de los fines de la tierra un matricida (Nerón) huyendo y forjando agudos planes en su mente. Arruinará toda la tierra y obtendrá todo el poder y sobrepasará a todos los hombres en la agudeza de su mente. Tomará de una vez aquello por lo cual también perecerá. Y destruirá a muchos hombres y grandes tiranos y quemará a todos los hombres como nadie lo ha hecho” (5:361-368). Si este mito estaba en la mente de Juan, no logra explicar el odio de la bestia hacia la ciudad y su completa destrucción. En el mito, Nerón recaptura Roma y presumiblemente la hace de nuevo su capital. Además, el mito de Nerón como está reflejado en los *Oráculos sibilinos* describe al Nerón que vuelve como conquistador militar y no como el Anticristo. Nerón no promovió el culto del emperador y en los *Oráculos sibilinos* no se menciona la nota religiosa que es la característica más importante de la bestia en el Apocalipsis.

Versículo 17. Juan es consciente de que el odio de la bestia por la mujer es un vuelco sorprendente de los hechos y agrega una palabra de explicación: es la forma en que Dios trae juicio sobre la mujer. **Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso**. Es su divina soberanía lo que ha motivado a los diez reyes a una forma de acción que cumplirá el propósito divino. Los ha hecho **ponerse de acuerdo** y dan **su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios**. Cuando la bestia se vuelve en odio contra la mujer, los diez reyes no resisten este sorprendente vuelco de los hechos para defender la gran ciudad que ha sido el objeto de su admiración. Dan un apoyo unánime a la bestia, pero lo hacen porque es el buen propósito de Dios y sus palabras deben cumplirse.

Versículo 18. **Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra**. En el siglo I, esto representaba a Roma, pero en el

tiempo del fin, representará a la Babilonia escatológica.

CAPITULO DIECIOCHO

El juicio de Babilonia

DESPUES DE ANUNCIAR la destrucción de Babilonia por la bestia y sus diez reyes vasallos en términos breves aunque descriptivos, Juan dedica una larga sección al mismo tema, describiendo en mayor detalle la desolación de la que fuera una orgullosa y rica ciudad. Este capítulo contiene una serie de anuncios, maldiciones y acciones de gracias que tratan sobre el mismo tema: el juicio de la gran ciudad. El antecedente histórico para esta sección se encuentra en las maldiciones proféticas sobre la caída de Tiro (Ez. 26-28) y de Babilonia (Is. 13-14,21; Jer. 50-51).

2. EL JUICIO DE BABILONIA (18:1-19:5)

(1) Anunciaciones angelicales de la caída de Babilonia (18:1-3)

Versículo 1. Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con **gran poder**; y la tierra fue alumbrada con su gloria. El ángel que había mostrado a Juan el misterio de Babilonia y había predicho la destrucción de la ciudad a manos de la bestia era uno de los siete ángeles de las plagas de las trompetas; no se nos dice quién era este otro ángel. Ahora Juan aparentemente está sobre la tierra, porque ve al ángel descendiendo del cielo; en los capítulos 15 y 16, estaba en el cielo. No da una explicación de por qué este ángel debiera tener **gran poder**. La palabra “poder” se usa en el Apocalipsis con la idea de poderío y no de “autoridad” como traducen algunas versiones (9:3; 10, 19). Juan vio un ángel con gran esplendor, cuyo brillo era extraordinario (véase Ez. 43:2). Aun cuando el mensaje del ángel

es de condenación para Babilonia, el juicio de la ciudad malvada significa el triunfo de Dios.

Versículo 2. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia. La caída de Babilonia ya ha sido anunciada por una voz angelical precisamente con las mismas palabras (véase 14:8). Ambos anuncios proclaman la caída de la ciudad como un hecho ya cumplido, aun cuando realmente está en el futuro. De hecho, la destrucción real de la ciudad no se describe en ninguna parte, fuera de la breve profecía de su destrucción por la bestia en 17:16. Ambos anuncios hacen eco de las palabras de Isaías 21:9. Cuando esta desolación haya caído sobre la ciudad, ya no será la amante de la civilización; ya no será habitada por príncipes y mercaderes; estará tan desolada que ningún ser humano pondrá el pie en ella. Llegará a ser **habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo.** La devastación de Babilonia se hace eco del lenguaje de las profecías de la ruina de Babilonia, Edom y Nínive. (Is. 13:19-22; 34:11-15; Jer. 50:39; 51:37; Sof. 2:15).

Versículo 3. La causa del juicio de Babilonia es que ella había corrompido toda la tierra. **Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación.** Esto repite el pecado de Babilonia mencionado en 14:8 (véase las notas). Este lenguaje indica no sólo su lujuria e inmoralidad, sino también su seducción al envolver a los hombres para seguir a la bestia (véase las notas sobre la gran ramera en 17:1,2). Esta perversa seducción ha afectado particularmente a los dirigentes políticos y económicos.

Los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites. Esto nos habla de los medios que usó Babilonia para seducir a los líderes mundiales en la adoración de la bestia. “Fornicación” es una palabra bíblica para idolatría. En el Apocalipsis, significa la adoración de la bestia en vez de la adoración del Cordero. La gran ramera ha usado promesas de poder, de riqueza y lujuria como un medio de atracción. El poder y la riqueza fueron empleados en el nombre de la religión demoníaca. La BJ traduce este versículo “los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su lujo desenfrenado”. La palabra “deleites” sugiere indulgencia consigo mismo y el lujo acompañado por la arrogancia y el ejercicio placentero del poder.

(2) Advertencia al pueblo de Dios (18:4,5)

Versículos 4,5. La segura caída de Babilonia ha sido anunciada. Juan oye **otra voz del cielo** que llamaba al pueblo de Dios para que huyera de la ciudad y así no compartiera su pecaminosidad y juicio. Un llamado similar fue el del profeta Jeremías a los judíos de Babilonia (Jer. 51:6,45). Esto sugiere que el martirio de la iglesia por la bestia no será completo. Jesús había descrito este período como el tiempo de la mayor tribulación que el mundo haya visto (Mt. 24:21), ciertamente tan severa que “si aquellos días

no fuesen acortados, nadie sería salvo, mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mt. 24:22). Juan ha indicado la determinación de la bestia de destruir a todo aquel que no apostatará de su fe en Jesús para darle lealtad a ella (13:7,8). Si bien este puede ser un tiempo de martirio sin precedentes, este versículo indica que estará lejos de ser total. Dios hará que su pueblo more en la ciudad que ha estado bajo constante peligro de muerte a causa de su lealtad a Jesús. Del mismo modo como los cristianos judíos huyeron de Jerusalén a Pela, justo antes de la destrucción de la ciudad por los ejércitos romanos, el pueblo de Dios es advertido para que huya de la ciudad a fin de evitar su destrucción. Bajo el temor del martirio, habrá una continua presión que hará que los hombres sucumban y sean **partícipes en sus pecados** y por lo tanto recibirán **parte de sus plagas**. La condenación de Babilonia es segura. Sus pecados se comparan a una gran pila que llega hasta el mismo cielo (véase Jer. 51:9) pero Dios recordará **sus maldades**.

(3) El clamor de venganza (18:6-8)

El tema de la voz celestial cambia. Acaba de exhortar al pueblo de Dios para que huya de la ciudad condenada y ahora convoca a los ángeles de la retribución para que impongan un castigo justo sobre la ciudad. Según el contexto, debemos presumir que está hablando la misma voz, pero pudiera ser una distinta dado que el tema cambia tan completamente.

Versículo 6. **Dadle a ella como ella os ha dado, y pagadle doble según sus obras; en el cáliz en que preparó ella bebida, preparadle a ella el doble.** Una vez más esto suena como un lenguaje que pide venganza (véase las notas sobre 6:10), pero refleja un tema que va inquebrantable a lo largo de toda la Biblia. En su experiencia terrenal, cuando los seguidores del Corde-ro testifican de su fe en el crucificado y son perseguidos por su fe, su actitud hacia sus enemigos siempre es de perdón. Un espíritu bondadoso y amor por los enemigos es una de las señales características de un discípulo de Jesús (Mt. 5:43ss). El cristiano ha de bendecir a los que le persiguen y no pagar jamás mal por mal (Ro. 12:14,17).

Sin embargo, esto no anula el castigo divino final. “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19). Sólo Dios sabe las motivaciones del corazón y puede juzgar justamente, pero El sigue siendo el Dios de justicia y en el día de la ira, El dará el pago. El tema de la venganza divina se desarrolla sin interrupción a lo largo de la Biblia (Dt. 32:35; Jer. 50:15,29; 51:24,26; Ro. 12:19; 1 Ts. 5:15; 2 Ts. 4:14; 1 P. 3:9). Dado que la gran ramera se ha unido a la bestia para tratar de destruir a la iglesia, su justa condena será su propia destrucción.

La idea de pagar doble por los hechos de alguien es una expresión del

Antiguo Testamento que indica el castigo en toda su medida (Jer. 16:18; 17:18).

Versículos 7,8. El pecado de Babilonia es descrito como de autoglorificación y vida de deleites, o el impío orgullo de exaltarse hasta los cielos. En su corazón se ha dicho a sí misma: **Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto**. Esto es el eco de la vana autoexaltación de la Babilonia literal, que se exaltaba a sí misma por sobre Dios, diciéndose a sí misma: “Para siempre, seré señora... Yo soy y fuera de mí no hay más; no quedaré viuda ni conoceré orfandad” (Is. 47:7,8; véase también Ez. 28:2; Sof. 2:15). Babilonia ha seducido a las naciones para que piensen que pueden pasarse sin Dios, que la seguridad y tranquilidad y prosperidad seguramente seguirán al tren de su lujuria, autoindulgencia y riqueza. Sin embargo, esto es un autoengaño. La respuesta final será el decreto de Dios **porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga**. Arrasará su vanidad y altivez con una repentina destrucción, que caerá sobre ella **en un solo día**; sufrirá **plagas, muerte, llanto y hambre y será quemada con fuego**. La destrucción completa de la ciudad es algo seguro.

(4) Lamento de los reyes y mercaderes (18:9-19)

Después de proclamar la retribución divina que caerá sobre la gran ramera, Juan proclama el lamento de los dirigentes políticos (v. 9) y económicos, “los mercaderes de la tierra” (v. 11) y los “marineros” (v. 17) por la ruina de la gran ciudad. Su lamento no refleja dolor por la ciudad misma, sino por su propia pérdida personal a causa de la destrucción de la ciudad.

Versículos 9,10. Los **reyes de la tierra** deben distinguirse de los diez reyes que se unen a la bestia para pelear contra el Cordero (17:12-14). Estaban estrechamente aliados con la bestia y cedieron voluntariamente su poder real para apoyarla en sus propósitos demoníacos (17:17). Son estos diez reyes vasallos, junto con la bestia, a quienes Dios usa para traer la destrucción de la gran ciudad (17:16). Además de los diez que apoyan enérgicamente a la bestia hay un círculo mayor, los reyes de la tierra, a los que la mujer ha seducido y **que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites** (cf. 16:14; 17:2; 18:3). Estos no han estado tan abiertamente dedicados a los propósitos satánicos de la bestia, pero han sido seducidos y engañados por la gran ramera, por el brillo y esplendor de su riqueza y lujuria, como para compartir su fornicación. Ahora **llorarán y harán lamentación sobre ella, cuando vean el humo de su incendio**, con que ha sido castigada por la bestia y sus diez reyes vasallos (17:16). Ahora se dan cuenta de cuan groseramente han sido engañados por falsas promesas de seguridad y tranquilidad. Estarán **parándose lejos por el temor de [compartir] su tormento, diciendo: ¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad fuerte; porque en una hora vino tu juicio!** Las apariencias eran

engañosas; Babilonia parecía una ciudad grande y poderosa, ante cuyo poder y fuerza, la potencia de la iglesia era como nada. En su vanidad, pareció capaz de desafiar a Dios y destruir a sus santos (17:6) con impunidad. Pero Dios tenía la última palabra. En una sola hora (ver “en un solo día”, v. 8) el juicio y la destrucción divina habían caído sobre ella.

Versículo 11. El lamento de los reyes de la tierra se une al de los **mercaderes de la tierra**; estos **lloran y hacen lamentación**, no como si hubieran perdido a un ser querido, sino **porque ninguno compra más sus mercaderías**. Su dolor es egoísta y mercenario; la destrucción de la ciudad significa su ruina económica.

Versículos 12,13. Juan da una lista de las mercaderías para las que no había más compradores. Muchos de esos artículos se encuentran en la carga sobre Tiro en Ezequiel 27:5-24 (véase también Ez. 16:9-13). El catálogo de Juan abarca varios grupos diferentes: (1) piedras preciosas: **mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas**; (2) tejidos finos que era uno de los distintivos de un rico en el mundo antiguo: **de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata**; (3) costosos artículos de decoración: **de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol**; (4) perfumes: **canela, especias aromáticas, incienso, mirra, olíbano**; (5) alimentos: **vino, aceite, flor de harina, trigo**; (6) animales: **bestias, ovejas, caballos y carros**; y (7) **esclavos**. La púrpura y la escarlata eran dos tinturas muy caras y buscadas por los pudientes. La seda se enviaba de la China a Roma en gran cantidad. La palabra traducida “madera olorosa” era una madera dura y oscura usada en muebles costosos y para hacer toda clase de artículos de lujo. El bronce y el hierro eran usados para hacer vasijas ornamentadas. Las especias y perfumes eran importados por Roma desde el Oriente y el trigo era importado especialmente de Egipto.

La palabra traducida “esclavos” literalmente es “cuerpos” y refleja la pobre valoración que se daba a los esclavos por parte de los mercaderes en el mundo antiguo. No es claro por qué Juan agrega al comercio de esclavos las palabras **almas de hombres**. En su contexto hebreo, la palabra *alma*, *nepesh* no designa un elemento inmortal superior del hombre en contraste con su cuerpo, a diferencia del griego *psyche* o del inglés *soul*. Generalmente, y como ocurre con “alma” en nuestro lenguaje, *nepesh* simplemente designa la vida humana o la vitalidad (véase Mr. 10:45) y a veces es usado para hablar de los hombres como esclavos (Ez. 27:13; 1 Cr. 5:21). Probablemente Juan usó la palabra aquí para sugerir que los hombres, aun siendo esclavos, tienen una vida que los animales no comparten. En cualquier caso, no podemos deducir demasiado de esa palabra.

En este catálogo de mercaderías, Juan refleja exactamente la lujuria y opulencia alcanzada por los habitantes de una ciudad rica como Roma.

Versículo 14. Continúa la lista de lujos, pero cambia la forma literaria y

este versículo está dirigido a la ciudad misma. Los **frutos** en los que se deleitaba se han ido y los delicados lujos y esplendores han desaparecido para siempre.

Versículo 15. Estos **mercaderes** que traficaban con este lujoso comercio y que se hicieron ricos, como los reyes de la tierra (v. 10) se **pararán lejos** ante el temor de perecer en la terrible conflagración.

Versículos 16-18. Llorarán por la gran ciudad que ha sido tan hermosamente ataviada **de lino fino, de púrpura y de escarlata** enjovada con **oro**, con **piedras preciosas** y con **perlas**. Ahora, **en una hora**, todo el esplendor y grandeza han desaparecido.

A los mercaderes de la tierra se unen **todo piloto, y todos los que viajan en naves y marineros** y todos los que comparten la riqueza de la ciudad por el tráfico marítimo; están muy lejos cuando ven el humo de la ciudad ardiente y lamentan su destrucción.

Versículo 19. Su dolor se describe como algo muy intenso. Se **echaron polvo sobre sus cabezas** como señal de dolor (Ez. 27:30) mientras lamentaban, lloraban y lanzaban ayes. Sin embargo, su pena era egoísta; no se lamentaban por un sentimiento de afecto, sino porque estaban entre los que tenían barcos en el mar y **se habían enriquecido de sus riquezas**. **En una hora**, la ciudad había **sido desolada** y junto con la ciudad, toda su riqueza había perecido.

(5) Explosión de alabanza (18:20)

Versículo 20. En contraste con el lamento de los reyes y mercaderes de la tierra, el juicio de la ciudad es causa de regocijo en el cielo. Estas palabras son las del profeta que llama al pueblo de Dios para regocijarse en el triunfo de la justicia de Dios. Primero, los cielos, o sea los ángeles, son llamados a regocijarse y el pueblo de Dios sobre la tierra, **santos, apóstoles y profetas**, es llamado a unirse con ellos.

La razón para el regocijo es que la destrucción de Babilonia significa que **Dios os ha hecho justicia en ella**. Esto no es un cántico exaltado de venganza personal, sino una declaración de la justicia de Dios. Siempre debe tenerse en mente que el antecedente para tal cántico de justificación es la cuestión de si el gobierno de Dios o el poder engañoso de Satanás será el que triunfe en los asuntos humanos. El tiempo de la gran tribulación (7:15; Mt. 24:21) será un período cuando Satanás tendrá libertad para hacer lo peor. Se encarnará en la bestia, que a su vez recibirá licencia para ejercer su voluntad como nunca antes en la historia humana, cuando los fieles seguidores de Jesús serán el objeto principal de su odio. Su capital, Babilonia, se embriagará con la sangre de los mártires (17:6). Por terrible que sea este período, será sólo temporal y la destrucción de Babilonia significará que Dios, el juez eterno, finalmente ha emitido su juicio en favor de su pueblo contra Babilonia. Tal juicio es necesario para anunciar

la justicia de Dios, para extirpar el mal de la tierra y para salvar a su pueblo. Por lo tanto, un cántico de este tipo, lejos de ser de venganza personal, es un clamor de regocijo porque Dios al fin se mostrará como Dios a la luz de los enemigos satánicos.

(6) La destrucción de Babilonia (18:21-24)

La caída de la ciudad ya ha sido anunciada al comienzo de este capítulo. Ahora la destrucción de Babilonia vuelve a proclamarse por un hecho simbólico.

Versículo 21. **Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó en el mar, diciendo: Con el mismo ímpetu será derribada Babilonia, la gran ciudad, y nunca más será hallada.** No hay problema en el hecho de que la caída de Babilonia ya ha sido proclamada dos veces como un hecho cumplido (14:8; 18:2), profetizada como un hecho inminente (17:16) y ahora vuelve a ser anunciado. El lenguaje apocalíptico no es prosa, sino una serie de cuadros cuya principal preocupación no es la cronología y secuencia, sino las realidades últimas.

El lanzamiento de una gran piedra sobre el mar es un acto simbólico que representa el derribamiento de Babilonia. Los profetas con frecuencia realizaban actos simbólicos. Jeremías escribió un libro describiendo la destrucción de la Babilonia histórica y luego ordenó que se le atara una piedra y se arrojara al Eufrates: “Así se hundirá Babilonia, y no se levantará del mal que yo traigo sobre ella” (Jer. 51:64).

Versículos 22,23a. La destrucción completa de Babilonia se describe en la interrupción de las distintas actividades características de la ciudad. Babilonia había sido una promotora de las artes, pero ahora toda música deberá callar, y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y de trompeteros no se oirá más en ti. Los negocios se terminarán; ya no habrá más artesanos en la ciudad. Las actividades de la vida diaria, como moler harina para el pan, también se interrumpirán. Las noches así como los días carecerán de vida: **luz de lámpara no alumbrará más en ti.** Al anochecer las casas estarán en total tiniebla. Las actividades humanas habituales y las festividades, como los casamientos, no se oirán más en las casas y calles. Babilonia se transformará en una ciudad muerta.

Versículos 23b,24. La razón para la desolación de Babilonia es declarada de nuevo. **Pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones.** El lenguaje utilizado implica una actitud de arrogancia de parte de los mercaderes de Babilonia. Su pecado no consistió siempre en el hecho de su riqueza, sino en el excesivo orgullo y autoexaltación producido por su riqueza. Además, Babilonia había engañado a todas las naciones por **sus hechicerías.** No estaba satisfecha con seguir su propio estilo de vida; había insistido en seducir a las naciones de la tierra con el “vino del furor de su fornicación” (18:3). Había seducido a otras naciones para que sintieran

que la seguridad total podía encontrarse en la riqueza y la lujuria. Finalmente, había sido un aliado de la bestia para derramar **la sangre de los santos y de los mártires** (cf. 17:6). Su pecado no era sólo la lujuria libertina, sino un crudo materialismo que la llevaba a exaltarse sobre Dios y a perseguir al pueblo de Dios. No sólo Babilonia era el escenario de martirio; era el ejemplo para otras ciudades, de modo que podía decirse que era el escenario del martirio **de todos los que han sido muertos en la tierra**. Es evidente que Juan no está pensando en el crimen en general, sino que aun se ocupa de la sangre de los santos y los profetas. La influencia de Babilonia se ha extendido a lo largo del mundo y ha inspirado a otras ciudades a seguir su ejemplo de perseguir a los santos. No hay para esto un equivalente histórico conocido en el primer siglo; Juan está pensando en la Babilonia escatológica.

CAPITULO DIECINUEVE

La venida de Cristo

(7) Acción de gracias por el juicio de Babilonia (19:1-5)

EL PRIMER PARRAFO del capítulo 19 continúa la celebración de la caída de Babilonia y consiste en un cántico de acción de gracias en el cielo porque Dios ha juzgado a la gran ramera. Después de la acción de gracias, Juan describe los hechos de la consumación: las bodas del Cordero, la venida de Cristo, su reino mesiánico, la destrucción de Satanás y de la muerte y la venida de la nueva creación.

Versículo 1. **Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro.** Los cantores no son nombrados, pero deben ser las huestes de ángeles que rodean el trono de Dios (cf. 5:11). “Aleluya” es la palabra de la liturgia hebrea que significa “Load a Yahvéh” y se encuentra frecuentemente en los salmos (cf. Sal. 111:1; 112:1; 113:1; 146:1, etc.). La palabra aparece cuatro veces en este pasaje (vv. 1,3,4,6) pero no en otra parte del Nuevo Testamento. El juicio de Babilonia es un aspecto de la salvación divinamente planeada. *Salvación* en este contexto significa más que la liberación de los santos del odio de la bestia y Babilonia; es la protección, el mantenimiento en triunfo de toda la causa del reino de Dios con su bendición. Pero el triunfo del reino de Dios necesariamente significa la eliminación de todo lo que esté en su camino e intente frustrar el gobierno divino.

Versículo 2. **Porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.** Mientras que Babilonia

esté en pie, el reino de Dios no puede ser establecido, porque la influencia corruptora afecta toda la tierra (14:8; 17:2; 18:3) pero su destrucción abre el camino para la venida del reino de Dios. Su caída significa también la respuesta a las oraciones de los mártires que claman día y noche a Dios para que El venga su sangre (véase 6:10).

Versículo 3. **Otra vez dijeron: ¡Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos.** Babilonia ha sido destruida con fuego por la bestia y los diez reyes vasallos (17:16; 18:8,9,18). Esta es una metáfora poética extraída de los profetas (Is. 34:10) para indicar la total destrucción de la ciudad.

Versículo 4. Al coro de aleluyas de los ángeles se agregan **los veinticuatro ancianos** (4:4) y los **cuatro seres vivientes** (4:6s) que hacen eco al cántico: **¡Amén! ¡Aleluya!**

Versículo 5. Una voz **del trono** puede ser la voz de Dios, pero dado que la voz exhorta a los hombres a **alabad a nuestro Dios**, debe ser la de uno de los cuatro seres vivientes que están junto al trono. Esta voz llama a **todos los siervos** de la tierra a unirse al coro en el cielo en alabanza a Dios. “Alabad a nuestro Dios” es equivalente de “¡Aleluya!”

3. EL TRIUNFO FINAL Y LA CONSUMACION (19:6-21:8)

(1) *Las bodas del Cordero (19:6-10)*

Ahora que el juicio de Babilonia ha sido celebrado, Juan proclama el triunfo final del reino de Dios y la consumación del propósito redentor de Dios. Esta consumación ya había sido anunciada en 11:15 cuando las voces celestiales proclamaron: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo”. Realmente este hecho no ocurrió hasta el regreso de Cristo, como se describe en 19:11ss. De la misma manera, el hecho proclamado en los versículos 6-11 (las bodas del Cordero) son un anuncio anticipado de un hecho que realmente va a ocurrir en la venida de Cristo cuando El se una con su iglesia sobre la tierra. Juan tiene la costumbre de proclamar hechos redentores que no describe concretamente en ninguna parte. Esto ha sido verdad en cuanto al juicio de Babilonia, tema al que ha dedicado todo un capítulo pero que no describe en ninguna parte, salvo en 17:16. En este caso, Juan anuncia la cena de bodas del Cordero, pero no describe concretamente el hecho: simplemente lo anuncia.

Versículo 6. **Yo oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos.** Esta es la misma voz que Juan oyó expresando gratitud por el juicio de Babilonia (19:1), la voz de un ejército de ángeles. La voz del Cristo glorificado era como el sonido de muchas aguas (1:15); el primer llamado que Juan oyó era como la voz del trueno (6:1; véase también 14:2).

La hueste angelical proclamó que Dios había llegado a ser Rey. Tanto RV como VM no dan en el blanco con la idea al traducir la frase en presente: "reina". El verbo griego es un tiempo pasado, en lo que los filólogos llaman aoristo, que enfatiza el comienzo de una acción. La BJ y NC traducen más correctamente "Ha establecido su reino". En este punto en el Apocalipsis, el reino de Dios de hecho aún no ha sido plenamente establecido; espera el retorno de Cristo, el encadenamiento de Satanás y la instalación del reino mesiánico de Cristo, hechos todos que aún tienen que ser descritos. Esta es una declaración anticipada análoga al anuncio de 14:8 de la caída de Babilonia y 11:15ss del establecimiento del reino de Dios. Sin embargo, el juicio de Babilonia ha sido anunciado como el primer gran acto en el establecimiento del reino de Dios. Los adversarios humanos y demoníacos deben ser eliminados antes de que pueda prevalecer el gobierno de Dios; su aniquilación es el comienzo de su gobierno triunfante.

Versículo 7. Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. La voz anuncia las bodas del Cordero; no las describe. Proclama que las bodas del Cordero han de tener lugar pronto. La palabra traducida "esposa" es literalmente eso y no "novia" (*gyné* y no *nymphé*). Algunos intérpretes piadosos han tratado de hacer una distinción teológica entre la esposa del Cordero y su novia o prometida. Sin embargo, una mujer prometida puede ser llamada esposa en el sentido de que es una desposada, aun cuando las bodas no hayan tenido lugar todavía (véase Gn. 29:21; Dt. 22:24). Por ejemplo, el ángel dijo a José que no tuviera temor de tomar a María "tu mujer" (Mt. 1:20). La metáfora de la esposa y la iglesia se presenta en Efesios 5:25ss,32, donde Pablo exhorta a los hombres a amar a sus esposas como Cristo amó a la iglesia. A menudo, Israel aparece como la esposa de Yahvéh o éste como el esposo de Israel (Is. 54:5,6; 62:5; Jer. 31:32; Ez. 16:8ss) y toda la profecía de Oseas está basada en el tema de Israel como la esposa adúltera de Dios. Sin embargo, la profecía asegura a Israel un nuevo día, cuando Dios promete: "Te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová" (Os. 2:19,20).

Jesús usó el tema de las bodas para representar su relación con sus discípulos, tanto en sus aspecto presente como futuro. Declaró que era el esposo que vendría a su pueblo: "¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo?" (Mr. 2:19). El hecho de que sus discípulos aparezcan aquí como huéspedes de bodas, más bien que como la esposa se debe a la flexibilidad del lenguaje parábólico. Si este lenguaje debiera llevarse hasta las últimas consecuencias faltaría la novia; estarían sólo el novio y los huéspedes. Juan el Bautista también señaló a Jesús como el esposo, designándose a sí mismos sólo como el amigo del esposo (Jn. 3:29).

Jesús usó la metáfora de una fiesta de bodas para describir la venida escatológica del reino (Mt. 22:1-14). En esta parábola, la novia no tiene papel alguno; la atención es enfocada totalmente sobre los invitados, algunos de los cuales aceptaron la invitación mientras que otros se burlaron. Obviamente, los huéspedes que aceptaron son los que responden afirmativamente a la invitación, mientras que los otros representan a gente como los escribas y fariseos que rechazaron a Jesús y su mensaje. Una vez más, Jesús comparó la hora incierta de la venida del novio con la hora desconocida de la venida del reino de Dios (Mt. 25:1-13). En esta parábola, no se identifica a la novia; la atención se centra en las diez vírgenes. Las primeras cinco sabias que lograron entrar a la fiesta de bodas representan a los seguidores de Jesús que están preparados y alertas ante su venida, mientras que las cinco necias representan a aquellos que piden ser admitidos pero que no están preparados. La novia no juega papel alguno.

En el pensamiento paulino, la expresión veterotestamentaria de Israel como esposa de Yahvéh es aplicada al cuerpo de los creyentes, la iglesia. Antes de la venida de Cristo, los hombres estaban ligados a la ley como una esposa está ligada a su esposo, pero en Cristo, este vínculo con la ley se ha roto y los hombres son libres para unirse a Cristo como una esposa está libre para tomar un nuevo marido (Ro. 7:1-4). En razón de que los creyentes están unidos de ese modo al Señor en los vínculos del matrimonio espiritual, deben abstenerse de toda inmoralidad (1 Co. 6:17). En estos pasajes, la iglesia es concebida como la verdadera esposa que está ligada por matrimonio a Cristo. Sin embargo, Pablo dice que él ha desposado a los corintios con Cristo “con un solo esposo... como una virgen pura” (2. Co. 11:2). En este pasaje, la iglesia aún no es la esposa; el matrimonio es la unión escatológica. Esta flexibilidad de significado pone en claro que toda la idea esposo-esposa es una metáfora que describe la relación de la iglesia con Cristo, tanto en sus aspectos presentes como futuros.

No puede hacerse una verdadera distinción entre Israel como la esposa de Yahvéh y la iglesia como la novia de Cristo; la iglesia es también su esposa. Sin embargo, la consumación de esta relación es un hecho escatológico que espera el regreso de Cristo. En otra parte, Pablo compara la relación de Cristo con su iglesia como la de un esposo con su esposa (Ef. 5:25ss), pero la boda real se presenta como algo futuro cuando la iglesia se presente “resplandeciente”, sin “mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada” (Ef. 5:27BJ).

Es este hecho escatológico —la unión perfecta de Cristo y su iglesia— lo que Juan anuncia bajo la metáfora del matrimonio del Cordero. Debe enfatizarse nuevamente que Juan no describe la cena de bodas; sólo anuncia que ha llegado el tiempo. El hecho concreto no se describe en ninguna parte; es una forma metafórica de aludir al evento redentor final cuando esté “el tabernáculo de Dios con los hombres, y El morará con ellos; y

ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Ap. 21:3). Esta es la razón por la cual Juan puede aplicar la misma metáfora a la novia preparada para su esposo, a la nueva Jerusalén que desciende del cielo para morar entre los hombres (Ap. 21:2) y por la que el ángel puede referirse a la nueva Jerusalén como “la desposada, la esposa del Cordero” (Ap. 21:9). Del mismo modo como Jerusalén aparece a menudo en la Escritura para representar al pueblo de Dios (Mt. 23:37), así en la visión del nuevo mundo, el pueblo de Dios y su capital (la iglesia y la nueva Jerusalén) están tan estrechamente unidas que la misma figura (la novia) se usa para ambos.

“Su esposa se ha preparado”. En Efesios 5:25, la preparación de la esposa para la boda se representa con el ejemplo de Cristo al dar su vida por ella; se exhorta a los cristianos para que estén preparados. En tanto que la redención sea totalmente la obra de Dios en Cristo, debe haber una respuesta humana. “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es. Y todo aquél que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:2,3). “Puesto que tenemos tales promesas, limpiéndonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios (2 Co. 7:1).

Versículo 8. Si bien la esposa tiene que prepararse a sí misma para la boda, su gloriosa vestidura no es algo que ella pueda adquirir por sí misma; **se le ha concedido**, es decir, que se le ha dado como un don divino. El **lino fino, limpio y resplandeciente**, aparece en agudo contraste con las brillantes vestiduras de la ramera. El vestido de boda es una simple túnica blanca que ha sido lavada y “emblanquecida en la sangre del Cordero” (7:14).

No es totalmente seguro que acciones justas sea la traducción correcta de *dikaionata*. El significado básico de la palabra es “estatuto” u “ordenanza”. Se usa en 15:4 para los decretos de Dios en juicio y la sentencia de la condenación de las naciones. Pablo usa la palabra para el decreto de Dios en general (Ro. 1:32) y para su decreto de justificación en particular (Ro. 5:16) y es posible que éste sea el significado que quiso dar Juan. El lino fino de los santos consiste en el decreto de justificación de Dios para los creyentes.¹ Sin embargo, el plural es difícil de traducir de esta forma y en Romanos 5:18 la palabra aparece en contraste con *paraptoma* —un acto de transgresión— y se refiere al acto de justicia cumplido por Cristo en su muerte. Por lo tanto, parece más fácil traducir la palabra como RV “acciones justas”. Si bien el vestido de bodas es un don divino, no es un asunto arbitrario o formal sino dinámico. Los santos que son llamados a la fiesta del Cordero son aquellos que han guardado los mandamientos de Dios y han perseverado en su fe en Jesús (Ap. 14:12).

Versículo 9. El **ángel** que habla a Juan no se identifica; posiblemente es el de 17:1 que le mostró el juicio de Babilonia. El anuncio de las bodas del

Cordero vino de una gran hueste de ángeles (19:6). Ahora un sólo ángel pronuncia una bendición sobre aquellos que participan en la fiesta de bodas.

Superficialmente, parece haber confusión en los pensamientos del vidente debido a que su atención deriva de la novia a los huéspedes de la boda. ¿Son dos compañías distintas? Un comentarista reciente ve aquí una distinción entre la iglesia (la esposa) y los invitados (los santos del Antiguo Testamento y los períodos premileniales).² Esto desconoce la fluidez del lenguaje metafórico; el concepto de la iglesia como esposa y la consumación escatológica como un matrimonio, son metáforas. Aun como en las parábolas de nuestro Señor (véase sobre el v. 7), la atención se centra a veces en los invitados, mientras que la novia es totalmente ignorada, de modo que la atención puede derivar de la novia a los huéspedes, sin perder el sentido. Cristo es tanto el Cordero como el pastor de las ovejas (Ap. 7:17) y también un guerrero conquistador (Ap. 19:11ss). De ese modo, la iglesia es tanto la esposa como los invitados.

La cena de las bodas. La consumación mesiánica se describe no sólo como una cena de bodas, sino como un banquete gozoso. Jesús dijo que muchos vendrían del oriente y del occidente y se sentarían a la mesa con los patriarcas en el reino de los cielos (Mt. 8:11). Dijo a sus discípulos en la última cena que El no bebería más del fruto de la vid hasta que lo bebiera con ellos en el reino de Dios (Mt. 26:29).

Los que son llamados (*hoi keklemenoi*). Los hombres no pueden tener acceso a la fiesta de bodas por sus propios méritos; deben recibir una invitación divina (véase Mt. 22:3; Lc. 14:17; Ap. 17:14). La iniciativa para la salvación siempre es el llamado de Dios.

El ángel dijo a Juan: **Estas son palabras verdaderas de Dios.** A la luz de todo el mal que experimenta la iglesia sobre la tierra, el ángel agrega una solemne seguridad de que esta promesa de bienaventuranza en la fiesta mesiánica es la infalible palabra de Dios.

Versículo 10. Juan quedó sobrecogido de temor por lo que acababa de oír y por la presencia del ángel que declaraba que las palabras de bienestar sobre los invitados a la cena de bodas eran realmente las palabras de Dios. Si bien había una tendencia en la iglesia primitiva a adorar a los ángeles (Col. 2:18), ésta fue criticada por los apóstoles y es posible que Juan confundiera la voz del ángel con la voz de Cristo. El ángel reprendió levemente a Juan, diciéndole que era sólo un consiervo suyo y de sus **hermanos que retienen el testimonio de Jesús.**

La última frase puede interpretarse de dos maneras diferentes. La frase aparece por primera vez en 1:2 donde el ángel "ha dado testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo". Allí era un genitivo, que indica el testimonio que Jesucristo dio a sus iglesias. Véase también 1:9; 6:9; 12:11 donde "el testimonio de Jesucristo" indica el testimonio que

Cristo dio a su pueblo, que a su vez ellos aceptaron y del cual dieron testimonio. Esta es una traducción posible de este pasaje: el testimonio de la verdad y del plan redentor de Dios. El tema de todo el libro del Apocalipsis es la liberación final en el reino escatológico de Dios de aquellos que se mantienen en la revelación que Cristo ha dado a los hombres. Sin embargo, la frase tal como es repetida en la frase siguiente puede entenderse más fácilmente como un genitivo objetivo: el testimonio dado por la iglesia a Jesús. Este es probablemente el significado de la misma frase en 20:4. Véase también 22:16.

Adora a Dios, dijo el ángel a Juan; a Dios únicamente y no a los ángeles, pues El tiene un derecho exclusivo a la adoración humana.

Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía. Una vez más, esto puede ser tanto un genitivo objetivo como subjetivo. Puede significar que el testimonio del propósito redentor de Dios anunciado por Jesús a los hombres se cumple sólo por medio del espíritu de profecía. Las cartas a las siete iglesias son la voz del Espíritu Santo (Ap. 2:7); este estribillo es repetido al fin de cada una de las cartas. Por la otra parte, puede significar que cualquier testimonio verdadero de la persona y obra redentora de Jesús debe tener su fuente en el espíritu de profecía. En cualquier caso, ambas ideas son verdaderas; en este contexto, el genitivo objetivo es la elección más fácil.

La última frase no es parte de las palabras del ángel a Juan, sino que es la explicación del apóstol de por qué el ángel es considerado indigno de adoración. El ángel no es el objeto de la palabra profética; por el contrario, los ángeles, junto con los hermanos de Juan que son inspirados por el espíritu de profecía, dan testimonio de Jesús y en este sentido, el ángel no es un consiervo de los santos en relación de estos con Cristo.

(2) La venida de Cristo 19:11-16)

La declaración precedente ha anunciado la inminente boda del Cordero que da por sentado el retorno de Cristo, lográndose de este modo la perfecta unión de Cristo y su pueblo. Esta unión —la boda y la fiesta de bodas— no se describe en ninguna parte. La nueva visión de Juan del Cristo que vuelve enfatiza sólo un aspecto de su venida: su victoria sobre los poderes del mal. Este es un tema poco desarrollado en las profecías del Antiguo Testamento; pero en los profetas generalmente es el mismo Yahvé el que va adelante a una guerra victoriosa para establecer su reino sobre sus enemigos (Is. 13:4; 31:4; Ez. 38,39; Jl. 3; Zac. 14:3). El más vívido cuadro profético es de un guerrero sin nombre que marcha con coloridas vestimentas en pro de la justificación, que ha pisado el lagar de la ira de Dios y ha manchado sus ropas con la sangre de sus enemigos, que aplasta a los pueblos hostiles en su ira y que ha fijado el día de venganza (Is. 63:1-6). Juan ve a Cristo viniendo como un guerrero conquistador con vestiduras

manchadas de sangre, que destruye con su poderosa espada todos los poderes hostiles y opuestos.

Algunos comentaristas sostienen que este retrato de Cristo contradice el concepto del Cristo bondadoso y misericordioso que se encuentra en el resto del Nuevo Testamento. Esto no es cierto; en todas partes en el Nuevo Testamento el elemento de victoria por medio del juicio es un aspecto ineludible de la obra total de Cristo (véase Mt. 13:41,42; 25:41; Ro. 2:5; 2 Ts. 1:7; 2:8).

El Apocalipsis emplea el simbolismo para describir hechos redentores y esta sección también está llena de simbolismo, por lo tanto se violaría la naturaleza del lenguaje apocalíptico si se espiritualiza este pasaje al punto de llegar a designar los hechos judiciales de Dios en hechos históricos comunes. El simbolismo apocalíptico en un pasaje como éste, al igual que en 6:12-17, representa lo que los estudiosos ven como hechos históricos comunes en la historia: hechos de Dios que trascienden toda la experiencia histórica ordinaria. La segunda venida de Cristo es un tema absolutamente esencial en la teología neotestamentaria. En su cruz y resurrección, Cristo ganó una gran victoria sobre los poderes del mal; con su segunda venida, El logrará esa victoria. Al margen de su regreso para limpiar a su creación del mal, la redención queda siempre incompleta. Como ha escrito Hanns Lilje, “aquellos que creen en la realidad de la resurrección de Cristo también deben esperar su retorno”.³

Versículo 11. Entonces vi el cielo abierto. Al comienzo de su profecía Juan vio una puerta abierta en el cielo y fue llamado a la esfera celestial para contemplar los secretos divinos. En el curso de sus visiones, vio el templo en el cielo abierto y el arca del pacto presentada a los hombres (Ap. 11:19). Lo que es sugerido en estas visiones se cumple ahora cuando el cielo es abierto para abrir paso a la triunfante venida del Mesías.

Y he aquí un caballo blanco. El caballo que salió cuando se rompió el primer sello (6:2) era blanco y algunos intérpretes identifican a los dos. Sin embargo, eso es altamente improbable. No puede haber error en la identidad del jinete de este caballo; es “el Verbo de Dios” (v. 13). El blanco es un símbolo de victoria y en todas partes en el Apocalipsis el blanco es asociado con las cosas de Dios y la victoria divina. El caballo blanco representa aquí a Cristo en su victoria final sobre los malos poderes que han oprimido al pueblo de Dios a lo largo de la historia.

El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero. Estas palabras fueron atribuidas a Cristo en 3:14. Las dos palabras son prácticamente sinónimas, porque la idea hebrea de verdad no era básicamente una correspondencia con la realidad como en griego, sino de confiabilidad. El “Dios de verdad” (Jer. 10:10) no es el Dios que revela la verdad eterna, sino el Dios en quien puede confiarse que guarde su pacto. Cuando Juan en su evangelio escribió que “la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn. 1:17),

quería decir que en la vida, muerte y resurrección de Cristo, la fidelidad de Dios fue revelada en cumplimiento de su pacto. El retorno de Cristo será la reaparición de Aquel que ya ha aparecido entre los hombres para llevar a su final y plena consumación las promesas del pacto de Dios.

Y con justicia juzga y pelea. El verbo en tiempo presente indica el carácter permanente de Mesías en todos sus actos. La gran profecía del rey davídico lo describe como alguien que juzga al pobre con justicia y decide con equidad por los mansos de la tierra (Is. 11:4). El regreso victorioso de Cristo sobre sus enemigos no será un acto de venganza personal ni una manifestación arbitraria de poder divino; será un acto de justicia que reflejará la fidelidad de Dios, porque la extirpación del mal es el lado negativo de la salvación divina.

Versículo 12. Sus ojos eran como llama de fuego (véase 1:14). Esto representa la mirada de Cristo que todo lo examina. La experiencia humana está llena de misterios y de interrogantes sin resolver, pero los ojos de Cristo escudriñan todas las cosas; nada está escondido de su mirada.

Había en su cabeza muchas diademas. Usa la corona de la realeza porque es el Rey de reyes y Señor de señores (17:14). La venida de Cristo significará la manifestación pública y la aplicación universal de la soberanía que ya es suya en virtud de su muerte y resurrección. En su resurrección y ascensión, comenzó a reinar como rey davídico (Mesías) y Señor (Hch. 2:36). Aun ahora es el Señor exaltado (Fil. 2:9) y debe reinar como rey hasta que ponga a sus enemigos debajo de sus pies (1 Co. 15:25). Su reino mesiánico será incompleto hasta que haya destruido “todo dominio, toda autoridad y potencia” (1 Co. 15:24). Si bien está ahora reinando como Señor y Rey, en las manos del mal hay gran autoridad y poder. El significado de su segunda venida es el triunfo de Cristo sobre todos los poderes hostiles y ya ha sido anunciada: “¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!” (véase la nota sobre 19:6).

Tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Cristo ya ha sido denominado “Fiel y Verdadero” (v. 11) y otra vez “El Verbo de Dios” (v. 13). El hecho de que también tenga un nombre secreto significa que la mente humana no puede captar la profundidad de su ser.

Versículo 13. El cuadro del Cristo conquistador obtiene algo de su esencia de la visión de Isaías 63 del conquistador que prensa el lagar de la ira de Dios, cuyas vestiduras son salpicadas con la sangre de sus enemigos. Debemos concordar con la mayoría de los comentaristas modernos en que **una ropa teñida en sangre** se refiere a las vestiduras ensangrentadas por el conflicto y la batalla y no a la propia sangre de Cristo sobre la cruz. Aquí el cuadro es el de Cristo el guerrero Conquistador del mal, no Cristo el redentor. Se ha objetado de que no puede ser sangre de la batalla, porque la batalla aún no ha ocurrido, pues Cristo viene a combatir. Esta objeción pasa por alto la fluidez y naturaleza simbólica del lenguaje apocalíptico.

Cristo puede ser presentado como un guerrero aun antes de que comience la batalla.

La designación de Cristo como **El Verbo de Dios** es un hecho distintivo que liga al Apocalipsis con otros escritos juaninos (Jn. 1:1; 1 Jn. 1:1). Para los cristianos modernos “la Palabra de Dios” (BJ) es primordialmente la Biblia. En el Nuevo Testamento, la Palabra de Dios es primordialmente la buena nueva del evangelio, sea proclamada por Jesús (Lc. 5:1; 8:11; 11:28) o por los apóstoles (1 Co. 14:36; 2 Co. 2:17; 4:2; 1 Ts. 2:13). Cristo en su propia persona es la Palabra (Verbo) de Dios por excelencia, la encarnación del plan redentor de Dios en su totalidad.

Versículo 14. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. Es posible que estas huestes representen a los santos, pero es más probable que sean las huestes celestiales de los ángeles. La presencia de los ángeles en el día apocalíptico es un aspecto común en el pensamiento bíblico. “Vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos” (Zac. 14:5). El Hijo del Hombre en su venida será acompañado por ángeles (Mr. 8:38; Lc. 9:26; 1 Ts. 3:13; 2 Ts. 1:7). La vestidura blanca y limpia de los ejércitos celestiales indica que comparten la victoria del Mesías. Sin embargo, no se dice nada de su participación en el conflicto; esto pertenece sólo al Mesías. No llevan armadura ni armas. Como Cordero, Cristo es seguido por los santos (17:14); como Guerrero celestial, es seguido por los ángeles.

Versículo 15. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro. La única arma empleada en la guerra es la palabra de Cristo. Este lenguaje nos lleva a Isaías 11:4: “Herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío”. Esta es una representación simbólica de victoria por el poder de una palabra que no puede ser considerada literalmente. La idea nos lleva a la creación. Dios creó los mundos por su palabra. Habló y fue hecho. Esta creación fue posible por la palabra viviente, Cristo (Jn. 1:3; He. 1:2). El juicio sobre el viejo orden también será ejecutado por la palabra de Cristo. Es imposible decir exactamente cómo Juan visualizó esta victoria. Sin embargo, es seguro que observó hechos objetivos concretos que transformaron la estructura de la sociedad humana, limpiándola del mal. Por supuesto es imposible la idea de una batalla literal, con armas militares. La metáfora de una espada para la palabra de Dios no es desconocida (He. 4:12). La espiritualización radical de este concepto que ve un conflicto de ideologías humanas en la historia humana y el triunfo del cristianismo no concuerda con la naturaleza del pensamiento apocalíptico.

Y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. He aquí una nueva alusión a Isaías 63:3, que ya hemos encontrado en la visión de la vendimia (14:19).

Versículo 16. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nom-

bre: Rey de reyes y Señor de señores. Este es un cuarto nombre dado al Cristo que vuelve. Se conoce a sí mismo por su nombre oculto; es conocido por las iglesias como el Fiel y Verdadero, la Palabra (Verbo) de Dios; es conocido por el mundo como Rey de reyes y Señor de señores. Es posible que el primer “y” sea para describir mejor la frase siguiente: sobre su vestidura, donde cubre el muslo. No se dice por qué este nombre debiera estar concretamente en su muslo. El nombre designa la soberanía absoluta de Cristo. Para el creyente, esto ya es verdadero (1 Co. 8:5,6); en el retorno de Cristo, será una realidad reconocida por todos.

(3) La batalla de Cristo y el Anticristo (19:17-21)

Uno de los temas principales del Apocalipsis es el conflicto entre Dios y Satanás que se manifiesta en la historia en el conflicto entre Cristo y el Anticristo. En las secciones finales que describen el triunfo de Cristo, Juan primero establece el triunfo de Cristo sobre el Anticristo y sus aliados, lo que es descrito en términos de una gran batalla; a continuación sigue el triunfo de Cristo sobre el mismo Satanás, lo que ocurre en dos etapas: su atadura en el abismo y su destrucción en el lago de fuego. La batalla misma con el Anticristo no se describe, sino que se da por hecho. La victoria sobre el Anticristo incluye necesariamente la victoria sobre los reyes y naciones de la tierra que dan su apoyo y alianza al Anticristo. Esta es la batalla de Armagedón, que ya ha sido anunciada anticipadamente en el sonido de la sexta trompeta (16:12-16), cuando los espíritus demoníacos reunieron a los reyes de la tierra en alianza con el Anticristo en “aquel gran día del Dios Todopoderoso”. La expresión con la que Juan describe la gran batalla es extraída de Ezequiel 39:17-20, donde la victoria final de Dios sobre las naciones paganas particularmente contra Gog, Mesec y Tubal se describe en términos de una fiesta sacrificial que Dios está preparando para las aves de los cielos y las bestias del campo, cuando comerán carne y beberán sangre, cuando “os saciaréis sobre mi mesa de caballos y de jinetes fuertes y de todos los hombres de guerra, dice Jehová el Señor” (Ez. 39:20). Obviamente esta es una forma de describir una destrucción grande y decisiva de los enemigos de Dios y no puede tomarse literalmente.

Versículo 17. Juan ve a un ángel que estaba en pie en el sol, donde todas las aves de la tierra podrían verlo. El ángel clamó a gran voz, llamando a todas las aves que vuelan en medio del cielo para que se reunieran a participar de la gran cena de Dios. Esta cena aparece en contraste con la cena de las bodas del Cordero a la cual fueron invitados los santos. La cena es llamada “la cena de Dios” porque, como el festín de Ezequiel 39, es servido por Dios, provisto por El.

Versículo 18. La metáfora de la batalla comparada a una gran fiesta continúa. Como en Ezequiel 39, el festín es carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos,

libres y esclavos, pequeños y grandes. Es evidente que en este concepto “todos [los hombres]” designa a aquellos que han aceptado la marca de la bestia y han escogido ser leales al Anticristo antes que humillar sus corazones en respuesta a los juicios de Dios que han soportado y reconocer la soberanía de Cristo. Los detalles de la descripción señalan la aniquilación del mal y de los hombres malos.

Versículo 19. Ahora Juan ve las fuerzas del enemigo llevadas aparentemente a Armagedón para pelear **contra el que montaba el caballo, y contra su ejército.** A la cabeza de estas fuerzas está la bestia, el Anticristo mismo y apoyándole **los reyes de la tierra** (16:14; 17:2,18; 18:3).

Versículo 20. Uno podría esperar alguna descripción de la batalla con los reyes de la tierra pero, por el contrario, Juan vuelve de improviso a su tema principal, la derrota del Anticristo. La derrota de los reyes que lo apoyan es un aspecto totalmente secundario. Juan simplemente declara que **la bestia fue apresada y con ella el falso profeta y fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre.** El lago de fuego es la Gehenna, aunque la palabra misma no se usa en el Apocalipsis. En el Nuevo Testamento, Hades y Gehenna se distinguen claramente entre sí. El Hades es el estado intermedio entre la muerte y la resurrección (Mt. 16:18; Lc. 16:23; Hch. 2:27) y a veces se usa en forma sinónima con la tumba (Ap. 1:18; 6:8; 20:13). Es el equivalente al Seol del Antiguo Testamento (véase las notas en 14:9,10). Como el Ge Hinom o valle de Hinom era un lugar de sacrificios humanos, llegó a ser el infierno de castigo eterno en la literatura apocalíptica (*Enoc* 27:1ss; 54:1ss; 56:3ss; 90:29; 4 *Esdras* 7:36; *Apocalipsis de Baruc* 59:10; 85:13). El hecho de que en los Evangelios el infierno se describe no sólo como un lugar de fuego, sino también como un lugar de tinieblas (Mt. 8:12; 22:13; 25:30) sugiere que ambas descripciones usan un lenguaje metafórico extraído del judaísmo contemporáneo para describir el juicio final e irremediable. También es significativo que, en el importante pasaje de Pablo sobre el hombre de pecado, éste —el Anticristo— no es echado al lago de fuego, sino que es muerto por el espíritu (BJ “soplo”) de la boca del Mesías (2 Ts. 2:8). Por supuesto, este lenguaje es metafórico y describe la destrucción completa. El lago de fuego aparece de nuevo en 20:10,14,15; 21:8).

Versículo 21. Ahora Juan habla en una forma muy concisa de la destrucción de los ejércitos del Anticristo, que consisten en los reyes de la tierra y aquellos que han sido seducidos por el falso profeta para recibir la marca de la bestia y adorar su imagen (v. 20). Todo lo que dice que es que **los demás fueron muertos por la espada del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.** No sabemos la manera en que Juan concebía esta matanza. Es claro, sin embargo, que él quiere indicar la destrucción de las huestes malignas. Algunos eruditos encuentran elementos de universalismo en el Nuevo Testamento; sin embargo, esto

sólo puede ser hecho cuando se sacan ciertos versículos de su contexto bíblico. El Nuevo Testamento prevé que masas de hombres permanecerán sin arrepentirse y endurecidos en su corazón, sin más esperanza que la del juicio y la ira del Cordero.

CAPITULO VEINTE

El triunfo mesiánico

HABIENDO RELATADO la destrucción del Anticristo, Juan relata ahora la derrota y destrucción del amo de la bestia, el mismo Satanás. Esto ocurre en dos etapas diferentes. Primero, Satanás es atado y encerrado en el abismo; la primera resurrección tiene lugar y los santos resucitados se unen a Cristo en su reino mesiánico de mil años. Al fin de este reinado parcial, Satanás es desatado de su prisión y encuentra que los corazones de los hombres sobre los cuales Cristo ha reinado aún responden a sus seducciones. Los engaña nuevamente y los reúne en una segunda batalla contra Cristo. Después de su derrota, Satanás es echado en la Gehenna donde están la bestia y el falso profeta; luego tiene lugar (presumiblemente) la segunda resurrección, porque los muertos están delante del trono de Dios en el juicio final. Los malvados se unen al Anticristo y Satanás en la Gehenna y los justos entran en el estado final de bienaventuranza en el nuevo cielo y la nueva tierra.

La interpretación de este capítulo ha sido una fuente de gran debate y aun conflicto en la iglesia. Los sistemas de escatología a menudo han sido identificados de acuerdo a la forma en que tratan la cuestión del milenio, el reinado de Cristo por mil años. Un criterio posmilenial ha sido popular entre los intérpretes de la escuela histórica, quienes ven en el Apocalipsis una profecía del curso de la historia aquí en la tierra. *Posmilenialismo* significa que el regreso de Cristo no ocurrirá hasta que el reino de Dios haya sido establecido por la iglesia en la historia humana. Según este criterio, el capítulo 19 no describe la venida de Cristo, sino que es una

forma muy simbólica de describir el triunfo de los principios cristianos en los asuntos humanos y el triunfo de Cristo por medio de su iglesia. Después de esta “edad dorada”, Cristo volverá a levantar a los muertos, a juzgar al mundo y a instalar el nuevo orden eterno.

Amilenialismo es el término usado para describir el criterio de aquellos que no esperan un reino milenial de Cristo, sea antes o después de su segunda venida. Esta forma de interpretar Apocalipsis 20 implica el principio de la recapitulación, o sea que la estructura del Apocalipsis no relata hechos consecutivos, sino que frecuentemente cubre el mismo campo desde diferentes perspectivas.

Los intérpretes de este punto de vista a menudo identifican la atadura de Satanás y su encarcelamiento en el abismo con la victoria sobre él cumplida por nuestro Señor en su ministerio terrenal. Es claro que los Evangelios representan a Jesús como si hubiera atado a Satanás (Mt. 12:29) y lo hubiera arrojado de su sede de poder (Lc. 10:18) y esta victoria sobre Satanás se refleja en el Apocalipsis (véase la nota sobre 12:9); si la atadura de Satanás en Apocalipsis 20 es la misma que en Mateo 12 o es un hecho escatológico, es una cuestión discutible.

Los amilenialistas generalmente entienden la “primera resurrección” en una de dos formas diferentes. Algunos ven aquí la resurrección para vida eterna, lo que es una realidad espiritual que llega a cada creyente cuando se convierte (Jn. 5:25; Ef. 2:5,6). El reinado de Cristo con sus santos es ya el reino de Cristo manifestado en la historia a través de la iglesia, o el reinado espiritual de los creyentes con Cristo “en lugares celestiales” (Ef. 2:6). El período de mil años no es historia literal; es un número simbólico coexistente con la historia de la iglesia en la tierra entre la resurrección de Cristo y su retorno.

Una interpretación amilenial diferente entiende la resurrección y el reinado de los santos con Cristo representando el destino de los mártires. Aunque fueron muertos, los mártires no mueren realmente. De hecho, viven y reinan con Cristo en el cielo. El “milenio” es la era de la iglesia cuando los santos mártires reinarán con Cristo en el cielo esperando la resurrección.

Premilenialismo es el criterio de que Apocalipsis 20 es totalmente escatológico. La venida de Cristo será seguida por la atadura de Satanás y la resurrección de los santos que se unirán con El en un reino temporal cuando El reine sobre la tierra. El reino milenial terminará con una última rebelión y el juicio final.

Una variante del premilenialismo es el dispensacionalismo, que ve al reino premilenial primariamente en términos de las promesas teocráticas de Dios a Israel. Todo el libro del Apocalipsis es interpretado en términos de estas presuposiciones dispensacionalistas y trata del destino de Israel restaurado en los últimos días y no de la iglesia. En muchos círculos, la

única forma de premilenialismo conocida es el dispensacionalismo. La forma de premilenialismo que ve el Apocalipsis como una profecía del destino de la iglesia no es muy común hoy, pero es la teología expuesta en este comentario.¹

Un asunto clave en nuestra comprensión del milenio es si el capítulo 20 presenta una recapitulación, comenzando desde el fin y que abarca toda la historia de la iglesia. En el capítulo 12, es indiscutiblemente claro que el pasaje vuelve la mirada al nacimiento del Mesías. Sin embargo, en este pasaje, no se encuentra una indicación tal. Por el contrario, los capítulos 18-20 parecen presentar una serie conectada de visiones. El capítulo 18 habla de la destrucción de Babilonia; el capítulo 19 habla de la destrucción de la bestia y el falso profeta y el capítulo 20 nos relata la destrucción del mismo Satanás, una destrucción que es cumplida en dos etapas. El Anticristo, el falso profeta y Satanás forman un triunvirato maligno y están estrechamente ligados en el capítulo 13 (véase también 16:13, donde se mencionan juntos en su solo versículo).

(4) La atadura de Satanás, la resurrección y el reino milenial (20:1-6)

Versículo 1. **Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en la mano.** Este abismo es aquel de donde salieron las langostas demoníacas para torturar a los hombres (9:1-6). En esa visión un ángel tenía las llaves del abismo que usaba para abrirlo y liberar a las langostas demoníacas. El abismo es también la morada de la bestia “que sube del abismo” (11:7; véase nuestra nota sobre 9:1ss). En este caso, Satanás es atado y encarcelado en el abismo. Por supuesto, éste es un lenguaje simbólico que describe una quiebra radical del poder y actividades de Satanás.

Versículo 2. **Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás.** Satanás es identificado aquí por el mismo complejo de nombres de 12:9, que describe un derribamiento anterior de Satanás. Es difícil entender los **mil años** en que estuvo atado en forma estrictamente literal en vista del obvio uso simbólico de los números en el Apocalipsis. Mil equivale a diez a la tercera potencia, un tiempo ideal. Si bien no necesitamos tomarlo literalmente, los mil parecen representar un período real de tiempo, por largo o corto que sea.

Versículo 3. El significado de esta atadura y encarcelamiento es que **no engañase más a las naciones** durante el período milenial. La idea del engaño a las naciones reaparece después que Satanás es liberado (20:8); reúne a las naciones una vez más en una nueva revuelta contra el Mesías, como la rebelión que ya ha ocurrido bajo el Anticristo (13:14; 16:14). Esto sugiere que esta atadura es distinta de la atadura de Satanás realizada por nuestro Señor en su ministerio terrenal; la última tenía especial referencia al exorcismo de demonios por el cual los individuos eran liberados de la atadura

satánica (Mt. 12:28,29). Debemos recordar que la misma idea de atar a Satanás es una forma simbólica de describir una disminución de su poder y actividad; no significa su inmovilidad total. Su encarcelamiento en el abismo no significa que todas sus actividades y poder son anulados, sino sólo que ya no puede engañar a las naciones como lo ha hecho durante la historia humana y guiarlas a una agresión activa contra los santos durante los mil años.

La mención de las naciones provoca una cuestión difícil. Uno puede suponer, a partir de los capítulos precedentes del Apocalipsis, que la totalidad de la humanidad ha sido envuelta en la lucha entre Cristo y el Anticristo. En los días del Anticristo, Satanás, el gran engañador (12:9) sedujo a los “reyes de la tierra” por el encanto y brillo de Babilonia para que dieran su lealtad al representante del demonio (16:12,14; 17:2; 18:3,9). Uno podría suponer que este engaño satánico abarcó a todas las naciones de la tierra, incluyendo tanto a sus reyes como a los súbditos. Ahora, sin embargo, parece claro que los “reyes de la tierra” representan un número selecto que ha apoyado al Anticristo. Aparentemente quedan naciones fuera del ámbito de esta lucha que son liberadas del engaño satánico.

La atadura de Satanás no es un castigo sino precaución; **después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo**. Después que el propósito del reino milenial de Cristo se haya cumplido, Satanás debe ser liberado para salir a engañar a las naciones. Estas palabras son difíciles de entender si son aplicadas a la atadura de Satanás por parte de nuestro Señor en su ministerio terrenal. La victoria que El ganó sobre Satanás fue ganada de una vez para siempre. Satanás nunca será liberado de la atadura a Cristo, obtenida por su muerte y resurrección.

Versículo 4. **Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos.** Este es un versículo muy difícil. La cuestión es: ¿cuántos grupos ve Juan? Muchos intérpretes reconocen sólo un grupo y limitan esta “primera resurrección” a los mártires, afirmando que Dios tiene una bendición especial para aquellos que han muerto a causa de su fiel testimonio de Jesús. El lenguaje sugiere dos grupos diferentes: un grupo a quien fue dado el juicio y un grupo menor, que son los mártires de la gran tribulación. En griego, el lenguaje es totalmente antigramatical, lo que lleva a Charles a tratar la primera frase como si fuera defectuosa.² Sin embargo, bien puede ser que Juan realmente divisó dos grupos: un grupo mayor de todos los santos y luego un grupo menor —los mártires— a los cuales distingue para una atención especial.

Esto concordaría con la teología bíblica como un todo, la cual da a los santos una parte en el gobierno escatológico de Cristo. Cristo mismo había

prometido por medio de Juan el profeta una parte en su trono a todos los que vencieran (3:21) y no encontramos razón para limitar esta promesa a los mártires. Es una promesa a todos los creyentes triunfantes. La promesa en 2:26 fue dada: "Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero, como yo también la he recibido de mi Padre". Aquí se hace otra vez una clara promesa de que los santos compartirán la autoridad y gobierno de Cristo. La promesa de reinar con Cristo como rey es repetida en 5:9,10 y es dirigida a todos los santos: "Nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra". Los santos constituyen un reino no porque sean la gente sobre la cual Cristo reina, sino porque comparten su reinado. La visión de Daniel del Hijo del Hombre no sólo alcanza al trono de Dios sino una pluralidad de tronos (Dn. 7:9), y esto significa que "el reino, y el dominio y la majestad de los reinos... sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán" (Dn. 7:27). Jesús prometió a sus discípulos: "De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel" (Mt. 19:28). Pablo dice, sin explicación: "¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?" (1 Co. 6:2). El verbo "juzgar" (*krino*) puede tener el significado más amplio de "gobernar"³ y este es probablemente el significado en 1 Corintios 6:2.⁴ En el Apocalipsis, el significado del juicio dado a los que están sentados sobre tronos es descrito más en la última frase del v. 2: "vivieron y reinaron con Cristo mil años".

Muchos comentaristas enfatizan la declaración, "Vi las almas de los decapitados", insistiendo que el paisaje tiene referencia al destino de los mártires en el estado intermedio más que a la resurrección. El alma de los mártires ya ha aparecido en el Apocalipsis. En la apertura del quinto sello, Juan vio las almas de los mártires bajo el altar (6:9ss), haciendo la pregunta: "¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?" Se les dijo que descansaran un poco más hasta que el número de sus consiervos estuviera completo. Ahora Juan vuelve a ver las almas de los mártires, pero inmediatamente agrega que "revivieron" (BJ). Esta es la palabra más importante en todo el pasaje. El exégeta debe decidir si significa resurrección o no y en base a esa decisión determinará cómo interpreta todo el pasaje. Este comentarista está convencido de que significa resurrección y por esa razón no puede enfatizarse la declaración de que Juan vio las almas de los mártires.

Algunos comentaristas ven tres grupos en este pasaje: los santos en general (los que están en los tronos), los mártires (los decapitados) y los

santos vivientes (aquellos que no adoraron a la bestia ni recibieron su marca). Es un hecho que el lenguaje del texto griego es irregular y podría permitir tal interpretación. “Almas” está en caso acusativo y la frase siguiente —los que no habían adorado a la bestia— está en nominativo. Pero Juan no se preocupa del estilo gramatical y escribe los casos oblicuos con un nominativo. Además, la declaración “revivieron” domina ambos grupos y no puede ser aplicada a los santos vivientes.

La frase “el testimonio de Jesús” es difícil de interpretar. Véase la nota sobre 19:10 y referencias. A menudo esta expresión en Juan es un genitivo subjetivo y se refiere al testimonio que Jesús dio de la salvación de Dios y que sus seguidores aceptaron (véase 1:2,9). En este pasaje, como en 19:10, el genitivo objetivo se adecúa mejor al contexto. Los santos fieles han sido decapitados a causa del testimonio que han dado de Jesucristo.

La frase “revivieron” es la traducción de la palabra griega *ezesan*. El punto crucial de todo el problema exegético es el significado de esta palabra. Es verdad que la palabra puede significar la entrada a la vida espiritual (Jn. 5:25), pero no es usada para alguna “resurrección espiritual” de las almas de los justos en la muerte. Sin embargo, la palabra es usada para la resurrección corporal (Jn. 11:25; Ro. 14:9; Ap. 1:18; 2:8; 13:14) y la mayoría de los comentaristas admiten que este es el significado en el versículo 5: “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años”. Si *ezesan* en el v. 4 designa la vida espiritual en la conversión o la vida después de la muerte en el estado intermedio, nos vemos enfrentados con el problema de la misma palabra usada en un mismo contexto con dos significados totalmente distintos, sin indicación alguna del cambio de sentido.

No puede objetarse sobre la base de que no es posible hablar de una realidad espiritual, y una literal en el mismo contexto. Jesús hizo lo mismo al hablar de los muertos y la resurrección (Jn. 5:25-29). Sin embargo este texto no provee una verdadera analogía para el pasaje del Apocalipsis. Hay una diferencia de suma importancia. En el Evangelio, el contexto mismo provee las claves para la interpretación espiritual en un caso y para la literal en el otro. Con relación al primer grupo, es decir, los que “revivirán”, ya ha llegado la hora. Esto aclara que la referencia es a aquellos que están espiritualmente muertos y que vuelven a la vida al oír la voz del Hijo de Dios. Sin embargo, el segundo grupo está “en los sepulcros”, es decir que son los muertos físicamente. Esos muertos han de ser devueltos a la vida. Parte de ellos experimentarán una “resurrección de vida”, o sea una resurrección corporal que les llevará a una experiencia plena de la vida espiritual que ya les pertenece. El resto será revivido para una “resurrección de condenación”, o sea a la ejecución del decreto del juicio divino que descansa sobre ellos porque han rechazado al Hijo de Dios y la vida que vino a traer (Jn. 3:18,36). El lenguaje de estas palabras revela que Jesús quería

que sus oyentes supieran que estaba hablando de dos experiencias de “vida”: una resurrección espiritual presente y una futura resurrección corporal.

En Apocalipsis 20:4-6, no hay esa clave contextual para una variación similar de interpretación. El lenguaje del pasaje es bien claro y sin ambigüedad. No hay necesidad de interpretar cada palabra espiritualmente a fin de introducir un significado en el pasaje. Al comienzo del período milenial, parte de los muertos resucitó; en su parte final, resucitó el resto de los muertos. El pasaje tiene un sentido perfecto cuando es interpretado literalmente. La exégesis natural e inductiva sugiere que ambos usos de *ezesan* deben ser tomados en el mismo sentido, como refiriéndose a una resurrección literal. No podemos hacer nada mejor que repetir las muy citadas palabras de Henry Alford:

Si en un pasaje, donde se mencionan *dos resurrecciones* donde ciertas *psychai ezesan* [almas revivieron] al principio y el resto de los *nekroi ezesan* [muertos resucitaron] sólo al fin de un período específico después del primero; si en tal pasaje puede entenderse que la primera resurrección significa un levantarse *espiritualmente*, con Cristo, mientras que la segunda significa un levantarse *literalmente* de la tumba, entonces se pone un punto final a todo significado en el lenguaje y se anula a la Escritura como testimonio definitivo sobre cualquier cosa.⁵ Hay un paralelismo entre este pasaje y Daniel 7.

Daniel 7

- 9. Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos
- 10. El tribunal tomó asiento (NC)
- 22. Se dio el juicio a los santos del Altísimo
Y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino

Apocalipsis 20

- Y vi tronos
y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar
- y vivieron y reinaron con Cristo mil años.⁶

Reinaron con Cristo mil años. Nuestra nota sobre la primera parte del versículo demuestra que la idea de los santos que comparten el reinado mesiánico de Cristo es algo común en el Nuevo Testamento. Sin embargo, este es el único pasaje en toda la Biblia que enseña un reinado temporal *milenario* y sólo hay otro pasaje en el Nuevo Testamento que puede ser considerado como un reinado temporal de Cristo entre su *parusía* [manifestación] y el *telos* [final]: 1 Corintios 15:23,24.⁷

Versículo 5. **Pero los otros muertos no volvieron a vivir [ezesan] hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.** La primera resurrección nos lleva al versículo 4, a las almas de los santos y mártires

que volvieron a la vida. Los comentaristas generalmente reconocen que la resurrección de “los otros muertos” es la resurrección escatológica. A menudo se pone énfasis sobre el hecho de que Juan no habla de una *segunda* resurrección, pero eso está implícito en la declaración de que “los otros muertos no volvieron a vivir [como lo habían hecho los participantes en la primera resurrección] hasta que se cumplieron mil años”. De hecho, si la primera resurrección es diferente de la resurrección del versículo 5, “los otros muertos” nunca vuelven a la vida como lo hicieron los primeros. Hay dos resurrecciones implícitas en el doble uso de *ezesan* y una “segunda resurrección” se describe aunque no se la titule como tal en el versículo 12. En ninguna otra parte el Nuevo Testamento enseña con más claridad una doble resurrección, aunque está implícita en pasajes como Juan 5:29, y 1 Corintios 15:24,25. En ninguna parte de sus epístolas, Pablo habla de la resurrección de los incrédulos; siempre se ocupa del destino de aquellos que están en Cristo. Si la primera resurrección incluye a todos los santos y mártires, “los otros muertos” incluyen a todos los que no han conocido y creído en Cristo. Su resurrección no ocurre hasta después del milenio; se describe en el versículo 12, cuando el resto de los muertos es resucitado para estar delante del trono del juicio de Dios.

Versículo 6. **Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos.** La “primera muerte” es la muerte del cuerpo que todos los hombres han de experimentar, excepto los que estén viviendo en la parusía. La segunda muerte es la muerte eterna en el lago del fuego (v. 14; véase Mt. 10:28 donde se contrastan la muerte del cuerpo y la del alma). Estos bienaventurados son llamados **sacerdotes de Dios y de Cristo**, porque tienen acceso a la presencia inmediata de Dios y porque también comparten su reinado en su reino mesiánico (1:6; 5:10). No sabemos exactamente cómo hemos de concebir su participación en el reino de Cristo. Los santos estarán con sus cuerpos resucitados, mientras que las personas que compongan “las naciones” (v. 8) estarán viviendo en su existencia natural. Muchos se han incomodado ante el pensamiento de esa mezcla de los redimidos y no redimidos. Sólo podemos sugerir que, después de la primera mañana de Pascua, Jesús en su cuerpo resucitado disfrutó de cuarenta días de relación con sus discípulos (Hch. 1:3). Dios tiene aún muchas maravillas en su propósito redentor.

(5) La destrucción final de Satanás y la muerte (20:7-15)

Versículos 7,8. **Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra.** Este versículo sugiere posiblemente la razón para el reinado temporal de Cristo durante el milenio. Una ardiente cuestión teológica es la justicia de Dios en el juicio y la condenación. Pablo se ocupa de que “toda lengua se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Ro.

3:19). Si bien Dios no precisa probar su justicia, Pablo se preocupa de que quede bien claro que Dios ha actuado con los hombres de tal modo que no tienen excusa (Ro. 1:20). En este caso, aun después que Cristo mismo ha reinado sobre los hombres durante el milenio, cuando el engañador es liberado de la prisión, encuentra los corazones humanos todavía dispuestos a responder a sus seducciones. Esto revela que la raíz definitiva del pecado no es la pobreza o las condiciones sociales inadecuadas o un ambiente humano desafortunado. El milenio y la posterior rebelión de los hombres probará que estos no pueden culpar al ambiente o las circunstancias desafortunadas por su pecaminosidad: en el juicio final se demostrará que los decretos de Dios son justos.

Gog y Magog son los nombres bíblicos de las naciones que se rebelan contra Dios y son hostiles a su pueblo. En Ezequiel 38:1, Gog es el príncipe de la tierra de Magog y viene del norte en los últimos días para presentar batalla contra el pueblo de Dios. En el Apocalipsis, ambas palabras representan a las naciones hostiles.

Si bien el Nuevo Testamento dice poco sobre un reino mesiánico temporal, la profecía de Ezequiel tiene la misma estructura básica que Apocalipsis 20. Los capítulos 36 y 37 describen la salvación de Israel restaurado a su tierra y bendecido con la salvación mesiánica (véase 36:24-29). La meta de la expectativa profética “vosotros me seréis por pueblo y yo seré a vosotros por Dios” (Ez. 36:28) se realiza ahora. David, el siervo de Dios, gobernará sobre su pueblo y Dios morará en medio de ellos (37:25,28). Sin embargo, la bendición del reino mesiánico no es el fin. El reino es perturbado por una guerra escatológica dirigida por Gog desde Magog (caps. 38,39) y sólo después de la victoria divina tenemos el cuadro de un nuevo orden eterno, el cual se describe en Ezequiel en términos de un templo reconstruido en la nueva Jerusalén (caps. 40-48).⁸ Esta estructura de un reino mesiánico temporal seguido por el reinado eterno de la nueva era es la misma que en el Apocalipsis.

Versículo 9. Los ejércitos del mal marchan contra **el campamento de los santos y la ciudad amada** como para librar batalla contra ella, pero ésta no ocurre. **De Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.** La palabra para “campamento” es exactamente la de una instalación militar, pero aquí se usa como residencia de los santos. Es claro que se los describe como si tuvieran su capital en la ciudad amada de Jerusalén. No ocurre una batalla concreta; Dios interviene y destruye a aquellos que odian a su pueblo. En vista de la revelación progresiva es imposible creer como los dispensacionistas que el templo judío ha de ser restaurado y establecer literalmente el sistema sacrificial cruento. Estos pertenecen al antiguo pacto que ya se ha cumplido (He. 8:13). Sin embargo, los santos en el milenio deben tener alguna sede, y no hay dificultad en suponer que el gobierno milenial de Cristo tendrá un centro terrenal en la ciudad santa de la tierra santa.⁹

Versículo 10. Nuevamente, como en la batalla de Armagedón, el énfasis en la victoria divina no es en la derrota de los ejércitos humanos que han luchado contra el Mesías y su pueblo, sino sobre la destrucción de los poderes que han estado detrás de ellos. **El diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta.** Esta es la destrucción final de la raíz definitiva del mal. Jesús mismo había hablado del “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41). El infierno no fue planeado para los hombres, sino para el demonio, pero aquellos que le siguen deben compartir su destino.

Y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Es imposible captar los términos concretos de este versículo. El demonio y sus ángeles son espíritus y no seres físicos; el fuego pertenece al orden material físico. Cómo un lago de fuego literal puede producir una tortura permanente a seres no físicos es imposible de imaginar. Es evidente que es un lenguaje simbólico que describe un hecho real en el mundo espiritual: la destrucción final y permanente de las fuerzas del mal que han perseguido a los hombres desde el jardín del Edén.

Versículo 11. Después de la destrucción de Satanás, Juan fue testigo del juicio final, la destrucción del viejo orden y la inauguración del estado eterno.

Y vi un trono blanco y al que estaba sentado en él. Esta es la preparación para el juicio final. Algunos intérpretes están sumamente interesados en el tiempo y lugar del juicio y teorizan de que hay varios juicios diferentes enseñados en el Nuevo Testamento: el juicio de las naciones para decidir cuáles entrarán al reino milenial (Mt. 25:31-40); el juicio de los creyentes antes de que Cristo se sienta a juzgar, para que ellos reciban sus recompensas por lo que han hecho estando en el cuerpo (2 Co. 5:10) y el gran juicio del trono blanco que es un juicio sólo de los incrédulos. Este esquema escatológico no puede ser demostrado, sino que descansa en inferencias sin apoyo. Por ejemplo, el elemento final del juicio de las naciones no es el reino milenial, sino la vida eterna o el castigo eterno (Mt. 25:46). Este es claramente el juicio final que decide el destino eterno de los hombres. El asiento de juicio de Cristo es también el asiento del juicio de Dios delante del cual deben estar todos los creyentes (Ro. 14:10). La Escritura no está interesada primordialmente en lo que preocupa a muchos estudiosos de la Biblia, es decir, en un esquema de cronología de hechos proféticos; tales esfuerzos para presentar distintos juicios no tienen un sano apoyo bíblico. Sin embargo, el hecho del juicio está sólidamente arraigado en el pensamiento bíblico. Pablo afirma esto inequívocamente (Ro. 2:6-10).

El trono es *blanco* para mostrar la gloria y majestad de Dios. Juan no identifica “al que estaba sentado en él”, pero en el Apocalipsis generalmente Dios es el que se sienta en el trono (5:1,7,13).

De delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Indudablemente esta afirmación revela una imaginación poética; el universo natural huye a la luz de la gloria y grandiosidad de la presencia de Dios. Pero es más que poesía; es la expresión de una importante verdad teológica. Esta declaración nos lleva a la primera anticipación del fin cuando fue abierto el sexto sello (6:12ss). Se describe una gran convulsión cósmica, cuando el sol se vuelve oscuro, la leña llega a ser como sangre, las estrellas caen, los cielos se desvanecen y las montañas son sacudidas (véase nuestra nota sobre ese pasaje). Este anuncio del fin se cumple ahora en la declaración del pasaje.

Detrás de estas declaraciones hay una profunda teología. La tierra fue creada para que el hombre morara en ella y el hombre como creación de Dios es solidario con el resto de la creación. Por lo tanto, se describe al mundo creado compartiendo los resultados del pecado humano, encontrándose él mismo en esclavitud para decaer, gemir y sufrir como de parto hasta ahora (Ro. 8:19-22). El viejo orden es un orden caído, que sufre bajo la maldición de la rebelión del hombre. Por lo tanto, antes de que pueda ser establecido el nuevo orden redimido, el juicio de Dios debe caer sobre el viejo orden, pero este juicio no es de destrucción, sino el preludio de una nueva creación. El juicio de la naturaleza y la nueva creación se encuentra en los profetas del Antiguo Testamento y se describe con gran variedad de detalles, pero siempre con el mismo motivo básico. A veces el cuadro es de simple regeneración del viejo orden como si la maldición se hubiera levantado (Is. 11:6-9); a veces se habla en términos de una transformación completa en un nuevo cielo y una nueva tierra (Is. 65:17).¹⁰ En la esperanza profética hay variedad de énfasis en la continuidad e interrupción entre el viejo y el nuevo orden; en el Nuevo Testamento, el elemento de interrupción se enfatiza mucho más que en el Antiguo, excepto en Isaías 65:6. Así, Pedro anticipa una desintegración de los cielos y el derretimiento de los elementos por el fuego. Sin embargo, el fin de este juicio sobre el viejo orden no es su destrucción final, sino el nacimiento de un nuevo orden. "Esperamos... cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia" (2 P. 3:13). Lo mismo es verdad en la visión de Juan. El viejo orden pasa para dar lugar al nuevo.

Versículo 12. **Juan vio a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios** (BJ, "del trono"). Esta declaración implica si es que no lo afirma claramente, la resurrección de "los otros muertos" (v. 5) que no experimentaron la primera resurrección.

Los libros fueron abiertos... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Juan no da más identificación de estos libros, pero la última frase sugiere que son los libros en los que han sido registradas las acciones de los hombres, tanto buenas como malas. Los libros de juicio son mencionados en Daniel 7:10. El Nuevo

Testamento insiste que la justicia de Dios en el juicio final no será arbitraria, sino basada totalmente sobre las acciones de los hombres (Ro. 2:6ss). Los apocalipsis judíos tomaron esa idea y frecuentemente mencionan los libros en los que Dios ha guardado un registro de las acciones de los hombres (*Enoc* 90:20; *4 Esdras* 6:20; *Apocalipsis de Baruc* 24:1).

Es significativo que el texto no indique que ninguno fue salvo sobre la base de sus buenas obras. Esto es distinto de los apocalipsis judíos. En el *Testamento de Abraham* (13) dos ángeles registran los hechos de los hombres; a la derecha, las buenas obras y a la izquierda, las malas. Otro ángel sostenía balanzas en las que pesa los hechos de los hombres. Otro prueba los hechos de los hombres con fuego; si sus obras son quemadas, son llevados fuera a un lugar de castigo; si sus obras no son quemadas, son declarados justos.

Otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida. Si nadie es salvo por sus obras, entonces hay otra posibilidad; el libro de la vida. Esto incluye los nombres de todos los que han creído en Cristo. La idea de un libro en el cual estén escritos los nombres de todos los justos se remonta hasta el Antiguo Testamento (Ex. 32:32,33; Dn. 12:1) y aparece varias veces en el Nuevo (Lc. 10:20; Fil. 4:3; Ap. 3:5; 13:8; 21:27).

Versículo 13. Y el mar entregó los muertos que habían en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno. El Hades (impropiamente traducido por algunos como “infierno” [NC] o “sepulcro” [VM]) es la morada de las almas en el estado intermedio y aquí es usado en forma sinónima con la tumba (cf. 6:8). Juan no quiere decir que los muertos que han perecido en la tierra y el mar experimenten un destino diferente después de la muerte; meramente quiere afirmar que *todos* los muertos, de cualquier forma que hayan muerto, estaban incluidos en ese juicio final (véase la nota sobre 19:20). Cuando Juan dice que el mar, la muerte y el Hades *entregaron los muertos que había en ellos*, evidentemente se refiere a la resurrección, aun cuando esto no es explícitamente afirmado. Ciertamente, no debemos pensar que las almas de aquellos que han encontrado la muerte ahogados permanecen en el mar hasta el tiempo del juicio. Juan simplemente quiere decir que todos los que se han ahogado, todos los que han pasado por la muerte, son reavivados para estar delante de Dios en el juicio.

Versículo 14. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta declaración revela que la misma idea de un lago de fuego es una expresión simbólica. La muerte y el Hades son personificadas y descritas como si fueran echadas al lago de fuego junto con la bestia, el falso profeta y Satanás. Evidentemente, es imposible tomar esto en forma literal. Juan quiere decir la destrucción final y completa de la muerte y la tumba. Es verdad que Cristo ha “abolido”, es decir, ha debilitado el poder de la muerte por su propia muerte y resurrección (2 Ti. 1:10), pero los santos

todavía mueren. Todo lo que significa la vida eterna no puede ser experimentado hasta que la muerte misma sea eliminada del universo.

Esta es la muerte segunda. Esta declaración tiene en mente el versículo siguiente. La idea de una muerte segunda para la muerte no tiene mucho sentido. La mente de Juan se mueve de la destrucción de la muerte al juicio de los malvados.

Versículo 15. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego. Por lo visto, nadie fue salvo por las obras, o sea sobre la base de las buenas cosas que hubiera hecho y que estaban registradas en los libros (v. 12). La salvación se encuentra sólo por medio del Cordero de Dios. Esto concuerda con la enseñanza de Pablo de “no hay justo, ni aun uno” (Ro. 3:10) y que la justificación se logra no por las obras de justicia sino sólo por la fe en Cristo.

CAPITULO VEINTIUNO

La consumación

LAS DIVISIONES de capítulos en la Biblia a menudo no coinciden con las unidades de pensamiento. La primera unidad en el capítulo 21 es continuación directa del capítulo 20, dando una breve declaración de la instalación de la nueva era con su nueva Jerusalén (21:1-8). Luego sigue otra visión que describe en detalle a la nueva Jerusalén (21:9-22:5), cuyo descanso ya ha sido mencionado. Después, a la visión final se agrega un apéndice como epílogo (22:6-21), lo que pone fin a todo el libro.

(6) La nueva creación (21:1-8)

Versículo 1. **Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron.** Esta disolución del viejo orden —la desaparición de la tierra y el cielo— ya ha sido anunciada (20:11). En su lugar, Juan ve un nuevo cielo y una nueva tierra. A lo largo de toda la Biblia, el destino final del pueblo de Dios es un destino terrenal. En un pensamiento griego típicamente dualista, el universo era dividido en dos esferas: la terrenal o transitoria y el mundo espiritual eterno. La salvación consistía en el vuelo del alma de la esfera de lo transitorio y efímero a la esfera de la realidad eterna.¹ Sin embargo, el pensamiento bíblico siempre coloca al hombre en una tierra redimida y no en una esfera celestial aparte de la existencia terrena.

La declaración de que **el mar ya no existía más** indica la diferencia radical entre el orden redimido y el orden caído. Esta idea aparece en los apocalipsis judíos (*Oráculos sibilinos* 5:447; *Asunción de Moisés* 10:6).

Nuestros modernos milagros científicos prácticamente han conquistado los mares, pero en el mundo antiguo con sus barquichuelos, el mar representaba el ámbito de lo oscuro, lo misterioso y lo traicionero. “Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo” (Is. 57:20; véase Sal. 107:25,28; Ez. 28:8). La abolición del mar sugiere que prácticamente no hay continuidad sustancial entre el orden caído y el nuevo orden redimido, sino que el viejo orden es completamente barrido y reemplazado por algo totalmente nuevo y diferente. Sin embargo, la declaración del versículo 5, “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”, sugiere la renovación de lo que ya existe. Pero es improbable que el autor del Apocalipsis estuviera muy preocupado por los detalles; su atención está fijada en la venida del nuevo orden.

Versículo 2. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. En este versículo, Juan meramente menciona el descenso de la santa ciudad; en la visión final que comienza en 21:9, describe la ciudad en detalle.

El Nuevo Testamento concibe a la Jerusalén celestial como la morada de Dios, la verdadera patria de los santos y la morada de “los espíritus de los justos hechos perfectos” (He. 12:23; véase Gá. 4:26; Fil. 3:20). Mientras que esta Jerusalén celestial aparece como la morada de los santos que han partido, el cielo no es su destino final, sino sólo la morada temporal de los santos entre la muerte y la resurrección (Ap. 6:9-11; 2 Co. 5:8; Fil. 1:23). En la consumación después de la resurrección (20:4), la Jerusalén celestial descenderá del cielo para tomar su ubicación permanente en la nueva tierra.

La iglesia redimida ya ha sido comparada a una novia (19:7) que es unida con su Señor en la cena de las bodas del Cordero. La Jerusalén celestial, la morada de los redimidos en el nuevo orden también es comparada a una novia. Uno se pregunta si Juan quiere identificar a la Jerusalén celestial con el pueblo redimido por Dios, aun cuando la iglesia sea comparada al templo de Dios en el Nuevo Testamento (1 Co. 3:16; Ef. 2:21). Si es así, los detalles de la descripción de la ciudad santa son sólo términos simbólicos que describen a la iglesia redimida. En cualquier caso, es en este punto que ocurre la cena de bodas del Cordero como muestra el versículo siguiente.

Versículo 3. El significado del descenso de la nueva Jerusalén es declarado ahora: el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. En los tiempos veterotestamentarios, el tabernáculo o morada de Dios (*skene*) primero fue el tabernáculo en el desierto y luego el templo, y su presencia era manifestada por la gloria de *shekiná*. En la venida de Cristo, Dios moró temporalmente entre los hombres (Jn. 1:14, “El Verbo... *habitó* entre nosotros”). Se usa la misma raíz griega *eskenosen*). Durante la era de la

iglesia, Dios mora en su iglesia que es su templo (Ef. 2:22), pero ésta es una morada “en el Espíritu”, que puede ser aprehendido sólo por la fe y no por vista (2 Co. 5:17). En la consumación, todo esto cambia; la fe cambiará a vista y “verán su rostro” (22:4).

Hay una realidad que no podemos visualizar, pero la comunión directa y sin obstáculos entre Dios y su pueblo es la meta de toda redención. Esto se expresa más ampliamente en la frase “ellos serán su pueblo”. Esto es un eco del Antiguo Testamento: “Seré su Dios y ellos serán mi pueblo”, lo que expresa la meta de la autorrevelación divina y de todos los tratos de Dios con su pueblo.² Todas las promesas del pacto de Dios con los hombres, hechas primero por medio de Abraham, renovadas por medio de Moisés y encarnadas en Cristo, son finalmente llevadas a su plena realización.

Versículo 4. La bendición esencial es la comunión directa, sin trabas, con Dios. Sin embargo, otras grandes bendiciones fluyen necesariamente de esta realidad central. **Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos.** Aquí las lágrimas representan todas las penas humanas, la tragedia y el mal. Acompañando a la gloriosa visión de Dios habrá una forma transformada de existencia en la cual las penas y males de la existencia en el antiguo orden son dejadas muy atrás.

La causa más temible para las lágrimas es la terrible realidad de la muerte, pero en la presencia de Dios, **ya no habrá muerte.** La abolición de la muerte ya ha sido descrita cuando la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego (20:14). Este triunfo sobre la muerte no es, sin embargo, un fin en sí mismo; es una bendición que fluye de la comunión con Dios. No sólo es destruida la muerte; tampoco **habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.** En el nuevo orden, todos los males que han torturado y maldecido la existencia humana huirán de la presencia de Dios.

Versículo 5. **Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.** Esta es la razón para la gran transformación. Al contrario de las apariencias externas, la existencia no es estática. Detrás de la creación está el Creador, Aquel que hace nuevas todas las cosas. Esta renovación ya ha sido obrada en principio en Cristo: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). Sin embargo, espera el retorno del Señor para su consumación. Este proceso de renovación incluirá finalmente al mismo mundo físico. “La creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Ro. 8:21). La salvación en el sentido bíblico no es sólo la salvación del alma de los hombres; incluye la redención del cuerpo y aun de su ambiente físico.

Juan recibe la instrucción de escribir lo que ha oído, porque las palabras

escuchadas son fieles y verdaderas; se puede confiar en que ellas se van a cumplir.

Versículo 6. La voz que Juan ha oído viene *del trono*, o sea que es la voz de Dios mismo. Sólo unas pocas veces se dice en el Apocalipsis que Dios ha hablado (1:8; cf. 16:1,17). Ahora la voz asegura a Juan: **Hecho está**. El verbo griego está en plural: “las cosas están hechas”, o sea lo que ha sido dicho a Juan. Contrariamente al cuadro caótico y confuso presentado a los hombres en sus experiencias humanas, los propósitos de Dios en la redención son tan ciertos como si ya hubiesen ocurrido. El futuro no es incierto para aquellos que confían en Dios.

El futuro es seguro, porque Dios es el eterno. Afirma nuevamente que es **el Alfa y la Omega** (la primera y la última letras del alfabeto griego; véase 1:8), que abarca toda la realidad en sí mismo. El es **el principio y el fin**. El eterno, que ha hecho que todas las cosas existan, hará nuevas todas las cosas en el orden eterno.

La renovación de todas las cosas incluye la satisfacción de las más profundas necesidades del hombre y, por lo tanto, Dios convoca a los hombres con la invitación **al que tuviere sed**, diciendo: **Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida**. La figura de la sed representa el sentido de necesidad espiritual, de hambre y sed de Dios. El decreto final de salvación no será arbitrario; el camino está abierto a todos los que sentirán la necesidad y se volverán a Dios para ser satisfechos. Quizá se quiere presentar un contraste con aquellos que beben de la copa de oro llena del vino del furor de su ira (17:4; 18:3) que es ofrecida a los hombres de la gran ramera.

Versículo 7. La provisión de la fuente de agua de vida no es dada arbitrariamente a los hombres sino que corresponde **al que venciere**. Nos recuerda las promesas hechas en las siete cartas a los que vencieron. El único prerequisite es permanecer leales a Cristo a la luz del mal y la persecución. Para los tales, Dios dice: **Yo seré su Dios, y él será mi hijo**.

Versículo 8. Ahora Juan hace la lista de varios tipos de personas que no tendrán acceso al agua de la vida a quienes Dios no podrá llamar hijos suyos. Los **cobardes** son aquellos que no han tenido el valor de sufrir las durezas, inclusive la muerte, por el nombre de Cristo (Mt. 13:21). Aquí Juan enfatiza otra vez el persistente valor delante del Anticristo que caracterizará a todos los verdaderos discípulos (1:9). Los **incrédulos** pueden ser aquellos que no han guardado la fe de Jesús (14:12), los que no creen o puede significar aquellos en quienes Dios no puede confiar que llevarán el testimonio de Jesús (1:2,9; 12:17). Los **abominables** (BJ “impuros”) probablemente se refiere a aquellos que se han contaminado a sí mismos por la adoración de la bestia (17:4) o puede tener un significado más amplio y designar a todos los que son mortalmente impuros (v. 27). Los **homicidas, los fornicarios y hechiceros** señalan pecados a los que ya se ha hecho

referencia (9:21). El pensamiento es dirigido tanto a estos pecados en general como a aquellos pecados practicados por los que han sido seducidos por la gran ramera. Los **idólatras** designan no sólo a los que han adorado dioses falsos, sino particularmente a los que han adorado a la bestia. **Mentirosos**: la falsedad es condenada frecuentemente en el Apocalipsis (2:2; 3:9; 14:5; 21:27; 22:15). Todos estos **tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda**.

V. LA CUARTA VISION LA JERUSALEN CELESTIAL (21:9-22:5)

Juan ya ha mencionado brevemente el descenso de la ciudad celestial, la nueva Jerusalén, que viene del cielo para tomar su ubicación permanente entre los hombres sobre la tierra. La descripción presenta algunas dificultades, puesto que no parece presentar una situación en la cual todas las cosas han sido hechas nuevas y el nuevo orden de Dios las ha limpiado de todo mal. Por el contrario, la tierra se describe como si estuviera habitada por las naciones que andan a la luz de la ciudad y quienes no residen en la ciudad misma y por reyes que le traen su gloria (v. 24). Las hojas del árbol de la vida son para sanidad de las naciones (22:2) lo que es una extraña declaración con referencia a una humanidad redimida y glorificada. Además, un versículo del epílogo, que vuelve la mirada a la santa ciudad, describe perros, hechiceros y fornicarios como si rondaran por fuera de las murallas de la ciudad, excluidos de ella misma; en la nueva Jerusalén y la nueva tierra, todo mal estará completamente excluido de la nueva creación. Estas consideraciones han llevado a algunos eruditos a la conclusión de que esta es una descripción del reino milenial con su condición terrenal y no es la ciudad eterna.³ Esta solución produce más dificultades que las que resuelve. En ninguna otra parte, Juan menciona una Jerusalén milenial y no es difícil llegar a la conclusión de que Juan está usando un lenguaje y expresiones terrenales para describir a la Jerusalén eterna.

Versículo 9. Esta sección contiene una nueva visión y Juan es llamado por uno de los siete ángeles que tenían las siete copas tal como ya había sido llamado antes (4:1; 17:1) para recibir una nueva revelación. El contenido de esta visión final es la **desposada, la esposa del Cordero**. En vista de la identificación, es difícil resistir la conclusión de que esta Jerusalén es idéntica con la nueva Jerusalén del versículo 2, la residencia principal de los redimidos en la nueva tierra redimida. El lenguaje con que se llama a Juan es casi idéntico al del 17:1, según el cual Juan fue llamado a ver el juicio de la gran ramera, Babilonia. Esto difícilmente puede ser accidental. Juan buscó un contraste deliberado entre la ciudad fornicaria de la bestia y la ciudad celestial de la morada de Dios.

Versículo 10. Una vez más, Juan estaba **en el Espíritu** (1:10; 4:1; 17:3),

en un estado de éxtasis espiritual. Juan fue llevado a un monte grande y alto, aparentemente para lograr un punto de vista mejor desde el cual pudiera contemplar lo que le era mostrado. Allí vio lo que ya ha mencionado (21:2) **la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo de Dios.**

Versículo 11. La característica principal de la ciudad es que **tenía la gloria de Dios.** La gloria o el brillo es un término bíblico común para designar la presencia de Dios. Hay muchos paralelos entre la descripción juanina de la nueva Jerusalén y la visión de Ezequiel sobre el templo. “Y he aquí que la gloria de Jehová llenó la casa” (Ez. 43:5). Cuando Juan trató de describir la presencia de Dios mismo, sólo pudo hacer lo que había hecho cuando intentó describir la presencia de Dios, o sea hablar de ella en términos de piedras preciosas (4:3). El brillo de la nueva Jerusalén era **como piedra de jasper, diáfana como el cristal.** La palabra para “jaspe” en la antigüedad no se limita al tipo de piedra que hoy llamamos así, sino que podía designar cualquier piedra preciosa transparente. Posiblemente este jasper era como un diamante.

Versículo 12. La ciudad **tenía un muro grande y alto con doce puertas.** Según el versículo 13, las puertas están ubicadas tres de cada lado de la muralla. Esta descripción se basa directamente de Ezequiel 48:31ss.

Y en las puertas, doce ángeles que hacían guardia en las torres de las puertas como centinelas. Véase Isaías 62:6, donde los centinelas son colocados en las murallas para interceder por Israel y orar por la venida del reino mesiánico. Los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel estaban inscriptos sobre las puertas (véase Ez. 48:31).

Versículo 14. **Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.** Hay una evidente alusión a la teología de la iglesia, que está construida sobre el fundamento de los apóstoles y profetas (Ef. 2:20). Con este simbolismo de las doce puertas que llevan los doce nombres de los doce apóstoles, Juan indica que la ciudad abarca ambas dispensaciones y que tanto el Israel del Antiguo Testamento como la iglesia del Nuevo tienen su lugar en el reino final de Dios.

Versículo 15. El ángel que habló con Juan sostenía en su mano **una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y sus muros.** En 11:1, se dio a Juan una vara de medir el templo interior, sus patios y sus adoradores, colocándoles fuera de los patios exteriores y de la ciudad como un todo. La idea de medición en este pasaje no tiene referencia con la preservación o juicio, como en el capítulo 11, sino que sugiere la magnificencia de la ciudad y está basado en Ezequiel 40:3ss.

Versículo 16. Las medidas de la ciudad no se parecen a ninguna ciudad terrena; es construida en forma cuadrangular con una simetría perfecta: **doce mil estadios** o unos 2200 kilómetros de largo en cada uno de sus

lados; está construida en forma de cubo, **la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales**. Una ciudad que sea literalmente de 2200 kilómetros de largo, de ancho y de alto sobrepasa la imaginación, especialmente cuando recordamos que la distancia entre el Mar de Galilea y el Mar Muerto es de apenas noventa kilómetros. Evidentemente, estas medidas representan la simetría ideal, la perfección, la vastedad y la plenitud de la nueva Jerusalén. Posiblemente, la estructura cuadrangular de la ciudad, que ahora ha llegado a ser la morada de Dios, tiene por fin recordar el Lugar Santísimo (1 R. 6:20).

Versículo 17. Las dimensiones de los muros de la ciudad son dadas a continuación: **ciento cuarenta y cuatro codos** o 65 metros. El texto no explica si ésta es o no la altura de la muralla. Para una ciudad de 2200 kilómetros de alto, un muro de sólo 67 metros podría estar completamente fuera de proporción. Posiblemente la medición representa el ancho del muro. Cuando reflexionamos sobre la estructura de la nueva Jerusalén, estamos obligados a preguntar por qué se precisan muros en cualquier caso. Las ciudades modernas no tienen muros, pero las antiguas los necesitaban para protegerlas contra los asaltos de los enemigos. Pero en la tierra de la nueva Jerusalén, no habrá enemigos; sólo el pueblo de Dios la habitará. Es evidente que Juan está tratando de usar un lenguaje humano para describir lo indescriptible e inimaginable. Aunque un ángel ha medido la ciudad y sus muros, su tamaño es dado en las mediciones de **la medida de hombre**, es decir según los cálculos humanos habituales, que en este caso son iguales a los del ángel.

Versículo 18. Los materiales de edificación de la ciudad no son como los de una ciudad humana. El **muro de la ciudad era de jaspe**, una piedra ya mencionada que describe la gloria de la ciudad como un todo (v. 11; cf. Is. 54:1ss). La ciudad misma estaba construida **de oro puro, semejante al vidrio limpio**. Esto indica nuevamente la cualidad transparente de la ciudad. El oro siempre ha sido un metal precioso, pero el oro transparente no es una sustancia humana. La nueva ciudad reflejará la gloria de Dios, que no se puede describir con lenguaje humano.

Versículos 19,20. Los doce fundamentos que sostienen el muro de la ciudad, sobre los cuales estaban escritos los nombres de los doce apóstoles, no estaban bajo el nivel del suelo, como están generalmente los cimientos, sino que eran totalmente visibles. Estaban hermosamente adornados cada uno con su propia joya particular. Es dudoso que haya algún significado simbólico en la descripción de los fundamentos, más allá de la belleza y majestad del conjunto.

Versículo 21. Juan agrega otro aspecto que también es inconcebible para nuestro orden temporal. Las doce puertas son **doce perlas**, cada una de las cuales constituye una puerta. Generalmente, en las ciudades antiguas, la puerta era construida en la muralla como parte de una torre, de

modo que cada perla era más grande que el muro mismo constituyendo tanto la puerta como su torre. Tales perlas están más allá de nuestra imaginación.

La calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio. No es claro si la forma singular del sustantivo "calle" quiere representar colectivamente a todas las calles de la ciudad o si la ciudad, como muchas ciudades antiguas era concebida como si tuviera una sola calle principal ancha que corría en el medio. En cualquier caso, el oro transparente no es un material humano normal.

Versículo 22. Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. En las antiguas ciudades de Israel, se concebía a Dios morando en el Lugar Santísimo del tabernáculo y más tarde, después del tiempo de Salomón, en el templo. Este era el centro de la adoración judía tanto en el tiempo de la monarquía como de la restauración. La secta de Qumrán en los tiempos neotestamentarios rechazó el templo establecido, aun cuando incluía a muchos sacerdotes en su comunidad y desarrolló la idea de la comunidad como un nuevo templo.⁴

La iglesia cristiana desarrolló la teología de la iglesia como el verdadero templo de Dios (1 Co. 3:16; Ef. 2:21). En la era futura, no habrá necesidad de un templo, porque Dios mismo vivirá en medio de su pueblo en una comunión directa.

Versículo 23. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella. Al reflexionar sobre las glorias de la nueva Jerusalén, Juan estaba sobrecogido por la visión de la presencia de Dios y recordó la profecía de Isaías. "El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria" (Is. 60:19). Es dudoso que Juan intente dar información astronómica sobre el nuevo mundo; su propósito es declarar el insuperable esplendor que se irradia de la presencia de Dios y del Cordero. **La gloria de Dios la ilumina; y el Cordero es su lumbrera.** Esto concuerda con el hecho, frecuente en el Nuevo Testamento, de que Dios y Cristo están en la misma relación con los hombres.

Versículo 24. Y las naciones que hubieran sido salvadas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Tomado literalmente este versículo sugiere que en la nueva tierra habrá dos grupos humanos: los redimidos que habitarán la nueva Jerusalén y las naciones no regeneradas de la tierra que vivirán fuera de la ciudad, pero que son influidas por su presencia, andando en su luz y trayendo gloria a la ciudad. Este hecho ha llevado a muchos eruditos a la conclusión de que Juan está describiendo la Jerusalén milenial y no la Jerusalén en el orden eterno, cuando todos los malvados hayan sido echados al lago de fuego. Sin embargo, es igualmente posible que Juan esté usando el lenguaje humano convencional para describir la universalidad del conocimiento de Dios en el orden

eterno. En la consumación divina, los redimidos serán personas de toda nación y tribu y raza y lengua (7:9) que no perderán su identidad nacional. El lenguaje de Juan no tiene más significado que las declaraciones de los profetas: “Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob” (Is. 2:3); “y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento” (Is. 60:3). Esta es la afirmación de la universalidad del conocimiento de Dios.

Versículo 25. Cuando Juan dice que **sus puertas nunca serán cerradas de día**, afirma la absoluta seguridad de la nueva Jerusalén. “Extranjeros edificarán tus muros, y sus reyes te servirán... Tus puertas estarán de continuo abiertas; no se cerrarán de día ni de noche, para que a ti sean traídas las riquezas de las naciones” (Is. 60:10,11). No habrá necesidad de cerrar las puertas delante de los enemigos y fuerzas hostiles; las puertas quedarán abiertas para permitir a todos los hombres el inmediato acceso a la presencia de Dios.

Pues allí no habrá noche. Juan ya ha declarado que no habrá necesidad de sol en la nueva ciudad (v. 23), porque Dios proveerá su luz. Del mismo modo, la presencia de Dios eliminará toda la oscuridad y la noche. En la Biblia, la oscuridad es una metáfora habitual para la existencia fuera de la presencia de Dios (Mt. 6:23; 8:12; 22:13; 25:30); todas las tinieblas cesarán ante la presencia del brillo de Dios y del Cordero.

Versículo 26. Este versículo reafirma y repite lo que ha sido dicho en el v. 24.

Versículo 27. Si este versículo se toma fuera de su contexto, sugiere que ninguna **cosa inmundada** ni aquellos que hacen **abominación o mentira** (que todavía están en la tierra), no pueden entrar en la ciudad aunque las puertas estén abiertas noche y día. Sin embargo, la flexibilidad del lenguaje apocalíptico permite a Juan usar su lenguaje terrenal contemporáneo para describir situaciones escatológicas futuras. Aquellos que sean impuros y practiquen abominaciones o mentiras no tendrán acceso a la ciudad celestial.

Solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero, pueden entrar a la ciudad. Esto ya se ha enfatizado. En el juicio del gran trono blanco, sólo aquellos que están inscritos en el libro de la vida del Cordero recibieron la justificación divina (20:15). En el pasaje anterior, Juan lo declara negativamente; aquí lo afirma positivamente.

CAPITULO VEINTIDOS

Conclusión

LAS DIVISIONES en capítulos y versículos de la Biblia son una invención relativamente moderna y no siempre representan unidades de pensamiento. En este caso, la visión del último capítulo del Apocalipsis tiene plena continuidad con lo que ha precedido.

Versículo 1. **Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero.** Esta es una forma simbólica de describir el reinado de la vida eterna en la era que ha de venir. El simbolismo de un río de vida es común en el pensamiento bíblico. El salmista escribió de un río cuyas aguas alegran la ciudad de Dios (46:4). Jesús habló del agua de vida (Jn. 4:10,14), que El ofrece a los hombres. La visión de la nueva Jerusalén que tuvo Ezequiel describía un río de agua que fluía de debajo del templo (que no estaba ubicado en la misma Jerusalén), que llevaba sanidad y vida a las aguas del Mar Muerto (Ez. 47:1-12). Zacarías tuvo una visión del reino de Dios en la cual ríos de agua fluían de Jerusalén tanto hacia el este como al oeste (Zac. 14:8). La presencia del río de la vida en la nueva Jerusalén es una forma simbólica de decir que la muerte con su lúgubre acompañamiento ha sido abolida y la vida reina.

El hecho de que el río fluye del trono de Dios y del Cordero significa simplemente que Dios es la fuente de toda vida. Aquí, como en 3:21, hay sólo un trono en el cual están sentados tanto el Padre como el Hijo. Este hecho hace difícil distinguir entre diferentes tronos y diferentes juicios, como hacen algunos intérpretes. El asiento del juicio de Cristo delante del

cual deben aparecer los creyentes (2 Co. 5:10) es también el asiento del juicio de Dios (Ro. 14:10).

Versículo 2. El río fluye en medio de la calle de la ciudad. Esto no debe ser tomado en un sentido literal como si significara que, por el centro de la calle principal de la nueva Jerusalén, corre un río como los canales que hay en el centro de la ciudad de Amsterdam. Simplemente expresa la centralidad de la vida eterna en la nueva Jerusalén.

El versículo 2b es un poco difícil de traducir, pero la mayoría de los comentaristas entienden que significa lo que traduce RV: **a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida**. Este es otro aspecto tradicional en los apocalipsis judíos que se remonta hasta el Génesis: Dios plantó en el Edén el árbol de la vida (Gn. 2:9), pero después que pecó el hombre, Dios le excluyó del acceso al árbol de la vida para que no comiera de él en su estado pecaminoso y viviera para siempre (Gn. 3:22). El pensamiento judío preveía un acceso al árbol de la vida por cuyo fruto los hombres alcanzarían la vida eterna (*Enoc* 25:2ss; *4 Esdras* 7:53; 8:52; *2 Enoc* 8:3). Jesús dio vida eterna a los hombres en medio de la historia por su encarnación, muerte y resurrección (Jn. 3:36; 6:54; 20:31) y esta referencia al árbol de la vida significa la consumación de lo que Jesús cumplió en su misión terrenal. Se refiere a la esperanza escatológica y en este aspecto, incluye la completa transformación de lo que es mortal a la semejanza de lo inmortal (2 Co. 5:4). Sin embargo, la condición de vida eterna es la relación con Dios por medio de Cristo (Jn. 17:3) y la transformación escatológica en inmortalidad es una bendición de la comunión directa y no mediada con Dios y con Cristo. “Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2).

El árbol producía **doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones**. La descripción del árbol de la vida sigue muy estrechamente el lenguaje de Ezequiel 47:12: “Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán, ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario; y su fruto será para comer, y su hoja para medicina”.

El árbol se describe como si llevara un tipo diferente de fruto cada mes. Por supuesto, esto no tiene paralelo en la experiencia humana de esta era. El significado es que el árbol no pasará por los ciclos ordinarios de botones, flores, frutos y cosecha, una o dos veces al año, sino que estará cargado de fruto todos los meses del año. Esto expresa el triunfo absoluto de la vida sobre la muerte.

En Ezequiel, el árbol era primordialmente para fruto. Juan enfatiza el poder sanador de las hojas del árbol. Cuando habla de “la sanidad de las naciones” por medio de las hojas del árbol, no tenemos que pensar en naciones humanas que vivan en la nueva tierra en la era que ha de venir,

como si necesitaran sanidad del dolor, enfermedad y muerte. El contraste se establece entre esta era, habitada por gente que sufre y muere y la era que ha de venir. Todos los que tienen acceso a esa era participarán del árbol de la vida y encontrarán un perfecto alivio ante sus aflicciones.

Versículo 3. Juan continúa su contraste entre la vida en esta época y la vida por venir. Esta era es caracterizada por el mal, el pecado y muchas otras cosas que caen bajo la maldición humana. Las condiciones en la nueva era serán transformadas completamente y **no habrá más maldición** (Zac. 14:11). La razón para esta transformación es nada menos que la presencia de Dios mismo: **el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán** (BJ, "le darán culto"). Esto repite el motivo central de la nueva era (21:3). El gozo principal de los redimidos —los siervos de Dios— será el servicio que rendirán a Dios.

Versículo 4. **Verán su rostro.** Esta es la esperanza y la meta de la salvación individual por medio de las Escrituras: la visión bendita de Dios. A través de toda la historia de la redención, la presencia de Dios fue simbolizada a los hombres en diferentes formas. En el Antiguo Testamento fue simbolizada por medio de la palabra profética, las teofanías, los sueños, los ángeles y el culto. Estar cara a cara con el Dios viviente significaba la muerte (Ex. 33:20). En su encarnación, Jesús trajo la presencia de Dios a los hombres en su propia persona (Mt. 1:23); ver y conocer a Cristo era ver y conocer al Padre (Jn. 14:7,9; 17:3). Esta visión de Dios aún era una visión simbólica, alcanzada sólo por la fe. En la era que ha de venir, la fe dará lugar a la vista (Sal. 17:15; Mt. 5:8; 1 Jn. 3:2).

Su nombre estará en sus frentes. Véase la nota sobre 13:16; también 3:12; 14:1. Los redimidos estarán perfectamente poseídos por Dios.

Versículo 5. Juan repite una promesa ya hecha de que en la nueva era no habrá noche, porque la presencia de Dios hará innecesaria cualquier otra luz y abolirá las tinieblas.

Reinarán por los siglos de los siglos. El texto no dice sobre quién reinarán, ni es algo de importancia. Compartirán el oficio real de Cristo.

VI. EPILOGO (22:6-21)

Con la visión de la nueva Jerusalén, la profecía de Juan está completa. Ahora agrega un epílogo, cuyo propósito principal es afirmar la autoridad de este libro. El epílogo consiste en una serie de exhortaciones y afirmaciones ligadas ligeramente que autentican la profecía, afirman la certeza de la venida del Señor y advierten a sus lectores que tomen en cuenta las palabras de esta profecía.

Versículo 6. No es claro quién está hablando en este versículo. Dado que no se indica un cambio de sujeto, debemos llegar a la conclusión de que la voz es la de un ángel que ha mostrado a Juan la nueva Jerusalén

(21:9; 22:1). Si es así, entonces el versículo 7 está aislado como una afirmación de Cristo y no es una parte de las palabras del ángel. Sin embargo, la puntuación de algunas versiones (por ejemplo, Besson, Taize) lo presentan todo junto como palabra de Cristo.

Y me dijo: Estas palabras son fieles y verdaderas. El ángel asegura a Juan que cuanto ha visto y oído en toda la revelación del futuro es cierto y digno de confianza (cf. 3:14; 19:11).

Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel, para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto. Aquí Juan declara nuevamente (cf. 1:3) que el libro ha sido escrito como una profecía. Juan ya ha dicho que “el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (19:10). Este es el Espíritu Santo que es enviado por Dios al mundo para inspirar a los profetas a proclamar la verdad divina. Si bien “los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (1 Co. 14:32), su inspiración viene de Dios y anuncia la verdad divina. El propósito de esta declaración es el de reafirmar el hecho de que Juan considera que su libro es una obra genuina de profecía. La profecía ya ha sido dada por medio de un ángel (1:1); Dios, que es el autor de toda declaración profética, ha hablado por medio de su ángel para hacer llegar a los hombres *las cosas que deben suceder pronto*. La última frase reitera lo que Juan ha dicho en su introducción (1:1).

Versículo 7. ¡He aquí, vengo pronto! Esto debe tomarse como una cita por parte del ángel de las palabras del Señor o como una nueva declaración en la cual habla el Señor mismo. Reitera lo que Cristo dijo en la primera parte del Apocalipsis (2:16; 3:11). La palabra puede significar “rápidamente” o “pronto”. La comunidad cristiana siempre debe vivir bajo la expectativa de la inminente venida de nuestro Señor. Nadie sabe el día ni la hora (Mt. 24:36) y nadie puede fijar fechas o calcular el tiempo de su venida; pero toda generación debe estar alerta como si la venida de Cristo estuviera en el umbral (Mt. 24:42-44). Las advertencias bíblicas implican una tensión moral y espiritual de expectativa y perspectiva.

Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. Es posible que esta declaración personifique las palabras del mismo Cristo que acaba de hablar; de otro modo, son una bienaventuranza del autor. A la vista de la bienaventuranza de 1:3, es más probable la última elección. Las profecías del Apocalipsis no fueron escritas para satisfacer la curiosidad intelectual sobre el futuro; fueron escritas para que la iglesia pudiera vivir en la voluntad de Dios guardando las palabras de la profecía. La iglesia del siglo I, la iglesia de la última generación, así como la iglesia de todas las generaciones se encuentra envuelta en la lucha entre Cristo y el Anticristo. Juan escribió su profecía no sólo para informar a la iglesia sobre los hechos de la consumación, sino para amonestarla a una perseverante y permanente lealtad a Jesucristo ante las presiones y persecuciones

demoníacas. Por lo tanto, pronuncia una bienaventuranza sobre aquellos que se mantienen fieles y firmes y que perseveran hasta el fin.

Versículo 8. Juan se identifica una vez más: **Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas.** Aquí nuevamente (véase 1:1,4), Juan se identifica como alguien que es conocido por las iglesias del Asia; no necesita otra identificación que el simple nombre de Juan.

La cláusula siguiente es un poco difícil de ubicar en el pensamiento del autor. **Y después que las hubo oído y visto [estas cosas, el contenido del libro], me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas.** En una ocasión previa, Juan había caído sobre su rostro para adorar al ángel intérprete (19:10). Estas palabras representan la posición de Juan como receptor de la revelación. La comprensión de la consumación del propósito redentor de Dios le fue dada a conocer por un ángel y estaba tan dominado por el temor y la admiración que su reacción natural fue caer y adorar al ángel.

Versículo 9. El ángel reitera lo que había dicho en una oportunidad anterior (19:10). Juan no debe adorar a un ángel porque éste no cumple el papel de la divinidad, sino que es sólo un mediador de la revelación divina y por lo tanto un consiervo de Juan y de sus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro, o sea de todos los santos. Sólo Dios es digno de adoración.

Versículo 10. **Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca.** El ángel debe ser aún el que habla en 19:9 y 21:9. En su primera visión de la habitación del trono celestial, Juan vio un papiro sellado con siete sellos, a lo largo del margen, indicando que el contenido del libro no era accesible a los hombres. En ocasiones cuando los profetas recibieron revelaciones que no concernían a sus contemporáneos inmediatos, pero sí a alguna época futura, se les decía que sellaron el libro de su profecía (Is. 8:16; Dn. 8:26; 12:4,9). Sin embargo, la profecía de Juan no estaba destinada a ninguna generación remota, sino a toda la iglesia cristiana, incluyendo la generación de Juan. Por lo tanto, no debe sellar el libro (nótese que es vuelto a llamar profecía), sino que debe dejarlo sin sellar para que todos lo puedan leer.

Este comentario tiene el punto de vista de que el contenido de la profecía de Juan ha tenido primordialmente una doble perspectiva. Destaca la lucha entre Cristo y el Anticristo, la cual tendrá su clímax al fin de los tiempos. Sin embargo, esta lucha también se expresa en la relación entre el estado y la iglesia del siglo I, particularmente en la deificación de los emperadores y la creciente pretensión del estado de que los ciudadanos reconocieran la deidad del emperador con un acto de adoración formal. Podemos agregar que esta misma lucha demoníaca es evidente en todas partes donde el estado hace exigencias totalitarias. La profecía de Juan bosqueja la lucha espiritual entre Dios y Satanás (cap. 12) que se expresa

dondequiera que el estado exceda su papel divinamente ordenado como apoyo de la ley y el orden (Ro. 13:1-7). Por lo tanto, si bien el libro se identifica primordialmente con el clímax de la lucha en la aparición del Anticristo, también es adecuado a la experiencia cristiana donde y cuandoquiera se manifiesten los principios del totalitarismo.

Sin duda, la iglesia primitiva vivía en la expectativa del inminente retorno del Señor, pero así debe ser con toda generación de creyentes. El Nuevo Testamento expresa una tensión entre la inminencia y la expectativa; el tiempo está cerca; sin embargo, el fin es retardado (Mt. 24:42-44; Lc. 19:11ss).

Versículo 11. Esto suena como un versículo duro que no deja lugar al arrepentimiento. El que hace mal continuará en el mal y el que está sucio en su suciedad, mientras que los justos y los santos están dedicados a hacer lo bueno. Sin embargo, cuando Juan se acerca a la conclusión de su libro, sostiene la invitación al arrepentimiento: "El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (v. 17). No obstante, habrá un tiempo cuando será demasiado tarde para el arrepentimiento. "No sólo es verdad que las tribulaciones de los últimos días tenderán a fijar el carácter de cada individuo, de acuerdo a los hábitos que ya se ha formado, sino que habrá un tiempo cuando el cambio será imposible; cuando ya no habrá más oportunidad para el arrepentimiento por un lado o para la apostasía por el otro".¹ En vista de este sentido de la inminencia del fin, Juan se transporta con la imaginación al fin, cuando el arrepentimiento será realmente imposible, cuando la posición que cada uno haya tomado por el Cristo o el Anticristo será definitiva, final e irrevocable.

Versículo 12. **He aquí yo vengo pronto.** Sin anunciarlo, Juan inserta palabras de Jesús como lo ha hecho en el versículo 7. Véase la nota sobre este versículo.

Y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.

El propósito de la venida de Cristo, en cuanto se refiere a los hombres, es el de cumplir el papel de juez. El Nuevo Testamento enfatiza continuamente el hecho del juicio sobre la base de las obras (Ro. 2:26; Ap. 2:23). Desde el punto de vista del Apocalipsis, la paciencia en la tribulación, la perseverancia bajo la persecución, la fidelidad a Cristo, constituyen las buenas obras de los cristianos (13:10; 14:12).

Versículo 13. La base de la autoridad de Cristo para ser juez de los hombres descansa en el hecho de que es **el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.** Los atributos expresados en estas palabras son atribuidos a Dios mismo en 1:8 y 21:6. Cristo puede ser el juez de los hombres porque El trasciende toda la experiencia humana, compartiendo la naturaleza eterna de Dios mismo.

Versículo 14. Después de decir que Cristo viene como juez de los hombres, para juzgarlos de acuerdo a sus obras, Juan contrasta el destino de los

santos con el destino de los malvados. Los santos no son aquellos que han alcanzado una justicia humana de buenas obras, sino **los que lavan sus ropas**. Esta idea ya ha aparecido en el Apocalipsis; la iglesia martirizada pero redimida es descrita como aquellos que “han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” (7:14; véase también 3:4). El tiempo del verbo “lavar” no es un aoristo que indique un acto único en un tiempo pasado, sino un presente que indica duración, acción continua. Toda limpieza del pecado, sea el pecado de los días de incredulidad, sean los pecados cometidos por los discípulos de Cristo (1 Jn. 1:8,9) es lograda sólo por la sangre de Cristo. Estos tienen **derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas de la ciudad**. Juan está afirmando un principio básico; ya ha concluido su profecía y descrito el descanso de la ciudad celestial a la tierra con el árbol de la vida que crece dentro de ella. Aquí se podría suponer que comer del árbol de la vida da acceso a la ciudad, pero esas secuencias lógicas no perturban la forma apocalíptica de pensar. Sólo aquellos que se han lavado en la sangre del Cordero tienen acceso tanto al árbol como a la ciudad. Esto es simplemente la forma que usa Juan para decir que la vida eterna y el destino bendito se encuentran sólo por medio de la obra redentora de Cristo.

Versículo 15. Juan agrega ahora una declaración que parece incongruente y fuera de lugar: **Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo aquel que ama y hace mentira**. Tomado literalmente esto significa que sólo los redimidos habitan en la santa ciudad, mientras que los malvados, como perros acechando en las puertas de la ciudad, están excluidos de ella y encuentran su destino en alguna otra parte exterior del orden final. De hecho, Juan ya ha declarado que su condenación no es meramente la exclusión de la ciudad, sino el lago de fuego (21:8). En este versículo, Juan contrasta el destino de los malos con el de los justos. Los malvados ciertamente son excluidos de la ciudad. “Perros” es un término que se usa a veces para describir a las personas perversas o maliciosas (Fil. 3:2; Sal. 22:16,20).

Versículo 16. Juan vuelve a **insertar palabras de Jesús dando su ratificación y autorización al libro**. **Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias**. Esto reafirma la introducción del libro. Dios dio la revelación a Jesucristo, quien a su vez la dio a un ángel para que la revelara a Juan (1:1). La clara afirmación de que Jesús dio su testimonio a la iglesia por medio del ángel nos ayuda a interpretar la difícil frase “el testimonio de Jesús”, que en la mayor parte de los casos hemos decidido que significa el testimonio dado por Jesús y recibido y sostenido por las iglesias (genitivo subjetivo; véase 1:2,9; 6:9; 12:11,17; en 19:10; 20:4 puede ser un genitivo objetivo). Esto es apoyado por el versículo **que estamos considerando**.

El simple nombre de Jesús identifica al revelador celestial con el Jesús

que fue conocido históricamente por sus discípulos. Pero Jesús no sólo es un hombre que vivió y murió en Palestina; es el Mesías davídico, **la raíz y el linaje de David**. Es el vástago que crece del tronco de Isaí (Is. 11:1; véase Is. 53:2), el gran Hijo de David (Mt. 1:1; 9:27; 15:22; 21:9; Ro. 1:3; 2 Ti. 2:8; Ap. 5:5). También es la **estrella resplandeciente de la mañana**. Esto nos recuerda la antigua profecía: “Saldrá Estrella de Jacob” (Nm. 24:17).

Versículo 17. Una vez más, sin advertencia, la narración cambia y Juan mismo es ahora el orador. Y el Espíritu y la Esposa dicen: **Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente**. Esta invitación es susceptible de dos interpretaciones muy diferentes. El *Espíritu* es el Espíritu Santo que ha hablado por los profetas (Ap. 19:10); la Esposa es la iglesia, la desposada del Cordero (19:7). Es posible que la primera mitad del versículo sea un llamado para que el Señor venga y recompense a su pueblo. Esto tiene buen sentido y se adecúa al contexto (22:12,20). Sin embargo, en este caso, la segunda mitad de la cláusula implica un abrupto vuelco, sin razón, porque la segunda invitación es dirigida al mundo, a todos los que tienen sed para que beban y sacien su sed espiritual bebiendo del agua de la vida. Por lo tanto, es mejor interpretar la primera mitad del versículo como la segunda y entender toda la invitación como dirigida al mundo. Cuando el Señor venga, será demasiado tarde; llegará un momento cuando el arrepentimiento será imposible. Pero esa hora aún no ha llegado y hasta ese día, el Espíritu extiende la invitación a través de los profetas a los hombres en todas partes que vengan; la iglesia repite la invitación diciendo “Ven”. Aquellos que oyen y aceptan la invitación agregan sus voces invitando a todos los que leen esta profecía a venir y beber del agua de la vida.

Versículo 18. Juan agrega ahora una solemne advertencia contra cualquiera que pudiera ofenderse por el mensaje contenido en su profecía y por lo tanto lo distorsione o presente mal su enseñanza. Algunos han sentido que esta advertencia estaba dirigida a futuros escribas que pudieran copiar el libro, pretendiendo una transmisión fiel del texto. Es cierto que un escrito judío, llamado la carta de *Aristeas*, que cuenta la historia de la traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego, se encuentra una exhortación así (*Aristeas* 311). Sin embargo, la advertencia de Juan está dirigida a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro. El Apocalipsis fue enviado a siete iglesias en el Asia, donde Juan esperaba que se leyera en alta voz en el culto público (véase sobre 1:3). Ahora Juan se dirige a los oyentes, advirtiéndoles que acepten la autoridad divina de su profecía y que no distorsionen su mensaje.

La forma de la advertencia es derivada de Deuteronomio 4:2, donde Dios advierte a Israel: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno”. A veces, estas palabras han sido interpretadas

literalmente, aplicándolas a toda la Biblia y usadas para autenticar una hermenéutica literalista que rechaza cualquier tipo de estudio crítico de la Biblia. Sin embargo, esta es la manera en que Juan garantiza el mensaje de su profecía. No está preocupado por los posibles errores mecánicos en la transmisión o los errores de juicio en la interpretación del mensaje, sino en las distorsiones y perversiones deliberadas del mismo.

Versículo 19. La segunda mitad de esta advertencia, tomada literalmente, parece ser una advertencia a los creyentes que tienen acceso al árbol de la vida y a la santa ciudad de que perderán su salvación. Sin embargo, esa advertencia no pretende enseñar teología, sino que enfatiza la seriedad de respetar la verdad de la Palabra de Dios. Esta no es ni un descubrimiento ni un invento humano; es la verdad divinamente revelada. Requiere toda la capacidad intelectual y erudita que pueda dominar el estudioso de la Escritura para determinar qué significa un determinado pasaje o libro, porque la Palabra de Dios ha sido dada a los hombres en palabras de hombres, en idiomas distintos del nuestro y en situaciones históricas antiguas. Pero cuando el mensaje de la Escritura ha sido entendido, entonces el creyente ya no se sienta en juicio respecto de esa verdad, sino que permite que la verdad lo juzgue y controle su vida y pensamiento. Juan da por sentado que todos los que tienen acceso al árbol de la vida y a la ciudad santa tratarán su profecía de esa forma.

Versículo 20. La afirmación final del Apocalipsis es una palabra del Señor que da testimonio de la consumación a las iglesias (véase 1:2; 22:16) reasegurando al profeta el hecho central de la consumación: **Ciertamente vengo en breve** (véase notas sobre 1:1; 3:11; 22:7,12). Juan responde con la habitual afirmación hebrea, **Amén**, que quiere decir “Así sea”. Agrega su propia oración: **Ven, Señor Jesús**. Esta oración pidiendo el retorno del Señor está profundamente arraigada en la más primitiva liturgia cristiana. La misma oración aparece en una frase litúrgica en arameo en 1 Corintios 16:22, *maran-ata*. El hecho de que esta frase aparezca en forma aramaica en una carta a una iglesia con lectores de habla griega prueba que proviene de la primera comunidad judeocristiana. El anhelo por la venida del Señor ocupa un lugar en el corazón de la fe cristiana; fuera del retorno de Cristo, su obra redentora permanece incompleta para siempre. Su retorno es la única esperanza segura para el futuro del mundo.

Versículo 21. Juan concluye con el típico saludo cristiano: **La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.**

NOTAS

INTRODUCCION

¹Ireneo, obispo de Lyon, en Galia, en el siglo II, escribió: “[El Apocalipsis] no hace mucho que fue visto, casi en nuestra generación, al fin del reino de Domiciano” (*Contra los herejes*, V, xxx, iii). Victorino (siglo III d.C.) escribió: “Cuando Juan dijo estas cosas, estaba en la isla de Patmos, condenado a las minas por César Dominicano” (*Comentario sobre el Apocalipsis* 10:11).

²Esta idea fue popularizada por un tal Paulo Orosio, un historiador del siglo V.

³Véase Tácito, *Anales*, XV, xlv, 3.

⁴Véase Ethelbert Stauffer, *Christ and the Caesars* (Filadelfia: Westminster, 1955) pp. 163ss.

CAPITULO 1

¹Véase la sección bajo el título “Futurista”.

²RV, tiene “nos amó”, pero NC que citamos aquí refleja el texto mejor. También se la usa en la línea siguiente. (N. del Ed. El autor hace aquí referencia a versiones inglesas.)

CAPITULO DOS

¹La palabra “que están en Efeso” (Ef. 1:1), no se encuentra en los mejores manuscritos.

CAPITULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

¹John F. Walvoord, *The Revelation of Jesus Christ* (Chicago: Moody, 1966), p. 103.

²George E. Ladd, *The Blessed Hope* (Grand Rapids: Eerdmans, 1956).

³Para un estudio amplio de este problema, véase N. B. Stonehouse, *Paul Before the Areopagus* (Grand Rapids: Eerdmans, 1957), cap. IV.

⁴Véase G. B. Caird, *The Revelation of St. John The Divine* (Nueva York: Harper and Row, 1966) pp. 65ss.

CAPÍTULO CINCO

¹Rudolf Bultmann, *History and Eschatology* (Edimburgo: University Press, 1957), p. 120.

CAPÍTULO SEIS

¹Este autor ha trabajado con este problema en detalle en su libro *Jesus and the Kingdom* (Waco, Texas: Word Books, 1964), cap. 2.

CAPÍTULO SIETE

¹*Contra las herejías*, V. 30.2.

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

¹Oscar Cullmann, *Christ and Time* (Filadelfia: Westminster Press, 1962).

CAPÍTULO ONCE

¹John Walvoord, *The Revelation of Jesus Christ* (Chicago: Moody Press, 1966), p. 176.

²Véase los comentarios de Henry Alford, H. B. Swete, G. B. Caird, Leon Morris.

³Para la interpretación del pasaje, ver E. J. Young, *The Prophecy of Daniel* (Grand Rapids: Eerdmans, 1949), pp. 201-221.

⁴La expresión escatológica "los últimos días" es usada en el Nuevo Testamento para referirse a la época del evangelio de Cristo (He. 1:2), la era del Espíritu Santo (Hch. 2:17), así como los últimos días del mal (2 Ti. 3:1).

⁵La expectativa del Anticristo se encuentra en los apocalípticos judíos en pasajes como los *Salmos de Salomón* 2:29; 17:3; *El Apocalipsis de Baruc* 40:1-3; *La Ascensión de Isaías* 4:2-8; *Oráculos sibílicos* 3:63-74.

⁶Hanns Lilje, *The Last Book of the Bible* (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1955), p. 161.

⁷Véase Oscar Cullmann, *The Early Church*, A. J. B. Higgins, ed. (Filadelfia: Westminster, 1956), pp. 111,112.

CAPITULO DOCE

¹Véase G. B. Caird, *The Revelation of St. John the Divine* (Nueva York: Harper and Row, 1966), p. 158.

CAPITULO TRECE

¹Véase E. J. Young, *The Prophecy of Daniel* (Grand Rapids: Eerdmans, 1949), p. 171.

²Hanns Lilje, *The Last Book of the Bible* (Filadelfia: Muhlenberg, Press, 1955), p. 195.

³Para la numerología griega, véase W. W. Goodwin y C. D. Gulick, *A Greek Grammar* (Boston: Ginn y Co., 1930), p. 93; para el hebreo, véase Gesenius, *Hebrew Grammar*, ed. por E. Kautzsch y A. E. Cowley (Oxford: University Press, 1946), p. 30.

⁴Adolf Deissmann, *Light from the Ancient East* (Nueva York: Hodder and Stoughton, 1910), p. 276.

⁵H. B. Swete, *The Apocalypse of St. John* (Londres: Macmillan, 1917), p. 176. El texto inglés está en Edgar Hennecke, *New Testament Apocrypha* (ed. por W. Schneemelcher; Filadelfia: Westminster, 1964), II, 710.

⁶Ireneo, *Contra las herejías*, V. 30.

CAPITULO CATORCE

¹Joachim Jeremias, *Jesus' Promise to the Nations* (Londres: SCM, 1958), p. 22.

²I. T. Beckwith, *The Apocalypse of John* (Grand Rapids: Baker Book House, reprinted 1967), p. 659.

CAPITULO QUINCE

CAPITULO DIECISEIS

¹Para todo este tema, que ha sido ardientemente debatido en la teología evangélica, véase George E. Ladd, *The Blessed Hope* (Grand Rapids: Eerdmans, 1956), cap. 6, "Watch".

²R. H. Charles, *The Revelation of St. John* (Nueva York: Scribners, 1920), II, 50.

³I. T. Beckwith, *The Apocalypse of John* (Grand Rapids: Baker, reprint 1967), pp. 408, 686.

CAPITULO DIECISIETE

¹I. T. Beckwith, *The Apocalypse of John* (Grand Rapids: Baker, reprint 1967), p. 698.

²Véase la nota sobre 11:12 donde "los reinos del mundo" son vistos como una sola soberanía hostil, aunque por el contrario se manifiestan en las formas y naciones históricas concretas.

³Esta interpretación de la bestia es esencialmente la de Th. Zahn; véase su *Introduction to the New Testament* (Edimburgo: T.&T. Clark, 1909), III, 436ss; *Die Offenbarung des Johannes* (Leipzig: Deichert, 1926), II, 553ss.

CAPITULO DIECIOCHO

CAPITULO DIECINUEVE

¹Véase Leon Morris, *The Revelation of St. John* (Grand Rapids: Eerdmans, 1970), loc. cit. (N. del T.) La VM traduce "la perfecta justicia de los santos" y el comentarista Besson "las justificaciones de los santos", agregando una nota al pie: "No las justicias ni las buenas obras de los difuntos, ni sus actos de virtud, sino la absolución, v. 11, los efectos de la justificación por la fe".

²John Walvoord, *The Revelation of Jesus Christ* (Chicago: Moody, 1966), p. 273.

³Hanns Lilje, *The Last Book of the Bible* (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1955), p. 244.

CAPITULO VEINTE

¹Para una discusión más detallada de estos asuntos, véase G. E. Ladd, *Crucial Questions About the Kingdom of God* (Grand Rapids: Eerdmans, 1952), pp. 135-183 y para una presentación completa de las diferentes escuelas escatológicas, véase John F. Walvoord, *The Revelation of Jesus Christ* (Chicago: Moody Press, 1966), pp. 282-290. El comentario de Walvoord es del tipo dispensacionalista.

²R. H. Charles, *The Revelation of St. John* (Nueva York: Scribners, 1920), II, 182.

³Véase F. Büchsel en Kittel, *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans, 1965), III, 923.

⁴Véase A. Robertson y H. Plummer, *First Epistle of Paul to the Corinthians* (Nueva York: Scribners, 1911), p. 111. "Es en el reino mesiánico que los santos compartirán con Cristo el reinado sobre el universo creado".

⁵Henry Alford, *The Greek Testament* (Boston: Lee and Shepard, 1872), IV, 732.

⁶Véase Hans Bietenhard, *Das Tausendjährige Reich* (Zürich: Zwingli Verlag, 1955), pp. 21,22.

⁷Para un estudio de este pasaje, véase G. E. Ladd, *Crucial Questions About the Kingdom of God* (Grand Rapids: Eerdmans, 1952), pp. 177ss; para el milenarismo en los apocalípticos judíos, véase *ibid.*, pp. 159ss.

⁸Véase G. Ernest Wright, "The Faith of Israel" en *The Interpreter's Bible*, I, 372.

⁹W. H. Simcox, *The Revelation of St. John the Divine* (Cambridge: University Press, 1893), p. 185.

¹⁰Este tema es elaborado en detalle por este autor en su libro *Jesus and the Kingdom* (Waco: Word Books, 1964), cap. 2.

CAPITULO VEINTIUNO

¹Para el estudio de este criterio, tal como se encuentra en Platón, Plutarco y Filón, véase G. E. Ladd, *The Pattern of New Testament Truth* (Grand Rapids: Eerdmans, 1968), pp. 13-31.

²Véase Gn. 17:7; Ex. 6:7; 29:45; Lv. 26:12; Nm. 15:41; Dt. 29:13; 2 S. 7:24; Jer. 7:23; 11:4; 24:7; 30:22; Ez. 11:20; 34:24; 36:28; 37:23,27; Zac. 8:8.

³T. Zahan, *Die Offenbarung des Johannes* (Leipzig: Deichert, 1926), II. 608ss; R. H. Charles, *The Revelation of St. John* (Nueva York: Scribners, 1920), II, 177ss; G. R. Beasley-Murray en *The New Bible Commentary* (F. Davison, ed.; Grand Rapids: Eerdmans, 1953), p. 1197.

⁴Véase Bertil Gärtner, *The Temple and the Community in Qumran and the New Testament* (Cambridge: University Press, 1965).

CONCLUSION

¹H. B. Swete, *The Apocalypse of St. John* (Londres: Macmillan, 1917), p. 305.

Se terminó de imprimir en los Talleres de
Mundo Color Gráfico S.A. de C.V.
Calle "E" No.6
Fraccionamiento Industrial Puebla 2,000
Puebla, Pue.
Se tiraron 3.000 ejemplares